PLUTARCO

MORALIA

VOL. IV

EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 109

PLUTARCO

)BRAS MORALES
̓ DE COSTUMBRES

(MORALIA)

IV

CHARLAS DE SOBREMESA

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS POR
FRANCISCO MARTÍN GARCÍA



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por ALBERTO MEDINA GONZÁLEZ.



© **EDITORIAL GREDOS, S. A.**

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1987.

Depósito Legal: M. 35001-1987.

ISBN 84-249-1253-5.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1987. — 6105.

CHARLAS DE SOBREMESA

(Quaestiones convivales)

INTRODUCCIÓN

I. *Temática y estructuras*

De todas las obras relacionadas con el tema simposíaco posteriores a las de Platón y Jenofonte hasta el siglo I d. C., la de Plutarco, con todas las modificaciones que haya podido sufrir el género convival en el transcurso de más de cuatro siglos, es la única que se nos ha transmitido casi completa; pues, si exceptuamos la pérdida de una serie más bien pequeña de cuestiones [1], el resto lo conservamos en un estado bastante aceptable.

Muy variado es el repertorio de temas tocados por nuestro autor a lo largo de los nueve libros que componen su obra: casi un tercio corresponde al ámbito de las ciencias naturales y de la medicina, otro tercio a temas gramaticales e históricos, y, además de ello, no faltan los astronómicos, psicológicos, poéticos, mitológicos, filológicos, musicales, los referentes al orden y decoro en los banquetes y algunos otros más [2].

---

[1] Incompletas están, en el libro IV, la 5 y la 6, y del IX, la 6 y la 7. Conocemos sólo el título de las del resto del libro IV, es decir, desde la cuestión 8 a la 10, y del IX, de la 8 hasta la 12.

[2] Véase, al respecto, K. Ziegler, «Plutarchos», en Pauly-Wissowa, *RE.*, XXI, 1, 1951, col. 888.

Heterogéneo también es el tratamiento formal de las cuestiones: unas se nos presentan en forma dialogada con todo lujo de detalles, como pueden ser la indicación del lugar y fecha en que se celebró el banquete y los nombres del anfitrión y asistentes, a veces bien caracterizados; en tanto que otras añaden a una carencia total de estos datos el carácter de diatribas o de largos monólogos (por ej. I 3, V 1, 2, 9, VI 1, 9, 10, VIII 5, y IX 1, donde el diálogo parece completamente olvidado; monólogos *sensu stricto* son II 1, III, 9 y IX 15; las demás conservan, al menos, la apariencia de un diálogo).

Sin embargo, a pesar de las referidas diferencias formales, existe algo en lo que casi todas las cuestiones muestran una coincidencia unánime: su estructura [3], cuyo estudio emprendemos al objeto de fijar la unidad interna de la obra, el o los modelos que sirven de base a Plutarco en su composición, la finalidad perseguida y, finalmente —y si ello es posible—, determinar en qué medida el autor de las *Vidas Paralelas* refleja conversaciones auténticamente mantenidas en el círculo de sus amigos y familiares.

Tal tipo de análisis estructural, en lo que al de Queronea se refiere, no es del todo novedoso, pues ya C. Kahle [4] lo ensayó a principios de siglo con notable éxito, si bien prestando mayor atención a otros diálogos plutarquianos que a la obra que ahora nos ocupa. De ahí, pues, nuestro interés por completar esta parcela en los estudios de Plutarco.

---

[3] Escapan a esta norma los monólogos de Plutarco (II 1), Aristión (III 9) y Amonio (IX 15).

[4] *De Plutarchi ratione dialogorum componendorum,* tesis doct., Gotinga, 1912.

Un gran número de cuestiones se suelen iniciar con una breve información [5] sobre el lugar y fecha correspondientes al coloquio que a poco tendrá lugar. Igualmente, se nos presentan por orden de aparición los personajes que intervienen en él, de los que en bastantes ocasiones se nos indica su profesión o afiliación filosófica. Si muchos interlocutores, a nuestros ojos, no se hallan bien caracterizados, ello se debe a que Plutarco, al igual que Platón, pone en escena a familiares y amigos muy conocidos en su entorno social [6]. Al lado de los personajes que podríamos calificar de «conocidos», Plutarco recurre al uso de pronombres indefinidos o a la presencia de un forastero en treinta y nueve de las cuestiones que se nos han transmitido [7].

En toda esta escenografía, bien montada por lo general, resultan chocantes cuatro casos: el primero y menos relevante se encuentra en VII 10, en cuyo inicio se habla de unas ruidosas conversaciones, sosegadas al fin, cuando en la cuestión anterior todo había transcurrido con absoluta calma. Un despiste por parte del autor supone VI 3, ya que silencia el nombre del anfitrión en un banquete iniciado dos cuestiones antes. Los dos últimos y más graves son VI 5, donde Lamprias, abuelo de Plutarco, acusa a su hijo de haber preparado un banquete sin orden ni con-

[5] Para más detalles sobre la estructura, véase nuestro artículo «Las *Cuestiones Convivales* de Plutarco: Estructura, Fuentes y Finalidad de la obra», *Revista del Colegio Universitario de Ciudad Real* 2 (1983), 109-134.

[6] Cf. Kahle, *De Plutarchi ratione...*, págs. 5 y 10, en donde señala que el círculo de amigos de Platón es mucho más limitado que el de Plutarco.

[7] Éstas son: I 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8; II 3, 8, 9, 10; III 6; IV 4; V 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9; VI 1, 3, 4 y 6 (un forastero), 8, 9, 10; VII 1, 5, 6, 7, 9; VIII 3, 5, 6, y IX 1.

cierto, lo que en realidad corresponde a su nieto Timón, el anfitrión en I 2, y, finalmente, II 6, donde se nos dice que, en los jardines de Sóclaro, Plutarco y el cortejo de invitados contemplaron los más insólitos tipos de injertos en árboles frutales, cuando en la actualidad sabemos que dentro de la arboricultura los mencionados injertos son imposibles, y cuesta trabajo admitir la hipótesis de Z. Abramowiczówna [8], según la cual se trataría de una broma del jardinero de Sóclaro.

Plutarco, al contrario que Platón, opera con un número muy elevado de personajes, circunstancia ésta que en no pocos casos desorienta al lector. Ello, no obstante, como dentro de una cuestión concreta rara vez emplea más de tres o cuatro, nos permite esbozar en líneas generales la estructuración de las distintas secuencias que se van sucediendo a lo largo de cualquier cuestión.

La primera secuencia se destina, por lo normal, a la exposición de opiniones ingenuas, vulgares o extremistas, y de teorías científicas o filosóficas, o bien defendidas por rétores, gramáticos, médicos y representantes de las escuelas peripatética, estoica o epicúrea, esta última, como es sabido, la más opuesta a Platón [9], o bien es el propio autor, o un familiar, o amigo íntimo, con una forma de pensar parecida a la suya, el encargado de presentarnos las tesis de las escuelas rivales, a las que se considera equivocadas. Todo ello, naturalmente, en un ambiente cordial, acorde con el afable carácter de Plutarco [10].

---

[8] «Plutarchs *Tischgespräche*», *Altertum* VIII (1962), 80-88, 83-84.

[9] Cf. C. García Gual, «Epicuro el liberador», *Est. Clás.* 61 (1970), 379-408, y B. Farrington, *La rebelión de Epicuro,* trad. esp., Barcelona, 1968.

[10] Cf. Ziegler, «Plutarchos», col. 892.

Si se considera que otra intervención basta para zanjar el tema discutido, nuestro autor, en una segunda secuencia, saca a escena un nuevo personaje con la misión de rebatir los puntos de vista ya mencionados. A tal fin se nos introducen personas con convicciones filosóficas similares a las de Plutarco, entre las que, lógicamente, se encuentra él también, o individuos de espíritu abierto e inquieto, como su abuelo Lamprias, su hermano, de idéntico nombre, su amigo Filino [11], etc.

En el caso de que la cuestión no se cierre con este apartado [12], en la segunda secuencia se incluyen opiniones que refuerzan los puntos de vista equivocados, o que, al contrario, los refutan [13], pero corrientemente de forma gradual. Su objeto es preparar el camino a la tercera y, por lo normal, última secuencia, reservada a Plutarco y a aquellos que poseen un temperamento más filosófico y original.

Sumamente raro es que una conversación se prolongue en más de tres secuencias, como antes advertimos; pero, cuando ello ocurre, el personaje puesto en escena, o cumple las mismas funciones que en los apartados dos y tres,

---

[11] Un buen estudio de los amigos y familiares de Plutarco se puede hallar en R. Volkmann, *Leben, Schriften und Philosophie des Plutarch von Chaeronea,* 2 vols., Berlín, 1869, vol. I, págs. 16 y sigs.; mejorado por Ziegler, «Plutarchos», cols. 666 y sigs. Cualquier referencia que en lo sucesivo hagamos sobre los amigos y familiares de Plutarco se basará en ambos trabajos.

[12] Algunas cuestiones pueden estudiar a la vez dos temas distintos, cada uno con solución independiente. Para evitar confusiones marcamos con *a* la primera y con *b* la segunda. Se trata de las siguientes: I 6, II 2, IV 2, V 3 y 8, VII 4, y VIII 7.

[13] Cuando en una cuestión se esgrimen diversas razones en pro de una determinada teoría, la réplica se apoya, a su vez, en todos esos puntos al rebatirlos o ampliarlos. Dichas cuestiones son: I 4, II 3 y 10, III 2, 3, 14, 10, IV 1, 7, y VII 1.

o su intervención consigue, con sus preguntas al personaje principal [14], que no perdamos la sensación de encontrarnos en un diálogo. Su función, por tanto, es simplemente fática.

II. *Fuentes de las «Quaestiones convivales» (o «Charlas de sobremesa»)*

De todas las tesis que apoyan la dependencia de las *Quaestiones* de una fuente concreta, la defendida por J. Martin [15], a saber, que Plutarco se inspiró en el *Banquete* de Jenofonte para la confección de su obra, es en la actualidad la que menos credibilidad posee. Sostiene dicho crítico que Plutarco, siguiendo de forma consciente el modelo de Jenofonte, quien sitúa al final su *Banquete* como colofón de los *Recuerdos de Sócrates*, ha operado en sus *Quaestiones* de idéntica forma. Así tendríamos en Plutarco dos grupos de cuatro libros (I-IV y V-VIII), que corresponderían a los cuatro libros de los *Recuerdos*, y a ellos los coronaría el libro IX de nuestro autor, réplica del *Banquete* de Jenofonte y homenaje a su maestro Amonio [16], como aquél hace con Sócrates.

---

[14] Denominado «princeps» por C. Hubert, *De Plutarchi Amatorio*, tesis doct., Berlín, 1903, pág. 59, y Kahle, *De Plutarchi ratione...*, páginas 1-24.

[15] *Symposion. Die Geschichte einer literarischen Form* (Stud. zur Gesch. u. Kult. des Altert. XVII), Paderborn, 1931.

[16] *Ibid.*, págs. 176-179, particularmente pág. 178. A nosotros nos da la impresión, más bien, de que incluso en este punto imita a Platón. Lo mismo que Alcibíades, un discípulo de Sócrates, hace el elogio de su maestro al final del *Banquete* de Platón, así también Plutarco rinde su homenaje particular a su querido maestro Amonio con el libro IX, el último de todos.

Sin embargo, como bien ha hecho notar H. Bolkestein en su amplia y matizada crítica [17], a la que actualmente se adhieren otros estudiosos del tema [18], Plutarco no siguió al autor de la *Anábasis*, entre otras cosas porque la estructura y el tono de su *Banquete* difieren esencialmente de los de nuestra obra: el *Banquete* de Jenofonte no consta de cuestiones, propias del género convival; más bien, nos encontramos con un Sócrates que bromea, como haría un hombre de su época, en esos momentos de solaz y recreo impuestos por un banquete entre amigos [19].

En consecuencia, si no arranca de Jenofonte, hay que buscar por otro lado. Que, después de Platón, Plutarco no fue el único en escribir una obra de tal tipo, sino que ese espacio intermedio se vio colmado por toda una literatura simposíaca, lo demuestran nombres de autores como Aristóxeno de Tarento, aristotélico, Perseo, estoico, y el gramático Dídimo [20], cuyos escasos fragmentos parecen

---

[17] *Adversaria critica et exegetica ad Plutarchi Quaestionum convivalium librum primum et secundum*, tesis doct., Amsterdam, 1946, páginas 10-17.

[18] F. Fuhrmann, *Plutarque, Oeuvres Morales* (Les Belles Letres IX), 2 vols. Leipziz, 1972, vol. I, pág. XV, y M.ª Dolores Gallardo, «Estado actual de los estudios sobre los *Simposios* de Platón, Jenofonte y Plutarco», *Cuad. Filol. Clás.* (1972), 127-191, pág. 190.

[19] Es cierto que, en algunos puntos concretos (cf. Bolkestein, *Adversaria critica...*, pág. 16), recuerda a Jenofonte, pero siempre en aspectos puramente formales e irrelevantes.

[20] Amplia información sobre ellos se puede encontrar en Martín, *Symposion...*, págs. 170-177, quien considera que sus pocos fragmentos transmitidos ni eran diálogos ni contaban con la ambientación de un banquete, opinión defendida con anterioridad por Fr. Ulrich, *Entstehung und Entwicklung der Literaturgattung des Symposions*, 2 vols., Würzburgo, 1908/9, vol. II, pág. 37. Contra dicho juicio se pronuncia R. Hirzel, *Der Dialog*, 2 vols., Leipzig, 1895, vol. II, pág. 224, n. 3, abogando

coincidir algo, tanto por los títulos como por la temática, con algunas cuestiones de Plutarco [21]. Es, por tanto, probable que nuestro autor, dadas estas afinidades señaladas, conociera sus obras y otras más, según se puede deducir de su prólogo al libro I; pero los fragmentos conservados son tan exiguos, que nos es difícil emitir un juicio definitivo sobre dicha dependencia. Así, pues, no resulta nada sorprendente que Plutarco hubiera manejado diversas fuentes para algunas cuestiones, como ha puesto de manifiesto C. Hubert [22], pero la verdad es que en otras muchas las desconocemos por completo [23].

En definitiva, nada se puede objetar respecto al manejo, por parte de Plutarco, de todas las obras perdidas o poco conocidas que debían de constituir un género literario bien definido [24] y que, por ende, habían de ser imprescindibles para cualquiera que abordara la tarea de escribir una obra de tal índole. Ahora bien, si se considera la estructura analizada en la primera parte de nuestro trabajo, Plutarco, estamos seguros de ello, tuvo en la mente, por encima de todos, un modelo muy bien conocido para él y para nosotros: el *Banquete* de su divino maestro Platón, a quien siguió tanto formal como conceptualmente.

---

por una forma dialogada en los dos primeros, en tanto que expresan sus dudas con respecto a Dídimo, FUHRMANN, *Plutarche, Oeuvres Morales*, págs. XV-XVI, y BOLKESTEIN, *Adversária critica...*, págs. y 3 sigs.

[21] Cf. BOLKESTEIN, *ibid.*, pág. 9.

[22] «Zur Entstehumg der *Tischgespräche* Plutarchs», *Khárites für Leo* (Berlín, 1911), 170-187, y «Zur indirekten Überlieferung der *Tischgespräche* Plutarchs», *Hermes* 73 (1938), 307-328, concretamente págs. 325 y sigs.

[23] Así lo reconoce BOLKESTEIN, *Adversaria critica...*, pág. 33.

[24] Cf. *ibid.*, pág. 18, y FUHRMANN, *Plutarche, Oeuvres Morales*, página XVI.

Desde el punto de vista estructural, Platón establece un clímax muy parecido al adoptado por Plutarco, pues ya de entrada se deja bien claro que los distintos asistentes al banquete van a seguir un turno jerárquico por orden de importancia en la exposición de sus discursos sobre el Amor [25]. En todos ellos, al igual que en nuestro autor, se establece una gradación, de acuerdo con la cual el que a continuación toma la palabra tratará de recoger y ampliar las opiniones del anterior, como hace Pausanias con Fedro y, a su vez, Erixímaco con Pausanias. Dentro de esta correlación, y aunque sus respectivos discursos supongan doctrinas distintas [26], Aristófanes representará un avance mayor, y aún más el poeta Eratón, quien, según sus propias palabras, intentará dar una definición del Amor, no sin antes admitir algunos puntos en los que se basaron sus antecesores en el uso de la palabra [27]. Y frente a todos ellos y cerrando el ciclo encontramos el discurso de Sócrates, el más conseguido por ser el más original y filosófico y porque, con extrema habilidad, rebate punto por punto las tesis de sus compañeros de mesa, cuyas exposiciones, a pesar de haber deleitado antes a los asistentes por su espíritu retórico, científico y sofístico, se revelan ahora, a la luz del discurso de Sócrates, como vacías, por no

---

[25] Véase GALLARDO, «Estado actual...», pág. 129.

[26] Cf. *ibid.*, pág. 133.

[27] En dicho sentido, cf. L. GIL, *Banquete*, Guadarrama, Madrid, 1969, pág. 13, donde el autor, acertadamente, observa que el discurso de Fedro, aun dentro de su evidente superficialidad, sienta las bases para ulteriores argumentaciones; y pág. 20, en la que señala que Eratón establece el principio de que, para hablar sobre algo, es fundamental conocer su naturaleza y efectos, si bien incurre en el error de confundir la naturaleza del Amor con el amado.

haber sabido ahondar, como este último, en la verdad, reservada al filósofo [28].

¿Y no es ésta la forma de actuar de Plutarco en sus *Quaestiones convivales?* Como Sócrates, el auténtico filósofo, se enfrenta a retóricos, médicos y sofistas, así también Plutarco, reservando la última intervención para aquellos que, o bien son filósofos, o llevan impreso en su carácter el sello de la originalidad. Si lo ha conseguido o no, es otro cantar, pero su propósito no es otro que atacar y desenmascarar el saber vulgar, el cientifismo en boga representado por los epicúreos, la pedantería, y esa erudición que se ampara en los libros descuidando la imaginación y la capacidad de inventiva, aunque, naturalmente, él caiga muchas veces en el defecto que pretende criticar, pero todo ello es un mal de su época.

Pero es que, además, Plutarco, que esencialmente es platónico [29], se vale, en el estudio de cualquier problema, del mismo tipo de análisis que su augusto maestro en su día pusiera en práctica, y no sólo en aquellos temas en que se defiende a ultranza a Platón, como en VII 1, donde justifica la afirmación platónica de que la bebida pasa por los pulmones [30], o que la divinidad no engendra como los

[28] Ya F. RODRÍGUEZ ADRADOS, «El *Banquete* platónico y la teori del teatro», *Emerita* 37 (1969), 1-28, concretamente en pág. 10, repar en que es importante el orden en que se van durmiendo los distint asistentes. Para GALLARDO, «Estado actual...», págs. 152-3, la explic ción, atinada a nuestro juicio, de que sea Sócrates el único que no duerma y vea la luz del nuevo día, reside en el hecho de que sólo filósofo le corresponde la dicha de contemplar la Belleza absoluta.

[29] Cf. H. DÖRRIE, «Die Stellung Plutarchs im Platonismus seiner Zeit en *Festschrift Merlan*, Berlín, 1970, págs. 36 y sigs., y VOLKMAN *Leben...*, vol. II, pag. 52.

[30] Cf. VOLKMANN, *ibid.*, pág. 61.

mortales (VIII 1), o las tres causas tocadas por Platón con relación al hombre (IX 5) [31] y la superioridad de la geometría sobre la aritmética (VIII 2) [32], o las distintas partes que componen el universo y las Musas que las rigen (IX 14), o la idea platónico-aristotélica de que el universo, por ser perfectísimo, preexiste a todo y que la primera generación surge de la tierra (II 3), o, por último, las causas que dieron origen al mundo: Dios, materia e idea (VIII 4), sino también porque Plutarco ha hecho suyo, en cualquier problema que aborde, el método platónico, como a continuación veremos desglosándolos por apartados.

A) LENGUA. — En lo que toca a este apartado, la postura de Plutarco, al igual que la de su maestro, es esencialista. Frente a las teorías relativistas, que consideran la realidad como un continuo flujo, Plutarco, siguiendo a Platón, piensa que en el trasfondo de las cosas siempre hay algo inmutable y esencial, aprehensible por la razón. Por ello, también las unidades lingüísticas poseen una entidad autonómica con capacidad, incluso, para la hipóstasis, es decir abstracción o transformación de lo relativo en absoluto, cosa nada sorprendente en un sistema que estima que tras los objetos y personas se esconde algo firme e inmutable.

Los nombres, como afirma Platón en su *Crátilo* [33], poseen unas señales *(sémata)* naturales, y no son, según creían

---

[31] Cf. *ibid.*, págs. 63-64.

[32] Cf. *ibid.*, pág. 63.

[33] Un estudio sobre esta cuestión ha sido llevado a cabo por F. RODRÍGUEZ ADRADOS, «Lengua, ontología y lógica en los sofistas y Platón», *Revista de Occidente* 96 (marzo 1971), 340-365, y 99 (junio 1971), 285-309, artículo al que remitimos al lector interesado en el tema.

los sofistas, meros signos convencionales. Por ello, en palabras de Crátilo, y de Sócrates también, «quien conoce los nombres de las cosas conoce también las cosas» (*Crátilo* 435d), porque un nombre es una imitación de un objeto y no una etiqueta arbitraria. Para demostrar dicha teoría, Sócrates no siente reparo alguno en violentar las palabras en una serie interminable de etimologías —casi todas ellas falsas y fantásticas—, que es exactamente la forma de proceder de Plutarco a lo largo de su obra, de una forma tan prolija, que un inventario de ellas resultaría, por demás, fastidioso e innecesario [34].

B) El saber vulgar. — Es objeto de crítica, por parte de Plutarco, por no profundizar en los primeros principios que rigen un fenómeno [35], cual es la labor de un verdadero filósofo. De esta forma, la causa real de que un barco navegue lentamente no es la rémora, por ejemplo —en realidad, causa concomitante—, sino el progresivo deterioro de su quilla (II 7). Igualmente, los caballos llamados *lycospádes* (II 8) no son fogosos y valientes por haber escapado a los lobos, sino que escapan a ellos precisamente porque lo son. Las trufas no son producidas por los rayos y truenos que penetran en la tierra, sino por el agua cálida y fecunda que los acompaña (IV 2*a*). El que un rayo no dañe a una persona dormida no tiene nada de milagroso, como el vulgo cree, sino que se debe a que el cuerpo en ese estado no ofrece resistencia a otro elemento mucho

[34] La ridiculización de algunas etimologías llevada a cabo por Lamprias, el hermano, en VIII 6, no invalida lo dicho, sino que más bien lo confirma, ya que el hermano está criticando a los que hacen un uso malo y superficial de ellas.

[35] Cf. Volkmann, *Leben...*, vol. II, pág. 6.

más fuerte que él (IV 2*b*). A Mitrídates no se le apodó Dioniso por ser un extraordinario bebedor, sino por haber sufrido de pequeño con un rayo una experiencia similar al dios (I 6*b*). La tribu eántide, si no queda jamás en último lugar en las competiciones en que participa, no es por razones inmediatas, cuales son los personajes famosos nacidos de ella, sino por su héroe epónimo, Ayante, que no soportaba, muy bien que digamos, la derrota (I 10). Y, finalmente, el agua del Nilo, si no se recoge de noche, no es porque no hace calor a esa hora, sino porque en esos momentos se ha remansado ya y no se halla turbia (VIII 57).

C) Las posturas «empíricas». — Defendidas por los científicos, son, igualmente, condenadas por padecer un mal parecido al del saber vulgar. 1.º) Los científicos saltan a la primera conclusión que se les viene a la cabeza [36] sin haberla sometido a un análisis minucioso, como es el caso de V 3*b*, donde Lucanio, contra la opinión de un anónimo profesor de retórica, demuestra eruditamente que la corona de pino era antigua; y exactamente lo mismo ocurre, en V 2, con la poesía; en V 3*a*, con el pino consagrado a Posidón; en VII 9, con la costumbre —griega, por cierto, y antigua— de hablar de temas políticos durante la cena, y en I 6*a*, respecto al alcoholismo de Alejandro Magno. 2.º) Acuden a explicaciones retorcidas apoyadas en mecanismos y aparatos físicos complicados [37], que, en última instancia, sirven para dar razón de casos particulares de un fenómeno, pero no del fenómeno en general, como en

[36] Cf. I. M. Crombie, *Análisis de las doctrinas de Platón*, trad. esp., 2 vols., Madrid, 1979, vol. II, pág. 163.

[37] Cf. *ibid.*, págs. 164 y 233.

IX 3, en que Zopirión acaba demostrando que el número de las letras del alfabeto no se debe a otra razón que al azar, o en IX 5, donde Marcos, basándose en una operación aritmética simple, demuestra por qué dijo Platón que el alma de Ayante llegó la vigésima al Hades, y en IX 2, donde es el propio Plutarco quien, alegando, según dice, las sencillas explicaciones de su abuelo, ataca la manida teoría del gramático Protógenes, que rutinariamente se exponía en las escuelas, de por qué la α era la primera letra del alfabeto.

En consecuencia, la auténtica misión del científico no es otra que la de ofrecer explicaciones generales [38], apartar sus ojos del mundo sensible, en continuo devenir, y fijarlos en lo que en realidad es, para así poder construir una ciencia menos empírica [39], capacitada en todo momento para aprehender las cualidades de las cosas [40], como hace Plutarco con el aceite en VI 9, con el cobre y con el calor de la luna y del sol en III 10, y no destinada a generalizar con casos particulares, que es justamente la forma de actuar de muchos médicos, rétores, gramáticos y, sobre todo, epicúreos.

Por ello, Plutarco, siempre tras las huellas de su maestro, censurará a los defensores de la teoría de los poros, por superficial e innecesaria a la hora de explicar el origen del apetito (VI 2 y 3), oponiéndoles, en cambio, razones esenciales basadas en las cualidades de las cosas y, sobre todo, «teleológicas», todas ellas aprendidas en Platón: la Naturaleza no es una vulgar chapucera que pone remiendos aquí y allá con sus poros y átomos, sino que, por enci-

[38] Cf. *ibid.*, pág. 165.

[39] Cf. *ibid.*, pág. 171, y VOLKMANN, *Leben...*, vol. II, pág. 6.

[40] Cf. CROMBIE, *Análisis...*, vol. II, pág. 170.

ma de todo, es orden (VIII 9), que empuja a cada ser a completarse con aquello de lo que está falto. Así, de todos nuestros componentes, el calor es el único o el que más precisa del líquido (VI 1), y por esta razón en verano consumimos más de él, mientras que durante el invierno la alimentación sólida es la más necesaria (II 2), y si las personas hambrientas calman su apetito bebiendo, es porque el agua hace que se reparta el alimento, viscoso y duro ya por falta de líquido, a través de todo el cuerpo, y el mismo efecto causan los baños (VI 2), que nos hacen recuperar la humedad perdida, en tanto que los vómitos tienen por misión expulsar los elementos extraños al organismo (VI 2). La propiedad de las almendras no consiste en desgarrar los poros, con lo que se evita la borrachera, sino que más bien el sabor amargo, como el de las almendras y las cremas de las mujeres, por ser desecante, reseca y disipa los líquidos no permitiendo que se dilaten las venas, con cuya hinchazón sobreviene el emborracharse (I 6).

Como principio vital, el calor es la causa de los olores agradables y de la fogosidad en las relaciones sexuales (I 6); de que la higuera ablande la carne de un ave colgada de ella (VI 10); de que el hálito del lobo haga también más sabrosa la carne de las ovejas matadas por él (II 9); de que en el organismo humano triture los alimentos (IV 1 y VI 3); de la bulimia, cuando el calor abandona el cuerpo (VI 8); de que las fiebres impulsen el líquido al interior del cuerpo, donde se concentra, dando lugar a que el resto se seque (VI 2), y de ablandar los granos de trigo (VII 2). Y lo es también de que los ancianos gusten, entre otras impresiones fuertes, del vino puro, porque su naturaleza es ya débil y reseca (I 7 y V 4). Y, a la inversa, es con el frío como se debe explicar la dureza de los granos de trigo (VII 2) y fenómenos similares.

Así, pues, todo en este mundo marcha por los caminos que le traza la sabia Naturaleza, que tiene sus reglas propias, a partir de las cuales nos es posible sentar dos principios básicos:

1.°) *Lo semejante no afecta negativamente a lo semejante* (IV 1 y VI 3), sino que lo ampara y nutre (III 2), como en el ejemplo del amor (I 5) y de los sabores dulces mezclados con el vino (III 7), a no ser, claro está, que se abuse, cual es el caso de la repleción, el ocio y molicie, pues éstos, al no aportar lo adecuado a las naturalezas, consiguen que los cuerpos adquieran una mezcla distinta en cada caso y con ello sobrevienen las enfermedades, cuyo origen hay que buscarlo aquí en la tierra, no en otros mundos o intermundos (VIII 9). Ni tampoco tiene sentido pensar que el agua de un pozo, fría de por sí, se caldee ante la presión del aire que la rodea, también frío (VI 4), ni que el agua de los pozos o ríos se enfríe por un mecanismo complicado, sino por el aire exterior y más si es retenido en el fondo por objetos fríos y duros, como son las piedras y el plomo (VI 5); ni que los ancianos lean mejor los escritos de lejos por la convergencia de los rayos de luz, sino porque la luz que sale de sus ojos es débil, y si acercan el libro, la intensidad lumínica de éste les afecta, pero no, en cambio, si lo retiran, porque entonces ambas corrientes armonizan (I 8) [41]; ni que los paños y la paja sean cálidos, sino, más bien, fríos y por comprimir la po-

[41] Si Plutarco en esta cuestión no maneja el tercer componente platónico que hace posible la visión, el color de los objetos (*República* 507d), y sí, en cambio, los otros dos citados (*Timeo* 45b ss.), no es sólo porque esté improvisando y, por ello, no acuda a sus anotaciones, como piensa ABRAMOWICZÓWNA, «Plutarchs», pág. 87, sino también, y sobre todo, porque ese tercer componente le estorba en la armonización que está ensayando.

rosidad de la nieve la aíslan del calor (VI 6); ni, por último, recurrir a esos inoportunos átomos para explicar el sonido, sino una cosa mucho más simple, el aire (VIII 3).

Sin embargo, con la aplicación de unos principios tan apriorísticos se llega a veces a auténticos disparates, como cuando Plutarco nos asegura que la mujer resiste el vino puro mejor que los ancianos por su naturaleza más húmeda y fría que la del hombre, que hace que el vino se amolde mejor a su constitución (III 3).

2.°) *Al contrario, una cosa se ve afectada por su opuesto:* si la yedra se agostó y secó al ser trasplantada a Babilonia, ello se debe a que la planta es fría y en ese país domina un calor agobiante (III 2). El vino puro causa trastornos en el cuerpo de los ancianos, porque ambos poseen cualidades contrapuestas, el primero es húmedo y los últimos secos (III 4), lo que no se contradice con que les guste, por cumplir con el fin teleológico de la naturaleza. La razón de que el otoño sea funesto para los árboles estriba en la sequedad de esta estación, lo más perjudicial, precisamente, para la humedad y el calor, necesarios en las plantas, y por idéntico motivo hace a nuestros cuerpos proclives a las enfermedades (VIII 10). Si las coníferas no se dejan injertar, hay que achacarlo a su naturaleza que no es tornadiza como la tierra (II 6), y otro tanto ocurre con la palmera (VIII 4), y, finalmente, si el agua del mar no es buena para lavar, como la de río, su causa no está en la fusión de elementos espesos y terrosos, cuya mezcla origina la salobridad del mar, según afirmaba Aristóteles [42], sino en ser más grasa y, por ello, producir manchas (I 9).

[42] En este punto hay que recordar que Plutarco ignoraba que los *Problemata* no habían sido escritos por el fundador del Perípato.

Y, de nuevo, con su antiempirismo por bandera, Plutarco vuelve a incidir en errores de bulto, como en III 5, donde, para explicar que las personas que beben mucho no son aptas para la procreación, se ve obligado a argüir que el vino es, más bien, frío por naturaleza, en tanto que en VII 3 afirma que la fuerza del vino es el calor, porque en esta última cuestión ha de oponerlo a la cualidad del aire.

D) En cuanto a diversiones, bebidas, bromas y compostURAS. — En los banquetes, Plutarco estima que el decoro y la moderación siempre deben reinar en ellos, tanto en chanzas (II 1), preguntas (I 4), citas de versos (IX 1) y espectáculos (I 4), como en la mezcla de vino (III 9 y VI 7). A los bailes frenéticos se les condena enérgicamente, pues los placeres que se nos introducen por la vista y oído son los más peligrosos, por afectar, contra la teoría epicúrea, a la parte racional del alma (VII 5), si bien dichos placeres son admisibles cuando resulten inofensivos (VII 7) y adecuados a un banquete (VII 8). Ahora bien, el mayor deleite de un banquete reside en una conversación grata (V 5, 6 y VII 8), de la que no están excluidos los temas filosóficos (I 1, V 5 y VII 8), ni los políticos (VII 10), siempre que sepan adaptarse al tono de la reunión.

Lo que toca a la etiqueta de los banquetes, como es la colocación de los comensales, varía según las circunstancias y, por ello, no están reñidas las opiniones de Plutarco y Lamprias en I 2; y lo mismo cabe decir del número de invitados (V 5) y de los «sombras», a los que no hay inconveniente en admitir, siempre que sean personas agradables y amigos íntimos tanto del anfitrión como de quien los invite (VII 6).

Nuestros sentimientos humanitarios nacidos del trato son los que nos mueven a compasión con los animales te-

rrestres (IV 4), no así con los marinos, aunque no nos hayan hecho daño alguno (VIII 8); y es la utilidad que nos reportan algunas cosas, como la sal (V 10) o el fuego (VII 4), la que ha creado en nosotros el hábito de considerarlas divinas.

En otros terrenos, también, Plutarco se adhiere con fe a la doctrina platónica, como en la explicación que da al hecho de que nos atraigan las imitaciones teatrales [43] en V 1, en total contraposición con las teorías epicúreas, y contra ellas, asimismo, defiende en III 6 la consumación del acto amoroso durante la noche. Los repartos de alimento o cualquier otra cosa han de basarse en el mérito particular y no en la pretendida igualdad democrática (II 10), y, finalmente, alma y cuerpo forman una unidad tan estrecha, que lo que afecta a uno de ellos hace lo propio con el otro (III 8 y V 7).

En resumidas cuentas, si se observan con detenimiento las teorías expuestas, se notará que ellas, a pesar de las incongruencias propias de un sistema apriorístico y deductivo, forman un cuerpo homogéneo y coherente, cuya finalidad es explicar, siguiendo siempre el principio teleológico, cualquier faceta del saber humano, frente al saber vulgar, incapaz de distinguir causa real de causa concomitante, y frente a las teorías empíricas, que incurren en un defecto parecido, y, dentro de las últimas, sobre todo, contra la escuela epicúrea, que con sus impertinentes átomos había llegado nada menos que a la negación de la teleología en la Naturaleza y del alma en el hombre.

---

[43] En tal aspecto véase J. S. Lasso de la Vega, «El diálogo y la filosofía platónica del arte», *Est. Clás.* 12 (1968), 311-374 y el artículo ya mencionado de Rodríguez Adrados, «El *Banquete* platónico...».

III. *Finalidad de la obra*

Los siglos I y II d. C., época en la que vivió Plutarco, conocieron bajo los reinados de Nerva y Trajano un resurgir de las escuelas filosóficas griegas antiguas [44]. Con el romanticismo característico de un renacimiento se vuelven los ojos al modelo griego y se intenta restaurar un pasado glorioso. Así, vuelven a florecer sistemas filosóficos como la sofística, el estoicismo, el epicureísmo [45] y, lógicamente, el platonismo, al que muchos miembros de la Academia intentaron dar un aire moderno [46]. En este renacer de la filosofía los hombres vuelven a plantearse los problemas que preocuparon a sus ilustres predecesores, y, pertrechados con sus doctrinas, intentan dar una explicación, naturalmente sin la frescura de sus antecesores, del mundo que les rodeaba.

Por supuesto, Plutarco no podía ser menos, como lo revela toda una vida dedicada al estudio y asimilación de la obra de su áureo maestro; y es por esta senda, creemos, por donde se ha de buscar la razón de que Plutarco concibiera la empresa de escribir sus *Quaestiones convivales*. Este escrito no es una obra de juventud, sino que, muy al contrario, corresponde a su época de madurez y, probablemente, sea una de las últimas de su larga y fecunda vida [47], cuando ya se habían asentado en su espíritu las doctrinas de Platón, a quien junto con Amonio, el entrañable

[44] Cf. VOLKMANN, *Leben...*, vol. I, pag. 6.

[45] Cf. *ibid.*, págs. 7-9.

[46] Cf. *ibid.*, págs. 10-11.

[47] Sobre la fecha de su composición, cf. *ibid.*, vol. II, pág. 177; BOLKESTEIN, *Adversaria...*, pág. 24, y ZIEGLER, «Plutarchos», col. 888.

maestro que le acompañó en sus primeros pasos por el platonismo, intentará rendir un último homenaje con sus *Symposiaká,* como trataremos de demostrar a continuación.

Es innegable que Plutarco, en algunos aspectos, se ha inspirado en los problemas de Aristóteles, considerados auténticos por él [48], pero no es menos verdad que esta inspiración es más «temática» que de otro tipo. Y lo prueba el que en muchos pasajes de su obra en los que menciona al de Estagira, con todo el afecto que le manifieste, lo hace o bien para ampliarlo [49], o bien para rebatirlo [50], pero en pocas ocasiones para darle la razón [51]. Y es que Plutarco, que en lo esencial es platónico [52] y profesa esta doctrina no al estilo de los académicos de su tiempo, sino de la forma que él estima más pura y genuina [53], se siente

[48] Cf. Fuhrmann, *Plutarche...*, pág. XXI, y Abramowiczówna, «Plutarchs...», pág. 88.

[49] Son: 650A, 652A, 656B-D, 690C y F, 704F, 720D, 734E y 735C; y lo mismo se puede afirmar respecto a Teofrasto.

[50] Así en 627A-D, 694D y 724D.

[51] Como en 659D, 696D y 702B. En todo caso, si hay algo de Aristóteles en Plutarco en el terreno científico, la causa se debe poner en que el estagirita en este campo opera de forma parecida a Platón, conforme demuestra A. Fouillée, *Aristóteles y su polémica contra Platón,* trad. esp., Buenos Aires, 1948, pág. 16. Por contra, carece de fundamento la afirmación de Abramowiczówna, «Plutarchs...», pág. 88, de que Plutarco en filosofía *sensu stricto* sigue a Platón, pero en los temas científicos a Aristóteles y los peripatéticos.

[52] Añádase a citas anteriores M. R. Flacelière, «État présent des études sur Plutarque», en *Actes du VIIIᵉ Congrès de l'Association Guillaume Budé,* París, 5-10 abril, 1968, pág. 501 y, sobre todo, pág. 505, donde afirma que Plutarco toma a Aristóteles sólo ocasionalmente.

[53] Véase, en las *Actas* citadas en n. ant., la comunicacion de H. Dörrie, «Le platonisme de Plutarque», pág. 520, que hace extensiva esta afiliación también a Amonio.

un nuevo Sócrates, como ya observara Hirzel [54], carente, eso sí, de su *kainotomía,* porque, en realidad, no abre nuevos caminos, sino que se limita a conservar los ya establecidos [55]; pero, como su predecesor, tomará la palabra a favor de la filosofía —de lo que él cree auténtica filosofía— contra la retórica y sofística [56]. En su imitación de Sócrates probará a ser original, aunque, por supuesto, carezca de su talento, y, así como Platón consideró su primer enemigo a Demócrito, por más que calle su nombre [57], así también Plutarco se enfrentará a un seguidor del atomisma, Epicuro, a cuyo sistema coherente y vitalista [58] opondrá otro, a su juicio, no menos congruente, el de Platón, aún vivo y con brío suficiente para ofrecer una visión global del hombre, en sus aspectos físico y espiritual, mucho más completa que la que descansa en un puro materialismo.

Que éstas son las miras de Plutarco en su obra, se desprende de la Introducción del libro I, donde nos dice que es labor de los más afamados filósofos registrar por escrito las conversaciones mantenidas durante la bebida y que, por consiguiente, él se siente incluido en este grupo [59]. Ahora bien, desde la época de Platón a la de Plutarco ha llovido mucho y ni el hombre ni el ambiente son los mismos. Por

[54] *Der Dialog,* vol. II, pág. 227.

[55] Cf. Ziegler, «Plutarchos», col. 893.

[56] Cf. Gallardo, «Estado actual...», pág. 153.

[57] Cf. García Gual, «Epicuro...», pág. 388.

[58] Cf. *ibid.,* pág. 380.

[59] Así lo entienden Kahle, *De Plutarchi ratione...,* pág. 63, cuando afirma que los que siguieron a Platón escribieron diálogos filosóficos por parecerles la forma más noble de expresar sus doctrinas filosóficas, y de una forma similar Bolkestein, *Adversaria...,* págs. 2-3.

ello, Plutarco habrá de basarse en esa literatura dedicada a los *Banquetes* [60], que fomentaba todo tipo de preguntas y respuestas [61], y, casi sin darse cuenta, al criticar posturas eruditas, incurrirá en su mismo defecto, porque ni su época ni él se distinguieron por un espíritu creador [62], y Plutarco en esto es hijo de su tiempo. Pero, en el fondo de su alma, se creerá un nuevo Sócratres, que aguijonea a sus conciudadanos con constantes preguntas, preguntas que ahora respiran un aire muy aburguesado y lejano del que animó a los contemporáneos de Sócrates.

Por todo ello, es injustificado afirmar, como lo hace Fuhrmann [63], que Plutarco se limitó a tomar notas de aquello que le pareció interesante con vistas a un empleo futuro, sin un fin determinado, porque el de Queronea, según hemos visto, muestra una gran coherencia —con todo lo superficial que se quiera— en este escrito suyo. Ni tampoco creemos acertada la tesis de Bolkestein [64], según la cual Plutarco pretendía poner ante el público un libro variado con el fin de enseñar deleitando, ya que, aparte de eso, secundario en nuestra opinión, nuestro autor quería dejar constancia, particularmente en el terreno científico, de la vigencia de unas teorías bien digeridas a lo largo de su dilatada vida. Y también resulta incompleta la postura defendida por Abramowiczówna [65]: es posible que Plutarco refleje la opinión de los hombres cultos de su época, pero

---

[60] Cf. Martin, *Symposion...*, pág. 179, y Ziegler, «Plutarchos», col. 890.

[61] Cf. Volkmann, *Lieben...*, vol. I, pág. 55.

[62] Cf. Ziegler, «Plutarchos», col. 888.

[63] *Plutarche...*, pág. XXIII.

[64] *Adversaria critica...*, pag. 43.

[65] «Plutarchs...», pág. 88.

por encima de ello se ha de situar la defensa a ultranza de un sistema filosófico que aún alienta en el corazón y espíritu de un hombre que se siente heredero de Platón. Y, por último, mucho menos sentido tiene acusar a Plutarco de escéptico [66] en las soluciones ofrecidas por él en las distintas cuestiones. Podrá pecar de superficial —lo admitimos—, pero nunca de escéptico; pues, a pesar de que el propio Plutarco en alguna ocasión asegure que un problema se ha de investigar, aunque no aporte otra utilidad que la de ejercitarse [67], y en reiterados casos —añadimos nosotros— diga que aborda determinados problemas de un modo improvisado [68], la verdad es que otras muchas veces arremete contra lo «convincente» sólo y persigue la «verdad» [69], y en uno y otro caso ofrece soluciones con una fe ciega en las teorías platónicas. Es cierto, como asegura Dörrie [70], que las *Quaestiones convivales* no tocan el fondo del sistema filosófico de Platón ni tienen la profundidad de su maestro, pero el método de análisis es el mismo, y es perceptible, además, un intento de imitación consciente, como prueba la congruencia plutarquiana

[66] Tal es la postura de Ziegler, «Plutarchos», col. 891.

[67] Así lo dice en 628C y 646A, y en ello se han fundamentado Kahle, *De Plutarchi ratione...*, pág. 51; Fuhrman, *Plutarche...*, pág. XXIV, y Abramowiczówna, «Plutarchs...», pág. 82, para considerar que Plutarco persigue más «lo verosímil» que «lo verdadero».

[68] Para Plutarco, 629E, 639E, 652B, 665E 682C, 723E y 746B; para Lamprias, 635C; para otros, 719C y F. Pero ello apunta a la función que antes hemos llamado «original», representada por él, su hermano y algunos otros más.

[69] 625A, 641D, 687E, 689B y 691D. Kahle, *De Plutarchi ratione...*, pág. 40, reconoce, como nosotros, que en Plutarco una sola es la opinión verdadera en la inmensa mayoría de las cuestiones.

[70] Dörrie, «Die Stellung...», pág. 522.

en los diversos temas tocados [71], si bien, como dijimos antes, sería un grave error confundir el talento de Plutarco con el de Platón, entre los que media todo un abismo, y, por otro lado, las comparaciones, como se sabe, son odiosas.

IV. *Autenticidad de su obra*

Y llegamos al problema más conflictivo de las *Quaestiones convivales,* el de saber si responden a conversaciones realmente mantenidas o no. Los que apoyan su historicidad se basan en que las precisas indicaciones ofrecidas por Plutarco sobre sitios, fechas y personajes [72] en bastantes de los banquetes muestran que nuestro autor fue tomando notas de dichas conversaciones [73] y, posteriormen-

[71] DÖRRIE, *ibid.,* pág. 525, opina que Plutarco no es un ecléctico, sino que posee un juicio filosófico claro, el de Platón. Por otro lado, es inexacta la opinión de ZIEGLER, «Plutarchos», col. 890, según la cual Plutarco recuerda a Platón sólo en la introducción de amigos y familiares, pues su método de análisis, como se ha podido comprobar en este trabajo, es totalmente platónico. Sobre su platonismo, en lo tocante a los ideales panhelénicos, cf. A. BRAVO GARCÍA, «El pensamiento de Plutarco acerca de la paz y la guerra», *Cuad. Filol. Clás.* V (1973), 141-191, especialmente págs. 159 y sigs. (Resumen de su tesis doct.)

[72] E. GRAF, «Plutarchisches», en *Commentationes O. Ribbeck oblatae,* Leipzig, 1888, págs. 59-61 y 64; HIRZEL, *Der Dialog,* vol. II, página 224, a quien se suma ZIEGLER, «Plutarchos», col. 887; VOLKMANN, *Leben...,* vol. I, págs. 24 y 55; W. Kiaulehn, «De scaenico dialogorum apparatu capita tria», *Phil. Hal.* XXIII, 2 (1913), 195-196; J. J. HARTMAN, *De Plutarcho scriptore et philosopho,* Leiden, 1916, pág. 388; ABRAMOWICZÓWNA, «Plutarchs...», pág. 85, y *Commentarius criticus et exegeticus ad Plutarchi Quaestionum Convivalium I et II* (en polaco, con un resumen en latín), Torun, 1960, pág. 229.

[73] ABRAMOWICZÓWNA, «Plutarchs...», págs. 85 y 88, y ZIEGLER, «Plutarchos», col. 887.

te, con el aditamento de fuentes literarias [74] y la precaución de no afirmar nada que no correspondiera al carácter y formación de las personas puestas en escena, confeccionó su obra.

Y, a la inversa, los detractores de la historicidad, apoyándose en la carta de Cicerón [75] y en que, al lado de las precisas indicaciones, existen «cuestiones» desprovistas de la más mínima alusión a sitios y personajes [76], estiman que Plutarco, para la composición de su escrito recurrió, sobre todo, a las notas tomadas de sus lecturas, lo que, en última instancia, no significa que todas las «cuestiones» sean fingidas [77].

Pues bien, tras el análisis interno efectuado por nosotros en estas páginas, tal vez se esperase que aportáramos una solución definitiva al problema, pero lamentablemente no podemos ofrecerla. Contra una historicidad a ultranza parecen abogar el caso ya citado de los jardines de Sóclaro y también la estructura de la obra, que despide olor a libro más que a la propia vida. En su favor parecen hablar las observaciones de la autora polaca Abramowiczówna de que Lamprias, en I 2, expresa su propia opinión y no la de Plutarco [78], y el tema relativo a la visión antes estudiado.

[74] Hirzel, *Der Dialog*, vol. II, pag. 224, n. 3.

[75] *Ad fam.* IX 8, donde escribe a Varrón diciéndole que no se admire si en el diálogo se encuentra como interlocutor de conversaciones jamás sostenidas, pero esa era la costumbre imperante en su época.

[76] U. von Wilamowitz-Moellendorff, *Commentariolum grammaticum*, Gotinga, 1889, vol. III, pág. 24; Martin, *Symposion...*, págs. 173 y sig.; Bolkestein, *Adversaria critica...*, págs. 45-6, y Fuhrmann, *Plutarche...*, págs. VIII y sigs.

[77] Cf. Fuhrmann, *ibid.*, pág. XVIII.

[78] Abramowiczówna, «Plutarchs...», pág. 86.

Por otro lado, la utilización de fuentes literarias, puesta de manifiesto por Hubert [79], no desmiente la historicidad, como bien ha mostrado Ziegler [80]. Súmese a todo ello que la afirmación de Plutarco, en la Introdución al libro II (629E), de que va a reproducir las conversaciones tal y como le vinieron a la memoria, se ve corroborada por los hechos, pues, aunque algunas cuestiones muestren entre sí una ilación clara, en el resto no se ve hilo conductor que agrupe en modo alguno las cuestiones. Además, que los banquetes eran una ocasión propicia para favorecer todo tipo de conversaciones entre los comensales, según su extracción social, como dice Plutarco en las Introducciones a los libros V (673A), VII (697E) y VIII (717A), no tiene nada de sorprendente en el mundo griego antiguo, ni tenemos por qué dudar de su veracidad.

Nuestra opinión personal es que, en los *Symposiaká,* hay un poco de todo difícilmente discernible. Se mezclan, creemos, recuerdos con auténticas disputas de escuela, cuyo denominador común es la justificación de una vida dedicada al platonismo y su profunda y sincera devoción a su fundador. La crítica interna, efectuada por nosotros a lo largo de estas cuartillas, muestra los fines y fuentes de la obra y, en último extremo, que las conversaciones —por su rígida estructura-jamás tuvieron lugar como Plutarco las transmite, sino que fueron sometidas a una profunda reelaboración; pero, como Fuhrmann [81] lamentara, no puede confirmar si son o no históricas y, con toda honestidad, así lo hemos de reconocer.

---

[79] «Zur Entstehung...», pág. 187.

[80] «Plutarchos», col. 887.

[81] *Plutarche...,* pág. XI.

V. *Historia del texto*

El texto de las *Quaestiones convivales* [82] nos ha sido transmitido por trece manuscritos, siendo uno de ellos, el *Codex Vindobonensis Graecus* 148(T), el arquetipo del que derivan todos los demás. Dicho códice, que data del siglo x o principios del xi, fue comprado en Constantinopla, allá por el año 1562, por Augerio de Busbeck y, en un principio, constaba de treinta y ocho cuadernos, de los cuales se perdió el núm. 35, que comprendía las cuestiones 6-12 del libro IX, salvándose sólo el comienzo de la primera y el final de la última.

Según la hipótesis de Hubert [83], la desaparición del cuaderno núm. 35 ha de achacarse a una reorganización de los cuadernos núms. 34, 35 y 36, ordenados durante cierto tiempo a la inversa. Al efectuarse, pues, su correcta distribución, debió de perderse en su totalidad el núm. 35 y, asimismo, desaparecieron las tres primeras hojas del 36.

Además de ello y con anterioridad a que se copiasen de T los manuscritos que nos han llegado, se perdió también el final del libro IV desde la cuestión 6. Sin embargo, el copista abrigaba la esperanza de que con el tiempo se recuperara el texto perdido, como lo muestra el que señaló la laguna dejando sin escribir dieciocho líneas y rematando, con esta parte del libro IV, el cuarderno 16. Animado por el mismo sentimiento, algún bibliotecario cambió la numeración del cuaderno 17 por la del 18, y así sucesivamente hasta el final.

---

[82] En este apartado, como en el siguiente, seguimos a C. Hubert, en el prólogo a su edición: *Plutarchi Moralia* (Teubner), vol. IV, 1971², págs. XI-XXIII.

[83] *Ibid.*, pág. XII.

En época posterior, cuando ya se había llevado a cabo la copia de T, desaparecieron, además, los cuadernos 19 (676,C *stémma* — 680,D *historéitai dé)*, 26 (704,F *tôn alógōn* — 709,A *skiôn*) y 38, que parecía contener en dos de sus hojas el final de la obra (desde 747,E *Hêrēn te...).*

Los manuscritos derivados, que en su mayoría no se limitan al texto de las *Quaestiones convivales,* como T, sino que incluyen en sus páginas otras obras de Plutarco, se escinden en dos familias:

a) Los que parecen arrancar directamente de T, que son, simplemente, dos:

Parisinus gr. 2074(P), del siglo XIV. Contiene sólo las *Quaestiones.*
Palatinus gr. 170(g), del siglo XV.

b) Los que proceden del famoso monje bizantino, del siglo XIII, PLANUDES, o de sus sucesores, que no se remontan directamente a T, sino a un manuscrito intermedio perdido, utilizado por el monje:

Vaticanus gr. 139 (γ), un poco posterior al año 1296.

Copias de él son:

Parisinus gr. 1680, del siglo XIV.
Marcianus gr. 248, copiado por JEAN RHOSOS en 1455.
Laurentianus 80, 5, del siglo XV. Contiene sólo los cuatro primeros libros de las *Quaestiones.*
Cantabrigensis 2601, del siglo XV. Incluye las *Quaestiones* hasta IX 5 (*synáptōn,* 740, D).
Toletanus 51, 5, de los siglos XV-XVI, y quizá: *Vaticanus gr.*, 1676 (π), del siglo XV.

Del *Laurentianus* 80, 5 parte el *Urbinas gr.* 99 (υ), del siglo xv. Contiene sólo los cuatro primeros libros de las *Quaestiones.*

Por su gran concordancia con T, el *Parisinus gr.* 1672 (E), un poco posterior a 1302, parece derivar de un ejemplar común más antiguo que γ. Contiene no sólo los *Moralia,* sino también las *Vidas paralelas.*

De menor importancia es el *Athous,* del siglo xvii, que parece depender de γ sin aportar nada nuevo.

En consecuencia, para el establecimiento del texto el códice realmente imprescindible es el T; pero, en orden a completar los pasajes que se nos han perdido, vale la pena colacionar P, g, γ y E y quizá n.

VI. *La tradición indirecta*

Entre las obras que, de una forma u otra, se han basado en las *Quaestiones convivales* cabe destacar, en primer lugar, el libro VII de los *Saturnalia* de Macrobio, que repite, a menudo, con mayor amplitud que Plutarco, muchas cuestiones suyas sin citar su fuente. Sin embargo, ello no quiere decir que Macrobio haya manejado un ejemplar distinto al nuestro de las *Quaestiones,* sino que, más bien, se ha de pensar con Fuhrmann [84] en una utilización bastante libre de un manuscrito emparentado con T, pero con menos errores que él.

Algo así, también, debió de ocurrir con la obra de Michel Psellus *Omnifaria Doctrina;* con la de Eustacio, que continuamente alude a nuestra obra; con la *Varia Historia*

[84] *Plutarque, Propos de Table,* vol. IX, París, 1972, pág. XXXI.

de Eliano; el *Pedagogo* y *Stromateis* de Clemente de Alejandría; el tratado *Sobre la abstinencia* de Porfirio, y *Los Deipnosofistas* de Ateneo [85].

VII. *Ediciones y traducciones*

La *editio princeps* de los *Moralia* la llevaron a cabo en Venecia, en 1509, Aldo Manucio y Demetrio Ducas. Posteriormente, con las correcciones efectuadas por diversos eruditos del Renacimiento entre los que hay que destacar a Leonico Tomeo, Froben dio a la luz en Basilea, en 1542, una segunda edición, que, junto con la traducción latina, de Xylander, probablemente, sirvió de fundamento a Amyot para publicar su traducción en 1572, año que vio también la edición grecolatina de Henri Estienne, base de las ediciones modernas.

De un año más tarde data la traducción de Cruserius. En 1574 Xylander publicó una edición y, en 1599, aparece la edición de Francfort, que no es otra cosa que la incorporación de la traducción de Xylander al texto de Estienne. Sin fecha se ha de considerar la edición de Wittenberg, que Hutten estima como obra de Melanchton. El año 1642 conoce una edición de los *Moralia* de Rualde, y el 1774 la de Reiske, obra póstuma.

A D. Wyttenbach (Oxford, 1795-1830; Leipzig, 1796-1834) le corresponde el honor de haber preparado la primera edición crítica, a la que siguen las de Hutten (1798), Duebner (Didot, 1839-1846), Bernardakis (Teubner, I,

---

[85] Véase al respecto el artículo de M.ª Dolores Gallardo, «Los *Simposios* de Luciano, Ateneo, Metodio y Juliano», *Cuad. Filol. Clás.* , 239-296, concretamente pág. 252.

1888-1896); y, en lo que respecta a las *Quaestiones convivales,* la de Hubert (Teubner, II, tomo IV, 1938), y, finalmente, en época más reciente, la de E. L. Minar, F. H. Sandbach, P. A. Clement y H. P. Hoffleit (Loeb Class. Libr., VIII y IX, 1961-1969) y la de F. Fuhrmann (Les Belles Lettres, IX^1 y IX^2), ambas con traducción. La traducción de Fuhrmann, inmejorable por la riqueza de notas que sus páginas contiene, abarca, por desgracia, solamente los seis primeros libros de las *Quaestiones convivales.*

VIII. *Nuestra traducción*

Nuestra traducción que, creemos, es la primera que se publica en castellano, se basa fundamentalmente en la edición de C. Hubert; si bien en ningún momento hemos desatendido la inglesa y la francesa citadas en último lugar. Las variantes elegidas se consignan en las notas, en tanto que las conjeturas personales se indican a continuación.

Antes de cerrar la Introducción deseo mostrar mi agradecimiento a mis amigos Alfredo Róspide, Miguel Ángel Rivera, Francisco Gilabert, Luis Muñoz y Lucio Mora, que en todo momento me han ayudado tan desinteresadamente. Quisiera, por último, aunque no sea costumbre hacerlo en una traducción, dedicársela a mis amigos Antonio Plaza y Conchita Trenado, que cumplen a la perfección con el primer y más importante requisito de un banquete tal como Plutarco lo entendía y que no es otro que el de ser unos extraordinarios anfitriones.

NOTA TEXTUAL

	Otros editores	Nuestra lección
621D	παιδιάν] ⟨γῆν⟩ Doe.	παραλίαν La suprimimos.
640D	†ὥσπερ τὰ φλοιώδη καὶ νοτερὰ καὶ τὰ μαλακὰ...†	†ὥσπερ τὰ φλοιώδη καὶ νοτερὰ· καὶ γὰρ μαλακὰ...†
646B	ἧ] χρίματα Cobet, χρίσματα Steph.	ἡ χρώματα T
650B	ἀβαφῆς Steph., ἀναφῆς Hubert ἀδρανῆς Fuhrmann	ἀναρῆς
671B	οὔ⟨τω⟩ Po.,; ὧδέ που Basil. ὧδέ πως Wyttenbach, οὐ⟨κ εἰκῇ⟩ Hubert	οὕτως
695B	λέγεσθαι,] ⟨καὶ⟩ Re.	λέγεσθαι· La suprimimos.

BIBLIOGRAFÍA

Z. ABRAMOWICZÓWNA, *Commentarius criticus et exegeticus ad Plutarchi Quaestionum Convivalium I et II,* Torun, 1960 (en polaco, con un resumen en latín).

—, «Plutarchs *Tischgespräche*», *Altertum* VIII (1962), 80-88.

R. AULOTE, *Amyot et Plutarque: la tradition des Moralia au XVIe siècle,* Ginebra, 1965.

R. H. BARROW, *Plutarch and his times,* Londres, 1967.

H. BOLKESTEIN, *Adversaria critica et exegetica ad Plutarchi Quaestionum Convivalium librum primum et secundum,* tesis doct., Amsterdam, 1946.

A. BRAVO GARCÍA, «El pensamiento de Plutarco acerca de la paz y la guerra», *Cuad. Filol. Clás.* V (1973), 141-191. (Resumen de su tesis doctoral.)

H. DÖRRIE, «Die Stellung Plutarchs im Platonismus seiner Zeit», en *Festschrift Merlan,* Berlín, 1970, págs. 36 y sigs.

M. R. FLACELIÈRE, «État présent des études sur Plutarque», en *Actes du VIIIe Congrès de l'Association Guillaume Budé,* París, 5-10 abril, 1968, págs. 483-506.

M.ª D. GALLARDO, «Estado actual de los estudios sobre los *Simposios* de Platón, Jenofonte y Plutarco», *Cuad. Filol. Clás.* (1972), 127-191.

E. GRAF, «Plutarchisches», en *Commentationes O. Ribbeck oblatae,* Leipzig, 1888, págs. 59-71.

J. J. HARTMAN, *De Plutarcho scriptore et philosopho,* Leiden, 1916.

R. HIRZEL, *Der Dialog,* 2 vols., Leipzig, 1895.

C. HUBERT, *De Plutarchi Amatorio,* tesis doct., Berlín, 1903.

—, «Zur Entstehung der *Tischgespräche* Plutarchs», *Khárites für Leo* (Berlín, 1911), 170-187.

—, «Zur indirekten Überlieferung der *Tischgespräche* Plutarchs», *Hermes* 73 (1938), 307-328.

R. M. JONES, *The Platonism of Plutarch,* Chicago, 1916.

C. KAHLE, *De Plutarchi ratione dialogorum componendorum,* tesis doct., Gotinga, 1912.

W. KIAULEHN, *De scaenico dialogorum apparatu capita tria* (Phil. Hal. XXIII, 2), tesis doct., Gotinga, 1912.

J. MARTIN, *Symposion. Die Geschichte einer literarische Form* (Stud. zur Gesch. u. Kult. des Altert. XVII), Paderborn, 1931.

F. MARTÍN GARCÍA, «Las *Cuestiones Convivales* de Plutarco: Estructura, Fuentes y Finalidad de la obra», *Revista del Colegio Universitario de Ciudad Real* 2 (1983), 109-134.

—, «Análisis estructural de los personajes en las *Cuestiones Convivales* de Plutarco» (en prensa).

G. SOURY, «Les *Questions de Table* de Plutarque», *Rev. Ét. Gr.* LXII (1949), 322-326.

FR. ULRICH, *Entstehung und Entwicklung der Literaturgattung des Symposions,* 2 vols., Würzburgo, 1908/9.

R. VOLKMANN, *Leben, Schriften und Philosophie des Plutarch von Chaeronea,* 2 vols., Berlín, 1869.

U. VON WILAMOWITZ-MOELLENDORFF, *Commentariolum grammaticum,* Gotinga, 1889.

D. WYTTENBACH, *Lexicon Plutarcheum,* 2 vols., Hildesheim, 1962 (= 1830).

K. ZIEGLER, *Plutarchos von Chaironeia,* Stuttgart, 1949.

—, «Plutarchos», en PAULY-WISSOWA, *RE.*, XXI, 1, 1951, cols. 636 y sigs.

LIBRO I

INTRODUCCIÓN

612C

Algunos afirman, Sosio Seneción [1], que el proverbio: «odio al bebedor de buena memoria» [2] se dice de los posaderos [3], por ser un tanto cargantes e incorregibles a la ho-

[1] Sosio Seneción, a quien Plutarco, aparte de la presente obra, dedicó el opúsculo *De profectibus in virtute* (o *Cómo percibir los propios progresos en la virtud* [B.C.G. 78]) y, al parecer, las *Vidas paralelas*, fue amigo íntimo y colaborador del emperador Trajano. Desempeñó el cargo de cónsul en los años 99, 102 y 107, y en el 106 tuvo una brillante actuación como almirante en la batalla contra los dacios. Platónico «modernizado» y enemigo de todo dogmatismo, así como de los estoicos, parece haber ejercido la influencia ética de su amigo Plutarco sobre el propio emperador.

[2] Dicho proverbio, poético en opinión de LUCIANO, *Banquete* III 1, 2, se encuentra, además, en E. DIEHL, *Anthologia Lyrica Graeca*, Leipzig, 1942, fr. 160 = D. L. PAGE, *Poetae Melici Graeci*, fr. 1002, ESTOBEO, *Eclogarum Physicarum et Ethicarum Libri II, III, 18, 27 (cod. S; om M A) III 520*, ed. de HENSE, Leipzig, 1884-1923, y MARCIAL, I 27, 7.

[3] El vocablo *epístathmos* ha planteado y sigue planteando serios problemas de interpretación. Su equivalencia con «simposíarco», como refleja P. A. CLEMENT en su traducción (*master of ceremonies*), no parece correcta, pues ya H. BOLKESTEIN, *Adversaria critica et exegetica ad Plutarchi Quaestionum Convivalium librum primum et secundum*, tesis doct., Amsterdam, 1946, págs. 48-48, anota que este término jamás ha signifi-

ra de beber. En efecto, los dorios de Sicilia, según parece,
D llamaban al posadero «el de buena memoria». Otros, en cambio, piensan que el proverbio recomienda olvidarse de lo que se dice y hace durante la bebida [4]. De ahí que las tradiciones patrias consagren a la divinidad, juntos, el olvido y la cañaheja [5], por estimar que o no se debe recordar ninguno de los excesos cometidos con el vino o, en última instancia, no requieren más que una leve e infantil reprimenda. Y como tú también opinas que el olvido de las excentricidades es en realidad prudente, según Eurípides [6],

---

cado tal cosa ni en nuestro autor ni en ningún otro, sino «soldados hospedados en una ciudad». Para BOLKESTEIN, *ibid.*, pág. 48, el término es el nombre de cierto magistrado que estaría a cargo de los pesos y al que identifica con un *mnā́mōn*, funcionario al frente del registro entre los dorios. Más problable nos parece la explicación de B. A. VAN GRONINGEN, «*Miséō mnā́mona sympótān*», *Mnemosyne* XII (1959), 136-7, quien lo traduce por «posaderos», como Amyot, versión seguida por Fuhrmann y que adoptamos nosotros.

[4] Así lo entienden LUC., *Banqu.* III 1, 2; ANTÍPATRO, *Antología Palatina* XI 31, 4, refiriéndose a los «bebedores de agua»; MARC., I 27, 7 y II 533 (71c) de E. L. LEUTSCH-F. G. SCHNEIDEWIN, *Corpus Paremiographorum Graecorum*, 2 vols., Gotinga, 1839.

[5] Plutarco, como hace notar Fuhrmann, ha fundido en uno los dos significados de *nárthēx* («férula» y «cañaheja»). Que Dioniso y el «olvido» estaban íntimamente relacionados, lo corroboran los descubrimientos epigráficos. DIODORO, IV 6-7, explica por qué el *nárthēx* se asocia al dios: cuando el vino se descubrió, los hombres, como aún no conocían su mezcla con el agua, lo bebían puro en gran cantidad hasta el punto de enloquecer y golpearse unos a otros con sus bastones de madera llegando a herirse e, incluso, matarse. Preocupado Dioniso por la situación, les enseñó a usar el *nárthex*, con lo que, en lo sucesivo, pudieron seguir bebiéndolo puro sin lastimarse. Ello indica que Plutarco arranca de una tradición común a los griegos.

[6] *Orestes* 213: «¡Oh soberano Olvido de los males, qué sabio eres!» (trad. de C. GARCÍA GUAL en B.C.G. 22; sobre el valor de dicha invocación, cf. su n. 9).

pero que olvidar por completo lo que acontezca con el vino es no sólo enfrentarse al reconocido dicho de que la mesa hace amigos, sino también tener en contra como testigos a los más afamados filósofos: Platón, Jenofonte, Aristóteles, Espeusipo, Epicuro, Prítanis, Jerónimo y Dión el E de la Academia [7], según los cuales es una labor que merece

[7] Los únicos *Banquetes* bien conocidos son los de Platón y Jenofonte. Del de Epicuro tenemos noticia por el propio PLUTARCO, *Quaest. conv.* 652A y 653B, y *Moralia* 1109E, y por otros autores antiguos, y del de Aristóteles por ATENEO, 674F-675A.

ESPEUSIPO (*ca.* 410-339). Era hijo de Potone, sobrina de Platón, a cuya muerte (347) le sucedió como director de la Academia. Su elección no parece haber sido muy acertada, ya que provocó la retirada de Atenas de Aristóteles y Jenócrates, los miembros más cualificados para desempeñar el cargo. Sus escritos los enumera DIÓGENES LAERCIO en su lib. IV.

PRÍTANIS (s. III a. C.). Según POLIBIO, V 93, 8, Antígono Dosón, rey de Macedonia, encargó a Prítanis, ilustre representante de la escuela peripatética, la nueva legislación de Megalópolis, destruida por Cleómenes IV, rey de Esparta. Sobre la fecha de su nacimiento, cf. el artículo que le dedica K. ZIEGLER, en PAULY-WISSOWA, *RE.*, s.v.

JERÓNIMO DE RODAS (*ca.* 290-230). Perteneciente a la misma escuela que el anterior e historiador de la literatura, era contemporáneo de Antígono Gonatas, a cuyo círculo literario perteneció en Atenas. Su formación filosófica, más bien ecléctica, lo separó del Perípato, granjeándose la enemistad de su director, Licón. Hombre sabio y ameno en opinión de Cicerón. Los eruditos modernos, sin embargo, lo tildan de embustero y malicioso debido a su afán por los chismes relacionados con la vida amorosa de los grandes personajes, si bien se ha de comprender que estos temas interesaban a los escritores peripatéticos de su época. Respecto a sus escritos, cf. *RE.*, s.v.

DIÓN DE ALEJANDRÍA (s. I. a. C.). Seguidor de la Academia, amigo y discípulo de Antíoco de Ascalón, fue envenenado en Roma en el año 56 por instigación de Tolomeo Auletes durante la embajada que tenía por objeto, precisamente, la destitución de este rey. En ATEN., 34B, Dión admira de los egipcios el que hayan inventado para los pobres el vino de cebada.

la pena conservar por escrito las conversaciones mantenidas durante la bebida, y como creíste que debía yo recoger lo esencial de los temas que de un modo informal se trataron tanto en Roma [8] con vosotros, como entre nosotros en Grecia sentados a una mesa y con una copa en las manos [9], puse manos a la obra, y te llevo ya enviados tres libros con diez cuestiones cada uno y te enviaré también enseguida los restantes, si crees que ellas no carecen totalmente del encanto de las Musas y de Dioniso.

CUESTIÓN PRIMERA [10]

De si se debe filosofar durante la bebida

Conversan ARISTÓN, PLUTARCO, CRATÓN y SOSIO SENECIÓN

1. De todas, la primera cuestión que se plantea atañe al filosofar durante la bebida. Sin duda recuerdas que, cuando en Atenas se suscitó un debate tras la cena, sobre si habían de mantenerse conversaciones filosóficas con el
F vino y qué medida deberían observar quienes las man-

[8] De los viajes de Plutarco a Roma tenemos noticia por los siguientes pasajes: DEMÓSTENES, II 2, PUBLÍCOLA, XV 4 ss., y *Mor.* 522D, 727B y 973E.

[9] Un banquete griego consta de dos partes: durante la primera, o «primeras mesas», se servía a los comensales en pequeñas mesas adosadas a los triclinios la comida propiamente dicha, mientras que en la segunda, o «segundas mesas», los postres y golosinas, así como el vino que se mezclaba con agua en crateras. Plutarco alude a la segunda parte, el «simposio» en sentido estricto.

[10] Cuestión imitada por MACROBIO, *Saturnalia* VII 1.

tuvieran, Aristón [10 bis], allí presente, dijo: «¡Por los dioses!, ¿hay, efectivamente, quienes no concedan un sitio a los filósofos mientras se bebe?» Y repliqué yo: «Pues claro que los hay, amigo, y además afirman, en un tono irónico muy respetable, que la filosofía, como el ama de casa [11], 613A no debe dejarse oír con el vino, y que los persas, rectamente en su opinión, no suelen emborracharse ni bailar con sus esposas, sino con sus concubinas, y nos recomiendan que también nosotros hagamos precisamente lo mismo, que acojamos en los banquetes la música y la comedia, pero que no toquemos la filosofía, puesto que ni ella es apropiada para compartir nuestras bromas, ni nosotros en una situación tal nos comportamos seriamente. Pues arguyen que ni siquiera Isócrates, el sofista, aceptó, a pesar de que se lo pedían, hablar nada durante la bebida, salvo esto sólo: 'Para lo que yo soy experto, no es el momento oportuno; para lo que es el momento oportuno, no soy yo experto' [12].»

2. Y Cratón [13] a gritos exclamó: «Y muy bien que hizo, por Dioniso, en jurar que no hablaría, si iba a com- B

[10bis] Personaje conocido sólo por este pasaje. ZIEGLER, en *RE.*, s. v., lo identifica con el Aristón de *Mor.* 965C, a quien el padre de Plutarco llama su *anepsiós*.

[11] El ama de casa estaba excluida de los certámenes gimnásticos y del banquete. Asistía únicamente a fiestas de carácter familiar, y comía sentada como los muchachos, a diferencia de los hombres que lo hacían reclinados.

[12] Casi textualmente recoge la anécdota PSEUDO-PLUTARCO en la *Vida de Isócrates* 37. Según este biógrafo, el banquete fue ofrecido por Nicocreonte, tirano de Chipre, en su casa.

[13] Yerno de Plutarco, según *Quaest. conv.* 620A; participa en las conversaciones de este banquete y en las de II 6, en casa de Sóclaro. Asiste

poner períodos tales con los que fuera a desterrar del banquete a las Gracias [14]. Pero pienso que no es lo mismo excluir del banquete la palabra de un rétor que la del filósofo, y que es otra la labor de la filosofía, cuyo arte, por versar sobre la vida [15], es natural que no se desligue de cualquier diversión o placer que entrañe un pasatiempo, sino que esté presente, poniendo en todo mesura y decoro; o, de lo contrario, reconozcamos que no se debe admitir ni la templanza ni la rectitud en los banquetes, por considerar ridícula en ellos la seriedad. Pues si, como los que hospedaron a Orestes [16] en el Tesmotetio, fuéramos a comer y beber en silencio, tendríamos aquí un alivio nada desafortunado de la ignorancia. Y si Dioniso es el Liberta-
c dor y Liberador de toda preocupación y, en especial, el que quita las bridas de la lengua y otorga plena libertad a la palabra [17], considero necio e insensato privar de los mejores motivos de conversación a una ocasión pródiga en ellos y eliminar de los banquetes mismos la filosofía, como si

---

sin hablar al banquete de IV 4, donde se nos da a entender que era médico de profesión.

[14] Isócrates era aficionado a los períodos dilatados, a veces vacíos y tópicos (A. Lesky, *Historia de la literatura griega*, trad. esp., Madrid, 1968, pág. 621).

[15] Tal definición de la filosofía corresponde a la escuela estoica.

[16] La historia nos es relatada por Fanodemo (F. Jacoby, *Fr. Gr. Hist.*, III, B, 325, 11 = Aten., 437C-D), Apolodoro, II B, 244, 133, y Eurípides, *Ifigenia entre los tauros* 940 ss.: Orestes, después de matar a su madre, es encaminado por Apolo a Atenas. Allí, tras una acogida poco grata, algunos, compadecidos, le permitieron comer y beber en silencio. Lo que no se ajusta bien al relato es la indicación del Tesmotetio, edificio donde se reunían en época clásica los seis arcontes encargados de revisar anualmente las leyes. Según Fuhrmann, Plutarco lo ha confundido con el lugar público que precedió al Pritaneo de la democracia.

[17] Dioniso, dios del vino, nos libera de penas y preocupaciones.

no pudiera confirmar de hecho lo que enseña de palabra, mientras andamos buscando en nuestras charlas sobre los deberes convivales cuál debe ser la cualidad de un comensal y cómo hay que hacer uso del vino.

3. »Y cuando tú dijiste que no valía la pena discutir sobre esas minucias con Cratón, y sí, en cambio, buscar un límite y tipología de los temas filosóficos tratados durante la bebida que eviten ese acertado dicho humorístico, dirigido no sin gusto a los polemistas y retorcidos:

Y ahora id a cenar, para que trabemos combate[18], D

y cuando nos animaste a hablar, dije yo que, en mi opinión, lo primero que había de investigarse era el talante de los asistentes: pues en el caso de que el banquete acoja a una mayoría de aficionados a la dialéctica, como el de Agatón a los Sócrates, Fedros, Pausanias, Erixímacos, y el de Calias a los Cármides, Antístenes, Hermógenes u otros más o menos parecidos a éstos, les permitiremos filosofar, mezclando a Dioniso con las Musas no menos que con las Ninfas[19], ya que éstas nos lo hacen entrar en nuestro cuerpo sereno y tranquilo y aquéllas en nuestras almas en verdad melifluo y alborotador. Pues, aun cuando asis- E

---

[18] *Il.* II 381. Un ejemplo de tal aserto es el *Banquete* de Luciano, donde los filósofos asistentes acaban malheridos a causa de la reyerta suscitada entre ellos. Como es natural, el de Samosata está ridiculizando las distintas escuelas filosóficas.

[19] Lugar común que apunta a la conveniencia de compaginar la conversación (Musas; en Heliodoro, *Las Etiópicas* V 16, 4, se la designa con el nombre de Hermes, dios de la elocuencia e inventor de las lenguas), con el vino, entre los griegos, como se sabe, mezcla de vino puro (Dioniso) y agua (Ninfas, divinidades acuáticas). Expresiones similares utilizan Timoteo de Mileto, en *Poet. Mel. Gr.* 780; Hel., *Etióp.* V 16, 1, y Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana* II 37.

tan algunos ignorantes, al estar rodeados, como consonantes en medio de vocales, por muchos hombres instruidos, compartirán un sonido nada inarticulado y una mutua comprensión. Mas, en el caso de que hubiese una multitud de hombres tales que tolerasen el sonido de cualquier pájaro o de cualquier instrumento de cuerda y madera mejor que la voz de un filósofo [20], será provechosa la anécdota de Pisistrato [21]. Éste, en efecto, con motivo de cierta desavenencia con sus hijos, al ver a sus enemigos alegrarse, convocando la asamblea dijo que, por su parte, quería convencer a sus hijos, pero que, como se mantenían díscolos,
F estaba dispuesto a hacerles caso y secundarles. De igual manera también un filósofo entre bebedores que no acogen favorablemente sus palabras, cambiando de rumbo los seguirá y acogerá con cariño la conversación de aquéllos, en tanto no se eche por la borda la decencia, consciente de que los hombres son oradores merced a la palabra, pero que filosofan cuando callan y bromean y, ¡por Zeus!, cuando sufren pullas o las gastan [22]. Pues si 'es de una injusti-
614A cia extrema', según afirma Platón, 'parecer ser justo cuando no se es' [23], también es de una inteligencia eminente no parecer filosofar cuando se filosofa y llevar a cabo las ta-

[20] Luciano, en *El gallo* 11, critica la inoportunidad de algunos filósofos en sus conversaciones durante el banquete: el estoico Tesmópolis, hablando de cuestiones relativas a la virtud y de silogismos, no deja disfrutar a su vecino en la mesa, el humilde zapatero Micilo, de citaristas y cantantes.

[21] La anécdota se repite en *Mor.* 189B-D y 480D-E, siendo, por lo demás, completamente desconocida.

[22] La idea de que vale la pena registrar lo que los hombres de pro hicieron tanto en serio como en broma, parte de Jenofonte, *Banquete* I 1, sin duda el modelo de nuestro pasaje.

[23] Reproducción algo libre de *República* 361a, que Plutarco vuelve a hacer en *Mor.* 50E-F y 854E.

reas de gente seria entre bromas. Pues, como las Ménades en Eurípides [24], desarmadas y sin espadas, hieren golpeando con sus tirsos a quienes les atacan, así las chanzas y las risas de los verdaderos filósofos estimulan y se atraen, en cierto modo, a los que no son del todo invulnerables.»

4. «Por lo que a mí toca, pienso que hay un género de temas convivales, de entre los cuales unos los proporciona la historia, en tanto que otros se pueden tomar de los asuntos que tenemos a mano, que contienen muchos ejemplos B varoniles y magnánimos para la filosofía, y muchos también para la piedad, y otros que provocan la emulación de hechos virtuosos y humanitarios. Si alguien consiguiera instruir a los bebedores haciendo uso de ellos sin infundir sospechas, eliminaría de la borrachera sus vicios no menores. Sin duda, los que mezclan las buglosas en el vino y rocían el suelo con infusiones de verbenas y adiantos [25], en la idea de que éstos aportan a los comensales cierta alegría y amabilidad, por pura imitación de la Helena homérica [26] que, a hurtadillas, drogó el vino puro, no comprenden que también aquel mito, tras recorrer un largo C camino desde Egipto, acabó por convertirse en tema de conversaciones convenientes y apropiadas, pues mientras bebían Helena les relata de cabo a rabo sobre Odiseo:

Qué acción efectuó y afrontó el vigoroso varón,
después de haberse golpeado a sí mismo con golpes indecorosos [27],

---

[24] *Bacantes* 734 ss.

[25] Esta propiedad de la verbena y buglosa es mencionada también por DIOSCÓRIDES PEDANIO, *De materia médica* IV 60 y 127, y PLINIO, *Hist. nat.* XXV 81 y 107.

[26] *Od.* IV 220 ss.

[27] *Ibid.*, 242 y 244.

éste, efectivamente, era, según parece, el brebaje 'analgésico' y 'tranquilizante', un relato oportuno que se ajustaba a los sufrimientos y avatares del momento. Por su parte, las gentes de gusto, aun cuando filosofen de una forma directa, en tales ocasiones guían su discurso más por el camino de la persuasión que por el violento de las demostraciones. Pues sabes que, incluso Platón, cuando en su *Banquete* dialoga sobre el fin último, el bien primero y
D trata en general de la divinidad, no estira la demostración ni se enceniza, tratando de hacer, según acostumbra, una presa firme e ineludible [28], sino que se atrae a los hombres con lazos más fluidos, como ejemplos y mitos.

5. »E incluso las indagaciones mismas deben ser más fluidas, las cuestiones comprensibles y las preguntas procedentes y nada atosigantes, para que ni angustien a los menos inteligentes ni los excluyan. Pues, al igual que es norma que los cuerpos de los bebedores se balanceen al son del baile y la danza [29], pero si les obligamos a que, puestos de pie, manejen las armas o lancen el disco, el banquete
E no sólo será desagradable, sino también nocivo, así las indagaciones ligeras excitan armoniosa y provechosamente las almas, y, por ello, hay que suprimir las conversaciones de 'pleitistas' y 'enredalotodo', en palabras de Demócri-

[28] Metáfora sacada del ámbito de la lucha. Los luchadores se echaban ceniza para evitar que el cuerpo de su adversario, ungido con aceite, se les escapara en sus presas.

[29] Era costumbre en los banquetes que los comensales se entretuvieran bailando. ATEN., 629E, enumera los distintos tipos de danza y LUCIANO, *Sobre la danza,* 34, califica a la de su época de agradable y útil. Por su parte, PLUT., *Qüaest. conv.* VII 5, como hombre moderado que era, condena en boca de Calístrato el frenético baile emprendido por los jóvenes asistentes al festín.

to [30], quienes, al extenderse en temas atosigantes y enreve-
sados, fastidian a los asistentes. Pues es preciso que, como
el vino, la conversación sea también algo común de lo que
todos participen. En cambio, los que suscitan tales cuestio-
nes en nada se mostrarían más oportunos para la convi-
vencia que la grulla y la zorra de Esopo [31]. Esta última,
derramando un graso puré de legumbres sobre una roca
lisa, ⟨convidó a la grulla, quien no se banqueteó⟩, sino
que hizo el ridículo, pues por su fluidez escapaba el puré
a su largo pico. Por ello, la grulla, a su vez, le devolvió F
la invitación, ofreciéndole la cena en una redoma de cuello
largo y estrecho, de modo que ella podía introducir fácil-
mente su pico y saborearla, y la zorra, en cambio, como
no podía, recibió la invitación merecida. Así, en efecto,
cuando los filósofos, zambulléndose en cuestiones sutiles
y dialécticas durante la bebida, importunan a la mayoría,
incapaz de seguirles, ésta, entonces, se entrega a ciertas 615A
canciones, relatos hueros y conversaciones de tiendas y pla-
zas, y acaba por perderse la finalidad de la reunión convi-
val y Dioniso resulta injuriado. Pues, como a Frínico y
Esquilo, al conducir por primera vez la tragedia al terreno
de los mitos y lo patético, se les censuró con lo de: '¿Qué
tiene que ver esto con Dioniso?' [32], así a mí al menos se
me ocurrió a menudo decir a los que arrastran al banquete

---

[30] Cf. PLUT. *Mor.* 80B, y CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromateis* I 22.

[31] La fábula no se encuentra en la colección esópica, pero la conocemos por FEDRO, I 26, LA FONTAINE, I 18, y SAMANIEGO, I 10.

[32] Frase proverbial para señalar que un episodio determinado no tiene nada que ver con Dioniso, patrono de la tragedia y comedia. En nuestro texto se alude a la introducción de escenas patéticas por parte de los autores mencionados, ausentes en trágicos anteriores. Posteriormente se llega a emplear incluso para indicar toda anécdota que se aparta del hilo del relato, como ocurre, por ejemplo, en HEL., *Etióp.* II 24, 4.

al 'Dominante' [33]: '¡Hombre! ¿Qué tiene que ver esto con Dioniso?' Porque cantar lo que llaman 'escolios' [34], puesta en medio la cratera y distribuidas las coronas [35] que
B el dios nos coloca como si nos hiciera libres, quizá ⟨sería razonable; pero, en cambio, servirse de conversaciones atosigantes durante la bebida⟩ no es ni hermoso ni propio de los banquetes.

»Puesto que efectivamente, según se dice, los escolios no eran un género de cantos compuestos de forma oscura [36], sino que, en primer lugar, todos en común cantaban una oda al dios entonando un peán al unísono y, en segundo lugar, cada uno por turno, cuando se le pasaba una rama de mirto [37], que llamaban 'ésaco' [38], creo, por can-

---

[33] Sofisma que tiene por objeto demostrar que de un posible no puede resultar un imposible, ejemplo de rebuscamiento y sutileza.

[34] Canciones de índole popular, con tema improvisado por lo común, que se entonaban al final de las comidas. De su dificultad da idea el jocoso pasaje de Aristófanes, en *Avispas* 1219 ss. Para una información más amplia sobre el tema, cf. F. Rodríguez Adrados, *Lírica Griega Arcaica*, Madrid, 1981, págs. 100 y sigs.

[35] Al empezar la bebida los comensales se adornaban con coronas, normalmente de yedra o laurel, si bien existían otros tipos, como la de apio de Anacreonte, *Poet. Mel. Gr.* 410, o de violetas (coronado de ellas y yedra se presenta Alcibíades en el banquete de Agatón: Platón, *Banquete* 212e), y una variada gama, como Plutarco, en *Quaest. conv.* III 1, indica. Según Plut., *ibid.*, 647a, y Aten., 675C-D, con su empleo se aliviaban los dolores de cabeza producidos por el vino; y Diod., IV 4, afirma que el propio Dioniso lleva diadema con el fin de evitar el dolor de cabeza propio de los que beben mucho.

[36] Precisamente el significado secundario del adjetivo *skoliós*. El primario, «sinuoso», se reseña al final de esta cuestión.

[37] Para dicha función, aparte del mirto, el comensal que designaba a su sucesor en el canto podía servirse también de una rama de laurel, siendo lo más antiguo el paso de la lira de un comensal a otro (cf. F. Rodríguez Adrados, *Orígenes de la lírica griega*, Madrid, 1976, pág. 102).

[38] Una de las diversas acepciones de este término. Un resumen de

tar el que la recibía, y como luego cuando circulaba la lira la cogía el instruido y cantaba a sus acordes, mientras que los ignorantes no la aceptaban, se le llamó escolio en razón de que el canto no era común a todos ni fácil. Otros, en cambio, afirman que la rama de mirto no avanzaba por orden, sino que se pasaba de lecho a lecho, uno por uno, pues el primero, finalizado su canto, se la remitía c
al primero del segundo lecho y aquél al primero del tercero; luego, igualmente, el segundo al segundo, y, en razón de lo retorcido y sinuoso del itinerario, según parece, se le llamó escolio.»

CUESTIÓN SEGUNDA

De si el que agasaja debe recostar personalmente a los invitados o depende de ellos mismos el hacerlo

Conversan TIMÓN, el PADRE DE PLUTARCO, PLUTARCO, LAMPRIAS y otros

1. Mi hermano Timón [39], con ocasión de dar un banquete a un gran número de personas, rogaba a cada uno

---

ellos se encuentra en Z. ABRAMOWICZÓWNA, *Commentarius criticus et exegeticus ad Plutarchi Quaestionun convivalium I et II*, Torun, 1960, págs. 32-37 = 232-233. Según P. CHANTRAINE, *Dict. Etymol.*, s. v., la etimología de *aísakos*, que parece ser un préstamo, es desconocida.

[39] Uno de los dos hermanos de Plutarco, que cuenta con una actuación más bien pobre en esta obra, dado que es conocido simplemente por esta cuestión y por la II 5; pero en *De sera numinis vindicta* (*Sobre el retraso de la venganza divina*) lleva, junto con Plutarco, el peso de la conversación, y en el diálogo perdido *Sobre el alma*, a juzgar por

de los que entraban que se colocara donde quisiera y se re-
D costara, a causa de que los invitados eran forasteros, conciudadanos, amigos, parientes y, en general, de toda clase. Cuando ya los asistentes, según lo previsto, eran muchos, un forastero como un emperejilado de la comedia [40], más chabacano aún por su atuendo presuntuoso y su comitiva de esclavos [41], llegó hasta las puertas de la sala, dirigió en derredor una mirada a los que estaban echados y no quiso entrar, sino que dándose la vuelta se retiraba. Y como se apresurasen tras él muchos, dijo que no veía digno de él el sitio que quedaba. En vista de ello los que estaban echados pedían con mucha risa,

que le despidieran de la casa con saludos y palabras de
[buen agüero [42],

el fragmento conservado en Estob., VII 21-27, parece haber sido el personaje central. Del cariño de Plutarco hacia sus hermanos dan idea las afectuosas palabras que les dedica en *De fraterno amore* (*Sobre el amor fraterno*).

[40] El adjetivo *eupáryphos* (literalmente «con ribetes de púrpura»), como prueban el testimonio de Aten., 230D, en los dos versos recogidos de Nicóstrato, comediógrafo del que sólo poseemos fragmentos (cf. T. Kock, *Comicorum Atticorum Fragmenta,* Leipzig, 1884, vol. II, página 222, y vol. III, pág. 428), y el testimonio de Pólux, VII 46, alude en la comedia al personaje presuntuoso y chabacano.

[41] Características comunes de estos nuevos ricos y de su notorio mal gusto son los lujosos y estrafalarios vestidos teñidos de púrpura y recargados con oro, el uso de llamativas diademas, suntuosas carrozas precedidas y seguidas de numeroso séquito de esclavos, dedos cargados de anillos de oro, el empleo de copas de oro y mesas con pata de marfil en los banquetes para deslumbrar a sus invitados, su forma de andar afeminada, y por lo general su carácter de forasteros en las ciudades donde se lucen. A este respecto, cf. los siguientes pasajes: Aristóf, *Avispas* 1168 ss.; Hel., *Etióp* II 25, 1 (refiriéndose a una mujer tracia, Rodopis), y V 18, 6; y Luciano, *Nigrino* 13 y 21, *El gallo* 12, 14 y 24, y *Timón* 20.

[42] Trímetro yámbico procedente de la obra perdida de Eurípides, *Cres-*

pues, efectivamente, había muchos que se habían pasado E
un poco en la bebida.

2. Y cuando lo concerniente a la cena tocaba a su fin, mi padre [43] dirigiéndose a mí, que estaba echado más lejos, dijo: «Timón y yo te hemos hecho juez de nuestra disputa; hace rato, en efecto, que le vengo regañando a causa del forastero. Pues si hubiera dispuesto desde el principio, como yo le aconsejaba, los lechos, no hubiéramos estado sometidos a una rendición de cuentas por desorden ante un hombre experto:

en ordenar carros y hombres escudados [44].

»Cuentan también, por cierto, que el general Paulo Emilio, cuando, tras aplastar a Perseo en Macedonia [45], celebraba festines haciendo gala de un orden admirable en todo y de una magnífica disposición, dijo que correspondía F

fontes (A. Nauck, *Tragicorum Graecorum Fragmenta,* 2.ª ed., Leipzig, 1889, fr. 449).

[43] El padre de Plutarco asiste a este banquete y al de II 8, donde se muestra un experto en materia hípica; en III 7, habla sobre el mosto; en III 8, exhibe su conocimiento de los *Problemata* pseudo-aristotélicos, y en III 9 interviene con humor. Junto a estos pasajes, en los que el padre se nos manifiesta como un hombre práctico, en los *Praecepta gerendae rei publicae* (*Consejos políticos*) Plutarco nos lo presenta como persona seria y buen consejero respecto a los defectos de presunción y envidia. Curiosamente su nombre no lo menciona Plutarco en lugar alguno, pero Mohl y Hartmann (cf. el art. de Ziegler, «Plutarchos», en Pauly-Wissowa, *RE.,* col. 644) basándose en la relación familiar de nombres propios, llegan a la conclusión de que debía de llamarse Autobulo.

[44] *Il.* II 554.

[45] Batalla de Pidna (168 a. C.), cf. Apiano, *Historia romana: Sobre Macedonia* 19, *Sobre Siria* 29, *Sobre Iliria* 9-10. Una exposición minuciosa de ella se puede leer en Plutarco, *Paulo Emilio* XIX ss.

al mismo varón darle a la tropa la formación más temible
y al banquete la más agradable, pues ambas cosas concier-
nen a la buena organización. Y el poeta suele denominar
'ordenadores de pueblos'[46] a los mejores y más regios.
616A También vosotros[47], sin duda, afirmáis que el gran dios,
gracias a la buena disposición transformó el desorden en
orden, sin suprimir nada de lo que existía, ni añadirle na-
da, sino que, con sólo colocar cada cosa en el lugar conve-
niente, consiguió, para la naturaleza, de la más informe
la más hermosa figura. Pero estas cosas tan respetables
e importantes las aprendemos de vosotros. Por nuestra par-
te, vemos que incluso el dispendio en las cenas no tiene
nada de agradable ni de distinguido, si no participa de una
organización. Y es, por ello, ridículo que, por un lado,
importe tanto a los cocineros[48] y a los que atienden la
mesa qué servirán primero o segundo o en medio o al final
y que, ¡por Zeus!, haya un lugar y disposición para el per-
B fume, las coronas y la citarista[49], en el caso de que esté

---

[46] *Il.* I 16, 375, etc.

[47] Posiblemente, el padre se refiere a Plutarco y a su hermano Lamprias, platónico y peripatético respectivamente.

[48] La Comedia Nueva es nuestro mejor informador en lo tocante a la importancia que en Grecia se concedía a los cocineros: solían ser asalariados de quienes dependía el resto del personal destinado a la cocina, esclavos normalmente, eran fanfarrones y se jactaban de su trabajo, al que consideraban un arte y una ciencia, así como madre de toda cultura. Por el lenguaje poético y mitológico que a veces empleaban, parece que eran algo instruidos, razón por la cual menospreciaban y trataban groseramente a sus subalternos.

[49] Indispensables en un banquete eran las coronas y perfumes con que se adornaban y ungían los comensales (ARISTÓFANES, *Las asambleístas* 1117, y *Acarnienses* 1085 ss.). Los encargados del reparto de coronas y de las unciones de perfume eran o bien mujeres (ARISTÓF., *ibid.*, 834) o mozos (FILÓXENO DE LÉUCADE, *PMG* 836b). En la plaza de cualquier

presente, y que, por otro, en cambio, tras recostar a los invitados al tuntún y como salga, se les eche de comer, sin conceder ni a la edad ni al cargo ni a cualquier otra prerrogativa el puesto adecuado —en el que es distinguido el de primer rango, se habitúa el de segundo—, ni se ejercita el que organiza en orden a la elección y buen tino de lo conveniente. Pues no hay un asiento ni un puesto preferentes para el mejor, en tanto no hay un lecho en el banquete. Ni el que da el banquete brindará [50] a la salud de uno antes que a la de otro, en tanto mire de lado las diferencias en lo tocante a los lechos, descubriendo ya desde su inicio al banquete como la llamada 'una sola Mícono'» [51]. En resumen, tal era la causa que defendía mi padre.

---

ciudad se establecían gran número de vendedoras de coronas para banquetes y fiestas en general, según el testimonio de Aristófanes, *Tesmoforiantes* 443-458. En lo relativo a las citaristas consúltense los pasajes de Platón, *Protágoras* 347d, donde conceptúa de gente sin conversación a los que las utilizan en los banquetes, y de Aristóteles, *Constitución de los atenienses* 50, 2, quien habla de su remuneración.

[50] Cuando la copa circulaba (Luc., *Banqu.* 15), era costumbre que se brindase ya sea por los amigos (Caritón de Afrodisias, *Quéreas y Calírroe* I 13, 2), ya por el amado (*PMG* 407) o por la amada (Luciano, *Historias Verdaderas* 25). Al brindis acompañaba el regalo de la copa.

[51] Una de las islas Cícladas, no lejos de Delos y Paros. Según Aten., 8A; Eustacio, 1828, 8, en Focio, y Juliano, XII 20, sus habitantes eran motejados de tacaños, ignorantes y estúpidos. Si la conjetura de Hemsterhuys es válida, el proverbio se halla en Luciano, *Diálogo de los muertos* I 3. El sentido exacto de esta frase varía según los autores: Estrabón, X 5, 9, alega que se aplica a los que engloban en un solo título incluso lo que por naturaleza se encuentra separado; Zenobio (en Leutsch-Schneidewin, *Corp. Parem. Gr.*, vol. I, pág. 122) considera el proverbio la respuesta del oráculo a los hijos de Neleo, Hegetor e Hipocles, sobre cuáles eran las islas de Hegetor, quien sólo se había apoderado de Mícono. Abramowiczówna, *Commentarius...*, pág. 42 = pág. 233, estima que su sentido arranca del propio nombre de la isla que, según Hesiquio, equivaldría a «pila», «montón».

C 3. Por su parte, mi hermano dijo que no era más sabio que Bías [52], de suerte que, mientras aquél rehusó el arbitraje entre dos amigos, se convirtiese él mismo en juez de tantos familiares y, a la vez, de tantos amigos, para decidir no sobre dinero, sino sobre primacías, como si los hubiese invitado no con el fin de testimoniar su amistad a los íntimos, sino con el de importunarlos. «Excéntrico, sin duda, dijo, y proverbial fue Menelao [53], si se convirtió, de hecho, en consejero sin ser invitado; pero es más excéntrico el que, en lugar de anfitrión, se hace juez y árbitro a sí mismo de personas que no se han puesto en sus manos, ni están sujetas al juicio de quién es mejor que quién o peor. Pues no se han presentado a una competición, sino
D que han venido a una cena. Pero es que ni siquiera es fácil la decisión, ya que unos se diferencian por la edad, otros por su poder, otros por la amistad y otros por el parentesco, sino que es preciso, lo mismo que quien se ejercita en una argumentación comparativa, tener a mano los *Tópicos* [54] de Aristóteles o los *Dominantes* [55] de Trasímaco, sin que por ello se obtenga utilidad alguna, sino que se traslada a los banquetes la vana reputación desde el ágora y los teatros, y, mientras se intenta alejar las demás pasiones merced a la convivencia, se vienen a restaurar esos humos y pienso que conviene que, una vez se los hayan lavado por completo del alma, mucho más que el barro de los pies, se comporten entre sí durante la bebida con natu-

[52] Uno de los siete sabios. La anécdota nos la transmite también Dióg. Laer., I 5, 87.

[53] *Il.* II 408.

[54] Obra de Aristóteles cuya meta es intentar conseguir en cualquier cuestión afirmaciones verosímiles sin incurrir en contradicciones.

[55] Obra desconocida.

ralidad y sencillez. Y he aquí que, mientras intentamos suprimir de los invitados la enemistad procedente de cualquier resentimiento o dificultad, la inflamamos y reavivamos de nuevo mediante la rivalidad, al humillar a unos y ensalzar a otros. Pero es que si a la distribución de lechos [56] acompañan brindis y servicios demasiado continuados, amén de intimidades e interpelaciones, se nos convertirá completamente en un banquete de sátrapas más que de amigos. Y si en lo demás guardamos la igualdad entre los hombres, ¿por qué no, comenzando de una vez por aquí, les acostumbramos a recostarse uno junto a otro sin humos y sin afectación, porque ven ya desde las puertas que la cena es democrática y no posee un sitio privilegiado, cual acrópolis, en el que recostado el rico se envanezca ante los más humildes?» E F

4. Y cuando también esta opinión se expresó y los presentes reclamaban la sentencia, declaré yo, elegido árbitro, no juez, que caminaría por la vía de en medio. «Efectivamente, dije, cuando se dé un banquete a jóvenes, conciudadanos y amigos, hay que acostumbrarles a que, como 617A
dice Timón, haciendo ellos del buen humor un hermoso viático de la amistad, se asignen el lugar que encuentren sin afectación y sin humos. Pero si filosofamos entre forasteros o magistrados o ancianos, temo que demos la impresión de introducir con una enorme indiferencia los humos por la puerta lateral, mientras tratamos de impedirles la entrada por la principal. En esto se ha de dar su parte a la costumbre y a la norma. O eliminemos los brindis y las interpelaciones, con cuyo uso precisamente honramos

[56] Sobre la colocación de los invitados conforme a su dignidad, cf. Luc., *Banqu.* 8.

no al primero con quien topamos ni indiscriminadamente, sino sobre todo, como es tradición:

con asientos, carnes y más copas[57],

según dice el rey de los griegos, quien pone en destacado
B honor al orden. Elogiamos también a Alcínoo, por sentar al forastero junto a sí:

levantando a su hijo, al corajudo Laomedonte,
que cerca de él estaba sentado y a quien especialmente [amaba[58].

Pues el sentar al suplicante en el lugar de la persona amada es delicadamente correcto y humanitario. E, incluso, entre los dioses existe una distinción tal. Pues, efectivamente, Poseidón, aun cuando se presentó el último a la asamblea:

tomaba asiento, como es natural, en medio[59],

por ser éste el lugar que le correspondía. Y Atenea aparece ocupando el sitio distinguido, cercano siempre a Zeus. Además, también esto lo deja entrever el poeta, por lo que dice sobre Tetis:

C *y ésta, como es natural, se sentaba junto al padre Zeus, [y Atenea le hizo sitio*[60],

y expresamente Píndaro dice:

Del rayo que respira fuego
ella muy cerca sentada[61].

---

[57] *Il.* VIII 162, y XII 311.

[58] *Od.* VII 169-70.

[59] *Il.* XX 15.

[60] *Ibid.*, XXIV 100.

[61] Fragmento de una poesía desconocida (*ÁDĒLA* IV 28, Puech, 146 Snell, 133 Bowra, citado por Arístides, II 305, 21, Keil).

»Sin embargo Timón dirá que, por asignárselo a uno solo, no hay que quitarle a los demás su honor. Cosa que precisamente parece hacer él más bien. Pues lo quita el que hace común lo privado (y privado es lo de cada uno según su mérito) y otorga a la carrera y a las prisas el premio debido al mérito, al parentesco, al cargo y a prerrogativas tales [62]. Y dando la impresión de rehuir el causar molestias a los invitados, más contra sí las concita, pues los molesta al privar a cada uno de su honor habitual. Por lo que a mí respecta, no creo que sea demasiado difícil lo tocante a la selección, porque, en primer lugar, D
no es fácil que concurran muchos rivales en méritos en una invitación; después, como son numerosos los sitios de honor, si alguien es capaz de tener buen tino, no hay envidias en el reparto, siempre que dé a cada uno de los llamados 'respetables' este sitio porque es el primero, ese otro porque es el central, aquél porque está a su lado o junto a un amigo o familiar o su maestro, y a los demás regalos y amabilidad, [un sosiego sin molestias más que el honor]. Pero, en el caso de que los méritos sean indiscernibles y los hombres quisquillosos, mira qué ardid empleo. En tal caso, a mi padre, si estuviera presente, llevándomelo al sitio más distinguido, lo recuesto, y si no, al abuelo o al suegro o al hermano de mi padre o a alguno de los que E
poseen ante quien los recibe una preeminencia de honor reconocida y peculiar, tomando este precepto de los que están establecidos en Homero. Pues allí también, por cierto, Aquiles, al ver a Menelao y Antíloco disputar por el segundo premio de la carrera de carros [63] y temeroso de

[62] Plutarco está reproduciendo ideas que su maestro Platón repite frecuentemente a lo largo de su obra. Cf., por ejemplo, *Rep.* 496a.

[63] *Il.* XXIII 534 ss.

que llegaran a más en su enojo y porfía, decide conceder el trofeo a otro, aparentemente por compadecer y honrar a Eumelo, pero de hecho por suprimir el motivo de la disputa de aquéllos.»

5. Y mientras yo hablaba así, Lamprias [64], desde un lecho suplementario en el que estaba sentado, a grandes gri-
F tos, como acostumbraba, preguntaba a los presentes si le permitían amonestar a un juez que desbarraba. Y como todos le rogasen que empleara la franqueza y no le compadeciese, dijo: «¿Pero quién podría compadecerse de un filó-
618A sofo que distribuye sitios en un banquete, como en un teatro, entre familias, fortunas y cargos o da las proedrías de los decretos anfictiónicos [65], para que ni en la bebida escapemos a los humos? Porque ni los repartos de lechos deben hacerse de acuerdo con lo distinguido, sino con lo

[64] El otro hermano de Plutarco, muy apreciado por él, como se desprende por la cantidad de banquetes en los que toma parte (cf. nuestro Índice de nombres). Interviene también con un importante papel en *De E apud Delphos* (*Sobre la E de Delfos*), *De defectu oraculorum* (*Sobre la falta de oráculos*), *De facie in orbe lunae* (*Sobre la cara de la luna*), y *De communibus notitiis adversus stoicos* (*Sobre las nociones comunes, contra los estoicos*). Al igual que su hermano perteneció al círculo de Amonio. De genio vivo, improvisa muchas veces, y posee, además, un gran sentido del humor, amplia formación y brillante talento, lo que no es obstáculo para que sea un excelente bailarín de la danza pírrica. Perteneció al Peripato y desempeñó el cargo de sacerdote en el oráculo de Lebadea y el de arconte en Delfos en época de Trajano.

[65] El origen del Consejo Anfictiónico, cuya misión consistía en velar por el templo de Apolo en Delfos y organizar los juegos píticos, parece deberse a asociaciones de estirpes que aseguraban el acceso a los oráculos más importantes, así como su neutralidad. Constaba de un delegado por cada ciudad adscrita a la Liga y, en primavera y en otoño, se reunía en Delfos, en Antela, cerca de las Termópilas.

agradable, ni considerar la dignidad de cada uno, sino el ajuste y armonía de uno con otro, como cualesquiera otras cosas se agrupan para un solo conjunto. Pues ni el arquitecto antepone la piedra ática o la laconia a la bárbara por su buena índole, ni el pintor concede el lugar preferente al color más caro, ni el constructor de barcos prefiere B
el pino ítsmico o el ciprés crético, sino que, como cada uno de ellos conjuntados y ensamblados entre sí deban ofrecer una obra de conjunto sólida, hermosa y útil, así los distribuyen. Y ves que la divinidad, a quien nuestro Píndaro denominó 'el mejor artesano' [66], no en todas partes ordena el fuego arriba y abajo la tierra, sino según lo reclamen las necesidades de los cuerpos:

Esto en las conchas habitantes del mar, de pesadas espaldas,
en especial de caracolas y tortugas de pétrea piel,

dice Empédocles [67],

allí veras la tierra situada en lo más alto de la piel,

ocupando no el lugar ese que la naturaleza le da, sino el C
que la disposición desea para la obra común. Desde luego, el desorden en todas partes es nocivo, pero cuando surge entre hombres y sobre todo cuando beben, antes que en nada revela su propia perversidad por la insolencia y otros males incontables, cuya observación previa y vigilancia es cosa de un hombre experto en la ordenación y el acoplamiento.»

---

[66] Pasaje desconocido citado por DIÓN CRISÓSTOMO, *Discursos* XII 81, 2, y PLUT., *Mor.* 550A, 807C y 1065E.

[67] Cf. H. DIELS-W. KRANZ, *Die fragmente der Vorsokratiker*, Berlín, 1954⁶, vol. I, pág. 339, fr. 76.

6. Pues bien, nosotros dijimos que él estaba hablando rectamente y añadimos:

—¿Qué reparo tienes, entonces, en negarnos las normas tácticas y armónicas [de las que hablábamos]?

—Ningún reparo hay, dijo, si estáis dispuestos a aceptar que yo remueva y reorganice el banquete, como Epaminondas la falange [68].

En vista de ello, todos le concedimos que obrara así,
D y éste, después de ordenar a los esclavos que se quitaran de en medio y tras mirarnos detenidamente a cada uno, dijo: «Oíd cómo os voy a ordenar entre vosotros, pues quiero explicarlo previamente. Por supuesto, me parece que también el tebano Pamenes [69] acusó a Homero, no sin razón, de inexperto en cuestiones amorosas, porque agrupó tribus con tribus, y mezcló fratrías con fratrías, cuando era preciso alinear al amante junto al amado, para que la falange, al tener en toda ella un vínculo vivo, compartiera un solo aliento. Tal también quiero hacer yo nuestro banquete, no recostando con el rico al rico, ni con el joven al joven, ni con el magistrado al magistrado y con el ami-
E go al amigo, pues esta formación es inmóvil e inútil para el aumento o nacimiento de afecto, sino que, ajustando lo apropiado al que haya menester de ello, ruego al amigo de saber que se recueste al lado del instruido, al afable junto al quisquilloso, al joven amigo de oír junto al anciano charlatán, al socarrón junto al presuntuoso y al reser-

---

[68] Sobre el orden oblicuo inventado por Epaminondas, cf. Diod., XV 56.

[69] Pamenes, uno de los más prestigiosos generales tebanos, amigo de Epaminondas y del rey Filipo, no tomó parte en la empresa liberadora de su país, si bien apoyó a su amigo desde el principio y, posteriormente, destacó por sus brillantes gestas militares. Según Plutarco, *Pelópidas* XVIII, y Polieno, *Estratagemas* II 5, 1, el inventor del «Batallón Sagra-

vado junto al irascible. Y si en algún sitio observo a un rico munificente, conduciré junto a él, levantándole de cualquier rincón, a un pobre honrado, para que, como de una copa llena a una vacía, se produzca un trasvase [70]. Sin embargo, al sofista le prohíbo recostarse con un sofista y al poeta con un poeta:

pues el pobre ⟨aborrece⟩ al pobre y el aedo al aedo [71], F

como en este momento Sosicles y Modesto [72], aquí presentes, por frotar palabra con palabra corren el hermosísimo riesgo de avivar una gran llama. Y separo también a los aviesos, zaheridores y coléricos, interponiéndoles en medio una persona afable, a modo de cojín del intercambio de golpes. Pero reúno a los aficionados a la lucha, caza 619A
y agricultura. Pues de estas similitudes la primera es belicosa, como la de los gallos, la segunda, por el contrario, comedida, como la de los grajos. Y reúno también en el mismo sitio a los aficionados a la bebida y a los enamoradizos, no sólo, como dice Sófocles:

a cuantos sobreviene la mordedura del amor ⟨de mucha- [chos⟩ [73],

sino también a los que la sufren por causa de mujeres y muchachas, pues, caldeados por el mismo fuego, mejor

do», compuesto por amantes y amados, fue Gorgidas. Esta anécdota de Pamenes se repite en el pasaje antes mencionado de Plutarco y en *Amatorius* 761B.

[70] Reminiscencias platónicas (*Banqu.* 175b).

[71] Hesíodo, *Trabajos y Días* 26.

[72] Sosicles de Coronea, al parecer amigo íntimo de Plutarco, interviene sólo en *Quaest. conv.* I 4 y V 4, y Aufidio Modesto nada más que aquí, sin que, por lo demás, sepamos algo de sus vidas.

[73] Verso de una obra desconocida (Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 757).

se acogerán unos a otros, lo mismo que el hierro soldado, a no ser que, ¡por Zeus!, casualmente estén enamorados del mismo o de la misma.»

CUESTIÓN TERCERA

B *De por qué de los sitios el llamado consular obtuvo honor*

Conversan los mismos que en cuest. II

Después de esto, recayó la investigación sobre los sitios en el banquete. Efectivamente, distintos son los sitios estimados en los distintos pueblos: para los persas, el más céntrico, sobre el que se recuesta el rey; para los griegos, a su vez, el primero [74]; para los romanos, en cambio, el último del lecho central, al que denominan consular [75], y para algunos griegos de los alrededores del Ponto, como los heracleotas, al contrario, el primero del central. Sin embargo, sobre el llamado consular es sobre el que más titubeábamos, pues en nuestra época éste era el que gozaba de
C mayor preferencia, pero ya no se conocía la razón de ella como en el caso del primero, o del central, y de lo que

[74] Se trata del primero del primer lecho. Junto a él gustaban de sentarse, en opinión de TEOFRASTO, *Caracteres* XXI, los vanidosos. Que en época clásica no existía una etiqueta tan estricta a la hora de reclinarse, lo muestra el que Agatón (PLAT., *Banqu.* 175c) se halle recostado solo en el último lugar. Los romanos, en cambio, impusieron la colocación por jerarquías. Cf., a este respecto, J. BURCKHARDT, *Historia de la cultura griega*, trad. esp., Barcelona, 1963-1966, vol. IV, pág. 216.

[75] El llamado por los romanos *imus in medio*, al que seguía en importancia el del lado opuesto, denominado *summus in medio*.

le es pertinente, unas características no eran propias de éste solo y otras no parecían dignas de estudio alguno. Desde luego, solamente tres de la explicaciones dichas las considerábamos de interés: la primera, porque los cónsules, cuando derribaron a los reyes y transformaron todo en algo más democrático [76], cediendo, desde el lugar central y regio se retiraron abajo, para que ni siquiera este privilegio de su mando y autoridad fuese molesto a sus acompañantes; la segunda, porque al estar reservados dos lechos a los invitados, el tercero y, especialmente, el primer sitio de éste, es del que da el banquete [77]. Ya que aquí, como un D auriga o timonel, atiende adecuadamente a la supervisión del servicio y no se le priva de mostrar sus atenciones y conversar con los asistentes. Pues bien, de los sitios muy próximos, el que está debajo de él, es el de su mujer o el de sus hijos [78], y el que está por encima de él naturalmente se otorga al más honrado de los invitados, para que esté cerca del que da el banquete. Y la tercera, este sitio parecía tener particularmente algo adecuado para la actividad, dado que no es el cónsul entre los romanos como Arquias [79], el polemarco de los tebanos, de suerte que,

---

[76] Según Livio, la caída de la monarquía tuvo lugar en el año 510 a. C., en tanto que, para Catón y Polibio, sucedió en el 507.

[77] Conocido con el nombre de *summus in imo*, justo al lado del «consular», donde se recostaba el dueño de la casa o el anfitrión, al objeto de estar junto al invitado más distinguido.

[78] En el *medius in imo* e *imus in imo*. Además de la mujer e hijos del dueño de la casa, se colocaba, a veces, un servidor importante.

[79] Junto con Leontíades y Filipo, uno de los oligarcas más importantes de Tebas, asesinados mientras cenaban por Pelópidas y otros jóvenes adictos a su causa, que lograron introducirse en la sala gracias a ir disfrazados de mujeres. Los hechos son relatados prolijamente por el propio PLUTARCO en *Pelóp.* X.

si le llegaban mientras cenaba cartas o noticias dignas de
E consideración, diciendo a voces «para mañana los problemas», hiciera caso omiso del mensaje y tomase la tericlea [80], «sino muy fogoso» [81] y circunspecto en tales oportunidades. Pues no sólo «dolores pare la noche al timonel prudente», según Esquilo [82], sino que también cualquier hora de bebida y sosiego es asunto digno de atención para un general y jefe. Pues bien, para que pueda oír, ordenar y responder por escrito lo que debe, tiene este sitio escogido, en el cual, como el segundo lecho se ajusta al tercero, el ángulo, al hacer un hueco, permite por su curvatura al
F escriba, al servidor, al guardaespaldas y al mensajero de los del campamento, acercarse, dialogar, recibir instrucciones, sin que nadie le moleste ni ningún comensal sea molestado, y a él, a su vez, tener la mano y las palabras prestas y no impedidas.

CUESTIÓN CUARTA

620A *De cómo debe ser el simposiarco*

Conversan PLUTARCO, CRATÓN y TEÓN

1. Cratón, mi yerno, y Teón [83], mi amigo, como en un banquete dieran comienzo unos excesos debidos al vino,

---

[80] Copa inventada por Tericles de Corinto, contemporáneo de Aristófanes. ATEN., 470E ss., la describe como una copa honda de asas pequeñas.

[81] *Il.* XX 468.

[82] *Suplicantes* 770.

[83] Junto con su hermano Lamprias es el interlocutor que más frecuentemente aparece y la personalidad más fuertemente acusada. Además

enseguida eliminados, entablaron conversación acerca de la simposiarquía [84], y pensaban que era mi deber, por llevar corona [85], no permitir que una vieja costumbre se eclipsara completamente, sino reclamar y restablecer de nuevo la acostumbrada presidencia del cargo en los banquetes y su etiqueta. Y los demás también estaban de acuerdo en esto, de modo que se produjo un murmullo de aprobación por parte de todos y una invitación a ello. «Pues bien, B dije yo, como todos estáis de acuerdo en esto, me elijo a mí mismo vuestro simposiarco y ordeno a los demás beber en este momento como quieran, pero a Cratón y Teón, instigadores y autores del decreto, exponer con brevedad, a modo de esbozo, qué cualidades debe tener el que va a ser elegido simposiarco y qué fin se propondrá el elegido en su mandato y cómo dispondrá lo relativo al banquete, pero les dejo a ellos repartirse por turno el uso de la palabra.»

2. Pues bien, ante la petición se hicieron rogar un poco; pero, como todos les pedían que obedeciesen al presidente e hiciesen lo ordenado, Cratón dijo, el primero, que el C jefe de los guardianes debe ser el mejor guardián, según

de en las *Quaestiones convivales*, lo encontramos en los siguientes diálogos: *De E apud Delphos*, *De Pythiae oraculis* (*Sobre los oráculos de la Pitia*), *De facie in orbe lunae* y *Non posse suaviter vivi secundum Epicurum* (*Sobre que no es posible vivir dulcemente de acuerdo con Epicuro*).

[84] Presidente de un banquete, elegido por los demás comensales mediante cualquier procedimiento, incluido el sorteo por habas. Entre sus funciones se incluía la de fijar la cantidad de vino que se debía beber, así como las partes de agua que habían de mezclarse con él.

[85] Parece ser que Plutarco no lleva la corona habitual en los banquetes, sino la específica de los cargos de arconte o sacerdote que desempeñó en su patria.

afirma Platón [86], y el de los comensales el mejor comensal. «Y es tal, si no es presa fácil de la embriaguez ni renuente al beber, sino, como Ciro decía en su carta a los lacedemonios, que era más apto para reinar que su hermano, entre otras cosas porque soportaba bien mucho vino puro [87]. Pues el que se excede bebiendo, es insolente e incorrecto, pero, a su vez, el que es por completo abstemio, es desagradable y más adecuado para hacer de pedagogo que de simposiarco. Pericles, por su parte, cada vez que era elegido general y volvía a tomar la clámide, ante todo
D solía decirse a sí mismo a modo de advertencia: 'Mira, Pericles, a libres gobiernas, a griegos gobiernas, a atenienses gobiernas' [88]. Y que nuestro simposiarco se diga a sí mismo esto: 'a amigos gobiernas', para que ni tolere que se actúe incorrectamente ni suprima los placeres. Y también debe ser el que hace de jefe, cuando se bebe, amigo de la seriedad y no ajeno a la diversión, sino una especie de mezcla equilibrada para ambas cosas, pero tirando un poco más por naturaleza, como un vino selecto, a la seriedad, ya que el vino llevará su carácter a un término medio, al hacerlo más sua-
E ve y rebajarlo; pues como Jenofonte decía de Clearco que su aspecto sombrío y rudo se mostraba en los combates, al contrario, dulce y radiante a causa de su animosidad [89], así el que no es agrio por naturaleza, sino respetable y serio, al relajarse con la bebida, se hace más dulce y amable. Debe además, sin duda, añadírsele el que sea un experto conocedor de cada uno de los bebedores, de qué cambios experimentan con el vino, a qué emociones son

[86] *Rep.* 412c.
[87] Plutarco, *Artajerjes* VI, y *Mor.* 173E.
[88] Plut., *Mor.* 186C y 813E.
[89] *Ibid.*, 69A y además, Jenofonte, *Anábasis* II 6, 11 ss.

propensos y cómo soportan el vino puro, para que no sirva lo mismo por cotila ni por ciatos [90], sino lo apropiado
y adecuado a cada uno, de acuerdo con el momento y la F
resistencia del cuerpo (pues no existe una mezcla distinta de vino con distinta agua, de la que ahora vierten más, ahora menos los escanciadores [91] reales que la conocen, en tanto no existe una fusión particular del hombre con el vino, que a un simposiarco conviene conocer y, conocida, observarla, para que, como un músico, tensando a uno con la bebida, a otro en cambio aflojando y restringiendo, traiga las naturalezas de la discrepancia a la adecuación y armonía).

»Pero si esto, desde luego, es difícil, en todo caso con- 621A
viene al simposiarco conocer lo común a las naturalezas y edades: como que los viejos se emborrachan más rápidamente que los jóvenes, los que se excitan más que los sosegados, los melancólicos y meditabundos más que los animosos y alegres, y los que no viven ni desenfrenada ni libertinamente más que los licenciosos, y conociendo esto, uno regiría la compostura y concordia de un banquete mejor que el que lo desconozca. Y que, al menos, el simposiarco debe comportarse familiar y amistosamente con todos y no ser falso ni odioso a ninguno de los convidados, es sin duda evidente para todos, pues ni será soportable cuando dé órdenes, ni ecuánime cuando sirva, ni tampoco
irreprochable cuando gaste bromas. Tal te lo entrego yo, B
Teón, dijo, el presidente del banquete, después de haberlo moldeado como con la cera del discurso» [92].

---

[90] La «cotila» es una medida de 1/4 de litro aproximadamente, y el «ciato» la duodécima parte de 0,473 litros, unas seis cucharadas.

[91] Sobre la importancia de los coperos y escanciadores reales, cf. HEL., *Etióp.* VII 23, 4, y sobre el arte de escanciar, *ibid.*, 24, 6 y 27, 3.

[92] Imagen platónica muy repetida. Los pasajes en que se encuentra

3. Y Teón dijo: «Bien, acepto al hombre tan bien acabado y convival. Pero si me valdré de él a propósito y no mancillaré tu obra, no lo sé. Sin embargo, me parece que siendo tal nos mantendrá el banquete atemperado y no permitirá que se convierta ahora en una asamblea democrática, ahora en la escuela de un sofista, luego en una timba, después, quizá, en un escenario y estrado. ¿Pues es que no veis a unos actuar como demagogos y sostener procesos
C durante la cena, a otros estudiar y leer algunos de sus escritos y a otros presidir certámenes de actores y bailarines? Alcibíades y Teodoro hicieron del banquete de Pulición un lugar de iniciación [93] al parodiar las funciones del portaantorcha y del hierofanta; nada de lo cual, pienso, ha de permitir el que actúe como jefe, sino que concederá un sitio sólo a aquellas conversaciones, espectáculos y bromas que cumplan con la finalidad del banquete, y esto sería producir en los presentes, por medio del placer, un robustecimiento o el origen de una amistad; pues el banquete es un entretenimiento con vino que por el encanto acaba
D en amistad. Y como lo puro es en todas partes empachoso y muchas veces perjudicial, en tanto que la mezcla, a las cosas en las que aparece con oportunidad y mesura, les suprime el exceso con el que daña lo útil y molesta lo agradable, es claro que el presidente presentará también a los que beben un entretenimiento variado.

»En consecuencia, prestando oídos a muchos que dicen que una navegación junto a tierra y un paseo junto al mar

se pueden ver en F. Fuhrmann, *Les images de Plutarque*, París, 1964, pág. 161, n. 6.

[93] Informan sobre estos personajes, así como de su supuesta actuación impía en los días anteriores a la expedición a Sicilia, Plutarco, *Alcibíades* XIX 1 ss.; [Platón,] *Erixias* 394b y 400b; Isócrates, XVI 6, y Andócides, *Sobre los misterios* I 35.

son muy agradables, así pondrá la broma al lado de la seriedad, para que los que son bromistas, de algún modo, se las tengan con algo serio, y, a su vez, los que son serios se animen, como los que se marean al ver de cerca la costa [94].

»Pues también es posible servirse de la risa para muchas cosas serias y procurar una seriedad agradable E

como entre cardos y la áspera gatuña
nacen flores de delicadas violetas blancas [95].

»Y cuantas bromas sin dignidad irrumpen escandalosamente en los banquetes, exhortará cuidadosamente a los bebedores a evitarlas, no sea que introduzcan, sin darse cuenta, lo mismo que el beleño en el vino, la insolencia entre ellos con esas famosas órdenes insultantes, al man- F
dar cantar a los tartamudos o peinarse a los calvos o bailar a los cojos: así, por vejar a Agamestor [96], el académico, que tenía una pierna flaca y atrofiada, los comensales ordenaron a todos apurar su copa manteniéndose sobre el pie derecho o pagar una multa. Y cuando le llegó a él el turno de mandar, ordenó a todos beber tal como le vieran a él: y, traída una vasija vacía, metiendo en ella su pie lisiado, apuró la copa, en tanto que todos los demás, como a pesar de intentarlo les era evidentemente imposible, pagaron, a su vez, la multa. ¡Oportuno, en efecto, Agamestor!, y hay que hacer así de benévolas y jocosas 622A

[94] La lectura *paidián* no da mucho sentido al texto, sí, en cambio, *paralían,* propuesta por nosotros.

[95] Versos de un poeta desconocido citados también en *Mor.* 44E y 485A, y ATEN., 97D.

[96] Parece tratarse del filósofo mencionado por Filodemo y recogido por JACOBY, *Frag. Gr. Hist.*, II B, pág. 1033.

las venganzas, y hay que acostumbrarse a servirse de órdenes para placer y provecho, ordenando cosas apropiadas, posibles y decorosas para quien las realice: a los cantantes cantar, a los retóricos hablar, a los filósofos resolver cualquier dificultad, a los poetas ofrecer versos, pues grata y animosamente cada uno se deja llevar allí:

donde él resulte superior a sí mismo[97].

»El rey de los asirios, efectivamente, anunció por un heraldo un premio para quien descubriera un nuevo placer[98]. A su vez, el rey de un banquete debería proponer
B un premio y recompensa distinguidos al que introdujera una broma inofensiva, un goce útil y burla compañera no del desdoro e insolencia, sino del encanto y amabilidad, cosas en las que la mayoría de los banquetes naufragan, cuando no encuentran un maestro adecuado[99]. Y es de hombres prudentes guardarse de la enemistad y rencor procedentes en el ágora de la ambición, en gimnasios y palestras de la rivalidad, en los cargos y honores de la ambición y en el banquete y durante la bebida de las bromas.»

---

[97] El verso corresponde a EURÍPIDES, *Antíope* (NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, 183). En un contexto similar, sólo que con un verso más, lo cita también ARISTÓTELES, *Retórica* 1371b.

[98] Otros escritores, como Ateneo, Teofrasto, Aristóxeno, etc. (la lista completa se halla en la edición de FUHRMANN), atribuyen la proclama a un rey persa, Darío o Jerjes.

[99] Las personas educadas eludían cualquier broma ofensiva y grosera, como se puede ver en *Pap. Berol.* 270, donde el presidente del banquete recomienda que se gasten bromas que causen risa, pero adecuadas a la situación. Por su parte, FIL., en su *Vida de Apol.* I 17, dice de su personaje que jamás nadie le oyó hablar irónicamente ni discutir con sus interlocutores.

CUESTIÓN QUINTA C

De por qué se dice lo de «Eros hace a uno poeta»

Conversan Sosio Seneción y otros

1. Por qué se dice lo de

Eros enseña a uno a ser poeta, aunque antes careciese de [musa[100]

se investigaba en casa de Sosio, después de haberse cantado unos versos sáficos, donde Filóxeno[101] afirmaba que incluso el Cíclope curaba su amor con musas melodiosas. Se afirmó, por cierto, que el amor es diestro en favorecer la audacia y la innovación en todo, y así Platón lo llamó «lanzado» y «atrevido en todo»[102]. Pues, desde luego, hace locuaz al silencioso, solícito al tímido, y atento y D
laborioso al despreocupado y negligente. Y de lo que uno más se admiraría: un hombre avaro y meticuloso, cuando

[100] Fragmento de la obra perdida de Eurípides, *Estenebea*. Plutarco hace mención de él también en *Mor.* 405F y 762B. Para la aparición de los versos en otros autores, cf. Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 663.

[101] Filóxeno de Citera (435/4-380/79) llevó una vida muy azarosa; ya de niño, pasó como esclavo, de su isla natal a Esparta, donde con el tiempo se hizo cargo de él Melanípides, quien, precisamente, fue su maestro. Vivió en la corte de Dionisio I de Siracusa. Parece que el tirano lo condenó a las temibles canteras, ya fuera por criticar sus poesías o bien por celos respecto a una hetera. Autor de ditirambos, su obra más importante es *El Cíclope*. El fragmento lo recoge Page, *Poet. Mel. Gr.*, fr. 822.

[102] *Banqu.* 203d, *Timeo* 69d.

cae en el amor, lo mismo que el hierro templado y ablandado al fuego, se torna delicado, flexible y más dulce, de suerte que no parece del todo ridículo ese dicho humorístico de que «la bolsa de los enamorados está atada con hoja de puerro»[103].

Y se afirmó también que el enamorarse es semejante al emborracharse, pues hace a los hombres ardientes, alegres y relajados, y cuando se convierten en tales, se dejan dominar por acentos musicales y especialmente rimados.
E Incluso afirman que Esquilo componía sus tragedias mientras bebía y se entonaba[104]. Y mi abuelo Lamprias[105], a la hora de beber, era más ingenioso y elocuente que nunca. Y solía decir que, de modo semejante al incienso, por el calor se elevaba como el humo. Y, realmente, con ser mucho el placer con que miran a sus amados, los encomian con no menos gusto que los miran, y es que el amor, siempre locuaz, lo es mucho más en los elogios. Ya que, al estar ellos tan convencidos, quieren que también todos se convenzan de que están enamorados de hombres hermosos y buenos. Y ésta también fue la razón que impulsó al lidio Candaules a arrastrar hasta su habitación a un sirviente para que contemplara a su propia esposa[106]. Pues
F quieren que otros les sirvan de testigos. Por ello, también,

---

[103] Cf. LEUTSCH-SCHNEIDEWIN, *Corp. Parem. Gr.*, vol. I, pág. 447 (60).

[104] La anécdota procede, según ATEN., 22A y 428F-429A (en 473a, dice lo mismo de otro poeta, Socles), de Cameleonte; LUCIANO, *Elogio de Demóstenes* 15, la recoge también, señalando como su fuente al historiador Calístenes.

[105] Personaje muy querido por Plutarco, a juzgar por la cantidad de conversaciones en que participa. Hombre culto, cargado de ideas y de ingenio, supone la voz de la experiencia frente al tono erudito y diletante que sus nietos Lamprias y Plutarco imprimen, a veces, a la charla.

[106] HERÓDOTO, I 8 ss.

cuando escriben encomios de los hermosos, los adornan con cantos, versos y odas, como si embelleciesen estatuas con oro, a fin de que llegue a oídos de cuantos más mejor y se recuerde. Y, por supuesto, si dan a sus amados un 623A
caballo, un gallo o alguna otra cosa [107], quieren que el regalo sea hermoso y esté adornado exquisita y espléndidamente, y, sobre todo, cuando presentan un discurso lisonjero, desean que parezca agradable, brillante y distinguido, cual es el lenguaje poético.

2. Sosio, sin embargo, tras ensalzarlos, dijo que no se haría un intento fallido si se partiera de lo que Teofrasto dijo en *Sobre la música* [108], «pues hace poco, añadió, leí su libro y dice que tres son las motivaciones de la música: el dolor, el placer y la exaltación, ya que cada uno de estos sentimientos altera y desvía la voz de su tono habitual: las penas, en efecto, poseen un tono lastimero y quejumbroso propenso al canto, por lo cual a los oradores en B
los epílogos y a los actores en los lamentos los vemos acercar suavemente su voz al canto y forzarla. Las alegrías extremas del alma de los más excitables por su temperamento, no sólo agitan el cuerpo, sino que también lo invitan a un movimiento rítmico, cuando saltan y aplauden, si es que precisamente no pueden danzar:

delirios y gritos de exaltados con violenta agitación del [cuello,

[107] A la persona amada se le solían regalar aves, como codornices, pollas de agua, ánades o gallos (Aristófanes, *Aves* 705 ss.), o bien coronas, frutas, mechoncitos de cabellos (Id., *Tesmof.* 400-401). Aristóf., *Pluto* 157 (cf., además, Jenofonte de Éfeso, *Efesíacas* I 2, 4, y Fil., *Vida de Apol.* VII 42), se queja de que a algunos amados les movía el interés cuando solicitaban de sus amantes perros de caza y caballos.

[108] Obra desconocida.

según Píndaro [109]. Los hombres de gusto, en cambio, cuan-
C do se encuentran bajo este sentimiento, aprestan sólo su voz para cantar y declamar con rima y musicalidad. Pero especialmente la exaltación aleja y aparta al cuerpo y la voz del tono habitual y acostumbrado. De ahí que los delirios báquicos se sirvan de ritmos, y emitir oráculos en verso [110] sea posible a los inspirados por la divinidad, y a pocos en estado de delirio se les pueda ver hablar sin rima y musicalidad. Y siendo esto así, si tú quisieras examinar y comprender perfectamente al amor desdoblándolo bajo los rayos del sol, encontrarías que no hay otro sentimiento que contenga penas más punzantes, ni más intensas alegrías [111], ni mayores éxtasis y delirios, sino que, como la ciudad de Sófocles, el alma del hombre enamorado está llena:

D *A la par de inciensos*
y a la par de peanes y gemidos [112].

»Por ello, no es nada extraño ni sorprendente que el amor, que contiene en sí y comprende a todas cuantas son las motivaciones de la música: pena, placer y exaltación, sea, además de ruidoso y locuaz, favorable y propenso, como ningún otro sentimiento, para la composición de cantos y versos.»

---

[109] *Ditirambos*, fr. 2, Puech = Snell, II 13. En esta parte seguimos el cambio en el orden del texto propuesto por Abramowiczówna y aceptado por Fuhrmann en su edición.

[110] Véase, sobre este punto, el diálogo de Plut., *De E ap. Delph.*

[111] Entre los poetas griegos el Amor es calificado, a tenor de los sentimientos que suscita, de «agridulce» (Safo), «cruel» (Alceo de Mesenia, en *Ant. Pal.* V 10), o «dulce» (Nóside, *ibid.*, V 170).

[112] Adaptación un tanto libre de *Edipo Rey* 4-5.

CUESTIÓN SEXTA

Sobre los abusos de Alejandro en la bebida

Conversan Filino, Plutarco y otros

1. La conversación trataba sobre el rey Alejandro, en el sentido de que no es que bebiera mucho, sino de que empleaba mucho tiempo en beber y conversar con sus amigos. Pero Filino [113] les demostró que ellos decían tonte- E
rías, basándose en las *Memorias Reales* [114], en las que de modo muy continuo y frecuente aparece escrito: «está durmiendo este día a consecuencia de la bebida», y, a veces, «también el siguiente». Por ello, era más bien perezoso para las relaciones sexuales, pero fogoso y apasionado, lo que precisamente es propio del calor corporal. Y se dice, incluso, que de su piel emanaba un olor muy agradable, hasta el extremo de inundar sus túnicas de una fragancia aromatizante, lo que en sí mismo parece también ser propio del calor. Por ello, igualmente, los lugares más secos y cálidos de la tierra producen la canela y el incienso [115].

---

[113] Íntimo amigo de Plutarco, y probablemente también de Queronea. Lo ha acompañado a algún viaje a Roma. Vegetariano, según se deduce de otras conversaciones de las *Quaestiones convivales*, defiende esta dieta hasta el extremo de haber educado a sus hijos en sus costumbres. Hombre polifacético y muy interesado por la teología, interviene activamente en *De Pyth. orac.*

[114] Memorias recogidas por Éumenes de Cardia y Diódoto de Eritras. Sobre la forma de beber de Alejandro, nos informan Aten., 434B; Eliano, *Varia historia* III 23, y Plutarco, *Alejandro* XXIII.

[115] Las mismas ideas las expone Plut. en *Alej.* IV, señalando como su fuente *Los comentarios* de Aristóxeno, filósofo y músico griego natu-

F Teofrasto [116] afirma, por cierto, que la fragancia se origina por cierta cocción de cosas húmedas, cuando por el calor se elimina lo perjudicial y superfluo. Y parece también que Calístenes [117] se granjeó su enemistad, porque le desagradaba compartir su mesa a causa del vino puro, ya que incluso al llegarle la gran copa llamada de Alejandro
624A la rechazó, afirmando que no quería por beber de Alejandro precisar de Asclepio. Esto, en suma, en lo que toca a los abusos de Alejandro en la bebida.

2. Y afirman de Mitrídates [118], el que guerreó con los romanos, que en los certámenes que celebraba estableció premios para quien más bebiera y comiera, y que él venció en ambos, y que, en definitiva, era el que más bebía de los hombres de su época, por lo que llegó a apodársele Dioniso. Nosotros dijimos que esto, lo referente a la causa

---

ral de Tarento (*ca.* 350 a. C.), discípulo de Aristóteles y contemporáneo de Alejandro.

[116] *De causis plantarum* VI 16-8.

[117] Calístenes de Olinto, sobrino y discípulo de Aristóteles, fue historiador y filósofo (Diod., XIV 117, 8). Acompañó a Alejandro en su campaña asiática, de la que escribió un relato y, asimismo, una *Historia de Grecia* en diez libros, de la que sólo nos quedan fragmentos. Su oposición a la costumbre de prosternarse ante el rey acabó costándole la vida (Arriano, IV 10-14). La anécdota referida en esta cuestión se encuentra, además, en *Mor.* 454E, y en Aten., 434D.

[118] Mitrídates VI Eupátor (*ca.* 120-63), rey del Ponto, de gigantesca estatura, extraordinaria fuerza e insaciable apetito, jinete y arquero insuperable, hablaba las veintidós lenguas y dialectos de su reino. Fue un gran admirador de los griegos y cruel y maquiavélico con sus enemigos. Con el calificativo de Dioniso lo conocen también Apiano, *Mitrídates* 10; Aten., 212D, y Cicerón, *Pro Flacco* 60. De la cita de Ateneo parece desprenderse que el apodo se debía, más bien, a que fue el liberador de Asia.

del apodo, era una de esas cosas que se creen a la ligera, pues cuando él era niño un rayo quemó sus pañales, pero no tocó su cuerpo; una señal del fuego simplemente le quedó en la frente, que él ocultaba bajo el cabello; y, ya de B mayor, al caerle, de nuevo, mientras dormía, un rayo en su habitación, le pasó al lado y atravesó el carcaj colgado encima abrasando las flechas. Por ello, los adivinos revelaron que su fuerza principal radicaría en el ejército de arqueros e infantería ligera, en tanto que la gente lo denominó Dioniso a consecuencia de los rayos recibidos por ambos en circunstancias similares [119].

3. Después de esto, la conversación recayó, de nuevo, sobre los que beben mucho. Entre ellos colocaron al púgil Heraclides, coetáneo de nuestros padres, a quien los alejandrinos llamaban cariñosamente «Heraclidita» [120]. Éste, como carecía de un compañero de bebida que le resistiera, invitaba a unos al aperitivo, a otros a la comida, a otros C a la cena y a algunos, por último, a una bacanal. Y cuando se retiraban los primeros, los segundos se le unían, y así, sucesivamente, los terceros y cuartos. Y él, sin hacer pausa alguna, se las había con todos y soportaba hasta el fin los cuatro festines.

4. Y a uno de los que vivían con Druso, el hijo del César Tiberio, un médico que doblaba a todos a la hora de beber, se le cogió tomando previamente en cada oca-

---

[119] Su madre, Sémele, fue fulminada por un rayo de Zeus, mientras tenía a su hijo en las entrañas.

[120] ELIANO, *Var. hist.* XII 26, cita a un púgil del mismo nombre. Sobre el apelativo «Heraclidita», típicamente femenino, cf. H. BOLKESTEIN, *Adversaria critica...*, pág. 90.

sión, para no emborracharse, cinco o seis almendras amargas. Pero, privado de ellas y vigilado de cerca, no aguan-
D taba ni lo más mínimo [121]. Por cierto que algunos creían que las almendritas tienen la cualidad de irritar y purificar la carne, hasta el extremo de que incluso suprimen las pecas de la cara. Por ello, cuando se toman previamente, con su amargor irritan los poros y causan una picazón por la que extraen de la cabeza la humedad evaporada.

A nosotros, en cambio, más bien nos parecía que la capacidad del amargor era desecante y disipadora de los líquidos. Por ello, para el gusto el amargo es el más desagradable de todos los sabores (pues las venillas de la lengua, según afirma Platón [122], como son suaves y más débiles, se tensan contra lo natural por la sequedad al disiparse los líquidos) y las heridas cicatrizan con los fármacos amargos, como el poeta afirma:

E *Y encima puso una raíz amarga,*
analgésica, tras triturarla con las manos, la cual ⟨todos los dolores le suprimió; la herida se secaba⟩ y cesó la
[hemorragia [123].

En efecto, llamó correctamente desecante en poder a lo que es amargo para el gusto. Y parece también que las cremas de las mujeres, con las que eliminan el sudor, como son amargas para el gusto y astringentes, resecan gracias a la intensidad de su aspereza [124].

---

[121] Anécdota recogida por Aten., 52D-E, quien cita a Plutarco como su fuente. Sobre la propiedad de las almendras, cf. Dioscórides, I 33, 2, y Plin., *His. nat.* XXIII 145.

[122] Parece referirse Plutarco al *Tim.* 65c ss.

[123] *Il.* XI 846-8.

[124] Respecto al uso de cremas y polvos por parte de las mujeres, cf.

«En consecuencia, afirmé, siendo esto así, es natural que el amargor de las almendras ayude contra el vino puro al resecar las partes internas del cuerpo y no permitir que se dilaten las venas, con cuya dilatación y alteración, F afirman, sobreviene el emborracharse. Y un gran testimonio de mi afirmación es lo que ocurre con las zorras, pues si, tras haber comido almendras amargas, no beben, mueren al abandonarles los líquidos por completo.»

CUESTIÓN SÉPTIMA 625A

De por qué a los ancianos les gusta más el vino puro

Conversan PLUTARCO y otros

Respecto a los ancianos se indagaba por qué prefieren las bebidas más puras. Sin duda, los que creían que era por poseer una naturaleza reseca y difícil de avivar por lo que se adaptaban a la dureza de la mezcla, expresaban, evidentemente, un punto de vista común y manido [126], mas ni suficiente para su explicación ni verdadero. Pues, en realidad, con las demás sensaciones les sucede lo mismo, ya que son lentos y tardos para percibir las cualidades de las cosas, si no les afectan con violencia e intensidad. Y B la causa es el debilitamiento de su naturaleza, pues al aflojarse y debilitarse gusta de impresiones fuertes. Por ello,

BOLKESTEIN, *Adversaria critica...*, págs. 91-92, que aporta un buen número de pasajes relativos al tema.

[125] Cf., al respecto, TH. WEIDLICH, *Die Sympathie der antiken Literatur*, págs. 53-58.

[126] Así lo plantean ARISTÓTELES, *Probl. Ined.* II 36, y PSEUDO-ARISTÓTELES, *Problemata* 953b30.

en relación con el paladar, lo que mejor toleran son los sabores picantes, y su olfato experimenta algo semejante ante los olores, pues son los fuertes e intensos los que mayor placer les provocan. Su tacto es bastante insensible a las heridas, pues a veces reciben golpes sin sufrir mucho. Y de manera semejante ocurre con el oído, ya que los músicos, conforme envejecen, componen en un tono más agudo y duro, como si despertaran su sensibilidad con el impacto de un sonido fuerte. Pues lo que es el temple para
C el hierro respecto a su filo, eso proporciona aliento al cuerpo respecto a su sensibilidad. Pero, cuando éste cede y se relaja, la sensibilidad queda indolente y terrosa y necesitada de algo que le golpee con violencia, como es el vino puro.

CUESTIÓN OCTAVA

De por qué las personas de edad leen mejor de lejos que de cerca

Conversan LAMPRIAS, PLUTARCO y otros

1. A estas explicaciones descubiertas por nosotros para la cuestión anterior, parecía contraponérsele lo relativo a la vista. Pues las personas de edad leen los escritos apar-
D tándolos lejos de sus ojos, mientras que de cerca no pueden. Y esto lo insinúa Esquilo al afirmar:

Y tú [*léelo*] *de lejos, pues de cerca sin duda no podrías.*
Y, aunque viejo, sé un experto escriba [127].

[127] NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 358.

Y más claro afirma Sófocles lo mismo respecto a los ancianos:

Y, en efecto, una lenta comprensión de las palabras
con dificultad a través del oído obstruido avanzaba,
y, aunque de lejos ve, de cerca, sin embargo, es totalmente
[ciego[128].

Así, pues, si precisamente los sentidos de los ancianos responden mejor a la intensidad y brusquedad, ¿cómo es E
que al leer no soportan la luz de cerca, sino que retirando el libro algo más lejos, atenúan la luminosidad que disminuye al mezclarse con el aire, lo mismo que el vino con el agua?

2. Pues bien, había quienes contestaban a esto, que retiran el libro de los ojos no por hacer la luz más tenue, sino como para recoger y abarcar más luz y llenar de aire radiante el espacio que media entre los ojos y los escritos. Otros, en cambio, se adherían a los que hacen converger los rayos de luz, pues, cuando de cada uno de los ojos se extiende un cono visual que tiene su vértice en el ojo y cuyo asentamiento y base abarcan lo percibido, es na- F
tural que cada uno de los conos por separado se extienda hasta cierto punto[129]; pero, cuando se encuentran más lejos y convergen el uno con el otro, hacen una sola luz; por ello, también, cada una de las cosas percibidas aparece como una, no como dos, aun cuando se hagan visibles a ambos ojos a la vez; la causa, sin duda, es la convergencia en el mismo lugar y la concentración de los conos, que

[128] *Ibid.*, fr. 774.
[129] En *Mor.* 901B, esta teoría se remonta a Hiparco.

de dos hacen una la visión. Y siendo esto así, las personas
626A de edad, al colocar cerca los escritos, como los rayos no están aún fundidos, sino que con cada uno de ellos separadamente los tocan, los perciben con menos fuerza. Mas al retirarlos más lejos, como la luz está ya mezclada y se hace mayor, los distinguen mejor, como los que con las dos manos cogen al tiempo lo que no pueden con una.

3. Y mi hermano Lamprias que, por cierto, no había leído la teoría de Jerónimo [130], pero en la que él mismo por su talento dio, dijo que vemos por las imágenes que nos vienen de los objetos a la vista, que primero salen de gran tamaño y compactas, por lo que molestan de cerca a los ancianos, quienes poseen una visión lenta y rígida; pero,
B al elevarse hasta el aire y coger distancia, las partes terrosas se rompen y caen, en tanto que las ligeras, aproximándose a la vista, se ajustan a los conductos sin molestia y con suavidad, de modo que alterándose menos las reciben mejor. Pues también los olores de las flores desde lejos nos llegan más perfumados, pero si te pones demasiado cerca, no perfuman tan limpia y puramente. Y la razón es que muchos elementos terrosos y turbios acompañan al olor y destruyen el perfume, si se recibe desde cerca; en cambio, de lejos, los elementos turbios y terrosos se des-

[130] Jerónimo de Rodas. En el texto existen pequeñas lagunas, que oscilan entre una y dos letras hasta las cinco o seis, sumando un total aproximado de dieciocho letras. Sin embargo, como Lamprias parece exponer el punto de vista epicúreo, cuando se esperaba el de Aristóteles, su maestro. ABRAMOWICZÓWNA, *Commentarius...*, pág. 97 = pág. 238, ha supuesto que existe una laguna mayor correspondiente a las palabras del hermano de Plutarco. Lo que se nos ha conservado sería la intervención de otro personaje que contestaría a Lamprias.

prenden y caen, pero su pureza y calor, debido a su ligereza, se conservan íntegros para la percepción [131]. C

4. Nosotros, por nuestra parte, observando el principio platónico [132], decíamos que un flujo luminoso procedente de los ojos se mezcla con la luz que rodea a los cuerpos y adquiere consistencia, hasta el punto de que de dos se hace un solo cuerpo en todo absolutamente compatible; y el uno se mezcla con el otro en razón de su simetría y cantidad; pues no debe el uno, dominado por el otro, quedar suprimido, sino abocar conjuntamente en una sola capacidad, debido a que ambos se juntan en un punto medio con armonía y unión. Pues bien, como lo de las personas de edad avanzada, ya haya que llamarle corriente a lo que pasa a través de la niña del ojo o bien flujo luminoso o rayo [133], es débil y endeble, no se produce una unión con D
la luz del exterior ni mezcla, sino una disolución y destrucción, a no ser que, retirando a gran distancia los escritos de los ojos, atenúen la excesiva luminosidad de la luz, de forma que no aparezca ante la vista abundante ni pura, sino de la misma naturaleza y proporcionada. Esto, precisamente, es la causa de lo que acontece a los animales nictófagos; pues su visión, que es débil, se ve inundada y dominada por la luz diurna, por no poder mezclarse con una luz abundante y fuerte a consecuencia de su débil y peque-

[131] Véanse, al respecto, Ps.-Arist., *Probl.* 906a23, b37, 907a24; Arist., *Probl. Ined.* II 102; Teofr., *De caus. plant.* VI 17, 1, y Ps.-Alejandro de Afrodisia (C. Ideler, *Phys. et med. gr. mim.*, I 73, 16; II 64).

[132] *Tim.* 45e; *Rep.* 507d-e, 508d; *Menón* 76d; *Teeteto* 156d; y Plut., *Mor.* 390B, 433D, 436C-D, y 921D-E.

[133] Platón, en el *Timeo*, la denomina *rhéuma;* en *Menón*, *aporroê*, y en la *República*, *epírryton;* pero no *pneûma* ni *augên*, como Plutarco.

E ño principio; pero, ante una luz oscura y débil, como la de una estrella, despide un rayo suficiente y proporcionado, de suerte que éste colabora con aquélla y con su ayuda realiza la percepción.

CUESTIÓN NOVENA [134]

De por qué se lavan los vestidos con agua potable mejor que con la del mar

Conversan Teón, Temístocles y Plutarco

1. Teón, el gramático, mientras comíamos invitados en casa de Mestrio Floro [134bis], le expresó a Temístocles [135], el estoico, su extrañeza de por qué Crisipo [136], que en muchas

[134] Cuestión imitada por Macrobio, *Saturnalia* VII 13, 18-27.

[134bis] Amigo íntimo, por cuya mediación consiguió Plutarco la ciudadanía romana. Además de en las *Quaestiones convivales* se le menciona en la *Vida de Oto* XIV, donde se refiere su participación en la batalla de Betriaco. Personaje de gran prestigio en la corte de Vespasiano, desempeñó los cargos de cónsul y procónsul. Posteriormente vivió mucho tiempo en Grecia y, al parecer, gran parte de él en Queronea, donde entró en contacto con Plutarco y su círculo de amigos. Hombre polifacético y de grandes inquietudes, buen conocedor de Platón, Aristóteles y otros filósofos, aparece en las conversaciones como una persona de edad madura.

[135] Natural de Atenas y descendiente del famoso Temístocles. Fue compañero de estudios de Plutarco con Amonio, si bien luego se cambió a la Estoa.

[136] Crisipo de Solos (*ca.* 281/77-208/04) perteneció, primero, a la Academia, pasándose posteriormente a la escuela estoica, de la que fue director desde el año 232 hasta su muerte. Según se dice (*SVF* 2, 1), escribió más de 705 obras.

ocasiones hizo mención de afirmaciones ilógicas y extra-
ñas, como es la de que «un pescado en sal, si se humedece
con salmuera, se vuelve dulzón» [137], y la de que «los copos
de lana responden menos a los que los desenredan por la
F fuerza, que a los que los deslían con suavidad», y la de
que «estando en ayunas se come con menos ganas, que
habiendo comido antes» [138], de ninguna de ellas dio una
explicación. Y Temístocles, después de decir que Crisipo
las proponía simplemente a modo de ejemplo de la facili-
dad e irracionalidad con que nos dejamos arrastrar por
lo verosímil y, a su vez, desconfiamos de lo que va contra
627A lo verosímil, dirigiéndose a él le pregunto: «Pero, querido,
¿qué empeño tienes en plantearte problemas sobre estos
temas? Pues si nos has salido investigador y estudioso de
las causas, no acampes tan lejos de lo tuyo, sino di por
qué causa Homero puso a Nausícaa lavando en el río [139],
no en el mar, aunque estaba cerca. Y eso que, desde luego,
éste es más cálido y, evidentemente, más claro y mejor
para lavar.

2. Y Teón dijo: «Pero lo que nos has planteado lo
resolvió Aristóteles hace tiempo mediante los elementos te-
rrosos. Pues en el mar están diseminados lo espeso y lo
B terroso y esta mezcla produce su salobridad [140]. Por lo cual,
también, el mar sostiene mejor a los nadadores y soporta
los pesos, en tanto que el agua dulce cede por su ligereza

[137] El mismo problema lo plantea ATENEO en 121D.

[138] Cf. H. VON ARNIM, *Stoicorum Veterum Fragmenta*, 3 vols., Stuttgart, 1964 (= 1938), vol. III, pág. 146 (fr. 546).

[139] *Od.* VI 59.

[140] Cf. *Mor.* 911D, y ARIST., *Meteorologica* 359d5, y PS.-ARIST., *Probl.* 933a9-17.

y debilidad, pues es pura y sin mezcla. De ahí que se infiltre por su sutileza y, al atravesar el tejido, quite las manchas mejor que la del mar. ¿O no te parece que Aristóteles dice esto de forma convincente?»

3. «De forma convincente, dije yo, pero no verdadera, pues veo que espesan el agua con ceniza, soda [141] y, si éstos no están al alcance, muchas veces con polvo, ya que consideran que las materias terrosas pueden por su aspereza limpiar mejor la suciedad, en tanto que la propia agua por su sutileza y debilidad no lo realiza de igual modo.
C Ahora bien, la densidad del agua del mar no impide en absoluto hacer esto ni colabora menos a la acción purificadora por su aspereza. Pues ésta, ensanchando y abriendo los poros, arrastra la suciedad. Pero, como todo lo graso es difícil de lavar y produce manchas, y el mar es graso, ésta sería fundamentalmente la causa de que no lave bien. Y que es graso también lo dice el propio Aristóteles [142]. Las sales, en efecto, tienen grasa y a las lámparas las hacen arder mejor, y la propia agua de mar rociada sobre las llamas brilla con ellas, y de las aguas la que más arde es la del mar. Y, según creo yo, por esto es también la más cálida.

D »O, si lo queréis, de otro modo. Como el enfriamiento es el fin del lavado y lo que más rápidamente queda seco es lo que más limpio aparece, por tanto el líquido que lava debe irse con la suciedad, como el eléboro [143] con la enfer-

---

[141] Con *nítron*, Plutarco se refiere a las sales alcalinas, como el carbonato sódico, procedente de Calastra, en el golfo Termaico.

[142] Ps.-Arist., *Probl.* 432b4-18; 933a19.

[143] Planta de sabor muy amargo, de la que se servían los antiguos como purgante, vomitivo e, incluso, para enfermedades mentales. Res-

medad. Así, pues, el sol absorbe fácilmente el agua dulce por su ligereza, en tanto que la salada, retenida en los poros por su aspereza, es más difícil de secar.»

4. Y Teón, interrumpiéndome, dijo:

—Nada de valor dices, pues Aristóteles en el mismo libro [144] afirma que los que se lavan en el mar se secan antes que los que emplean el agua dulce, si se ponen al sol.

—Así lo dice, repliqué, pero pensaba que tú creerías, E más bien, a Homero, que afirma lo contrario. Odiseo, en efecto, tras su naufragio, se deja ver ante Nausícaa

horroroso, afeado por el salitre [145],

y a las doncellas dice:

doncellas, teneos a esa distancia, mientras yo mismo
me lavo el salitre de los hombros [146],

y, bajando al río, limpiaba de su cabeza la espuma

limpiaba de su cabeza la espuma del mar [147],

con lo que el poeta comprendió extraordinariamente lo ocurrido; pues, cuando salen del mar y se ponen al sol, el calor se lleva por completo lo más fino y ligero de la humedad, mientras que lo salado y áspero es lo que se queda F pegado encima y permanece en los cuerpos como una costra salada, hasta que se la limpian con agua potable y dulce.

---

pecto a su relación con la locura, cf. ARISTÓF., *Avispas* 1489 ss.; FIL., *Vida de Apol.* V 7, y LUC., *Hist. verd.* II 7.

[144] *Probl.* 932B25.

[145] *Od.* VI 137.

[146] *Ibid.*, 218 s.

[147] *Ibid.*, 226.

628A CUESTIÓN DÉCIMA

De por qué al coro de la tribu Eántide, de Atenas, nunca lo elegían el último

Conversan Marcos, Milón, Filopapo, Glaucias, Plutarco y otros

1. En los epinicios de Sarapión [148], cuando dio la victoria a la tribu Leontide [149] dirigiendo su coro, nosotros, que habíamos sido invitados precisamente por ser miembros adoptivos de la tribu, manteníamos una conversación emparentada con el concurso del momento. El certamen, por cierto, cuya dirección desempeñó con brillantez y magnificencia el rey Filopapo [150], quien al tiempo actuó de corego de todas las tribus, mantuvo una fortísima competen-
B cia. Y resultaba que el rey, que comía invitado con nosotros, unas veces hablaba de cosas antiguas y otras escuchaba por educación no menos que por su afán de aprender.

2. Y un tema de tal índole fue planteado por Marcos [151], el gramático. Afirmaba que Neantes [152], el ciciceno,

---

[148] Poeta estoico, residente en Atenas. Compuso poemas filosófico-protrépticos de tendencia moral. Plutarco le dedica su obra *De E ap. Delph.* y aparece como interlocutor en *De Pyth. orac.*

[149] Una de las tribus del Ática.

[150] Príncipe sirio que ocupó importantes cargos tanto en Roma como en Grecia, a quien Plutarco dedicó *De adulatore et amico* (*Cómo distinguir a un adulador de un amigo* [B.C.G. 78]).

[151] Antiguo compañero de estudios de Plutarco, al que volveremos a encontrar en *Quaest. conv.* IX 5.

[152] Escritor del siglo III a. C. (*ca.* 240), del que, aparte de los títulos de algunas de sus obras, apenas sabemos nada más.

relataba en las leyendas referentes a su ciudad que la tribu Eantide tenía el don de que su coro no fuera elegido el último. «Por supuesto, dijo, en la exposición de la historia el que la escribió era un patrañero, pero si al menos esto no lo falsea, quede como una empresa común a todos la investigación de su causa.»

Y al decir su compañero Milón [153]: «Bien, ¿y si fuera mentira lo dicho?», contestó Filopapo: «Nada de particular tendría, si sintiéramos lo mismo que el sabio Demócrito por la erudición, pues aquél, según parece, al morder c
un pepino, como su sabor le pareció de miel, preguntó a la sirvienta que dónde lo había comprado; al decirle ella que en un huerto, levantándose le ordenó que lo guiara y le mostrase el lugar; y, como la mujer se extrañara y preguntara qué pretendía, contestó: 'Debo encontrar la causa de su dulzura, y la encontraré si examino el lugar.' 'Siéntate, entonces, contestó la mujer riendo, pues yo sin darme cuenta puse el pepino en un tarro con miel.' Pero él, como enojado, dijo: '¡Me hiciste polvo, pero no por ello D
dejaré de abordar el tema e indagaré su causa, como si la dulzura estuviera relacionada y emparentada con el pepino'» [154].

»Así, pues, no hagamos nosotros de la superficialidad de Neantes en algunos puntos un pretexto para abandonar, ya que el tema nos proporcionará, si no otra utilidad, la de ejercitarnos.»

3. Pues bien, todos por igual se apresuraron a encomiar a la tribu, haciendo mención de cualquier cosa que

[153] Conocido sólo por este pasaje.

[154] Anécdota desconocida, que, según DK, II, pág. 87 (17a), parece una parodia del método etiológico de Demócrito.

109. — 7

redundara en gloria de ella. Y a Maratón, en efecto, por ser
un demo de esta tribu, se le ponía como centro de todo
y hacían ver que Harmodio [155] y los suyos eran de la tribu
Eantide, por ser efectivamente de Afidna, uno de sus de-
E mos. Y Glaucias [156], el orador, dijo que en Maratón el
ala derecha de la formación se le dio a los Eantides, dando
crédito a las elegías de Esquilo [157], que combatió brillante-
mente en aquella batalla, y señaló, además, que de aquella
tribu era el polemarco Calímaco, quien se comportó como
un hombre muy valiente y, después de Milcíades, fue el
mayor responsable de la batalla, por haber emitido el mis-
mo voto que él [158]. Y yo le añadía a Glaucias que también
el decreto según el cual hizo salir a los atenienses a comba-
tir se redactó siendo pritana la tribu Eantide y que en la
batalla de Platea esta tribu fue la que más fama obtuvo.
F Por ello, también, los Eantides llevaron a las ninfas Es-
fragitidas al Citerón el sacrificio por la victoria ordenado
por la Pitia, siendo la ciudad la que les aportó la víctima
y lo demás [159]. «Pero ves, dije, que las demás tribus po-
seen mucha celebridad y, desde luego, sabéis que la mía,
629A Leontide, es la primera, porque de ninguna queda rezaga-
da en fama. Considerad, pues, si no es más convincente
decir que ésta es una forma de consolar y aplacar al epóni-
B mo de la tribu. Pues el Telamonio no era de los que se

155 Junto con Aristogitón, uno de los famosos tiranicidas.

156 Personaje que aparece varias veces con aportaciones eruditas y reflexivas.

157 Pasaje un tanto corrupto, cuyo sentido, sin embargo, es fácil de comprender.

158 Los pormenores de esta batalla, así como la heroica muerte de Calímaco, se pueden leer en HERÓD., VI 106 ss.

159 Sobre este punto, véase también *Vida de Arístides* XIX 6.

contentaban con sufrir una derrota [160], sino capaz de despreciar a todos por su cólera y carácter pendenciero. Por tanto, para que no fuera duro e inexorable, se acordó quitarle lo más incómodo de la derrota, no rebajando jamás su tribu hasta el último lugar.»

---

[160] Respecto al rencor que Áyax guardaba a Odiseo por habérsele concedido al último las armas de Aquiles, véase *Od.* XI 543 ss.

LIBRO II

INTRODUCCIÓN

1. De las cosas que se preparan para las cenas y banquetes, Sosio Seneción, unas tienen el rango de necesarias, como el vino, el pan, los manjares, los lechos, claro, y las mesas. En cambio, las accesorias surgen por placer, sin que la utilidad las acompañe, como audiciones, espectáculos y un bufón —Filipo en el de Calias [161]— con cuya presencia la gente se alegra; pero si no están presentes, no las añora demasiado, ni acusa a la reunión de ser, por ello, más incompleta. Así también, en efecto, las personas comedidas acogen unas conversaciones por la utilidad que reportan a los banquetes, en tanto que otras las aceptan por poseer un tema sugestivo y que se adecua a la ocasión mejor que la flauta y la lira. De ellas ya nuestro primer libro contenía ejemplos mezclados: del primer género, lo referente al filosofar durante la bebida y a que el propio anfitrión asigne los asientos o los deje al criterio de los

629C (margen, línea 1); D (margen, línea 11)

[161] Plutarco se refiere al bufón que se autoinvita en JEN., *Banqu.* I 11 ss.

comensales, y temas semejantes; y del segundo, lo de que los enamorados son dados a la poesía y lo de la tribu Eantide. A estas últimas, personalmente, las llamo «charlas de bebedores» en un sentido particular, y a las otras «charlas de banquete» en general *** [162], pero están escritas de manera dispersa, y no por separado, sino como cada una me vino a la memoria. Y no deben los lectores admirarse
E de que, aunque te las hayamos dedicado a ti, reunamos algunas de las conversaciones mantenidas a veces también por ti. Pues, aunque la facultad de aprender no conlleve la de recordar, muchas veces el recordar se sitúa en el mismo plano que el aprender.

CUESTIÓN PRIMERA

De cuáles son las preguntas o bromas que afirma Jenofonte son más gratas de hacer durante la bebida y cuáles no [163]

Conversan Sosio Seneción y Plutarco

1. De las diez cuestiones asignadas a cada libro, en éste la primera es la que, en cierto modo, Jenofonte el socrático nos planteó. En efecto, afirma que Gobrias [164], mientras cenaba con Ciro, admiraba de los persas, además de otras cosas, el que se hacían unos a otros preguntas tales, que era más agradable ser preguntado que no, y gas-

162 Existe en el texto griego una pequeña laguna fácilmente subsanable.

163 El tema de esta cuestión, recogido por Macr., *Sat.* VII 2 y 3, lo trata también Aristóteles en *Ética Nicomáquea* 1128a27.

164 Príncipe asirio que sometió su región y sus tropas a Ciro, según Jenofonte, *Ciropedia* IV 6, y le ayudó a conquistar Babilonia en el año 539 a. C.

taban bromas que era más hermoso recibirlas que no[165]. Pues, si otras muchas veces, con sus elogios molestan y cargan, ¿cómo no iba a ser digna de admirar la jovialidad e inteligencia de aquellos cuyas bromas proporcionaban a quienes las sufrían placer y gusto? Pues bien, cuando nos acogiste en Patras, dijiste que te gustaría enterarte de qué género eran tales preguntas y cuál su sello. «Pues una parte nada pequeña del arte de la convivencia, afirmaste, es el conocimiento y respeto del decoro en las preguntas y chanzas.» F

2. «Grande, en efecto, dije yo, pero observa que el propio Jenofonte muestra el género en los banquetes socrático y persa. No obstante, si crees oportuno que también nosotros nos dediquemos al tema, en primer lugar me parece que la gente recibe con gusto preguntas sobre lo que fácilmente puede responder, esto es, en lo que tiene experiencia. Pues en lo que ignoran, o se apenan, al no contestar, como si les pidiesen algo que no pueden dar, o al contestar, como lo hacen con un criterio y conjetura nada firmes, se azaran y apuran. Y si la respuesta conlleva no sólo algo fácil, sino también singular, más agradable es para quien responde. Y singulares son las de los que saben lo que no muchos conocen ni han oído, como las astrológicas y dialécticas, si precisamente tienen competencia en ellas. 630A B

»Pues no sólo cada uno lo pasa agradablemente trabajando o empleando el día, como Eurípides afirma, sino también conversando:

donde él resulte superior a sí mismo[166].

[165] *Ibid.*, V 2, 18.

[166] Ver n. 97.

Y se complacen con quienes les preguntan lo que, por conocerlo ellos, no quieren que se ignoren ni pase desapercibido. Por ello, a los que han recorrido mundo y navegado, les agrada mucho que se les pregunte, y hablan apasionadamente sobre una región alejada, un mar extraño, costumbres y leyes bárbaras y describen golfos y lugares,
C por estimar que en esto encuentran cierta gratificación y consuelo a sus fatigas. Y, en general, nos gusta que se nos pregunte sobre cuanto solemos exponer y contar por nuestra cuenta, sin que nadie nos lo pregunte, siempre que creamos agradar a personas cuyo enojo sería difícil evitar en caso contrario. Y esta clase de enfermedad se produce sobre todo en la gente de mar [167]; en cambio, los más finos quieren que se les pregunte sobre aquello que, aun queriéndolo contar, se abstienen por vergüenza y respeto a los presentes, como cuanto ellos han tenido suerte de haber realizado y llevado a término felizmente. Así correctamente Néstor, que conocía el afán de fama de Odiseo, le dice:

¡Ea!, dime, oh muy afamado Odiseo, gloria de los aqueos,
D *cómo cogisteis estos caballos* [168].

»Pues la gente se enoja con los que se elogian a sí mismos y exponen minuciosamente sus propios éxitos, a no ser que se lo pida algún otro de los presentes y hablen como forzados. Desde luego, aceptan con agrado preguntas sobre sus embajadas y actuación política cuantos precisamente han realizado algo grande y brillante.

[167] Entre las personas cultas en la Antigüedad, los marineros y cargadores gozaban de mala fama. Para los primeros, véase Hel., *Etióp.* V 18, 3, y para los segundos, Herodas, *El maestro de escuela* 65.

[168] Hom., *Il.* X 544-5.

»De ahí que los envidiosos y resentidos de ningún modo hacen preguntas sobre estos temas y, si algún otro interroga sobre tales, ponen trabas y desvían la conversación, por no dar lugar a la exposición ni querer concederles la oportunidad de un relato que honra al que lo refiere. Sin duda, agradan a sus interlocutores preguntándoles aquello de lo que se percatan que sus enemigos y adversarios no quieren oír.

3. »Así Odiseo a Alcínoo: E

A ti el ánimo te impulsó por mis cuitas lastimeras a inqui-
[rir, para que aún más afligido me lamente [169].

Y al coro Edipo:

Terrible es, oh forastero, el despertar un mal hace tiempo
[dormido [170].

Y Eurípides al contrario:

Cuán agradable es, por cierto, ⟨una vez ya a salvo,
[acordarse⟩ de las fatigas [171].

⟨Por supuesto, dejando él claro cuán agradable es sólo para los que ya están a salvo⟩, no para los que aún andan errantes y sorportan infortunios. Por tanto, hay que guardarse de las preguntas sobre las desgracias. Pues la gente se aflige cuando relata sus pleitos perdidos o entierros de sus hijos o algunos negocios nada afortunados por tierra o por mar. En cambio, aceptan con agrado que se les pre- F

[169] Hom., *Od.* IX 12.

[170] Sófocles, *Edipo en Colono* 510-1.

[171] *Andrómeda* (Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 133). A continuación hay en el texto una laguna de veinticinco a veintiocho letras, en la que se supone que falta lo incluido entre paréntesis angulares.

gunte muchas veces cómo pasaron un día feliz en la tribuna, o les dirigió la palabra el rey, o, mientras los demás sucumbieron ante una tempestad o piratas, ellos escaparon al peligro, y, sacándole el jugo al asunto en cierto modo con la palabra, no se cansan de exponerlo y recordarlo.
631A Y también se alegran cuando se les pregunta por amigos que son afortunados e hijos que progresan en los estudios, o en el foro, o en amistad con los reyes. Pero las preguntas que con más gusto rerciben y a las que con mayor placer responden son aquellas en que sus enemigos y adversarios son víctimas de agravios, daños y condenas. Y ellos por sí mismos no se atreven, para evitar la impresión de que se alegran del mal ajeno. Muy agradable resulta preguntar a un hombre aficionado a la caza sobre perros; al amante del atletismo sobre pruebas gimnásticas, y al enamoradizo sobre personas hermosas. A su vez, el piadoso y amante de los sacrificios es aficionado a contar sueños y cuantos éxitos obtuvo sirviéndose de predicciones, sacrificios, o la benevolencia de los dioses, y con gusto admiti-
B ría preguntas sobre ello. Y a los ancianos, aunque el tema nos les concierna, los que les preguntan les causan una gran alegría y los mueven a ello porque están deseándolo.

Oh Néstor Nelida, tú di la verdad, ¿cómo murió el Atrida?
¿Dónde estaba Menelao? ¿Acaso no estaba en Argos de
[Acaya?... [172].

»Al hacerle muchas preguntas, al mismo tiempo le ofrece ocasión para hablar mucho, no como algunos que, al reducirlas a lo imprescindible y urgir las respuestas, suprimen lo más agradable del entretenimiento de los ancianos. Y, en suma, los que quieren alegrar más que molestar hacen

[172] HOM., *Od.* III 247 ss.

preguntas tales a cuyas respuestas acompañe de parte de C
los que escuchan no reproche, sino elogio, no odio o indignación, sino benevolencia y gratitud. Esto, pues, en lo que toca a las preguntas.

4. »Y de las bromas, el que no pueda gastarlas oportunamente con precaución y habilidad, ha de abstenerse por completo. Pues, como en un sitio resbaladizo, con sólo tocarlo de pasada, uno cae, así con el vino nos encontramos en situación resbaladiza en todo motivo de conversación que no transcurra con la debida compostura. Y con las bromas hay veces en que nos alteramos más que con los insultos, porque vemos que estos últimos ocurren muchas veces sin querer por cólera, y aquéllas, en cambio, las soltamos no como algo necesario, sino como producto de la insolencia y del malhumor, y, nos irritamos, en general, más cuando conversamos con los que ironizan, que con los que sin más dicen necedades, sabedores de que al D
ultraje se le une completamente la espontaneidad, en tanto que la broma es un ultraje pensado y hecho con premeditación [173]. Pues el que te llamó 'pescadero» te injurió sin doblez, pero el que te dijo: 'Nos acordamos de cuando tú te limpiabas los mocos con la manga' [174], se burló de ti. Y Cicerón a Octavio, que parecía ser de Libia, al decirle este último que no oía lo que hablaba, respondió: 'Y eso que tienes el oído perforado' [175]. Y Melantio [176], ridiculi-

[173] Pasaje corrupto, cuyo sentido parece ser el que le hemos dado.

[174] El dicho se aplica a los vendedores de pescado. Según DIÓG. LAER., IV 46, tal respuesta, refiriéndose a su padre, dio Bión de Borístenes a Antígono.

[175] Típico en los esclavos. La anécdota la repite PLUTARCO en *Vida de Cicerón* XXVI 4, y *Mor.* 205B.

[176] Poeta trágico (siglo v a. C.), a quien ARISTÓFANES, en *Paz* 803,

zado por un comediógrafo, dijo: '¿No me estás pagando la deuda que me debías?'

E »Así, pues, las bromas hieren más, porque, como los dardos reforzados con ganchos, quedan dentro por más tiempo, y el encanto de su agudeza molesta a los que la sufren y alegra a los presentes, pues, disfrutando con lo dicho, parecen creerlo y desgarrarles junto con el que las gasta. Pues la broma es, según Teofrasto [177], un reproche enmascarado de una falta; de ahí que por sí mismo el que la oye añade a la insinuación lo que falta, como si lo supiera y le diera crédito. Pues el que se ríe y se alegra en casos como el de Teócrito [178], quien a uno que tenía fama de ladrón y le preguntaba si iba a una cena le contestó que sí iba, pero que dormía allí [179], es semejante a quien
F confirma la acusación. Por ello, también, el que bromea fuera de tono llena por completo a los presentes de mal carácter, ya que se alegran y contribuyen al ultraje. Uno de los conocimientos que parecía oportuno a la hermosa Lacedemonia era el gastar bromas sin molestar, y recibi-

---

junto con Mórsino, acusa de glotón; de falta de talento, en 1009, y de padecer lepra, en *Aves* 151. Una relación de autores que lo critican por el primer defecto señalado se puede ver en ATEN., 6C.

[177] *Tract. Coisl.* 4 ss., en G. KAIBEL, *Com. Gr. Frag.*, vol. I, 1, Berlín, 1899, fr. 1, 50.

[178] El sofista Teócrito de Quíos (siglo IV a. C.), antagonista político de Teopompo (ESTR., XIV 1, 35), se distinguió por la ironía y escarnio con que zahería a sus contemporáneos y antecesores. Precisamente, una broma pesada que le gastó al rey Antígono Monoftalmo, relatada un poco más abajo, en 633C, le costó la vida.

[179] Los ladrones aprovechaban el momento en que los comensales salían de un banquete algo bebidos para despojarlos de sus vestidos y otras pertenencias. Amplia información nos ofrece ARISTÓFANES, en *Acarnienses* 1166, *Aves* 1490 ss., *Nubes* 499, *Paz* 492 ss., *Ranas* 713, y *Asambl.* 668 ss.

das, soportarlas [180]. Y si uno se negaba a que se le gastara una broma, al punto el bromista cortaba. Por tanto, ¿cómo no va a ser difícil encontrar una broma grata para quien la recibe, cuando incluso el no molestar con la broma es 632A cosa de una experiencia y destreza nada corrientes?

5. »Aun así, me parece que las bromas que molestan a quienes cuadran, son las primeras que producen algún placer y agrado a los que están lejos de la acusación. Así Jenofonte, por burlarse de él, nos presenta humorísticamente como el amor de Sambaulas al individuo aquél superfeo y supervelludo [181]. Y recuerdas, sin duda, a nuestro Quieto, que, cuando en una enfermedad dijo que tenía las manos frías, le contestó Aufidio Modesto: 'Pues, sin embargo, calientes las trajiste de tu provincia' [182]. Esto, efectivamente, le produjo risa y esparcimiento, mientras que para un procónsul ladrón hubiera sido un ultraje y oprobio. Por ello, también, cuando Sócrates a Critobulo, muy B hermoso de rostro, le desafía a una confrontación de hermosura, le gastó una broma inocente, no lo ridiculizó [183]. Y, al revés, Alcibíades le gastaba bromas a Sócrates por sus atenciones con Agatón [184]. Y también los reyes se alegran con los que les hablan como a pobres y particulares, como el parásito que, al recibir una broma de Filipo, le

[180] Se refiere al famoso «burlar y dejarse burlar» propio de los espartanos, cuyo humor consistía en decir al principio de su historia lo justo del modo más breve, según se puede ver en PLAT., *Prot.* 342d-f.

[181] *Cirop.* II 2, 28.

[182] A Aufidio Modesto se le menciona en *Quaest. conv.* 618F. En cuanto a Quieto parece que se trata de la misma persona a la que se le dedican *De sera num. vind.* y *De frat. am.*

[183] JEN., *Banqu.* IV 18-19.

[184] PLAT., *Banqu.* 213c.

dijo: '¿No te alimento yo?' [185]. Pues, al mencionar las bajezas no existentes, muestran las virtudes existentes. Mas la virtud tiene que acompañarles de manera reconocida y firme. Y, si no, lo dicho, por el contrario, tiene un sentido
C ambiguo. Pues el que dice a quien es muy rico que le traerá prestamistas o al abstemio y moderado que se emborracha y tiene mal vino, y llama al pródigo o munificiente y amigo de hacer favores, avaro y que ahorra en un grano de comino [186], o amenaza al que es importante en el foro y en política con que ya lo cogerá en el ágora, causa esparcimiento y risa.

»Así Ciro, desafiando a sus compañeros en lo que les iba a la zaga, se hacía atractivo y agradable [187]. Y cuando Ismenias [188] acompañaba a un sacrificio con la flauta, como éste no resultara propicio, el que lo contrató, quitándole la flauta, se puso a tocar de un modo ridículo y, como se lo reprocharan los presentes, dijo: 'El tocar la flauta
D agradablemente es cosa de la divinidad.' E Ismenias, riéndose, replicó: 'Pero, mientras yo tocaba, los dioses estaban entretenidos oyéndome; en cambio, presurosos de librarse de ti, acogieron el sacrificio.'

[185] Según Aten., 248E, la fuente de donde arranca esta anécdota son los *Recuerdos* de Linceo de Samos, y el nombre del parásito era Clísofo de Atenas.

[186] Un término parecido, sólo que más amplio aún, se encuentra en Aristóf., *Avispas* 1357, donde Filocleón acusa a su hijo de «roñoso» con la palabra compuesta *Kymînopristokardamoglýphon* (= «tacaño hasta partir en dos un comino»).

[187] Jen., *Cirop.* I 4, 4, y Plut., *Mor.* 514B.

[188] Famoso flautista tebano de familia noble que, en la literatura griega, se convirtió en modelo de músico y personaje legendario. Véanse por ejemplo: Eliano, *Var. hist.* IV 16, Ps.-Calístenes, *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia* I 46A, y Dión Crisóstomo, XXXII 61, y XLIX 12.

6. »Más aún, los que de broma llaman con nombres injuriosos a las nobles acciones, si lo hacen con moderación, alegran más que aquellos que elogian de modo directo. Pues, sin duda, hieren más los que insultan con eufemismos, como los que llaman Aristides a los malvados y Aquiles a los cobardes; lo que también hace el Edipo de Sófocles:

De ésta (sc., *la ciudad) el fiel Creonte y amigo desde*
[siempre (sc. *piensa echarme)* [189].

»Así, pues, lo de los elogios parece ser un género invertido de ironía que también Sócrates usó, cuando a la capa- E
cidad de Antístenes en amistar a los hombres y llevarlos a un buen entendimiento, la denominó 'prostitución y alcahuetería'*** [190]. Y a Crates el filósofo, a quien en toda casa que entraba le recibían con aprecio y afabilidad, le llamaban 'abrepuertas' [191].

7. »Y hace la broma agradable también un reproche que muestra agradecimiento, como Diógenes decía de Antístenes:

el que me cubrió de harapos y me obligó
a convertirme en pobre y desterrado de mi casa [192],

pues no hubiera sido tan convincente, si hubiera dicho: 'El que me hizo sabio, autosuficiente y feliz'; y el laconio F
fingiendo acusar al gimnasiarco por proporcionarle leña

[189] *Edipo Rey* 385.

[190] JEN., *Banqu.* IV 61 ss. Los asteriscos señalan una laguna de unas cuarenta y cinco letras.

[191] DIÓG. LAER., VI 86. Del mismo aprecio y consideración gozaba el filósofo Demonacte, según LUCIANO, *Vida de Demonacte* 64.

[192] NAUCK, *Trag. Gr. Frag., Adespota,* fr. 394.

muy seca, le dijo: 'Por tu culpa ni llorar podemos'[193]. También el que llamó a quien le invitaba a cenar cada día negrero y tirano, ya que por su culpa durante tantos años no había visto su propia mesa. Y el que decía que por las intrigas del rey había perdido su ocio y su sueño, desde que de pobre se convirtió en rico. Y si alguien, devolviéndoles la broma, inculpara a los Cabiros de Esquilo de hacer que 'el vinagre escasee en la casa', como ellos en broma amenazaron[194].

633A

»En efecto, esto llega más, por tener una gracia lo suficientemente sutil para no ofender ni molestar a los elogiados.

8. »Y el que va a gastar una broma de buen tono, debe conocer la diferencia entre un defecto y una afición; me refiero a la avaricia y al alcoholismo frente a la pasión por la música y la caza. Pues cuando se les gastan bromas sobre aquéllos se afligen, pero ante éstas se encuentran a gusto. No resultó, por cierto, desagradable Demóstenes, el mitileneo[195] cuando, tras llamar a la puerta de un aficionado al canto y a la cítara y responderle éste e invitarle a entrar, le contestó que sí, 'si previamente cuelgas la cítara'. Sí, en cambio, el parásito de Lisímaco que, aterrorizado y dando un salto, al meterle éste un escorpión de madera en el manto, cuando comprendió la burla, le dijo: 'También yo te quiero asustar, ¡oh rey!, dame un talento'[196].

B

[193] Porque la leña verde, como es sabido, produce mucho humo, en tanto que la seca no.

[194] Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 97. El verso quiere decir que el vino abunda en la casa.

[195] Personaje desconocido.

[196] Aten., 246E, al referir esta anécdota, nos transmite también su fuente, el historiador Aristodemo, y el nombre del parásito, Bitis, aña-

9. »Y también en los defectos físicos hay tales diferencias en la mayoría de ellos. Por ejemplo, la gente, cuando se le gastan bromas sobre su nariz ganchuda o chata, se ríe, como el amigo de Casandro no se molestó con Teofrasto al decirle éste: 'Me admira de tus ojos que no canten, ya que esas napias te dan el tono'. Y Ciro aconsejó a un narigudo casarse con una chata, pues así armonizarían [197]. En cambio, cuando reciben bromas sobre el mal C
olor de nariz o de boca [198], se molestan. Y, a su vez, con la calvicie las soportan tranquilamente, pero las relativas a la pérdida de los ojos con desagrado. Pues el propio Antígono [199] se burlaba de sí mismo por su único ojo, y en cierta ocasión que cogió una solicitud escrita con grandes letras, dijo: 'Esto así está claro hasta para un ciego'. Pero a Teócrito de Quíos lo mató, porque, al decirle uno: 'Si tú compareces ante los ojos del rey estás salvado', le contestó: 'Pero la salvación que me muestras es imposible' [200].

»León, el bizantino [201], al decirle Pasiadas que sus ojos padecían oftalmia por culpa suya, le contestó: 'Un defecto D
físico me reprochas, sin ver que tu hijo carga sobre sus hombros una venganza divina' [202] —y es que Pasiadas te-

diendo, además, que Lisímaco era muy avaro, en lo que precisamente reside la gracia de la broma.

[197] JEN., *Cirop.* VIII 4, 21.

[198] Los antiguos asociaban tal tipo de olor a ciertas prácticas sexuales. De ahí el mal gusto de este tipo de bromas.

[199] Antígono I, apodado «Monoftalmo» y «Cíclope».

[200] Texto corrupto, reconstruido por Hubert basándose en Macrobio, quien dice «impossibilem dicitis spem salutis».

[201] Discípulo de Platón, nombrado general de su ciudad ofreció una tenaz resistencia al rey Filipo de Macedonia.

[202] La misma anécdota, con algunas variantes, la reproduce PLUTARCO en *Mor.* 88F.

nía un hijo jorobado—. Y se irritó también Arquipo [203], el demagogo ateniense, con la broma que Melantio le gastó sobre su joroba. Pues Melantio dijo que él no estaba al frente de la ciudad, sino encorvado delante de ella.

»Algunos, en cambio, soportan esta broma tranquila y sosegadamente, como el amigo de Antígono, que, al pedirle un talento y no recibirlo, solicitó escolta y guardias diciendo: 'Para no sufrir una emboscada, pues parece que
E llevo el talento en el hombro.' Así la gente se comporta en lo tocante a lo externo por su disparidad. Efectivamente, cada uno se molesta por distintos motivos. [Epaminondas, cuando comía con sus colegas en el mando, bebía tras la comida vinagre, y al preguntarle ellos si era bueno para la salud, dijo: 'No lo sé, pero estoy seguro de que es bueno para acordarme de mi vida en casa'] [204]. Por ello hay que gastar bromas atendiendo al natural y carácter de cada uno, procurando tratarlos sin causarles pena y con agrado.

10. »Y el amor es complicadísimo en lo demás, y con las bromas sobre él, unos se apesadumbran e irritan, en tanto que otros se alegran. Y hay que conocer la oportunidad; pues como al fuego el aire al principio lo extingue por su debilidad, pero en cuanto crece le proporciona pábulo y fuerza, así, cuando brota el amor y está aún
F oculto, se enrabieta e irrita con los que le descubren; en cambio, cuando luce y se muestra, se nutre y sonríe henchido con las bromas. Y cuando están presentes los amados, es cuando con más gusto aceptan las bromas relativas a su amor, pero a nada más. Y si se encuentran enamorados de sus propias mujeres o tienen un amor noble por

---

[203] Político desconocido.

[204] Pasaje secluido por Hubert, por considerarlo una interpolación.

jóvenes virtuosos, están radiantes de alegría y orgullo con 634A
las bromas que se les gastan. Por ello, también, Arcesilao[205], al serle propuesto en la escuela por uno de los enamoradizos como debate lo siguiente: 'Me parece que nada toca a nada', contestó: '¿Ni tú, entonces, tocas a éste?', señalándole a un joven hermoso y lozano sentado a su lado.

11. »Y ahora hay que considerar también la cuestión de los presentes. De lo que, en efecto, se ríen cuando lo oyen entre amigos y compañeros, eso mismo lo llevan a mal, si se dice cuando están presentes su esposa o su padre o su maestro, salvo que algo de lo dicho les resulte grato. Por ejemplo, si a alguien, en presencia del filósofo, se le gasta una broma por andar descalzo o escribir de noche,
o ante su padre sobre su espíritu ahorrativo, o ante su mu- B
jer sobre su desamor con los demás, mientras que con ella es un esclavo y un sirviente, como Tigranes ante la broma de Ciro: '¿Y qué si tu mujer oyera que tú haces de acemilero?', replicó: 'Pero no lo oirá, sino que estará allí para verlo'[206].

12. »Y a las bromas las hace menos molestas el que les afecte también a los que la dicen de algún modo, como cuando de pobreza habla un pobre, o uno de humilde origen de la humildad de su origen, o un amante del amor. Y parece que no por insolencia, sino por cierto juego, las

---

[205] Arcesilao de Pítane, que estuvo al frente de la Academia en el año 268 a. C., en el período denominado «de la Academia media». Platónico convencido y enemigo acérrimo del estoicismo. La anécdota referida a él, como Hubert observara basándose en SEXTO EMPÍRICO, *Adv. Math.* III 79, se relaciona con un problema geométrico.

[206] JEN., *Cirop.* III 1, 43.

C hacen los iguales. Si no, exasperan y afligen. Así al liberto del rey, un nuevo rico que se las daba grosera y altaneramente de estar por encima de los filósofos que con él cenaban, y que acabó por preguntarles cómo de habas blancas y negras resultaba igualmente el puré verde, Aridices [207] lo hizo levantarse muy enfadado al preguntarle, a su vez, cómo de los látigos blancos y negros resultan magulladuras moradas. Y Anfias de Tarso, que tenía fama de ser hijo de un jardinero y que se puso a gastarle una broma al amigo del gobernador por su origen humilde, luego, interrumpiéndola bruscamente con: 'Pero también nosotros hemos nacido de la misma semilla', le hizo reír.

»Y con finura también el arpista le atacó a Filipo no sólo su tardío aprendizaje del instrumento, sino también
D su entrometimiento. Pues creyendo Filipo rebatirle en un asunto de notas y acordes musicales le replicó: 'Que no te vaya tan mal, rey, como para que tú sepas esto mejor que yo' [208]; en efecto, dando la impresión de mofarse de sí mismo, le reprendió inofensivamente.

»Por ello, también entre los poetas cómicos algunos parecen suprimir la amargura con el hecho de mofarse de sí mismo, como Aristófanes de su calvicie [209] y Cratino representó la *Botella* ‹contra sí mismo› [210].

13. »Y no menos hay que atender y vigilar que la broma surja de un modo circunstancial ante ciertas preguntas

---

[207] Posiblemente se trate de Arídices de Rodas, discípulo de Arcesilao (cf. Aten., 420D, y Bolkestein, *Adversaria critica...*, págs. 114-115).

[208] Esta anécdota se recoge también en *Mor.* 67F, 179B y 334C.

[209] Véanse *Caballeros* 500, y *Paz* 765 ss. Sigue una laguna de cinco letras que, al igual que Fuhrmann, hemos dejado de traducir, por no ser su sentido claro.

[210] Obra perdida.

o diversiones del momento, pero no como algo que viene de atrás a modo de digresión preparada de antemano. Pues, del mismo modo que la gente soporta más tranquilamente E los arrebatos y peleas que brotan en los banquetes, en tanto que, si alguien irrumpiendo de fuera los injuria y perturba, a ése lo consideran un enemigo y lo aborrecen, así una broma encuentra disculpa y franquía, si, como un producto natural y espontáneo, tiene su origen en la oportunidad del momento, pero si no viene a cuento, sino que es algo extraño, se asemeja a una intriga y ultraje, como la broma de Tigranes al marido de una que vomitaba:

Mal, desde luego, empiezas al traer a casa a esta musa [211].

Y al filósofo Atenodoro: 'Si el afecto por los hijos era natural' [212]. Pues la inoportunidad y lo que no viene a cuento evidencian insolencia y hostilidad. 'Éstos, efectivamen- F te, según Platón [213], por una cosa muy liviana, las palabras, pagaron un castigo muy pesado.' En cambio, los que saben y procuran ser oportunos, testifican en favor del propio Platón que es labor de una persona bien educada el bromear con buen tono y encanto» [214].

---

[211] Según ATEN., 616C, la broma fue gastada por Telesforo, uno de los lugartenientes de Lisímaco, a su rey, refiriéndose a la mujer del último, Arsínoe. Que al rey no le hizo gracia alguna, lo prueba el hecho de que condenó a muerte a Telesforo. La broma se basa en un corte de palabras, según que se diga: *tḗnde móusan* (esta musa), o *tḗnd' emóusan* (esta vomitando).

[212] De todas las hipótesis emitidas para explicar esta pregunta, la más plausible parece ser la de Amyot, quien imagina que dicho filósofo había intentado abusar de su hija.

[213] *Leyes* 717d y 935a.

[214] *Ibid.*, 654b.

635A

CUESTIÓN SEGUNDA

De por qué la gente come más en el otoño

Conversan Jenocles, Plutarco, Glaucias y Lamprias

1. En Eléusis, tras los misterios, estando las fiestas en su apogeo [215], fuimos invitados a casa de Glaucias, el rétor, Y cuando los demás terminaron de cenar, Jenocles [216] de Delfos, como acostumbraba, le dio por mofarse de mi hermano Lamprias por su voracidad beocia [217]. Y yo, saliendo en su defensa, a Jenocles, que seguía las doctrinas de Epicuro, le dije:

—Desde luego, querido, no todos hacen de la supresión de lo que causa dolor, límite y frontera del placer [218]. Y a Lamprias, que honra el Perípato y el Liceo antes que el
B Jardín [219], le es forzoso con sus obras testimoniar en favor de Aristóteles. Pues afirma este varón que cada uno, al final del otoño, es cuando más apetito tiene [220] y, además, dijo la causa, pero yo no la recuerdo.

---

[215] A finales de septiembre.

[216] Por lo que se infiere del contexto, Jenocles parece ser un viejo amigo de la casa, a pesar de lo cual sólo lo vemos en esta cuestión.

[217] Sobre el buen apetito de los beocios, Aristófanes, *Acarnienses* 872; Aten., 417B-F, y Plut., *Mor.* 995E.

[218] Epicuro, *Kýriai Dóxai* 3 (Dióg Laer., X 128 y 130, y H. Usener, *Epicurea* [Teubner], Stuttgart, 1946 [= 1887], págs. 72 y 395).

[219] Peripato y Liceo eran las sedes de las enseñanzas aristotélicas, y el Jardín, de las epicúreas.

[220] V. Rose, *Aristotelis quae ferebantur fragmenta,* Leipzig, 1886, fr. 231.

—Mejor, dijo Glaucias, pues nosotros mismos intentaremos buscarla, cuando hayamos terminado de cenar.

Así que, cuando fueron retiradas las mesas, Glaucias y Jenocles lo achacaron, de modo distinto, a los frutos otoñales. El primero porque hacían evacuar el vientre y, al vaciar el cuerpo, proporcionaban renovado apetito. Jenocles, en cambio, decía que la mayor parte de estos frutos, al tener un sabor agradable y picante, invitaban al C
estómago a comer más que cualquier manjar o condimento. Pues, si se les lleva a los enfermos desganados algo de fruta, les hace recuperar el apetito. Lamprias, por su parte, dijo que nuestro propio e innato calor, con el que por naturaleza nos alimentamos, en el verano se disemina y se hace más débil y raro, pero, al morir la estación, se concentra de nuevo y se fortalece ocultándose dentro por el enfriamiento exterior y la condensación del cuerpo [221].

Y yo, para no dar la impresión de compartir el tema sin pagar mi parte, dije que en el verano tenemos más ganas de beber y por el calor consumimos más líquido. Pues bien, D
ahora la naturaleza buscando en el cambio lo contrario, como acostumbra, nos hace sentir más hambre y compensa la mezcla del cuerpo con la alimentación sólida. Además, ni siquiera se podría decir que los alimentos no participen en absoluto en la causa de esto, sino que, como provienen de frutos recientes y frescos —no sólo tortas de cebada, legumbres, pan candeal y trigo, sino también carnes de animales que se alimentan con los frutos de la estación— difieren de los antiguos en sabor y atraen más a quienes los consumen y degustan.

[221] Respecto a la concentración del calor, véase nuestra Introducción.

CUESTIÓN III

De si fue primero la gallina o el huevo[222]

Conversan ALEJANDRO, PLUTARCO, SILA, FIRMO y SOSIO SENECIÓN

E 1. Tras cierto sueño me abstuve de los huevos mucho tiempo, porque durante éste trataba de hacer en un huevo, como ⟨en un cario⟩[223], la prueba de la visión que me sobrevenía claramente muchas veces. Sin embargo, habiéndonos invitado Sosio Seneción, infundí la sospecha de estar ligado a las creencias órficas o pitagóricas, y que al huevo, por considerarlo origen de la vida, como algunos al corazón y al cerebro, lo evitaba religiosamente. Y Alejandro[224] el epicúreo, aportó de broma lo de: «Desde luego, es igual comer habas que cabezas de progenitores»[225], porque, efectivamente, estos hombres llaman, con el lenguaje de los enigmas, a los huevos habas a causa de la preñez[226]
F y piensan que en nada difiere el comer huevos del aprove-

---

[222] Cuestión recogida por MACR., *Sat.* VII 16.

[223] Según la conjetura de Reiske. En los manuscritos se leía la palabra «corazón» (*Kardíāi*). Se trata de una expresión proverbial equivalente al adagio latino «in aniura vili» o al nuestro «en un conejillo de Indias», pues de Caria procedían infinidad de esclavos. Sobre el dicho, cf. LEUSTSCH-SCHEIDEWIN, *Corp. Parem. Gr.*, vol. I, págs. 70-71 (59), y vol. II, página 404 (39).

[224] Es posible que este personaje sea el mismo al que va dirigido el escrito *De Herod. mal.* En las *Quaestiones* sólo lo encontramos aquí.

[225] Cf. DK., vol. I, pág. 368 (fr. 141), y O. KERN, *Orphicorum Fragmenta*, Berlín, 1922, fr. 291.

[226] Relación establecida entre *kúamos* (haba) y *kúēsis* (preñez).

char los animales que los ponen. Por supuesto, la defensa contra la acusación resultaba más ininteligible que la acusación misma, referir a un epicúreo un sueño. De ahí que, sin refutar la opinión, le gastara igualmente una broma a Alejandro, pues era encantador y bastante erudito.

2. Y, a consecuencia de esto, iba ocupando el centro de 636A
la conversación el problema insoluble y que plantea muchas dificultades a los investigadores, sobre qué fue primero, el huevo o la gallina. Y Sila [227], mi amigo, diciendo que con un pequeño problema, como con una herramienta, estábamos removiendo fuerte y profundamente lo que toca al origen del universo, se abstuvo. Y como se burlara Alejandro de la investigación por no aportar nada de provecho, Firmo [228], mi pariente, dijo: «Préstame, entonces, en este momento tus átomos. Pues si hay que suponer que las cosas pequeñas son el fundamento y principio de las grandes [229], es natural que el huevo haya sido antes que la gallina; pues, para lo que son los objetos sensibles, es incluso simple, en tanto que la gallina es algo más B
complejo y mezclado. Y, en general, el principio es lo pri-

[227] Sextio Sila, natural de Cartago y amigo íntimo de Plutarco, hombre polifacético, buen conocedor de la filosofía y ciencia, interviene en varios diálogos plutarquianos.

[228] Conocido sólo por este pasaje. Fue arconte de Delfos según una inscripción. Plantea problemas el parentesco que guarda con Plutarco, ya que la hermana de éste murió muy joven, por ello U. von Wilamowitz Moellendorf, *Commentariolum grammaticum*, vol. III, Gotinga, 1889, pág. 23, supuso que *gambrós* aquí se refiere al marido de su sobrina, y así, Fuhrmann lo traduce por «sobrino», frente a «yerno» de Amyot, en tanto que P. A. Clement lo vierte a un término más general «pariente», igual que hemos hecho nosotros.

[229] Cf. Aristóteles, *De caelo* 286b16.

mero y principio es la semilla [230], y el huevo es mayor que la semilla, pero menor que un ser vivo; pues, como el progreso parece ser algo intermedio entre las cualidades naturales y la perfección, así el huevo es una especie de progreso de la naturaleza en su marcha al ser vivo desde la semilla [231]. Y, además, al igual que en el ser vivo dicen que las arterias y venas son lo primero que se forma, así tiene sentido que también el huevo haya sido primero que el ser vivo, como el continente antes que el contenido. En efecto, las artes primero modelan masas indeterminadas y amorfas; luego, posteriormente, articulan cada una de ellas
C en las figuras [232]. Por lo cual, Policleto, el escultor, dijo que la obra era más difícil cuando el barro está en la uña [233]. Por ello, también, es natural que al principio la materia se someta con una lentitud mayor a la naturaleza que la mueve suavemente, con lo que aquélla produce figuras amorfas e indefinidas como los huevos, y cuando éstas cobran forma y se concretan, entonces se produce el ser vivo. Y del mismo modo que la oruga es lo primero y después, endurecida por la sequedad y rompiéndose en derredor, suelta por sí misma un ser alado distinto, la llamada mariposa [234], así también aquí el huevo preexiste
D como materia de la generación, pues forzoso es en todo cambio que, antes que lo que cambió, sea aquello de lo que cambió [235].

---

230 Plut., *Mor.* 780D. Para la procedencia aristótelica de la aseveración cf. la n. de Fuhrmann a ella.

231 Arist., *Part. an.* 681a12 ss., *Hist. an.* 588b4 ss. y *Gen an.* 737b9.

232 Arist., *Part. an.* 654b29 ss., y *Nat. ausc.* 191a8 ss.

233 Es decir, en los últimos retoques. Cf. DK., vol. I, pág. 392 (fr. 1) y las eruditas notas de Fuhrmann al respecto.

234 Arist., *Hist. an.* 551a13 ss.

235 Arist., *Phys.* 225a1.

»Y observa que nacen gusanos en árboles y carcomas de maderas, por la putrefacción o consunción de su humedad [236]. Nadie estimaría que no existe antes que ellos ni es más antiguo por naturaleza lo que les ha engendrado. La materia, en efecto, tiene la condición de madre, como afirma Platón, y de nodriza [237]; y materia es todo por lo que tiene consistencia lo engendrado. Y, además de esto, dijo riendo, cantaré para los inteligentes el sagrado relato órfico que declara al huevo no sólo más antiguo que la gallina, sino que también, en una palabra, le atribuye la total primogenitura de todo a la vez [238]. »Y lo demás E
'quede bien sellado', según Heródoto [239], pues entra más en el campo de los misterios. Y aun cuando el mundo contiene muchas especies de seres vivos, ningún género, por así decirlo, queda sin participar de la generación por un huevo, sino que él engendra animales alados y miles que nadan, y terrestres, los lagartos, y anfibios, los cocodrilos, y bípedos, el gallo, y sin patas, la serpiente, y con muchas patas, la langosta [240]; de ahí que, no sin propiedad, en las orgías del culto a Dioniso se le consagra como una representación de lo que engendra y, al tiempo, abarca en sí mismo a todo.»

3. En cuanto Firmo expuso esto, dijo Seneción que la última de las imágenes era la primera que se le contraponía; «pues, sin darte cuenta, dijo, Firmo, en lugar de la F
puerta del proverbio [241], abriste el mundo contra ti mis-

[236] Teofr., *Hist. plant.* IV 14, 10.

[237] *Tim.* 51a (madre) y 52d (nodriza).

[238] O. Kern, *Orph. Frag.*, págs. 140 y sigs.

[239] II 171.

[240] Arist., *De inc. an.* 704a12.

[241] Para el proverbio, que se aplica a un ladrón torpe, cf. Leutsch-

mo; pues el mundo, por ser perfectísimo, preexiste a todo; y es lógico que lo perfecto sea por naturaleza antes que lo imperfecto [242], como lo completo antes que lo incompleto y el todo antes que la parte, pues no es en absoluto lógico que una parte sea parte de lo que no ha llegado a ser [243]. De ahí que nadie dice que el hombre es del esper-
637A ma, ni del huevo la gallina, sino que decimos que de la gallina es el huevo y el esperma del hombre, ya que éstos son después de aquéllos y toman su origen en ellos; luego, devuelven, como una deuda, a la naturaleza el nacimiento; pues están faltos de lo que les es propio. Por ello, también, les es connatural querer hacer otra cosa tal cual era aquella de la que se separaron. Y se define el principio seminal [244] como un producto al que le falta producir; pero nada está falto de lo que no ha llegado a ser ni es. Y los huevos claramente se observa que tienen una naturaleza necesitada de la solidez y consistencia que hay en cualquier ser vivo, así como de órganos y vasos semejantes. De ahí que ni siquiera se cuenta que el huevo sea hijo de
B la tierra, sino que incluso el Tindáreo los poetas dicen que apareció caído del cielo [245]. En cambio, la tierra, hasta ahora, produce animales autosuficientes y completos, ratones en Egipto [246] y, en muchas partes, serpientes, ranas y ciga-

SCHNEIDEWIN, *Corp. Parem. Gr.*, vol. I, pág. 114 (98). En un principio parece que se refería a la famosa historia del lidio Candaules relatada por HERÓD., I 9, 2 ss.

[242] ARIST., *Phys.* 265a23; *De cael.* 269a19; *Gen. an.* 733a1, y *Meteor.* 1072b35.

[243] ARIST., *Pol.* 1253a20.

[244] Giro empleado por los estoicos. Cf. VON ARNIM, *Stoic. Vet. Frag.*, vol. II, págs. 205 (fr. 717) y 211 (fr. 739).

[245] Según ATEN., 57F, el huevo que, proveniente de la luna, dio origen a Helena.

[246] DIOD., I 10, 2.

rras, al sobrevenir del exterior un principio y fuerza distintos. Y en Sicilia, durante la guerra de los siervos [247], al corromperse sobre la tierra mucha sangre y cadáveres insepultos, un enjambre de langostas brotó y destruían el trigo, dispersándose sobre la isla por todas partes. Así, pues, estos animales nacen y se alimentan de la tierra y del alimento hacen un residuo fecundador [248], por el que con placer se encaminan unos a otros, y al aparearse, según la unión, unos son por naturaleza ovíparos y otros vivíparos. Y en esto es donde más claro está que es después de C
haber tomado su primer nacimiento de la tierra, cuando hacen sus procreaciones de otro modo ya y entre ellos.

»Y, en suma, es igual que decir 'antes que la mujer, fue la matriz', pues lo que la matriz es por naturaleza para el hombre, eso, a su vez, es el huevo para el polluelo que en él se engendra y nace. De forma que el que plantea la duda de cómo llegaron a ser las gallinas, si no había huevos, en nada difiere del que pregunta cómo hubo hombres y mujeres antes de que hubiera penes y matrices. Desde luego, las más de las partes existen con el todo y la potencia sucede a las partes, la actividad a la potencia y D
el resultado a la actividad [249]. Y resultado de la potencia generativa de las partes genitales son el esperma y el huevo, de suerte que suceden a la creación del todo. Y observa que, como no es posible que exista una digestión del alimento antes de que exista un ser vivo, así tampoco ni el huevo ni el esperma; pues éstos parecen proceder de ciertas digestiones y transformaciones, y no es posible, antes

[247] *Ibid.*, XXXIV-XXXV 2 (año 136 a. C.).

[248] *Mor.* 917B y 919C, y, especialmente, 905A, donde la teoría se hace remontar a Pitágoras y Arist., *De long. et brev. vit.* 466b8; *Gen. an.* 724b34 ss., 725a3 ss. y 766b8.

[249] Arist., *Gen. an.* 716a23 ss., y *Sens.* 449a1.

de que el ser vivo haya llegado a ser, que la naturaleza tenga un residuo de alimento de un ser vivo. Sin embargo, el esperma, de algún modo, hace las veces de un principio, en tanto que el huevo ni tiene la condición de principio, pues no existe primero, ni la naturaleza de un todo, pues es imperfecto.

E »De ahí que no decimos que el ser vivo ha llegado a ser sin principio, sino que existe como principio de la generación del ser vivo una potencia, por la que primero la materia cambió, al producir aquella una unión y mezcla procreadoras; y que el huevo es un producto, al igual que la sangre y la leche, del ser vivo, como resultado de la alimentación y digestión; pues no se ve que el huevo se constituya del barro, sino que éste sólo en el ser vivo tiene su consistencia y nacimiento. En cambio, los seres vivos, se constituyen por sí mismos a miles. Y ¿qué necesidad hay de hablar de los demás?, pues, cuando se cogen muchas anguilas, nadie ha visto que una anguila tenga ni semen ni huevos [250], sino que, aunque se retire el agua y
F se quite todo el barro, al confluir agua al lugar, las anguilas siguen reproduciéndose.

»Por tanto, debe, por fuerza, llegar a ser último lo que precisa de otra cosa para su generación; en cambio, lo que también ahora, separado de otro, puede constituirse de modo distinto, esto está lo primero en el comienzo de la generación; pues el tema versa sobre aquella primera. Porque es cierto que las aves también hacen sus nidos antes de
638A la puesta y las mujeres preparan pañales; pero no dirías que el nido ha sido antes que el huevo y los pañales que los niños. Pues no la tierra, afirma Platón [251], imita a la

[250] Arist., *Hist. an.* 569a6 ss., 570a3 ss.; *Gen. an.* 762b y 763a.

[251] *Menéxeno* 238a.

mujer, sino la mujer y cada una de las demás hembras a la tierra.

»Por ello, es natural que la primera generación haya nacido de la tierra autosuficiente y sin necesidad de nada, gracias a la perfección y fuerza del principio generador, sin que precise de aquellos órganos, abrigos y vasos que ahora la naturaleza elabora y forja en los que engendran por su debilidad.»

CUESTIÓN CUARTA

De si la lucha es la más antigua de las competiciones

Conversan LISÍMACO, PLUTARCO, SOSICLES y FILINO

Agasajábamos por su victoria a Sosicles de Coronas, B
vencedor de los poetas en los Píticos. Pero, como el certamen gimnástico estaba cerca, la mayor parte de la conversación trataba sobre los luchadores, pues acontecía que habían acudido muchos y famosos. Pues bien, Lisímaco [252], uno de los intendentes de los Anfictiones que asistía, dijo que hacía poco había oído declarar a un gramático que la lucha era la más antigua de todas las pruebas, como también lo atestiguaba su nombre; pues las cosas más recientes aprovechan bastante los nombres puestos en las más
antiguas. Así, probablemente también, la gente dice que C
la flauta «está templada» y llama a los sones de la flauta «punteos», tomando las denominaciones de la lira. En con-

[252] Personaje que interviene sólo en esta cuestión y en la siguiente.

secuencia, al lugar en el que se ejercitan todos los atletas lo llaman palestra, porque la «lucha» *(pálē)* [252bis] fue la primera en ocuparlo, prestándoselo después también a las pruebas inventadas posteriormente.

Yo dije que este testimonio no era sólido, pues de la lucha se le llama palestra, no porque sea el más antiguo de todos los demás, sino porque da la casualidad de que es la única forma de ejercicio que precisa arcilla, polvo y ceroma; pues ni la carrera, ni el pugilato se practican
D en las palestras, sino el rodar por los suelos de la lucha y del pancracio; pues que el pancracio es una mezcla de pugilato y lucha, está claro. «Y, por otro lado, dije, ¿qué explicación tiene el que la lucha, que es la más técnica y mañosa de las pruebas [253], sea, al mismo tiempo, la más antigua? Pues la necesidad produce primero lo simple y sencillo y lo que se realiza con fuerza más que con método.» Y cuando dije esto, Sosicles dijo: «Hablas con razón y te añado una prueba derivada de su etimología, pues me parece que se llama lucha por *paleúein* (trampear), lo que precisamente es engañar y derribar con trampas [254].»

E Y Filino dijo: «Para mí, en cambio, deriva de palma [255]; pues con esa parte de ambas manos es con la que más actúan los luchadores, como los púgiles, a su vez, con el puño. Por ello, a esta acción se le denomina pugilato y a aquélla lucha.

[252bis] El término *pálē* (lucha) está relacionado con palestra, efectivamente, sin que se pueda precisar el grado de dependencia.

[253] Sobre la forma de luchar entre los griegos, cf. ARISTÓF., *Cab.* 262 ss., y sobre todo la excelente narración de HEL., en *Etióp.* X 31, 3 ss. Respecto a la crueldad del pugilato y la lucha, cf. ELIANO, *Var. hist.* X 19, y PAUSANIAS, VI 9, 3.

[254] Etimología falsa.

[255] Justamente al contrario.

»Sin embargo, también, como los poetas llaman 'rociar' *(palýnein)* al hecho de cubrirse de polvo y espolvorearse, lo que vemos que hacen muchísimo los luchadores, es posible también por aquí sacar la etimología de la palabra [256]. Y observa, además, dijo, que es labor de los corredores adelantar cuanto más se pueda y distanciarse lo más lejos posible, mientras que a los púgiles, por más que quieran, los árbitros no los dejan trabarse. Y solamente a los F luchadores los vemos abrazarse y agarrarse y en la mayor parte de sus recursos, ataques frontales y laterales, llaves frontales y laterales, se juntan y unen entre ellos. Por ello, a causa del aproximarse muchísimo y estar cerca, no es incierto que se le haya denominado lucha [257].»

CUESTIÓN QUINTA 639A

De por qué entre las pruebas Homero siempre pone primero el pugilato, después la lucha y en último lugar la carrera

Conversan LISÍMACO, TIMÓN, MENÉCRATES, PLUTARCO y otros

1. Y, expuestas estas cosas y habiendo nosotros elogiado a Filino, dijo, de nuevo, Lisímaco: «¿Entonces, cuál de los juegos se podría afirmar que fue primero? ¿Acaso el estadio, como en las Olimpíadas *** [258]? Y aquí entre

[256] *palúnō* procede de *pálē* «flor de harina» (CHANTRAINE, *Dictionnaire*, vol. III, pág. 853).

[257] Nueva etimología equivocada; la auténtica no se conoce aún.

[258] Sigue una laguna observada, en primer lugar, por Xylander, cuya extensión todavía no se ha podido determinar.

nosotros introducen a los competidores sucesivamente en cada prueba, tras niños luchadores[259] hombres luchadores y púgiles tras púgiles, igualmente, y pancraciastas. Allí, en cambio, cuando los niños han competido, entonces lla-
B man a los hombres. Pero mira, dijo, no sea que Homero muestre mejor el orden cronológico, pues en él se pone siempre entre los juegos gimnásticos primero el pugilato, segundo la lucha y en último lugar la carrera.»

Entonces, extrañado Menécrates[260], el tesalio, dijo: «¡Heracles, cuántas cosas se nos escapan!; pero si tienes a mano alguno de sus versos, no rehúses recordárnoslo.» Y Timón dijo: «Que los funerales de Patroclo tienen este orden en los juegos, es algo que a todos, por así decirlo, les resuena en los oídos. Y, observando el orden invariablemente, el poeta hace a Aquiles decir a Néstor:

C *...Y te doy este premio sin más;*
pues, desde luego, no combatirás con los puños, ni lucharás,
ni en el certamen de jabalina entrarás, ni con tus pies
[correrás[261],

y al anciano explayarse en su réplica de que:

con los puños vencí a Clitomedes, hijo de Enopo,
y a Anqueo el pleuronio en la lucha...
y a Ificlo con mis pies adelanté...[262],

[259] De un niño luchador en Delfos, Corinto y Olimpia habla HERODAS en *La alcahueta* 50.

[260] En toda la obra de Plutarco es ésta la única aparición de este personaje.

[261] *Il.* XXIII 620 ss.

[262] *Ibid.*, 634-6.

y, a su vez, a Odiseo desafiando a los feacios:

O al pugilato o a la lucha o, incluso, a la carrera[263],

y a Alcínoo preciándose con modestia:

No somos, en efecto, con los puños irreprochables rivales D
pero con pies rápidos corremos[264], [*ni luchadores,*

porque, para mí, no se sirve al azar, por improvisación, de un orden distinto cada vez, sino que sigue lo que se acostumbraba entonces y se hacía conforme a una norma. Y se hacía así, por mantener ellos aún el antiguo orden.»

2. Y cuando mi hermano terminó, afirmé que, aunque en lo demás decía la verdad, no aprobaba, sin embargo, la motivación de ese orden. Y también a algunos otros les parecía que no era convincente que el boxeo y la lucha precedieran en competiciones y luchas a la carrera y me exhortaban a que ampliara mi afirmación para mayor convencimiento. Y dije de una forma improvisada que a mí E
todas estas cosas me parecían imitaciones de las guerreras y adiestramientos para ellas[265]. En efecto, al hoplita se le hace entrar después de todos, atestiguando que esto es lo último de los ejercicios físicos y del certamen. Y el permitir a los triunfadores, al entrar en su ciudad, romper y derribar una parte de los muros tiene tal sentido: que una ciudad que posea hombres capaces de combatir y vencer, no tiene gran necesidad de murallas. Y en Lacedemo-

[263] *Od.* VIII 206.
[264] *Ibid.*, 246-7.
[265] Lo mismo dice, refiriéndose a los juegos olímpicos, PAUSANIAS, V 8, 10.

nia, para los que han vencido certámenes con premio de coronas, hay un lugar elegido en la formación de combate, combatir alineados en torno al propio rey [266]. Y entre los animales, sólo al caballo se le hace partícipe de coronas y certámenes, porque es el único que está dotado por naturaleza y ha sido entrenado para acompañar a los combatientes y luchar con ellos.

«Y si, efectivamente, esto no está mal dicho, considere-
F mos ya, dije, que la primera tarea de los combatientes es golpear y protegerse, y la segunda, cuando ya se traban y llegan a las manos, servirse de empellones y volteos, con lo que, por cierto, afirman que, precisamente en Leuctra [267], los espartanos fueron doblegados por los nuestros, habitua-
640A dos a la palestra. Por ello, también, en Esquilo a uno de los guerreros se le denomina 'pesado hoplita-luchador' [268]. Y Sófocles ha dicho en alguna parte respecto a los troyanos que eran:

amantes de los caballos y armados con arcos de cuernos,
y luchadores con escudo que resuena como una campana [269]

Y, por lo menos, tras todo, sin duda, lo tercero es que vencidos huyan, o persigan, si vencen. Por tanto, naturalmente, el pugilato antecedía, mientras que la lucha ocupaba el segundo lugar y el último la carrera, porque el pugilato es imitación del ataque y guardia, la lucha de la traba-

---

[266] *Vida de Licurgo* XXII 4.

[267] *Pelóp.* VII. Según POLIENO, II 3, 6, fue Epaminondas quien recomendó a los tebamos que combatieran en los gimnasios con los lacedemonios, a fin de que les perdieran el miedo.

[268] Cf. DIEHL, *Ant. Lyr. Gr.*, vol. I, pág. 79.

[269] NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 775.

zón y choque y con la carrera se ejercitan en huir y perseguir.»

CUESTIÓN SEXTA

De por qué el abeto, el pino [270] *y los árboles semejantes a éstos no se dejan injertar*

Conversan Cratón, Filón y Sóclaro

1. Habiéndonos invitado Sóclaro [271] en sus jardi- B
nes rodeados por el río Cefiso, nos mostró árboles que habían sido transformados de todas las maneras por los llamados trasplantes.

Efectivamente, de lentiscos vimos brotar olivos, y granados de mirtos. Y había también encinas que producían buenas peras, y plátanos que habían recibido injertos de manzanos, e higueras de moreras, y otras uniones de plantas que habían sido dominadas hasta dar frutos [272]. Pues
bien, los demás gastaban bromas a Sóclaro por alimentar C
especies y criaturas más prodigiosas que las esfinges y qui-

---

[270] Amyot traduce los dos árboles, respectivamente, por «pin» y «le sapin», P. A. Clement por «fir» y «the pine» y Fuhrmann por «pin maritime» y «le pin parasol». Lo cierto es que, como el propio Fuhrmann reconoce, el sentido es dudoso.

[271] Amigo íntimo, natural de Queronea, que, por lo que afirma en *Quaest. conv.* III 6, debe de andar entre los cincuenta y sesenta años. Plutarco nos lo presenta siempre como un hombre jovial y con un carácter muy natural. Interviene, aparte de en nuestra obra, en *De sollertia animalium* (*Sobre el ingenio de los animales*).

[272] Injertos, todos ellos, imposibles en la actualidad.

meras de los poetas. Pero Cratón nos planteó su incertidumbre respecto a la causa por la que, entre las plantas, sólo las resinosas no admitían por naturaleza tales mezclas, pues no se ve ni un cono, ni ciprés, o pino, o abeto criar un árbol de otra especie.

2. Y, tomando la palabra Filón [273], dijo: «Hay, Cratón, una explicación entre los sabios, confirmada por los agricultores. El aceite, efectivamente, afirman que es enemigo de las plantas y la planta que quieras, untada con aceite, rápidamente se consume [274], al igual que las abejas [275]. Y dichos árboles tienen una naturaleza grasienta
D y suave, de modo que destilan goma y resina. Y cuando se les golpea, en el interior de las heridas acumulan como sangre. Y su madera resinosa despide un líquido oleoso y lo grasiento brilla en su derredor. Por ello, también es difícil de mezclar con las otras especies, como el propio aceite.»

Y al terminar Filón, Cratón pensaba que la naturaleza de la corteza cooperaba a esto. Pues, al ser fina y seca, no proporciona asiento ni vida en ella a los que se le injertan, como las cortezudas y húmedas, pues, como son blandas en las partes bajo la corteza que los reciben, abrazan lo que se les introduce [276].

[273] Médico que parece residir en Hiámpolis. Actúa como anfitrión en *Quaest. conv.* IV 1, e interviene en temas de su especialidad en *Quaest. conviv.* VI 2 y VIII 9.

[274] Plat., *Prot.* 334b; Teofr., *Hist. plant.* IV 16, 5, y *C.P.* V 17, 6, y Plut., *Mor.* 911E.

[275] Arist., *Hist. an.* 605b20.

[276] Pasaje un tanto corrupto que, creemos, ha de leerse tal como se encuentra, sólo que poniendo punto alto tras *noterá* y escribiendo a continuación *kaì gár*...

3. Y el propio Sóclaro dijo que, aunque no exponía E
esto mal, pensara, además, que lo que acepta otra naturaleza debe ser apto para el cambio, para que, dominado, asimile y transforme el alimento suyo en provecho del trasplantado. «Así, removemos previamente la tierra y la ablandamos, para que roturada cambie debido a su tolerancia y se amolde a lo que se planta en ella, pues la tierra yerta y dura es difícil de cambiar. Y estos árboles, que son ligeros de madera, no hacen mezcla por no dejarse dominar ni cambiar. Y, además, dijo, no es dudoso que lo que acoge debe tener la condición de tierra para lo que se trasplanta. Y la tierra debe ser lo femenino y fecundo.
De ahí que, eligiendo las plantas más fructíferas, se las F
injerta en las fecundas, como a mujeres de mucha leche les acercan otros críos. Pero vemos que el abeto, el ciprés y todos los de tal especie son mezquinos e infecundos para
los frutos. Pues, del mismo modo que las personas que 641A
tienen exceso de carne y peso en la mayoría de los casos son estériles (ya que, como consumen el alimento para su cuerpo, no transformn parte de él en esperma)[277], así los árboles de tal especie, al aprovecharse del alimento que se consume por completo en ellos, son corpulentos en tamaño y van agrandándose, pero unos no producen frutos y otros los producen pequeños y tardíamente desarrollados. De suerte que no hay que extrañarse si no crece lo ajeno en lo que malamente hace crecer incluso lo propio.

---

[277] Arist., *Gen an.* 725b29-726a6 y 795b, y Teofr., *Caus. plant.* III 8, 4.

CUESTIÓN SÉPTIMA

Sobre la rémora [278]

Conversan QUEREMONIANO, PLUTARCO y otros

1. Queremoniano de Trales [279], habiéndosenos servi-
B do en cierta ocasión pescaditos variados, nos señaló uno de cabeza puntiaguda y alargada y decía que la rémora se le asemejaba, pues la vio mientras navegaba por el mar de Sicilia y quedó admirado de su fuerza, ya que la rémora provocó una demora y dilación nada pequeñas durante la travesía [280], hasta que la cogió el vigía pegada al costado de la nave por fuera. Desde luego, había quienes se burlaban de Queremoniano por admitir una ficción mítica e increíble, y había también quienes caían en el tópico de las «antipatías». Y era posible oír otras muchas cosas de los que las presenciaron: que un elefante enfurecido se aplaca al ver a un carnero [281]; que la rama de un roble detiene

[278] Pez de la familia de los acantopterigios de unos 40 cm. de longitud y de 7 a 9 de diámetro, fusiforme, de color ceniciento; sobre la cabeza lleva un disco oval consistente en una serie de láminas cartilaginosas movibles con las que crea un vacío y se adhiere fuertemente a cualquier objeto. Los griegos creían que era capaz de detener las naves, y de ahí su nombre de «detienenaves».

[279] Sólo lo encontramos aquí.

[280] Sobre el tema, véase ARIST., *Hist. an.* 505b18, quien añade que algunos empleaban al pez como un hechizo para filtros amorosos y pleitos judiciales, y PLIN., *Hist. nat.* IX 79, y XXXII 2 ss., en donde asegura que el barco de Marco Antonio fue detenido por una rémora durante la batalla de Actio y que otro tanto le ocurrió al que transportaba a Calígula.

[281] Según *Geoponicá* XV 1, 1-4, y ELIANO, *Var. hist.* I 38, el elefante siente pánico de un carnero cornudo y de los gruñidos de los cerdos,

a una víbora, si se la acercas y la tocas; que un toro C
bravo se tranquiliza y amansa atado a una higuera; que el ámbar todo lo mueve y atrae las cosas ligeras, salvo la albahaca y lo que se humedece con aceite, y que la piedra imán no atrae al hierro, si a éste se le unta ajo. En efecto, aunque estas cosas tienen una comprobación evidente, es difícil, si no completamente imposible, comprender la causa.

2. Pero yo dije que esto era una evasiva a la pregunta más que una explicación de su causa. Y consideremos, añadí, que muchas cosas que poseen la condición de casualidades, toman la apariencia de causas incorrectamente.
Igual que si uno creyera que por el florecimiento del D
agnocasto madura el fruto de la vid, porque existe el dicho:

el agnocasto florece y el racimo madura[282],

o que por los pábilos que aparecen en las lámpara, el ambiente se trastorna y nubla, o que la curvatura de las uñas es causa, antes que síntoma, de la úlcera de intestino. Pues bien, como cada uno de estos hechos son consecuencia del fenómeno, generado por las mismas causas, así dije yo que sólo una era la causa por la que el navío navega lentamente y atrae a la rémora; pues, cuando la nave está seca y

circunstancia ésta hábilmente aprovechada por los romanos contra los elefantes de Pirro de Epiro. Cerdos también emplearon, según POLIENO, IV 6, 3, los megarenses contra Antígono.

[282] Cf. NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, *Adespota*, pág. 396, y DIEHL, *Anthol. Lyr. Gr.*, vol. III, pág. 74. El verso citado por Plutarco es un trímetro yámbico de procedencia desconocida. El «agnocasto» o «sauzgatillo» es un arbusto de la familia de las verbenáceas, de 3 o 4 m. de altura, de flores pequeñas y azules y fruto redondo, pequeño y negro. Crece en sotos frescos y en las orillas de los ríos.

no demasiado pesada por la humedad, es natural que la quilla, deslizándose sobre el mar por su ligereza, hienda
E la ola, dividida y separada fácilmente con su leño limpio. Pero cuando está muy húmeda y empapada, acumula muchas algas y capas musgosas y tiene más débil la hendidura del leño y la ola, al tropezar con su viscosidad, no fácilmente se separa. Por ello, también, secan los costados, para limpiar de los leños los musgos y algas, a los que, adherida la rémora por su viscosidad, es natural que sea considerada la causa de la demora antes que una consecuencia de la causa que motiva la demora.

CUESTIÓN OCTAVA

F *De por qué dicen que los caballos «lycospádes»* [283] *son fogosos*

Conversan el padre de PLUTARCO, PLUTARCO y otros

Algunos dijeron que a los caballos *lycospádes* se les denominaba así por los frenos de lobo, ya que por su fo-
642A gosidad y difícil manejo eran retenidos con ellos. Pero mi padre, que no gustaba en absoluto de improvisar en sus explicaciones y que siempre había utilizado caballos excelentes, decía que los que han sido acometidos cuando potros por lobos, si logran escapar, salen buenos y rápidos

[283] Caballos del sur de Italia, de los que habla con cierta amplitud ELIANO, en *Hist. an.* XVI 24, y EUSTACIO en *Ad Il.* 1052, 6. El término griego quiere decir literalmente «mordido por lobos».

y se les llama *lycospádes*. Y esto, que la mayoría testificó en su favor, planteaba la dificultad de la causa por la que este accidente hace a los caballos más fogosos e impetuosos. Y la mayor parte de la argumentación de los presentes era que esa experiencia infunde a los caballos miedo, no ánimo, y se hacen espantadizos y medrosos ante todo, y tienen unas reacciones vivas y rápidas, como las fieras que han escapado a las trampas. Pero yo dije que había que mirar no fuera a ser lo contrario de lo que se creía, pues los potros no se hacen más rápidos cuando acosados B
escapan a los ataques de las fieras, sino que no se escaparían, si no fuesen por naturaleza animosos y rápidos. Pues tampoco Odiseo se hizo sagaz por escaparse del Cíclope, sino que se escapó porque lo era.

CUESTIÓN NOVENA

De por qué las ovejas despedazadas por lobos tienen la carne más sabrosa, pero una lana que produce piojos

Conversan Patrocleas, Plutarco y otros

Después de esto se indagaba sobre las ovejas despedazadas por lobos, de las que se dice que dan una carne muy sabrosa, pero una lana que produce piojos [284]. Pues bien, C
no desatinadamente, Patrocleas [285], mi pariente, parecía

[284] Cf. *Geop.* XV 1, 5, y Arist., *Hist. an.* 596b8.

[285] Pariente (*gambrós*) de Plutarco, que aparece, además, en *De ser. num. vind.* y en *De animae procreatione in Timeo* (*Sobre la procreación del alma en el Timeo*), si bien siempre como planteador de temas.

abordar lo referente al sabor, al afirmar que la fiera con su mordedura hacía la carne tierna. En efecto, el hálito del lobo es tan excesivamente cálido y abrasador, que funde y derrite en el estómago los huesos más duros. Por ello, también, las ovejas despedazadas por lobos se corrompen más rápidamente que las demás.

En cambio, sobre la lana titubeábamos, no fuera que no produjese los piojos, sino que los hiciese salir al desunir la carne, por serle propios cierta aspereza desgarrante o
D calor. Y esta facultad se reaviva en la lana ante la mordedura del lobo que hace cambiar hasta los vellones del animal degollado.

Y la observación daba crédito a esta explicación. Pues sabemos que, entre los cazadores y cocineros, unos los abaten con un solo golpe, de suerte que los así golpeados yacen sin aliento, en tanto que otros los matan a duras penas y difícilmente con muchos golpes. Y lo que es más sorprendente que esto, unos imprimen en la víctima con el hierro una fuerza tal, que rápidamente se corrompe y ni siquiera aguanta un solo día, en tanto que otros la matan no más lentamente que aquéllos, pero nada semejante ocurre en la carne de los degollados, sino que se conserva por algún tiempo.

E Y también Homero insinúa que las transformaciones de los animales según los tipos de degüello y muerte se extienden hasta la piel, pelos y uñas, porque suele decir de las pieles y de los cueros: «Un cuero de buey matado violentamente»[286]. En efecto, la piel de los animales abatidos no por enfermedad ni vejez, sino por degüello, es tensa y compacta, pero a los que han sido mordidos por

[286] *Il.* III 375.

fieras se les ennegrecen las uñas, el pelo se les cae y la piel se les pudre y desgarra.

CUESTIÓN DÉCIMA

De si los antiguos hacían mejor cenando por raciones o los de ahora en común

Conversan Hagias, Lamprias y otros

1. Cuando en mi tierra desempeñaba el cargo de ar- F
conte epónimo [287], la mayoría de las cenas eran por raciones individuales, asignándosele en los sacrificios a cada uno una porción, lo que a algunos agradaba extraordinariamente, en tanto que otros lo tachaban de insociable e innoble, y pensaban que, en el momento justo de quitarse la corona [288], había que cambiar las mesas, de nuevo, al
sistema habitual. «Pues, dijo Hagias [289], no nos invitamos, 643A
según creo, mutuamente, por comer y beber, sino por comer y beber juntos, y esa distribución de la carne en raciones, al eliminar la convivencia, hace muchas cenas y muchos comensales, pero consigue que nadie cene con nadie, cuando cada uno, después de coger al peso su parte, como de la mesa de un carnicero, se la pone por delante. Y en

[287] Cargo al que también alude en *Quaest. conv.* VI 8, 1.

[288] Coronas que se hacían expresamente para sacrificios, banquetes y asambleas, en donde eran de uso corriente (Aristóf., *Tesm.* 443-458, y *Asambl.* 132, y Anacreonte, en Page, *Poet. Mael. Gr.*, 410). Tras el sacrificio se despojaban de ellas.

[289] Personaje conocido sólo por este pasaje y *Quaest. conv.* III 7.

verdad, ¿qué diferencia hay en que, tras ponerle una copa a cada uno de los invitados y un congio [290] colmado de vino y una mesa individual, como se dice de los Demofontidas con Orestes [291], se le ordene beber sin preocuparse
B de los demás y esto que precisamente ahora ocurre, que cada uno, después de haberse puesto delante carne y pan, se banquetee como en un pesebre individual, salvo que no nos apremia la obligación del silencio, como a los que hospedaron a Orestes?

»Pero también esto mismo, probablemente, invita a los presentes a la convivencia entre todos, el que nos sirvamos de una conversación común entre nosotros y el canto, y compartamos una arpista que nos deleite e, igualmente, una flautista, y esa cratera que no tiene límite esté colocada en el centro, fuente inagotable de cordialidad y que tenga como medida de disfrute la apetencia de cada uno, no como la ración de carne y pan que se adorna con la medida más injusta, la igualdad entre desiguales. Pues lo mismo, para el que precisa poco, es más, y para el que más,
C menos. Por tanto, amigo, como el que distribuye a muchos enfermos con medidas y pesos exactos iguales fármacos es totalmente ridículo, así tal es el anfitrión que atiende del mismo modo a todos, reuniendo en el mismo sitio a hombres que ni están sedientos por igual, ni hambrientos, ya que fija lo justo aritméticamente, no geométricamente [292]. A casa del tendero, en efecto, vamos y todos

[290] Medida para líquidos que contenía unos tres litros y cuarto.

[291] Ver n. 16.

[292] Según Plat., *Rep.* 558c, *Leyes* 757c, y *Gorgias* 508a, de donde emanan estos conceptos, la aritmética se aviene bien con la forma de pensar aristocrática y monárquica, mientras que la geometría corresponde a la democrática.

empleamos una sola medida, la común, pero a una cena cada uno llega trayendo su propio estómago, al que no lo llena una cantidad igual, sino lo que le basta; y de cenas de soldados y campamentos de entonces no hay que traer ahora D aquella forma de comer homérica *(dáitas)*, sino, más bien, imitar la sociabilidad de los antiguos, por el hecho de respetar todo tipo de convivencia al tener en estima no sólo a los que compartían el hogar y techo, sino también la ración de trigo y comida. Por tanto, dejemos que se vayan a paseo las cenas de Homero, pues dejan con hambre y sed y tienen como jefes de ellas a reyes más terribles que los taberneros itálicos, hasta el extremo de que en los combates, cuando los enemigos están a mano, recuerdan exactamente cuánto ha bebido cada uno de los que cenaron con ellos. Sin duda, son mejores las pindáricas, en las que:

Héroes en torno a la venerable mesa se mezclaban a E
[menudo [293],

por compartir todo entre sí.

»Aquello sí que era como una mezcla y fusión de verdad, en tanto que esto es una desunión y afrenta de los que parecen ser muy amigos, como si ni siquiera pudieran compartir la comida.»

2. Tras estas palabras pinchamos a Lamprias para que atacara a Hagias, que fue muy celebrado por ellas. Pues bien, dijo que no le pasaba nada extraño a Hagias al irritarse por tomar una ración igual teniendo esa barriga tan grande. Pues él mismo, además, era de los que disfrutaban con la glotonería; «pues en un pez compartido no hay es-

[293] Fr. 185 de SNELL = 65, *Adespota* de PUECH.

pinas», como dice Demócrito [294]. «Pero esto mismo, dijo, es lo que precisamente nos añade una parte, además de la que nos está destinada, ya que de la igualdad que la
F anciana de Eurípides afirma que 'ata':

Ciudades con ciudades y con aliados aliados [295],

nada precisa por naturaleza y ley tanto como la convivencia en torno a la mesa, dado que, además, cumple una función necesaria, no reciente, ni introducida por un capricho. En cambio, quien se atrasa y rezaga en una comida común 'se erige en enemigo' [296] de quien come más, como en el fragor de un trirreme que navega rápidamente.
644A Pues no es un preámbulo amistoso ni convival de un banquete, creo, la suspicacia, la rapacidad, la porfía de manos y los codazos, sino que son comportamientos absurdos y propios de perros y muchas veces acaban en improperios y enfados, no sólo de unos contra otros, sino también contra los servidores de la mesa y los anfitriones.

»En cambio, cuanto tiempo Moira y Láquesis [297] dirigían con igualdad la convivencia en las cenas y convites, no era posible ver nada inconveniente ni innoble. Pero es que, además, llamaban a las cenas 'repartos' y a los invitados 'repartidos', y 'repartidores' a los servidores de las me-
B sas, del hecho de dividir y distribuir. Y los lacedemonios tenían como 'repartidores de la carne' no a uno elegido al azar, sino a los hombres principales, de suerte que inclu-

---

[294] DK., vol. II, pág. 172 (fr. 151).

[295] *Fenicias* 537.

[296] *Ibid.*, 539.

[297] En realidad, Láquesis era una de las tres Moiras, emparentadas con la raíz de *lagkhánō* (alcanzar, obtener). Con ambos nombres propios, Plutarco nos quiere decir «Porción y Lote», como precisamente traduce P. A. Clement.

so Lisandro fue designado en Asia 'distribuidor de la carne' [298] por el rey Agesilao. Ahora bien, las distribuciones se vinieron abajo cuando el derroche irrumpió en las cenas; pues no era posible, creo, dividir pasteles, besamela, adobo y otras variadas salsas y fuentes de golosinas [299], sino que, dominados por el ansia y disfrute de ellos, descuidaron la igualdad en el reparto. Y una prueba de mi afirmación es que, incluso ahora, los sacrificios y cenas públicas [300] se hacen por raciones a causa de la sencillez y pureza de la comida; de suerte que el que se vuelve a encargar de la distribución, al tiempo ayuda a conservar la frugalidad.

»Pero donde está lo privado, perece lo común; por c
supuesto, donde no hay igualdad; pues no es la posesión de lo propio, sino la sustracción de lo ajeno y la codicia de lo común lo que origina la injusticia y discrepancia, codicia que las leyes *(nómoi)* atajan con el límite y medida de lo privado y que reciben su nombre del principio y capacidad de distribuir *(némō)* [300bis] por igual lo común. Puesto que no pretendas que el anfitrión nos reparta a cada uno de nosotros una corona, lechos y sitios, sino que, in-

[298] *Vida de Lisandro* XXIII 7, y *Vida de Agesilao* VIII 1.

[299] La «besamela» (*kándaulos*) y al «adobo» (*karykeía*) son salsas de origen lidio confeccionadas con ingredientes muy variados, como leche, harina, queso, etc. Información sobre ellas ofrecen Aten., 132F y 172B al citar versos de Menandro y Eliano, *Nat. an.* IV 40. «Variadas salsas» (*hypotrímmata*) era un plato en el que abundaba el sabor picante.

[300] Estos sacrificios, que empezaron siendo sencillos, se convirtieron con el tiempo en auténticos festines del pueblo, como corroboran Jenofonte, *República de los atenienses* II 9 y IV 6 1; Isócrates, *Areopagítico* 29, y Diod., XI 72.

[300bis] El sustantivo *nómos* y el verbo *némō* son, en efecto, de la misma raíz.

cluso, si alguien viene trayendo una amante o arpista, 'que sea común lo de los amigos' [301], para que 'todas las cosas
D sean a la par' [302], según Anaxágoras. Y si el disfrute particular de estas cosas nada perturba la convivencia, por el hecho de ser comunes las cosas más importantes y dignas de mayor consideración, conversación, brindis, cordialidad, dejemos de deshonrar a las Moiras y a Clero 'el hijo de la fortuna' [303], según dice Eurípides, el cual, como no otorga la primacía ni al dinero ni a la fama, sino que,
E presentándose aquí y allá, según salga, al pobre y humilde lo llena de orgullo y eleva, en cuanto que saborea cierta independencia, en tanto que al rico y poderoso, al acostumbrarlo a no disgustarse con la igualdad, lo modera sin molestia.

---

[301] Máxima pitágorica, según DIÓG. LAER., VIII 10, que acabó por convertirse en un proverbio (LEUTSCH-SCHNEIDEWIN, *Corp. Parem. Gr.*, vol. II, pág. 76 [fr: 54]).

[302] DK., vol. II, pág. 32 (fr. 1), y KIRK-RAVEN, *Los filósofos presocráticos*, trad. esp., Madrid, 1979 (= 1970), pág. 513 (fr. 496).

[303] NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 989, y PLUT., *Mor.* 965E.

LIBRO III 644E

INTRODUCCIÓN

1. El poeta Simónides, Sosio Seneción, viendo en un banquete a un forastero recostado en silencio y sin dialogar con nadie, le dijo: «Hombre, si eres necio, haces F una cosa sabia, pero si sabio, necia.» Pues la ignorancia es mejor, como afirma Heráclito [304], ocultarla, pero cuesta trabajo en el asueto y con el vino,

que incita incluso al muy prudente a cantar, 645A
y un amable reír y la danza le suscita,
y le excita a palabras que, calladas, mejor [305],

con lo que el poeta insinúa, según me parece, una diferencia entre estar alegre y la borrachera. Efectivamente, el canto, la risa y la danza sobrevienen a los que han bebido moderadamente; en cambio, el parlotear y decir lo que era mejor callar, es fruto del pasarse ya con el vino y emborracharse [306]. Por ello, también, Platón [307] estima que es

---

[304] Cf. DK., I, pág. 172 (fr. 95), y PLUT., *Mor.* 43D y 439D.

[305] HOM., *Od.* XIV 464 ss.

[306] Respecto a esta diferencia establecida por los estoicos, cf. H. VON ARNIM, *Stoic. Vet. Frag.*, vol. III, págs. 163 (fr. 644) y 180 (fr. 713), y PLUT., *Mor.* 503E-F.

[307] *Leyes* 649d ss.

en el vino donde mejor se conoce el carácter de la gente. Y Homero cuando dice:

...pero en la mesa
no se conocieron... [308],

es evidente que sabía de la locuacidad del vino y de su
B fecundidad en muchas palabras. Pues no es posible conocer a los que comen y beben en silencio. Pero, como el beber induce a parlotear y en el parloteo quedan, evidentemente, al desnudo muchas cosas, de otro modo ocultas, el beber con otros proporciona un conocimiento mutuo; de suerte que no estaría mal censurar a Esopo [309]: ¿Por qué, bendito, andas buscando las ventanas aquellas, por las que uno pueda contemplar el pensamiento de otro? Pues el vino nos descubre y revela, porque no nos deja permanecer en silencio, sino que nos suprime la afectación y compostura, por encontrarnos muy lejos de la norma, semejante a un preceptor. Ahora bien, a Esopo, Platón y cualquier otro que precise una investigación del carácter,
C el vino les es útil para ello. En cambio, los que no necesitan para nada escrutarse ni cogerse *in fraganti,* sino simplemente tratarse con afabilidad cuando se reúnen, sacan cuestiones y conversaciones tales, con las que se encubren las bajezas del alma y se reaviva lo mejor y más armonioso, como si se llevara a prados y dehesas apropiados para el amor al saber [310]. De ahí que también nosotros te hemos compuesto este tercer libro con diez cuestiones convivales, de las que la primera es la relativa a las coronas.

---

[308] *Od.* XXI 35 ss.
[309] Cf. Babrio, 59, 11-12.
[310] Plat., *Fedro* 248b.

CUESTIÓN PRIMERA

De si hay que emplear coronas de flores durante la bebida D

Conversan AMONIO, PLUTARCO, ERATÓN y TRIFÓN

1. En cierta ocasión, en efecto, se mantuvo también una conversación sobre las coronas. El banquete era en Atenas, cuando Eratón [311], el músico, había ofrecido un sacrificio a las musas y agasajaba a numerosos invitados. Cuando, tras la cena, como es natural, se repartieron coronas variadas, Amonio [312] se burló un poco de nosotros por habernos ceñido la de rosas en lugar de la de laurel [313], pues, en general, las de flores eran de niñas y más adecuadas para muchachas y mujeres en sus juegos, que para reuniones de filósofos y hombres instruidos. «Y me admiro de que Eratón, aquí presente, por un lado, deteste los semitonos en los cantos y condene al hermoso Agatón, E quien, dicen, fue el primero en introducir y mezclar en la tragedia el cromatismo, cuando representó *Los Misos* [314], y que, por otro lado, él, como véis, nos haya llenado el banquete de variados y floridos colores y cierre al lujo y la molicie su paso por los oídos, en tanto que nos está introduciendo en el alma, como por otras puertas, ésa que

---

[311] Lo volveremos a encontrar en *Quaest. conv.* IX 14, 1.

[312] Platónico, maestro de Plutarco.

[313] Entre las coronas, la de laurel estaba dedicada a Apolo, y la de yedra a Dioniso.

[314] Sobre su obra, cf. NAUCK., *Trag. Gr. Frag.*, fr. 763, 3; y para la crítica de sus tragedias, ARISTÓF., *Tesm.*, passim.

penetra por los ojos y las narices y está haciendo coronas de placer, no de piedad. Y, sin embargo, el perfume de ésta [315] despide un aroma más precioso que el de aquélla, que es de flores y se marchita en las manos de las que
F las trenzan. Pero un placer que no esté ligado a ninguna utilidad ni se ajuste al dominio de una tendencia natural no tiene sitio en un banquete de filósofos. Pues, al igual que los que son llevados a la cena por amigos invitados, gracias a las normas de cortesía reciben el mismo trato, como sucedió con Aristodemo llevado por Sócrates a casa
646A de Agatón [316], que daba un banquete, mientras que si uno viene por su cuenta, a éste hay que cerrarle la puerta, así los placeres relativos a la comida y bebida invitados por la naturaleza, como acompañan a nuestras tendencias, tienen un lugar, en tanto que se les priva de él a los demás deleites que no han sido invitados ni tienen sentido alguno.»

2. Ante esto los jóvenes, no habituados a Amonio, desconcertados se desataban tranquilamente sus coronas, pero yo, sabedor de que Amonio había dejado caer en medio su discurso para ejercicio e investigación, dirigiéndome a Trifón [317], el médico, le dije: «¡Bien, amigo, justo es que tú te desprendas con nosotros de esta corona resplandeciente por los cálices de rosas [318], o que nos digas,
B como constantemente acostumbras, cuántos servicios prestan las coronas de flores a la bebida.» Pero, interrumpien-

[315] Metáfora empleada por Aristóf., *Avispas* 1050 ss., refiriéndose a la virtud.

[316] Plat., *Banqu.* 174a ss.

[317] Participa además en *Quaest. conv.* III 2, 2, siempre con aportaciones relativas a su profesión.

[318] Verso descubierto por Xylander y completado por Wilamowitz, basándose en Clemente de Alejandría, *Pedagogo* II 70, 2.

do, Eratón dijo: «¿Así pues, está decidido que no aceptemos ningún placer gratis, sino que cuando nos divertimos nos malhumoremos, si no obtenemos beneficio alguno en la diversión? Desde luego [319], es natural que sintamos aversión al perfume y la púrpura por su recargado fausto, como si se tratara de engañosos vestidos y tintes, según las palabras del bárbaro [320], ¿pero los colores y olores naturales no tienen sencillez y pureza y en nada difieren de los frutos? Pues no vaya a ser una estupidez que recojamos y disfrutemos los jugos que la naturaleza nos da y, en cambio, desdeñemos los olores y colores que las estaciones c
producen, a causa del placer y encanto que florecen en ellos, si no nos aportan, además, alguna otra utilidad externa. A mí, por cierto, me parece lo contrario, que si la naturaleza, como vosotros afirmáis continuamente, no hace jamás nada en vano [321], ha hecho por mor del placer lo que por naturaleza no tiene otra utilidad salvo la de

[319] El texto plantea pequeños problemas de crítica textual, que nosotros interpretamos del siguiente modo: en lugar de la partícula disyuntiva *ḗ* leemos *ê* afirmativo (= desde luego) y frente a la modificación en *khrímata* establecida por Cobet y admitida en sus ediciones por Fuhrmann y P. A. Clement, mantenemos el término original *khrômata* (= tintes), que da buen sentido al texto. De seguir a los mencionados autores había que traducir así: «¿o es que naturalmente por un lado recelamos del perfume y la púrpura por su recargado fausto, como ⟨de⟩ engañosos vestidos y tintes, según las palabras del bárbaro, y por el otro, los olores y colores naturales no tienen sencillez y pureza y en nada difieren de los frutos?»

[320] Plutarco se refiere a las respuestas despreciativas del rey de los etíopes a los falsos embajadores de Cambises, cuya auténtica misión era la de espías, según relata HERÓD., III 22.

[321] Teoría de la finalidad de la Naturaleza defendida por Platón, Aristóteles y Teofrasto.

alegrar. Y observa que a las plantas también les brotan hojas para defensa del fruto y para que, calentadas y refrescadas por ellas, soporten apropiadamente estos cambios, pero es nula la utilidad de la flor que queda en su sitio, salvo si al servirnos de ellas nos procuran el encanto
D de olerlas y el placer de contemplarlas, ya que despiden maravillosos olores y descubren gran diversidad de inimitables colores y tonos. Por ello, cuando se arrancan las hojas, las plantas sufren como un dolor y mordedura y en ellas se produce el daño de una herida y una desnudez indigna y no, según parece, conforme a Empédocles, hay que 'abstenerse en absoluto de las hojas de laurel sólo' [322], sino también respetar todos los demás árboles y no adornarnos con sus desadornos, despojándolos de sus hojas violentamente y contra la naturaleza. En cambio, el corte de las flores se parece a la vendimia y nada daña, sino que, incluso si no se recogen a su tiempo, marchitas se deshacen.
E Por tanto, como los bárbaros se cubren con las pieles de sus animales, en vez de con sus lanas, así me parece que los que tejen las coronas con las hojas en lugar de con las flores, emplean las plantas sin lógica. Ésta es, pues, mi contribución a las vendedoras de flores; pues no soy tan letrado que me acuerde de poemas en los que leemos que los antiguos vencedores se ceñían coronas de flores [323]; pero que, al menos, la corona de rosas está dedicada a las Musas me parece recordarlo por lo que Safo dice a una mujer inculta e ignorante:

[322] DK., I, pág. 368 (fr. 140).

[323] Los premios que se otorgaban a los vencedores al principio, según el testimonio de Homero, consistían en objetos de valor. Posteriormente se implanta la costumbre de premiarlos con coronas de olivo en Olimpia, apio en Nemea, pino en el Istmo y laurel en Pito.

Bien muerta quedarás,
pues no compartes las rosas F
de Pieria[324].

»Pero si también Trifón nos proporciona algún testimonio de la medicina, hay que oírlo.»

3. A continuación, tomando la palabra Trifón dijo que los antiguos no habían dejado de prestar atención a ninguno de estos temas, ya que, en efecto, basaron la mayor parte de su medicina en las plantas. «Y la prueba es lo 647A
que, incluso ahora, los tirios llevan como primicias al Agenorida y los magnesios a Quirón[325], de quienes se dice fueron los primeros en curar, pues son raíces y hierbas con las que sanaban a los enfermos. Y Dioniso no sólo por haber inventado el vino, fármaco muy eficaz y agradable, fue considerado un médico excelente, sino también por haber elevado a lugar de honor la yedra, lo más contrapuesto en su acción al vino, y por haber enseñado a quienes le festejan a coronarse con ella, para que sean molestados menos por el vino, ya que la yedra con su frescura apaga la borrachera. Y ciertos nombres muestran también el interés de los antiguos por esto, pues llamaron al nogal B
(karýa) así, porque, como desprende un vaho pesado y somnoliento *(karōtikón)*[326], molesta a quienes se recuestan bajo él, y al narciso porque aplaca los nervios y produce una pesadez narcotizante[327]. Por ello también Sófocles lo de-

[324] Cf. Lobel-Page, *Poetarum Lesbiorum Fragmenta*, Oxford, 1955, pág. 40 (= E. Dielhl, *Anthol. Lyr. Gr.*, vol. I, fr. 58).

[325] Agenorida es descendiente de Agenor, rey de Siria e hijo de Posidón. Quirón fue el famoso centauro que instruyó a Aquiles.

[326] Etimología dudosa.

[327] Etimología verdadera.

nominó 'antigua corona de grandes deidades'[328], esto es, de las ctónicas, y dicen también que a la ruda *(pḗganon)* se le denomina así por su virtud, pues coagula *(pḗgnysi)*[329] el esperma con la sequedad de su calor y es completamente adversa a las embarazadas. En cambio, los que creen que la hierba amatista, a la par que la piedra de igual nombre causa de ella, se llaman así por ayudar contra la embria-
C guez, están completamente equivocados, pues una y otra son llamadas así por su color[330]: su hoja, en efecto, no es parecida al vino puro, sino a uno descolorido y aguado por la mezcla. Sin duda se pueden aducir muchísimas otras, a quienes sus virtudes les proporcionan el nombre, pero bastan éstas para dar una muestra del interés y pericia con la que los antiguos se valieron de coronas para bebedores. Pues particularmente el vino puro, cuando se sube a la cabeza y desliga los cuerpos del control de los sentidos, trastorna al hombre. En cambio, los efluvios de las flores ayudan extraordinariamente contra esto y, como las murallas a una acrópolis, protegen la cabeza de la embriaguez,
D ya que las flores calientes relajan suavemente los poros y dan un respiro al vino, y las que son ligeramente frescas, al acariciarlas discretamente, evitan las exhalaciones, como la corona de violetas y rosas. Ambas, en efecto, aplacan y mitigan con su olor la pesadez de cabeza. Y la flor de la alheña, el azafrán y la salvia inducen a los bebedores a un sueño apacible, pues tienen una fragancia suave y favorable, que disipa plácidamente las anomalías y brusquedades que se dan en el cuerpo de los que se embriagan,

---

328 *Edipo en Colono* 683.

329 Etimología dudosa.

330 Al contrario que Plutarco, Hel., *Etióp.* V 13, 4, da a la palabra su sentido etimológico de «no borracho».

de suerte que, conforme vuelve la calma, los efectos de la borrachera se mitigan y eliminan, y conforme se dispersan hacia arriba cerca del cerebro los olores de algunas flores, los poros de los sentidos se depuran y los humores E
se esparcen, puesto que se disuelven por el calor mansamente, sin brusquedad ni agitación, y el cerebro, que es frío por naturaleza, entra en calor. Por ello precisamente, cuando colgaban del cuello las coronas de flores las llamaban *hypothȳmídas* [331] y con su fragancia se ungían el pecho. Y lo atestigua Alceo [332] cuando aconseja: 'vierte su esencia sobre esta cabeza que tanto ha sufrido y este canoso pecho'. Así, también, desde aquí los olores apresados por el olfato a causa del calor, dirigen sus dardos al cerebro; pues no llamaban *hypothȳmídas* a las coronas que F
rodean el cuello, porque creyesen que las emociones *(thȳmós)* acampan en el corazón (pues, en tal caso, más conveniente al menos les hubiera sido llamarlas *epithȳmídas,* sino, como digo, por su emanación y subida de los aromas. No nos extrañemos, pues, de que las emanaciones de las coronas tengan tanto poder, pues refieren que incluso la sombra de un tejo [333] mata a los hombre que se duermen bajo él, cuando precisamente se llena de savia para su floración, y acontece que quienes extraen el jugo de la adormidera, si no se guardan de las exhalaciones que 648A
emanan de ella, se desploman y, con sólo coger en la ma-

[331] Literalmente «subcordios». El término opuesto, *epithymídas,* aparecerá un poco más abajo.

[332] Ver DIEHL, *Anthol. Lyr. Gr.*, vol. I, fr. 86 (= 42 de BERGK, y 275 de LOBEL-PAGE). Los versos fueron descubiertos en el fr. 32 del núm. 1233 de los papiros de Oxirrinco.

[333] Árbol de la familia de las texáceas, siempre verde, de tronco grueso y poco alto. Su fruto es una semilla elipsoidal envuelto en un arilo de color escarlata.

no la planta llamada aliso [334], e incluso algunos con mirarla, se libran del hipo. Y también se dice que, plantada cerca de los establos, es buena para cabras y ovejas. Y a la rosa se la denomina, sin duda, así, porque desprende una gran corriente de olor [335]; por ello, también, pronto se marchita; y no es ilógico que sea refrescante en su acción, y en su aspecto encendida, pues suave le aflora a la superficie el calor expulsado por su frescura.»

B

CUESTIÓN SEGUNDA

De si la yedra es por naturaleza cálida o fría

Conversan PLUTARCO, AMONIO, ERATÓN y TRIFÓN

1. Y cuando hubimos elogiado a Trifón, Amonio sonriendo dijo que no era digno destruir a coces con su réplica, como a una corona, un discurso tan polícromo y florido. «Salvo que, al menos, no sé cómo se ha inmiscuido la yedra, de la que se ha dicho que con su frescor disipa el vino puro, pues es fogosa y muy cálida y su fruto, desde luego, mezclado con el vino lo hace más embriagador y perturbador al inflamarlo. Y dicen que su rama, cuando
C se arranca, se retuerce como leña en el fuego. Y la nieve, que permanece corrientemente muchos días en otras plantas, desaparece rápidamente de la yedra y, más aún, al

[334] De la familia de las betuláceas, de 10 a 12 cms. de altura, con flores blancas y frutos pequeños y rojizos. Su madera se utiliza para la confección de instrumentos musicales.

[335] Etimología falsa.

punto fenece por completo y se derrite en torno a ella por el calor. Pero lo más importante es lo que nos cuenta Teofrasto [336]: cuando Alejandro ordenó a Harpalo [337] plantar árboles griegos en los jardines de Babilonia y, especialmente, entremezclar los selváticos —frondosos y umbrosos— con las plantas de estos lugares, que son calurosos y abrasadores, a la única que no admitió el terreno fue a la yedra y, aunque Harpalo se afanó y bregó mucho con ella, sin embargo, se agostaba y secaba, por ser ella ardiente D
y por mezclarse con una tierra ardiente, no hacía mezcla, sino que era rechazada; pues los excesos destruyen las capacidades; por ello, éstas tienden más a sus opuestos, y gusta del calor lo frío, y del frío lo caluroso. De ahí que los sitios montañosos, ventosos y nevados producen las plantas resinosas y productoras de pez, especialmente abetos y pinos. Y fuera de esto, querido Trifón, las sensibles a las heladas y frías se deshojan, al disminuir el calor por su escasez y debilidad y abandonar prematuramente a la planta. En cambio, al olivo, laurel y ciprés, la grasa y el E
calor los conservan siempre verdes, como a la yedra. De ahí que el queridísimo Dioniso, que abiertamente denominó al vino puro 'embriagador' y a sí mismo 'dios de la embriaguez' [338], no introdujo la yedra como una ayuda contra la borrachera, ni como un enemigo del vino, sino que me parece que, del mismo modo que los aficionados al vino, si no lo hay de uva, recurren a bebida de cebada o de ciertas manzanas, y otros hacen vino de dátiles [339],

[336] *De caus. plant.* IV 4, 1.

[337] Gobernador de Babilonia.

[338] Aten., 363B, estima que se denominó así por la alegría y sosiego que el dios y el vino infunden a los hombres.

[339] Del vino elaborado con dátiles entre los indios nos informa Fil., *Vida de Apol.* II 6.

así también éste, que ansiaba en la estación del invierno
la corona de vid, al verla desnuda y deshojada, se encariñó
con la yedra por su parecido. Y, en efecto, esa sinuosidad
de su rama, que también se extravía en su camino, la flexi-
bilidad de sus hojas, que también se desparraman desorde-
F nadamente y, especialmente, sus racimos, parecidos a uvas
verdes, compactas y ennegrecidas, imitan fielmente la dis-
posición de la vid.

»No obstante, si la yedra ayuda algo contra la borrachera, diremos que lo hace por su calor, al dilatar los poros, o mejor, al ayudar a asimilar el vino puro, a fin de que también, Trifón, quede Dioniso, para agrado tuyo, como médico [340].»

2. Ante esto, Trifón estaba callado, meditando cómo
649A le replicaría. Pero Eratón, exhortándonos a cada uno de
los jóvenes, nos pedía que ayudásemos a Trifón [sobre las
coronas], o que no nos desprendiéramos de ellas, y Amo-
nio dijo que nos concedía licencia, pues no replicaría a
lo que nosotros dijéramos. Y como también Trifón, por
cierto, nos animase a hablar, dije que el demostrar que
la yedra era fresca, no era labor mía, sino de Trifón; pues
éste la empleaba mucho como refrescante y astringente.
«Pero de lo dicho, añadí, que la yedra mezclada con el
vino embriaga, no es verdad, pues la impresión que produ-
ce en los bebedores no la llamaría uno embriaguez, sino
agitación y enajenamiento, como hace el beleño y otras
muchas plantas parecidas, que perturban frenéticamente la
B mente. En cambio, la contorsión de la rama está mal
explicada; pues tales acciones contra la naturaleza no son

[340] Conforme al oráculo de la Pitia (cf. ATEN., 22E).

consecuencia de poderes naturales, sino que también la leña se retuerce cuando el fuego le extrae violentamente la humedad, conservando combaduras y desviaciones. En cambio, el calor connatural tiende a agrandarla y nutrirla. Pero considera si, más bien, su encorvamiento e inclinación a tierra no implican cierta impotencia y frialdad naturales de su organismo, que encuentra repetidos tropiezos y obstáculos, como un caminante que, por cansancio, se sienta en el suelo frecuentemente y, luego, de nuevo, sigue. Por ello, también, precisa de un engarce y soporte, ya que C
ella misma es incapaz de enderezarse y guiar sus pies por la insuficiencia de calor, cuya capacidad es la acción de elevar. Y la nieve se derrite y funde por la humedad de su hoja, pues el agua deshace y destroza su inconsistencia por ser una aglomeración de pequeñas y abundantes burbujas. De ahí que las nieves se licúen en los sitios muy crudos y húmedos no menos que en los soleados. Pero ese constante verdor suyo y, como dice Empédocles, 'perennifolia' [341] no es cosa del calor; ni tampoco del frío el deshojarse. En todo caso, el mirto y el adianto, que no son de las cálidas, sino de la frías, siempre verdean. Algunos, D
en efecto, creen que la hoja perdura por la uniformidad de su temperatura. Y Empédocles, además de ello, lo achaca a cierta simetría de los poros que dan paso, ordenada y uniformemente, al alimento, de suerte que afluye suficientemente. Pero ello no es posible en los que se deshojan, por la tenuidad de los poros de arriba y angostura de los de abajo, puesto que éstos no lo traspasan y los otros no lo guardan, sino que lo poco que toman lo derraman todo, como en ciertos canales nada uniformes. En cambio, los que absorben siempre el alimento suficiente y proporciona-

[341] DK., I, págs. 298/9 (frs. 77 y 78).

do, resisten y se mantienen jóvenes y verdes. Pero plantada en Babilonia, era rechazada y sucumbió; y ¡bien que hizo esta noble planta, porque, siendo vecina y comensal del dios beocio, no quiso expatriarse entre bárbaros, ni imitó a Alejandro, que emparentó con aquellos pueblos, sino que rehusó y combatió el destierro. Y la causa no era el calor, sino más bien el frío, que no soportaba la temperatura contraria; pues no destruye lo afín, sino que ampara y nutre, como la tierra seca al tomillo, aunque sea caliente. Y a Babilonia dicen que le envuelve un aire tan sofocante y pesado, que muchos de los acomodados, tras llenar odres de agua, duermen frescos sobre ellos.

650A

CUESTIÓN TERCERA

De por qué las mujeres se emborrachan poquísimo, en tanto que los ancianos muy pronto

Conversan Floro y Sila

Se extrañaba Floro de que Aristóteles, al escribir en *Sobre la embriaguez* [342] que eran los ancianos los que más caen presa de la embriaguez, en tanto que las mujeres las que menos, no se ocupó de su causa [343], aunque no acostumbraba a descuidar ninguna de estas cosas; luego, sin embargo, propuso a los presentes —se trataba, por cier-

[342] Cf. Rose, *Arist. quae ferebantur...*, fr. 108.

[343] Según Aten., 429E-D (Rose, fr. 107), Aristóteles atribuía la facilidad en emborracharse propia de los ancianos a su escaso calor natural.

to, de una cena de amigos íntimos— examinarla entre todos.

Pues bien, Sila dijo que lo uno se aclaraba con lo otro. «Si con las mujeres captásemos correctamente la causa, no se precisaría ya mucha discusión con los ancianos. Pues sus naturalezas son las más opuestas en humedad B
y sequedad, lisura y rugosidad, blandura y dureza. Y esto, dijo, es lo primero que encuentro en las mujeres, que tienen una constitución húmeda que, al formar parte de ellas, les proporciona la delicadeza de su carne, el lustre, además de su suavidad y sus menstruaciones. Por tanto, cuando el vino cae en tanta humedad, sometido, pierde su temple y se hace completamente inconsistente [344] y aguado. Pero es que del propio Aristóteles también se puede tomar una cosa, pues dice que los que lo beben de un golpe y sin respirar, lo que, precisamente, denominaban los antiguos 'beber de un trago', son los que menos caen en la borrachera, pues el vino puro no se entretiene en ellos, sino que, arrastrado por la rapidez, camina por todo el cuerpo [345].
Y, generalmente, vemos a la mujer beber así. Y es natural C
que también su cuerpo, por el incesante trasiego de flujos para sus menstruaciones, sea muy poroso y cortado como por canales y conductos, en los cuales introduciéndose el vino puro se esparce rápidamente y no se detiene en las partes principales, por cuya perturbación sobreviene el emborracharse. Y respecto a los ancianos, que están faltos

[344] En lugar de la lectura *anaphês*, rechazada por Fuhrmann, que la sustituye por *adranês*, proponemos *anarês* (= inconsistente), que se aviene bastante bien con el texto.

[345] Según V. Rose, *Arist. Pseudoepigr.*, Leipzig, 1886, pág. 119, dicha idea no proviene directamente de Aristóteles, sino de los *Probl.* 874a22-28, erróneamente atribuidos al fundador del Perípato.

de humedad propia, su nombre es lo primero, me parece, que lo indica, pues son denominados así no por deslizarse hacia tierra, sino por ser semejantes a la tierra y terrosos
D de constitución [346]. Su anquilosamiento, su dureza y, además, su rugosidad muestran la sequedad de su naturaleza. Por tanto, cuando beben, es natural que el vino sea absorbido, ya que su cuerpo es esponjoso a causa de la sequedad; luego, como se queda dentro, produce molestias y pesadez. Pues, del mismo modo que el agua al correr se desparrama en los terrenos compactos y no hace barro, en tanto que con los blandos se mezcla mejor, así el vino en el cuerpo de los ancianos hace alto, atraído por la sequedad. Pero, además de esto, se puede ver que la naturaleza de los ancianos tiene en sí misma los síntomas de la
E embriaguez. Pues son síntomas clarísimos de la borrachera, los temblores de sus miembros, los balbuceos de su lengua, los excesos de charlatanería, lo repentino de sus cóleras, los olvidos y extravíos de su mente, cosas que por hallarse en los ancianos, incluso en los que están sanos, necesitan de poco impulso y agitación para producirse. De suerte que la borrachera en un anciano supone no el nacimiento de síntomas particulares, sino la intensificación de los comunes. Y prueba de ello es que no hay nada más semejante a un anciano que un joven borracho.»

[346] Plutarco emparenta equivocadamente, al igual que ARIST., *Gen. an.* 783b7, los términos: «ancianos» (*gérontes*) y «tierra» (*gê*), que no tienen nada en común.

CUESTIÓN CUARTA

De si las mujeres son en su constitución mas frías que los hombres o más cálidas

Conversan Apolonides, Atriito y Floro

1. Esto, en efecto, dijo Sila, y el táctico Apolonides [347] dijo que aceptaba la explicación sobre los ancianos, pero en las mujeres le parecía que se había dejado a un lado lo de su frialdad, por la que el vino puro muy caliente se disipa y pierde su contundencia y fogosidad, y aunque también esto parecía convincente, Atriito [348], el médico tasio, produciendo un retraso en la investigación, dijo que había algunos que sostenían que las mujeres no son frías, sino más cálidas que los hombres y, a su vez, otros que consideraban al vino no cálido, sino incluso frío.

F

651A

2. Y como se extrañase Floro, dijo señalándome a mí: «La explicación sobre el vino se la dejo a éste», pues daba la casualidad de que pocos días antes habíamos dialogado acerca de ello. «Y creen ellos demostrar el calor de las mujeres, añadió, primero, en la carencia de vello, ya que por el calor se consumen los residuos alimenticios que,

[347] Si es el mismo personaje del diálogo *De facie in orbe lunae*, se trata de un hombre algo crédulo, apasionado e irreflexivo en sus juicios. En las *Quaestiones convivales* es ésta la única ocasión en que interviene. El término «táctico» parece aludir a un instructor de efebos en táctica militar.

[348] Sólo lo encontramos en esta cuestión.

B cuando abundan, se transforman en vello, y, segundo, por la cantidad de sangre, que parece ser fuente del calor que hay en el cuerpo y que es tanto en las mujeres, que ellas se consumirían y abrasarían, si no les sobrevinieran muchas y rápidas menstruaciones; tercero, prueba de que las hembras son más cálidas que los machos es lo que sigue referente a los entierros: se dice, en efecto, que los que se ocupan de ellos colocan junto a diez cadáveres de hombres uno de mujer y le pegan fuego, por tener su carne algo resinoso y seboso, de suerte que llega a ser materia inflamable de los otros; y, además, si lo más fecundo es más cálido, y las muchachas hierven en deseos y se agitan antes que los varones para la procreación, tampoco esto sería
C una prueba débil de su calor. Pero una, aún más importante y convincente, es el que aguanten bien los fríos e inviernos, pues la mayoría pasa menos frío que los hombres y, en general, necesitan poca ropa.

3. »Pero con esos mismos argumentos, creo, dijo Floro, que se rebate este parecer [349]; pues, en primer lugar, aguantan más el frío porque, a menudo, lo semejante es más difícilmente afectado por lo semejante. Después, es que tampoco su esperma es más importante que el masculino como procreador debido a su frialdad, sino que le proporciona sólo materia y alimento. Además, dejan de parir mucho antes que los hombres de engendrar; y arden mejor por el sebo, que parece ser la parte más fría del
D cuerpo; por lo menos los jóvenes y los aficionados al ejercicio son los menos sebosos; y el período mensual no depende de la abundancia de sangre, sino de su corrupción

[349] Para estas teorías de fuerte sabor aristotélico, con alguna excepción, véanse las notas de Fuhrmann al respecto.

y envilecimiento, pues lo no digerido y residual, al no tener base ni consistencia en su cuerpo, sale fuera por falta de vigor, ya que se hace completamente frágil y turbio por la debilitación del calor. Y el que cuando menstruan, por lo general, pasan frío y tiritan, muestra también que es frío y no se ha digerido lo que se mueve y retira del cuerpo; y de la ausencia de vello, ¿quién podría decir que es E el resultado del calor antes que del frío, al ver que las partes cálidas de su cuerpo son tupidas? Efectivamente, todas las de tal clase son afectadas por el calor, que punza y horada la piel; y su lisura viene de la condensación por el frío; y de que son más compactas que los hombres, querido Atriito, entérate por los que aún se acuestan con mujeres que se ungen con esencias o aceites [350], pues ellos mismos se empapan del ungüento al domir con ellas, aunque no las toquen ni se aproximen a las mujeres, ya que el cuerpo de ellos lo atrae debido a su calor y su menor densidad.»

CUESTIÓN QUINTA F

De si el vino es más bien frío en su acción [351]

Conversan ATRIITO, PLUTARCO y FLORO

1. Sin duda, lo que toca a las mujeres, dijo, ha sido abordado virilmente también en sentido contrario, pero el

[350] Una parodia de estas costumbres femeninas de ungirse con dichas esencias la lleva a cabo ARISTÓFANES, en *Nubes* 49, refiriéndose a la mujer de Estrepsíades.

[351] Cuestión imitada por MACR., *Sat.* VII 6, 1 ss.

vino estoy ansioso por saber de dónde os nació la sospecha de que es frío.

—¿Crees, en efecto, dije yo, que la afirmación ésa es mía?

652A —Pues ¿de quién otro?, replicó.

—Recuerdo, por cierto, dije yo, que me encontré con una explicación de Aristóteles [352] también a este problema no recientemente, sino hace bastante tienpo. Y también Epicuro en su *Banquete* le ha dedicado muchas explicaciones, de las que la principal es, según yo creo, la siguiente: afirma, efectivamente, que el vino no es completamente cálido, sino que tiene en sí algunos átomos productores de calor y otros, a su vez, de frío [353], de los cuales pierde unos, cuando se encuentra dentro del cuerpo y toma otros de él, cuando se mezcla con nosotros, de acuerdo con nues-
B tro temperamento y naturaleza, de suerte que, al emborracharse, unos se calientan mucho, mientras que otros experimentan lo contrario.

2. —Ello, dijo Floro, nos lleva directamente a Pirrón a través de Protágoras [354], pues es evidente que también cuando tratemos sobre el aceite, sobre la leche, la miel e, igualmente, sobre las demás cosas, evitaremos decir sobre cada una cómo es por naturaleza, afirmando que cada una resulta de la mezcla y unión de unas con otras.

—Pero tú ¿cómo abordas eso de que el vino es frío? Así, dije, como me zambullí entonces, obligado a improvisar: primero me vino a la mente lo que hacen los médicos;

---

[352] Fr. 221, ROSE.

[353] USENER, *Epicurea...*, pág. 116 (fr. 60).

[354] Sobre el relativismo de Protágoras, cf. PLAT., *Crát.* 385e-f, y sobre el escepticismo de Pirrón, DIÓG. LAER., IX 104 s.

en efecto, a los que están desfallecidos y precisan algún tónico por debilidad del estómago no les suministran nada caliente, sino que dándoles vino los alivian. Y así también c
detienen los flujos y excesivos sudores con vino, ya que no menos, sino incluso más que la nieve, restablece y robustece la crisis que se soporte, por el hecho de refrescar y contraer. Pero si tuviera una naturaleza y capacidad caloríficas, acercar a la nieve fuego, y a un cardíaco vino puro, pienso, sería semejante. Además, el sueño la mayoría dice que se produce por un enfriamiento, y refrescantes son la mayoría de los fármacos somníferos, como la mandrágora y el meconio [355], pero éstos embotan y entumecen enérgicamente y con mucha violencia, mientras que el vino, al refrescar suavemente, para y detiene con placer la alteración, siendo la diferencia entre éste y aquéllos una cuestión de más o menos.

Y, además, lo cálido es procreador, pues la humedad D
mantiene una fluidez, y el hálito un tono y fuerza enardecidos por el calor. Pero los que beben mucho vino puro son más flojos para el amor y no eyaculan nada fuerte ni poderoso para la procreación, sino que sus relaciones con las mujeres son ineficaces y deficientes por la inconsistencia y enfriamiento del esperma [356]. Y, desde luego, a los que se emborrachan les ocurre cuanto sufren los hombres por el frío: temblores, pesadez, palidez, agitación del

[355] La mandrágora, muy utilizada en medicina como narcótico, pertenece a la familia de las solanáceas. El meconio es un jugo que se extrae de las cabezas de las adormideras. Para el empleo de la mandrágora como afrodisíaco, cf. L. Gil, *Therapeia, La medicina popular en el mundo clásico,* Madrid, 1969, pág. 211.

[356] Según Ps.-Arist., *Probl.* 871a23-26, el semen de los borrachos no es fecundo por ser húmedo, siendo, en cambio, productivo el que es sólido y posee consistencia.

E hálito vital en torno a los miembros, falta de claridad en la lengua, agarrotamiento de los nervios de las extremidades y entumecimiento. Y en la mayoría de las personas la borrachera acaba en un desfallecimiento, cuando el vino puro abate y extingue totalmente el calor. Por supuesto, se remedian estos estragos en el cuerpo de los que se han emborrachado y propasado, según parece, si al instante se les calienta arropándolos y acostándolos y por la mañana con un baño, masajes y con aquellos alimentos que sin
F perturbar el cuerpo al mismo tiempo le hacen recobrar el calor arrebatado y expulsado de él por el vino.

«Y si bien, dije, rastreamos en cualquier fenómeno similitudes y propiedades desconocidas, sin embargo, sobre la borrachera no hay que dudar de qué tipo es, pues, según parece*** [357], los que se emborrachan se parecen, como hemos dicho, muchísimo a los ancianos. Por ello, también, los aficionados al vino envejecen muy pronto. Y a la mayoría de ellos les sobrevienen calvicies prematuras y canas antes de tiempo. Y todo esto parece que le ocurre al hombre por insuficiencia de calor. Además, por cierto, el vinagre tiene la naturaleza y capacidad de un vino. Y de las cosas que extinguen al fuego ninguna lo combate mejor que el vinagre [358], sino que supera con mucho a todas y apaga la llama por su exceso de frío y entre los frutos vemos a los médicos utilizar más, por ser refrescante,
653A los vinosos, como las granadas y manzanas. Y ¿no convierten en vino la propia esencia de la miel, mezclándola con agua de lluvia y nieve, ya que lo frío destruye lo dulce por su parentesco con lo seco, cuando prevalece? ¿Y los

---

[357] Laguna de extensión desconocida observada por Hubert.

[358] Respecto a la acción refrescante del vinagre contra el plomo fundido empleado por los sitiados de una ciudad, cf. POLIENO, VI 3, 15.

antiguos no dedicaron y consagraron, entre los reptiles, la serpiente y, entre las plantas, la yedra por esto al dios, como a quien es señor de una fuerza fría y glacial? Y si la gente cree que es un testimonio de calor esto, que, cuando se bebe mucho vino puro tras la cicuta, parece curar, nosotros, por el contrario, diremos, invirtiéndolo, que este fármaco, mezclado con él, es incurable y mata en el acto a los que lo beben; de suerte que no parece que él sea B más caliente por el hecho de oponerse a ella, que frío por cooperar con ella, al menos si, en realidad, es más convincente que la cicuta mate a los que la beban por su frialdad, y no por alguna otra propiedad o capacidad.»

CUESTIÓN SEXTA

Del momento para el amor

Conversan unos JÓVENES, ZOPIRO, OLÍMPICO y SÓCLARO

1. Ciertos jóvenes que se habían aficionado hacía poco a la lectura de tratados antiguos arremetían contra Epicuro, por haber incluido en su *Banquete* una conversación ni hermosa ni necesaria sobre el momento para el amor [359]; pues que un hombre mayor mencione en una cena los placeres sexuales, estando presentes muchachos, y plantee la duda C de si hay que practicarlos después de la cena o antes de ella, era de una extremada impudicia. Ante esto, unos aludieron a Jenofonte por retirar a los comensales a caballo, sin

[359] USENER, *Epicurea...*, págs. 117/8 (fr. 61).

tardanza tras la cena, para hacer el amor con sus mujeres [360]. Y Zopiro [361], el médico, completamente familiarizado con los tratados de Epicuro, dijo que ellos no habían leído con atención el *Banquete* de Epicuro; pues no es que sacara esta cuestión como de algún principio y norma esta-
D blecida y, luego, entrara en una discusión sobre ella, sino que, después de levantar a los jóvenes tras la cena a un paseo para su formación, conversaba con ellos y le prevenía contra las pasiones, en la idea de que, aunque la cosa es siempre propensa a hacer daño, sin embargo, lo causa sobre todo a los que la practican después de haber comido y bebido. Pero, aunque él indagara sobre ello, dijo, como si fuera un tema básico, «¿acaso de ningún modo está bien que el filósofo reflexione sobre el momento y hora del amor, o es mejor que se ocupe de tales temas en su momento y con cálculo, y que reflexione sobre ese momento en otra ocasión no es intempestivo, en tanto que en el banquete y ante la mesa es vergonzoso? A mí desde luego me parece, por el contrario, que alguien podría reprochar a un filósofo que conversara sobre esto durante el día en su
E clase, cuando están presentes muchos hombres y de todas las procedencias, pero entre familiares y amigos, con la copa delante, donde incluso conviene el hablar incidentalmente con el vino de un tema que es flojo y frío, ¿cómo va a ser vergonzoso hablar y oír algo que se diga provechosamente sobre la práctica del amor? Pues yo al menos. ¡por el Perro!, dijo, hubiera querido también que ese 'abrirse de muslos' de Zenón [362] se hubiera colocado en algún

[360] *Banqu.* IX 7.

[361] Médico que sólo interviene en esta cuestión.

[362] Zenón de Citio, fundador de la Estoa (cf. VON ARNIM, *Stoic. Vet. Frag.*, vol. I, pág. 59 [fr. 252]).

banquete o pasatiempo más que en su *Política*[363], un libro que encierra tanta seriedad.»

2. Los jóvenes, atónitos ante esto, permanecían en silencio, pero como los demás le pidieran a Zopiro que relatara las palabras de Epicuro sobre ello, dijo que no las recordaba exactamente punto por punto, pero creía que F nuestro hombre temía las sacudidas causadas por el amor por la palpitación de los cuerpos, que en un momento tal pasan a la agitación y confusión. «Pues, en general, el vino puro, que es un alborotador y provocador de la confusión, saca a los cuerpos de sus casillas. Y si la calma y el sueño no se apoderan de nuestro cuerpo en ese estado, sino otras alteraciones debido a los placeres sexuales, al estar oprimido y desplazado lo que precisamente está para 654A sujetar y unir el cuerpo, existe el riesgo de que el cuerpo quede destrozado como una casa removida desde los cimientos. Ni, desde luego, tampoco el esperma fluye bien entonces, ya que por la saturación se produce un atasco, sino que se desprende a la fuerza y desordenado. Por ello, nuestro hombre dice que, cuando el cuerpo esté en calma y hayan cesado la distribución y flujo del alimento que lo recorre y abandona, hay que hacer tales cosas, antes de que el cuerpo esté necesitado de nuevo de otra comida. Y se podría sumar a la de Epicuro también la tesis médica: ese momento del día, en efecto, cuando ya la digestión tiene su fin, es el más seguro; en cambio, el intento de hacer el amor tras la cena no está exento de riesgos, pues resultaría terrible, si no absorbido el alimento, una indi- B gestión sucediera a la excitación y palpitación producida por el amor, de suerte que el daño sería doble.

363 Obra de juventud compuesta cuando aún era discípulo de Crates.

3. Y, tomando la palabra Olímpico [364], dijo: «A mí me agrada muchísimo lo del pitágorico Clinias [365]: se dice, en efecto, que preguntado cuándo, justamente, había que ir con una mujer, dijo que cuando justamente te venga en gana sufrir [366], y desde luego lo que Zopiro ha dicho ahora tiene su lógica, pero también veo que el segundo momento tiene otras inoportunidades e inconvenientes para la cosa. En consecuencia, al igual que el sabio Tales, incomodado por su madre que le instaba a casarse, la esquivó como podía y le dio largas diciéndole al principio:
c 'Aún no es el momento, madre'. y después: 'Ya no es el momento, madre' [367], así, por cierto, también, ante los placeres sexuales lo mejor será que cada uno se comporte de manera que, al acostarse, diga: 'Aún no es el momento', y al levantarse: 'Ya no es el momento.»

4. «Estas cosas de atletas, Olímpico, dijo Sóclaro, que por completo huelen aún a cótabo y a aquellas comilonas de carne, no son oportunas, pues asisten jóvenes casados, quienes deben 'cumplir actos amorosos' [368], y a nosotros aún no nos ha abandonado del todo Afrodita, sino que, por cierto, incluso le suplicamos diciéndole en los himnos de los dioses:

---

[364] Personaje que, además de en esa cuestión, lo encontramos en *De sera num. vind.* con un pequeño papel.

[365] Coetáneo de Platón natural de Tarento. La poca información que tenemos sobre él se puede encontrar en Diod., X 4, 1. Se exilió de Italia a Cirene tras la muerte de Proro el Cirineo. De carácter pacífico, según atestigua Aten., 624A (ver, además, DK., I, págs. 443-4 [frs. 1-6]).

[366] Diod., X 9, 4, y Dióg. Laer., VIII, 9, ponen este juicio tan ascético en boca del propio Pitágoras.

[367] Diógo. Laer., I 26, y Estobeo, IV, pág. 520 (Hense).

[368] Hom., *Od.* XI 246.

aleja lejos la vejez, D
hermosa Afrodita [369],

conque examinaremos, si te parece, si adecuada y convenientemente o contra todo derecho Epicuro suprime a Afrodita de la noche, cuyo poder entre los dioses dice Menandro [370], hombre versado en el amor, le corresponde a ella; pues dice graciosamente a modo de enigma, creo, que hagan esto poniendo la oscuridad como velo del placer y que no expulsen de los ojos el pudor, por hacerlo a la luz, ni infundan audacia con su desenfreno y claros recuerdos, regodearse con los cuales reaviva de nuevo las pasiones, pues 'la visión es la más aguda de las sensaciones que nos E llegan a través del cuerpo', según Platón [371], ya que con las impresiones próximas despierta fuertemente en el alma una pasión siempre nueva y fresca por las imágenes del placer. La noche, en cambio, al suprimir los actos insaciables y más apasionados, desvía y adormece la naturaleza que no encalla por la visión en excesos.

»Y, aparte de esto, ¿qué sentido tiene que al llegar de una cena uno radiante, si así se encuentra, trayendo una corona y ungido de mirra, se duerma después de darse la vuelta y arroparse bien y, en cambio, de día y en medio de ocupaciones haga venir a su mujer del gineceo para una cosa tal, o se enrede con ella al amanecer al modo de un gallo?, pues el atardecer, amigo, es un descanso del traba- F jo, mientras que el alba su principio. A aquélla la vigila

[369] PAGE, *Poet. Mel. Gr.*, pág. 462, y DIEHL, *Anthol. Lyr. Gr.*, vol. II, pág. 29, que asigna el fragmento a Alcmán.

[370] Según P. A. Clement y Fuhrmann, la cita de Menandro parece referirse a la de KOCK, *Com. Att. Frag.*, vol. III, 739 (= *Menandro*, II, fr. 789 de KÖRTE).

[371] *Fedro* 250d.

Dioniso el Liberador con Terpsícore y Talía [372], pero ésta nos levanta para la laboriosa Atenea y el placero Hermes [373]. Por eso a aquélla la ocupan cantos, danzas e himeneo,

cortejo y festines y un estruendoso ruido de flautas [374],

en tanto que a ésta, tintineo de martillos y chirridos de sierras y el grito madrugador de los recaudadores y proclamas de los que llaman a juicio, o al servicio de algunos
655A reyes o magistrados. En este momento han desaparecido los del placer

y cesan Cipris y los jolgorios de jóvenes,
ni están ya el tirso ni el tropel de Baco [375],

pues las preocupaciones apremian. Y después también el poeta no hace acostarse a ninguno de los héroes durante el día ni con su esposa ni con su concubina, salvo cuando hace a Paris, tras haber huido, esconderse en el regazo de su mujer, como si la incontinencia diurna no fuera propia de un marido, sino de un adúltero que está rabioso [376]. Y, desde luego, el cuerpo no recibiría más daño por el amor, como Epicuro cree, tras la cena, a no ser, al menos,
B que uno se dé a ello cargado por estar borracho o quebrantado por un atracón, pues, sin duda, así la cosa es

---

[372] Terpsícore, musa de la danza, y Talía, de la comedia, valen aquí, respectivamente, por «encanto» y «decencia».

[373] Entre otras funciones, Hermes desempeñaba también la de patrono de los comerciantes.

[374] Verso atribuido por O. Schneider a los fragmentos anónimos de Calimaco, *Callimaquea,* vol. II, pág. 786, núm. 377.

[375] NAUCK, *Trag. Gr. Frag., Adespota,* 397.

[376] *Il.* III 428-447.

arriesgada y dañina. Pero si un hombre, sintiéndose satisfecho y moderadamente relajado, estando su cuerpo sereno y su alma preparada, después de algún tiempo hace el amor, ni se provoca un gran trastorno en su cuerpo, ni se producen excitaciones [377] o desplazamientos de sus átomos, según dice Epicuro, pues como los ha restituido y se ha serenado a sí mismo, de algún modo lo restaurará, ya que en los espacios vacíos sobreviene un nuevo flujo.

»Más digno de precaución es esto, el dedicarse a los C placeres del amor cuando se esta metido en ocupaciones, no sea que, como es natural, apoderándose del cuerpo, ya excitado y agitado, las preocupaciones del alma y los afanes y agobios por las obligaciones lo exacerben bruscamente, ya que la naturaleza no tuvo un intervalo suficiente en medio para el descanso; pues no todos, amigo, tienen ese ocio y sosiego de Epicuro [378], conseguido copiosamente para siempre por la razón y la filosofía, sino que muchas fatigas aguardan a cada uno durante el día, y a todos, por así decir, ejercicios, a los que ni es bueno ni conveniente entregarles el cuerpo en esta situación, alterado por un amor que lo saca de sí. Pueda 'lo que es feliz D e incorruptible' [379] no preocuparse por sí de lo que se refiere a nosotros, pero nosotros, por supuesto, siguiendo la ley de la ciudad, hemos de guardarnos cuidadosamente de entrar en una fiesta sagrada y dar comienzo a los sacrificios, si poco antes hemos realizado algo semejan-

[377] Admitimos en esta laguna de seis a ocho letras el término *sphýxis* (= excitación), propuesto por Usener, a quien siguen Fuhrmann y Clement, frente a *psýxis* (= enfriamiento), que ofrecen los manuscritos.

[378] USENER, *Epicurea...*, fr. 426.

[379] Concepción epicúrea de la divinidad.

te. De ahí que esté bien el que poniendo la noche y el sueño en medio y dejando un intervalo y separación nos levantemos puros de nuevo como desde el principio y 'con nuevos pensamientos para el día', según Demócrito [380].»

CUESTIÓN SÉPTIMA

De por qué el vino nuevo dulce es el que menos emborracha [381]

Conversan el PADRE DE PLUTARCO, HAGIAS, ARISTÉNETO, PLUTARCO y otros

E 1. En Atenas ofrendan el vino nuevo el once del mes Antesterión [382], por lo que llaman a ese día Pitegia [383]. Y antiguamente, incluso, según parece, suplicaban, haciendo una libación con el vino antes de beberlo, que el uso del «fármaco» les fuera inofensivo y saludable. Mas, entre nosotros [384], el mes se llama Prostaterio [385], y al sexto día de comenzado es costumbre que, después de sacrificar a la «Buena Divinidad» [386], se pruebe el vino tras el Céfi-

[380] DK., vol. II, pág. 175 (fr. 158).

[381] Imitada por MACR., *Sat.* VII 7, 14-20.

[382] Mes ateniense correspondiente a finales de febrero y principio de marzo.

[383] Literalmente, «abertura de las tinajas».

[384] Plutarco era natural de Beocia.

[385] El nombre del mes alude a divinidades protectoras, como Ártemis (ESQU., *Siete* 449) o Apolo (SÓF., *Electra* 637).

[386] Divinidad protectora del hogar.

ro [387], pues este viento es el que más estropea y revuelve el vino y el que escapa a él no corre el peligro de alterarse.

Pues bien, mi padre, como acostumbraba, hizo el sacrificio, y tras la cena, mientras se elogiaba el vino, propuso a los muchachos, que conmigo se dedicaban a la F filosofía, buscar la razón por la que el vino nuevo dulce es el que menos emborrachaba.

Desde luego, a la mayoría le pareció paradójico e increíble, pero Hagias dijo que lo dulce en toda ocasión molesta y es empachoso; por ello, también, nadie bebería fácilmente la cantidad de mosto capaz de emborrachar, pues el deseo, cuando se llega hasta el punto de no tener sed, lo rechaza con desagrado.

Y también el poeta, sabedor de que lo agradable difiere de lo dulce, dice: «con queso, dulce miel y agradable vi- 656A
no» [388], pues el vino al principio es dulce, pero se vuelve agradable cuando, envejeciendo, se transforma por la fermentación en seco.

2. Y Aristeneto [389], el niceo, dijo que recordaba haber leído en algunos otros libros [390] que algo dulce mezclado con vino cortaba la borrachera y que algunos médicos recomendaban que los que habían bebido de más vomitaran; luego, cuando fueran a acostarse, que comieran pan untado con miel. «Por tanto, si los sabores dulces rebajan algo el vino puro, es natural que el vino nuevo no emborrache, hasta que su dulzor cambie.»

[387] Viento de Poniente, violento y lluvioso.

[388] *Od.* XX 69.

[389] Conocido sólo por este pasaje.

[390] Ps.-Arist., *Probl.* 872b32-873a4.

3. Pues bien, acogimos muy favorablemente la capa-
B cidad de inventiva de los jóvenes, porque sin caer en explicaciones corrientes aportaron las suyas. Porque las que están a la mano y son fáciles de aceptar son la pesadez del vino nuevo dulce, como dice Aristóteles[391], que penetra por el estómago, y la gran cantidad de flatulencia y acuosidad que está mezclada con él, de las cuales la primera, forzada enseguida por su naturaleza, sale fuera, en tanto que la segunda por su naturaleza hace el vino más flojo, y el envejecimiento le da vigor, al desprenderse la acuosidad, y el vino se hace menor en volumen, pero más fuerte en poder.

CUESTIÓN OCTAVA

De por qué los que están muy borrachos se encuentran menos trastornados que los «achispados»[392]

Conversan Plutarco y su padre

C 1. «Pues bien, dijo mi padre, puesto que hemos desplazado a Aristóteles, ¿no intentaremos también decir algo personal sobre los 'achispados'?, ya que me parece que, aunque es muy agudo en tales investigaciones, ha profundizado insuficientemente en su causa, pues dice, creo, que la razón del sobrio discierne bien y conforme a la realidad, que la sensibilidad del que está muy borracho, debilitada,

[391] Rose, fr. 220.

[392] *akrothórax*, palabra compuesta de *akro-* (= extremo) y *thoréssō* (= tener coraza), toma aquí el sentido familiar de «estar achispado».

decae, y que la imaginación del «achispado» conserva aún
su fuerza, pero su raciocinio está ya alterado; por ello,
como sigue sus imaginaciones, discierne, aunque mal [393].
Pero ¿qué os parece, dijo, a vosotros esto?» D

2. «A mí, dije, al examinarlo por mí mismo me era
suficiente esta explicación de su causa, pero si pides que
aporte algo personal, mira en primer lugar si la menciona-
da diferencia hay que trasladarla al cuerpo, pues en los
'achispados' solo la mente está perturbada, mientras que
el cuerpo puede atender a sus impulsos, ya que aún no
está empapado; sin embargo, cuando está derrumbado y
agotado, traiciona sus impulsos y los descuida, pues es in-
capaz de pasar a la acción; pero aquéllos, los 'achispados',
como tienen un cuerpo cómplice de sus yerros, son censu-
rados no por desatinar más, sino por tener más fuerza.
Y si se examina desde otra perspectiva la fuerza del vino, E
nada impide que sea variopinta y que cambie con la canti-
dad, como el fuego: si es moderado, endurece y seca la
arcilla, pero si se le aplica con exceso, la funde y hace
que se deshaga. Por otra parte, la primavera, en su inicio,
provoca y aviva las fiebres, pero a medida que avanza ba-
jan y se calman. Por tanto, ¿qué impide que también la
mente, naturalmente alterada por el vino, cuando ha sido
perturbada y excitada, a su vez se sosiegue y calme, si el
vino es excesivo? Al menos, el eléboro tiene como principio
de su acción purgativa el trastornar al cuerpo, ⟨mas si⟩ F
la dosis es menor que la normal, trastorna, pero no limpia
y algunos, cuando toman una dosis de somníferos por de-
bajo de la normal, se encuentran más inquietos, pero, cuan-
do toman más, duermen. Y sin duda es natural, también,

393 Ps.-Arist., *Probl.* 871a8 ss.

que esta agitación en el 'achispado', cuando llega a su plenitud, desaparezca y que a ello coopere el vino; ya que,
657A cuando ha penetrado abundantemente en el cuerpo, ayuda a abrasar y consumir el desvarío del alma. Pues, como la endecha y la flauta fúnebre, al principio, mueven el sentimiento y hacen derramar lágrimas, pero, conforme arrastran el alma a la compasión, entonces, poco a poco, le quitan y disipan la aflicción, igualmente puedes ver que también el vino, cuando ha perturbado y excitado con fuerza su resistencia y fogosidad, a su vez, postrando y sosegando la mente, la tranquiliza por haber ido demasiado lejos en la borrachera.»

CUESTIÓN NOVENA

Sobre lo de «Beber o cinco o tres, no cuatro»

Conversan Aristión, Plutarco y el padre de Plutarco

B 1. Y en cuanto yo dije esto, Aristión [394], gritando, como acostumbraba, dijo: «Se ha vislumbrado ya su regreso a los banquetes para la más justa y democrática medida, desterrada mucho tiempo por cierta coyuntura abstemia, como por un tirano. Pues al igual que los teóricos en cuestiones relativas a la lira dicen que la proporción de tres o dos da el acorde de quinta, la de dos a uno el

[394] Parece ser un amigo íntimo sin grandes pretensiones intelectuales, pues sus intervenciones apuntan siempre al saber vivir. En *Quaest. conv.* VI 7, es el anfitrión.

de octava y el de cuarta, que es el más tenue, se constituye con el cuarto a tres, así los musicólogos de Dioniso observaron tres acordes del vino con el agua, el de quinta, tercera y cuarta, ya que así lo dicen y cantan:

O beber cinco o tres, no cuatro[395], C

cinco, en efecto, está en la proporción de tres a dos, puesto que se mezclan tres partes de agua con dos de vino, tres en la doble, por unirse dos con una, y cuatro por verterse tres partes de agua en una, ésa es la relación de cuatro a tres, de ciertos magistrados del Pritaneo con cabeza, o de dialécticos que fruncen las cejas[396] cuando examinan los vaivenes de los argumentos, mezcla sobria y débil. De aquellas otras, la de dos con una conduce a ese tono perturbador y achispado de la borrachera:

que toca las cuerdas intocables del ánimo[397], D

pues ni deja estar sobrio ni sumerge completamente al insensato en el vino puro; la de dos con tres es la más musical, completamente adormecedora y 'quitapenas' y, según aquella expresión hesiódica, 'hechicera espantamales de los niños'[398], ya que procura en lo más profundo calma y tranquilidad a nuestras altivas y desordenadas pasiones.»

2. En esto nadie le replicó a Aristión, pues estaba claro que bromeaba, y yo le pedí que, tomando una copa,

---

[395] Cf. Kock, *Com. Att. Frag.*, vol. III, *Adespota*, fr. 604. Se trata de un trímetro de la comedia.

[396] El fruncir las cejas es algo típico de personas afectadas, que se creen más de lo que en realidad son (cf. Hel., *Etióp.* IV 7, 2).

[397] Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, *Adespota*, fr. 361.

[398] *Trabajos y Días* 464.

cual lira, tensase la mezcla y acorde elogiados, y, acercán-
E dose el esclavo, le vertía vino puro, pero se escabulló alegando con risa que él era un teórico en música, no un instrumentista.

Mi padre, entonces, tan sólo añadió a lo dicho que le parecía que también los antiguos habían hecho de nodrizas de Zeus a dos, Ida y Adrastea, de Hera una, Eubea, y desde luego de Apolo también dos, Alicia y Coritalia, pero de Dioniso muchas más, porque convenía hacer a este dios, amansado y educado entre un número mayor de ninfas [399], más tranquilo y prudente.

CUESTIÓN DÉCIMA

De por qué la carne se pudre más a la luna que al sol [400]

Conversan EUTIDEMO, SÁTIRO, MOSQUIÓN y PLUTARCO

F 1. Eutidemo [401], el sunieo, que nos agasajaba, nos puso un jabalí de buen tamaño. Y como se asombraran los presentes, dijo que otro mucho mayor, cuando se le llevaba, había sido estropeado por la luna y que, por cierto, andaba perplejo sobre la causa, pues no era natural que el sol no corrompiera las carnes antes, a pesar de ser más

399 Recuérdese que Ninfas se utiliza en griego como sinónimo de agua.

400 Imitada por MACR., *Sat.* VII 16, 15-34.

401 Colega sacerdotal de Plutarco en Delfos, cargo que desempeñó unos diez años antes que nuestro autor. Lo volveremos a encontrar en *Quaest. conv.* VII 2, con una aportación de poca importancia.

cálido que la luna. Y Sátiro[402] dijo: «No es esto de lo que más se sorprendería uno, sino, más bien, de lo que hacen los cazadores, pues cada vez que después de abatir a un jabalí o a un ciervo, lo mandan desde lejos a la ciudad, les hincan un clavo de bronce, porque creen que ayuda contra la putrefacción.» 658A

2. Pues bien, cuando terminamos de cenar y, de nuevo, Eutidemo mencionó lo que le tenía perplejo, Mosquión[403], el médico, dijo que la putrefacción era una descomposición y licuación de la carne que se transforma en líquido por su corrupción, y que, en general, las cosas corrompidas se convertían en líquido, y que cualquier tipo de calor, si es flojo y suave, remueve los líquidos e impide la sequedad, pero si era abrasador, por el contrario, enflaquecía la carne, y que de esto resultaba evidente lo que B
se investigaba: la luna, en efecto, como entibia poco a poco, ablandaba los cuerpos, pero el sol, más bien, arrebataba de los cuerpos la humedad a causa de su ardor, respecto a lo cual también Arquíloco ha dicho de acuerdo con la naturaleza:

Lo espero, a muchos de ellos Sirio con su penetrante brillo [los secará[404],

y aún más claro Homero de Héctor, sobre quien, cuando yacía, Apolo llevó una nube umbrosa:

[402] Conocido sólo por este pasaje.

[403] Médico, caracterizado, en *Mor.* 122C, como «filósofo de la naturaleza».

[404] Fr. 61 de BERGK (= 63 de DIEHL). Con Sirio se alude al sol de verano.

...No sea que antes la fuerza del sol
le secara por uno y otro lado la piel en tendones y miem-
[bros [405].

En cambio, la luna lanza más débiles sus rayos,
C *pues el negro racimo no madura con ellos,*

según Ión [406].

3. Y, dicho esto, yo afirmé: «Lo demás está bien dicho, pero no se debe explicar todo el proceso por una mayor o menor cantidad de calor, pues vemos que el sol calienta menos en invierno, y en verano corrompe más los cuerpos, y debía hacer lo contrario, si las putrefacciones sobrevinieran por la debilidad del calor, pero he aquí que, cuanto más intenso es el calor, antes estropea la carne. Por consiguiente, la luna no por falta y debilidad de calor
D hace que se pudran los cuerpos muertos, sino que, más bien, se ha de imputar a una particularidad de la corriente que emana de ella; pues que no todo lo cálido tiene una sola cualidad que difiera en esto únicamente, en más o menos, sino que hay muchísimas propiedades del fuego que en nada se parecen unas a otras, es claro por las cosas más corrientes. Efectivamente, los orífices trabajan el oro con llama de paja, en tanto que los médicos, fundamentalmente, con la de sarmiento calientan lentamente los fármacos que cuecen. Y para el ablandamiento y moldeado del vidrio la de tamarindo parece ser muy adecuada, y la

---

405 *Il.* XXIII 190-191.

406 Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 57. Ión de Quíos (*ca.* 490-480), hombre muy rico y polifacético, destacó por sus tragedias y, según la noticia de Plut., *Mor.* 79D, parece que fue amigo de Esquilo.

de olivo sienta bien a los cuerpos en los baños de vapor, pero a los balnearios les es hostil y daña su entarimado E y los cimientos, ya que arde por debajo. De ahí que los agoránomos [407] entendidos no permitan a los arrendatarios usar madera de olivo, como tampoco echar cizaña en el fogón, pues las exhalaciones de ésta producen en los que se bañan pesadez de cabeza y vértigo. Así, pues, no es nada extraño que también la luna difiera del sol, dado que éste lanza corrientes desecadoras, en tanto que ella suavizadoras y removedoras de los líquidos que hay en los cuerpos. Por ello, las nodrizas se guardan totalmente de exponer los críos a la luna, pues como están llenos de humedad, al igual que la leña verde, se encogen y retuercen, y los que se han acostado a la luz de la luna vemos que F les cuesta trabajo levantarse, como si estuvieran aturdidos en sus sentidos y entumecidos, pues la humedad difundida por la luna apesanta los cuerpos. Y se dice también que coopera a un parto feliz, cuando es luna llena, ya que por la liberación de los líquidos hace los dolores más suaves. De ahí que también, pienso, a Ártemis, que no es otra que 659A la luna, se le haya llamado Loquia [408] e Ilitía [409]. Y Timoteo [410] abiertamente dice:

por la cerúlea órbita de los astros
y por la luna que aligera los partos.

Y también en los cuerpos inanimados se hace evidente el poder de la luna. En efecto, a la madera cortada en los

[407] Plutarco se refiere con este término a los ediles romanos.

[408] «Partera».

[409] Etimología incierta. El calificativo puede significar «Salvadora» o «Bienvenida».

[410] DIEHL, *Anth. Lyr.*, vol. II, pág. 152 (PAGE, *Poet. Mel. Gr.*, página 418). Poeta milesio (450-360 a. C.).

plenilunios los carpinteros la desechan por blanda y por pudrirse rápidamente a causa de su humedad, y los que trabajan el campo se apresuran, cuando el mes acaba, a recoger los trigos de la era, para que endurecidos por la sequedad resistan más al tiempo; en cambio, los que aca-rrean en luna llena son los que más se estropean, ya que
B por la humedad se hacen más blandos. Y dicen que también la harina en los plenilunios fermenta mejor, pues a la fermentación poco le falta para ser una putrefacción, y si rebasa su límite, al hacer menos densa y ablandar la masa, la lleva a la misma destrucción. Y las carnes podridas no experimentan ninguna otra cosa, salvo que, cuando el hálito que las une se transforma en humedad, se hacen menos densas y fluyen. Y advertimos que el aire también experimenta lo mismo, pues es, sobre todo, en los plenilunios, cuando, disuelto, esparce rocío, como sin duda también Alcmán, el poeta lírico, dice a modo de enigma: que el rocío es hijo del aire y la luna

lo que alimenta Ersa, hija de Zeus y la divina luna[411].

C »Así en todas partes se atestigua que la luz de la luna tiene un poder humedecedor y suavizador; y el clavo de bronce, si es cierto que atravesándolas, como dicen, conserva más incorruptas las carnes, parece que tiene en sí también algo de astringente, pues del orín los médicos se sirven para fármacos de tal tipo y refieren que a los que pasan su vida en las minas de cobre les es beneficioso para sus ojos y les hace renacer los párpados a los que los han perdido, pues el polvillo que sale del cobre y que cae en los párpados imperceptiblemente, contiene las corrientes y

[411] DIEHL, *Anth. Lyr.*, vol. II, pág. 23 (= PAGE, *Poet. Mel. Gr.*, pág. 51).

seca las lágrimas. Por ello, también dicen que fue llamado por el poeta: 'bronce vigorizador de hombres[412] y de la vista'[413].

»Y Aristóteles[414] también dice que las heridas de lan- D
zas y espadas broncíneas son menos dolorosas y más fáciles de curar que las de hierro, por tener el bronce en sí algo de medicinal y esto al instante quedar en las heridas; y no es dudoso que lo astringente tiene el poder opuesto a lo que corrompe, y lo que cura a lo que destruye, a no ser que alguien, naturalmente, dijera que el clavo en su penetración reúne en sí líquidos, ya que siempre se produce un flujo hacia la parte lastimada. Por ello, también dicen que en ese mismo sitio se ve una especie de magulladura y mancha, y tiene su lógica que el resto de la carne quede indemne, ya que se reúne allí la corrupción.»

---

[412] Hom., *Od.* XIII 19.

[413] Hom., *Il.* II 578; *Od.* XXIV 467 y 500.

[414] Ps.-Arist., *Probl.* 863a25-31.

LIBRO IV

E

INTRODUCCIÓN

Sosio Seneción, en el consejo que Polibio dio a Escipión el Africano [415] de que no saliera del foro antes de haberse hecho amigo de alguno de los conciudadanos, «amigo» hay que entenderlo no en un sentido riguroso ni sofístico [416], como aquella persona invariable y firme, sino en el general de la que nos estima, como Dicearco [417] pensaba que había que conseguir para uno la estima de todos, pero ganar la amistad de los buenos. 659F

[415] Se trata de Escipión el Joven (cf. *Mor.* 199F, y Estobeo, XXXVII 35). Por su parte, Eliano, *Var. hist.* XIV 38, relata el mismo hecho como un consejo de Epaminondas a Pelópidas, quizás debido a una confusión entre los dos Escipiones y las dos *Vidas*, la de Epaminondas y la de Escipión el Viejo, como apunta F. C. Babbitt en su edición a los *Dichos romanos*, pág. 186, n., al que sigue Fuhrmann.

[416] Probablemente hace relación, como cree Fuhrmann, a la precisión de Pródico en el uso del lenguaje.

[417] Dicearco de Mesene, discípulo de Aristóteles y hombre polifacético que destacó por sus obras sobre historia de la cultura y con sus estudios geográficos, abrió el camino que luego continuaron Erastótenes y Estrabón. A pesar de ser, junto con Teofrasto, el discípulo más señalado de Aristóteles, sólo conservamos de él fragmentos.

660A La amistad, en efecto, se conquista a lo largo de mucho tiempo y con la virtud; la estima, en cambio, en cuanto que aprovecha las ocasiones que contribuyen a una persuasión y simpatía muy humanas, con las relaciones, el trato y esparcimiento entre conciudadanos. Pero mira lo del consejo, por si no sólo es adecuado al foro, sino también al banquete, de suerte que no haya que dejarlo antes de haberse ganado la estima y amistad de algunos de los asistentes que con nosotros se recuesten.

Al foro, en efecto, la gente acude por negocios y otras necesidades; al banquete, en cambio, al menos los que son inteligentes van para ganar amigos, no menos que para
B alegrar a los que ya lo son, porque pretender arramblar con otras cosas sería de esclavos y cargadores; en cambio, el marcharse teniendo más amigos es agradable y digno. Y al contrario, el que descuida esto consigue que la reunión sea para él desafortunada e improductiva y se marcha habiendo sido comensal con el vientre, no con el alma, pues el comensal viene a participar no sólo de manjares, vino y golosinas, sino también de conversaciones [418], esparcimientos y afabilidad que acaban en estima, pues las llaves y tirones de los luchadores precisan de polvo [419], y a las presas de la amistad el vino mezclado con la conversación les da ese polvo, pues la conversación transporta y transmite con él desde el cuerpo al alma lo que humaniza
C y forma el carácter, pero si no, circulando por el cuerpo

[418] Para los griegos un banquete sin conversación carece de sentido, y ello desde los autores más tempranos, como atestiguan Hesíodo (cf. Aten., 40F y 45D), Teognis, Jenófanes y la poesía dedicada al género simposíaco.

[419] Como ya se dijo anteriormente, los luchadores se servían del aceite y la ceniza en sus combates.

no proporciona niguna otra cosa de valor más que el hartazgo. De ahí que, como el mármol, al quitarle al hierro fundido, por enfriarlo, su liquidez y fluidez excesivas, le da resistencia a su temple y conformación, así la conversación convival no deja que los bebedores se relajen totalmente por el vino, sino que los refrena y hace que con su aflojamiento se mezclen y sean gratas la alegría y humanidad, si se ajustan armoniosamente, ya que por el vino se vuelven, como por el sello de la amistad, moldeables y suaves.

CUESTIÓN PRIMERA D

De si la alimentación variada es más digerible que la sencilla [420]

Conversan FILÓN, PLUTARCO, FILINO y MARCIÓN

1. Pues bien, la primera de nuestras diez investigaciones convivales de este cuarto libro será lo que se investigó sobre la alimentación variada. Por las Elafebolias, llegados nosotros a Hiámpolis [421] para la fiesta, nos agasajaba Filón, el médico, con unos preparativos, según se veía, como para jóvenes. Y viendo que el hijo de Filino, el joven, junto con él tomaba pan y no pedía nada más, dijo: «¡Heracles!, por lo visto esto debe ser el dicho:

[420] Imitada por MACR., *Sat.* VII 4 y 5.

[421] Las Elafebolias significan fiestas de la caza del ciervo y se celebraban en honor de Ártemis.—Hiámpolis es un pueblo de la Fócide, a unos 20 kms. de Queronea.

entre piedras luchaban, pero ni una piedra era posible [levantar» [422].

E Y se levantó de un salto para traer algo de provecho para ellos; luego, después de un buen rato, llegó trayéndoles algunos higos secos y queso; y, al decirle yo que esto ocurría a los que por hacer unos preparativos excesivos y dispendiosos, descuidan lo imprescindible y provechoso y carecen de ello, dijo Filón:

—Desde luego, no me acordé de que Filino nos está criando ⟨a hurtadillas⟩ un Sóstrato [423], de quien dicen que pasó toda su vida sin tomar otra bebida ni alimento salvo leche, pero es probable que a aquél el principio de tal dieta le viniera de un cambio, mas este Quirón, que está alimentando al nuestro al contrario que a Aquiles desde el momento de su nacimiento con alimentos carentes de sangre
F y de vida, ¿no ofrece una alta demostración de uno que se alimenta de aire y rocío, al igual que las cigarras [424]?

—Nosotros, por cierto, dijo Filino, desconocíamos que íbamos a cenar unas hecatonfonias, como en tiempos de Aristómenes [425], ya que nos habríamos presentado con alimentos sencillos y sanos colgados al cuello, como contra-
661A venenos de mesas tan dispendiosas y surtidas. Y además, te hemos oído muchas veces decir que los simples son más digeribles y asequibles que los variados.

---

[422] Verso que, junto con otros tres, cita ATEN., en 475B, refiriéndose a un naufragio y un posterior combate entre las rocas de la playa.

[423] Personaje desconocido que algunos eruditos han querido identificar con Zoroastro.

[424] Creencia muy extendida entre los griegos antiguos.

[425] Cf. PAUS., IV 19, 2 ss., y POLIENO, II 31, 2. Plutarco se refiere al famoso rey de los mesenios (siglo VII a. C.). El sacrificio mencionado se celebraba cada vez que un mesenio había matado cien enemigos.

Y Marción [426] dijo a Filón:

—Filino estropea tus preparativos ahuyentando y espantando a los convidados, pero si me lo pides, saldré fiador ante ellos en tu favor de que la alimentación variada es más digerible que la simple, de suerte que confiados disfruten de lo que se les ha puesto.

Pues bien, Filón le pidió a Marción que así lo hiciera.

2. Y cuando nosotros, una vez que terminamos de cenar, invitamos a Filino a que emprendiera la acusación de la comida variada, dijo: «'No es mía la historia' [427], sino que este Filón continuamente nos está diciendo que, B
primero, los animales como emplean alimentos de un solo tipo y simples están más sanos que los hombres; en cambio, los que ceban en cautividad son propensos a las enfermedades y fácilmente son presa de indigestiones, por ingerir un alimento mixto y al tiempo agradable. Segundo, ningún médico es tan atrevido en materia de innovaciones y valiente, que suministre a quien tiene fiebre una alimentación variada, sino que le suministran una simple y sin grasa, por ser la que mejor se somete a la digestión, pues es preciso que el alimento pueda ser dominado por las fuerzas que hay en nosotros y que se transforme. Y también C
el tinte de colores simples tiene más fuerza, y con drogas de perfumería el que más pronto cambia es el aceite más inodoro, y del alimento el más sensible a transformarse por la digestión es el puro y simple. En cambio, las cuali-

[426] Aparece sólo en esta cuestión y por su erudita y matizada exposición parece ser médico o, al menos, poseer amplios conocimientos de esta ciencia.

[427] Verso de la *Melanipa* de EURÍPIDES (cf. NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 484).

dades múltiples y diversas, como están en oposición y abierta lucha, al encontrarse se destruyen antes, al igual que en una ciudad una multitud de hombres mezclados y revueltos como las olas, ya que no mantienen fácilmente una estructura única ni concorde, sino que cada grupo tira a lo suyo y es reacio a juntarse con lo extraño; y una clara
D prueba es lo del vino, pues las llamadas 'alenias' [428] emborrachan muy rápido y su borrachera se parece a una indigestión. Por ello, los bebedores rehúyen la mezcla de vinos, y los que los mezclan intentan disimularlo, como conspiradores, pues el cambio es una cosa perturbadora y anómala, de ahí que, sin duda, también, los músicos tocan con mucha precaución en muchas cuerdas, que no tienen ningún otro mal que la mezcla y variedad.

»Yo puedo decir esto, que resultaría más crédito y concordancia de argumentos opuestos que una buena digestión de alimentos con cualidades diferentes. Pero si, en efecto, doy la impresión de bromear, dejando estos argumentos vuelvo a los de Filón. Muchas veces, por cierto,
E te oímos decir que por la cualidad del alimento se produce la indigestión, y que los comistrajos son dañinos y generadores de cualidades extrañas, y que tomando de la experiencia lo afín hay que usarlo y apreciarlo; pero si por naturaleza nada es indigesto, sino que la abundancia es lo que trastorna y arruina, aún más, pienso, se ha de huir de esta multiplicidad y diversidad con las que hace poco el cocinero de Filón, como un rival en el arte suyo, intentaba envenenarnos alterando con la novedad y cambio nuestro apetito, sin apaciguarlo, sino encaminándolo a otras cosas y haciéndole transgredir con la variedad la medida y suficiencia, como aquel niño criado por Hipsípila que:

[428] Mezcla de diversos vinos.

cogiendo uno tras otro F
su botín de flores con alma alegre
el niño, que era insaciable
en su mayor parte arranca las flores del prado [429].

»Y aquí también hay que acordarse, igualmente, de Sócrates [430], que aconsejaba guardarse de los manjares que seducen a comerlos a los que no tienen hambre, con lo que recomendaba que de ningún otro alimento nos guardáramos ni rehuyésemos salvo del complejo y diverso. Pues 662A
esto lleva el disfrute más allá de la necesidad en espectáculos, en audiciones, en placeres sexuales, en cualquier tipo de diversiones y pasatiempos, atraído por lo superfluo, que tiene muchos acicates; en cambio, en los placeres sencillos y naturales su hechizo no transgrede la naturaleza, y me parece que, en general, se soportaría mejor a un músico elogiar un instrumento de muchas cuerdas, y a un masajista los masajes de perfume, que a un médico una alimentación variada, pues las desviaciones y cambios apartan de la senda que va recta a la salud.»

3. Y cuando Filino hubo dicho esto, Marción dijo B
que le parecía que estaban sujetos a la imprecación de Sócrates no sólo los que separan lo útil de lo bueno [431], sino

---

[429] Los versos corresponden a la *Hipsípila* de EURÍPIDES (cf. NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 754). Hipsípila, hija del rey Toante de Lemnos, fue raptada por unos piratas y vendida como esclava a Licurgo, rey de Nemea, quien la convirtió en nodriza de su hijo Ofeltes, de corta edad. Mientras informaba al ejército de Adrasto dónde podría encontrar agua, dejó al niño en el suelo y un dragón que asolaba la región lo mató. El ejército de los Siete, a su regreso, la protegió de la venganza de Licurgo.

[430] JEN., *Mem.* I 3, 6.

[431] Cf. H. VON ARNIM, *Stoic. Vet. Frag.*, vol. I, fr. 558.

también los que desunen el placer de la salud, en la idea de que éste se le enfrenta y combate, en lugar de prestarle ayuda. «Poco, en efecto, dijo, y obligados, recurrimos al dolor, por ser el más violento de los medios, pero de los demás nadie, ni queriendo, rechazaría el placer [432], sino que incluso él asiste siempre en alimentos, sueños, baños, y en ungüentos y en la acción de recostarnos y, además,
C acoge al cansado y hace de nodriza suya, borrando, por ser algo muy nuestro y conforme a la naturaleza, lo extraño a nosotros. Pues ¿qué clase de dolor, qué privación, qué tipo de veneno tan fácil y sencillamente nos libró de una enfermedad como un baño efectuado en su momento y un vino dado a los que lo necesitan? Y un alimento que llegó acompañado del placer, al punto nos libró de todos los disgustos y restituyó la naturaleza a lo que les es propio, como si se restableciesen la calma y bonanza. En cambio, los remedios penosos a duras penas y poco a poco consiguen algo, ya que mueven con una áspera palanca y violentan la naturaleza. Por tanto, no nos acusaría Filino de que no escapáramos al placer izando una y otra vela,
D sino de que busquemos el que convivan lo 'agradable' y 'saludable' con más armonía que algunos filósofos lo 'agradable' y 'hermoso' [433].

»Así pues, Filino, ya en la primera de tus proposiciones me parece que te has equivocado de parte a parte, al suponer que los animales emplean alimentos más simples que los hombres y que son más sanos que ellos, pues ninguna de ambas cosas es verdadera, sino que contra lo primero testimonian las cabras de Éupolis, al celebrar con

---

432 Plat., *Leyes* 732e.

433 Plutarco con estos dos últimos términos alude a los epicúreos.

himnos su alimento, por ser totalmente mezclado y variado, diciendo más o menos así:

> *Pastamos en un variado bosque, delicados brotes*
> *de abeto, carrasca, y madroño / ramoneando y,* E
> *además de éstas, aún otras, / cítigo y aromática salvia y tejo muy frondoso, / acebuche, lentisco, fresno, ⟨álamo blanco⟩, alcornoque, roble, yedra, brezo blanco, / tamariz, aladierna, verbasco, asfódelo, jara, haya, tomillo, ajedrea*[434],

pues las enumeradas tienen, sin duda, mil diferencias de jugos, olores y propiedades. Y se han omitido más de las citadas.

»Y lo segundo lo invalida Homero [435], más de acuerdo con la experiencia, al mostrar que las enfermedades contagiosas alcanzan, primero, a los animales irracionales y la brevedad de su vida delata su sumisión a la muerte y enfermedad, pues ninguno, por así decirlo, tiene larga vida, salvo que se hable del cuervo y la corneja que, por cierto, vemos que son omnívoros y se adaptan a todo tipo de alimento: y, por cierto, que en la dieta de los enfermos hicis- F
te bien en determinar lo digestivo e indigesto, pues el esfuerzo, el ejercicio y el regular las comidas ayudan a la digestión, pero no conviene a los que tienen fiebre; sin 663A
embargo, tus temores a la pugna y discrepancia del alimento variado eran injustificados; pues ya la naturaleza recoge lo que le es propio de lo afín y, desde ese instante,

---

[434] Tetrámetros de *Las cabras* de ÉUPOLIS (cf. KOCK, *Com. Att. Frag.*, vol. I, pág. 261 [14]). Para la identificación de algunas de estas plantas cf. la n. *ad loc.* de FHURMANN.

[435] *Il.* I 8-52, donde se relata la famosa epidemia que afectó a los aqueos en Troya.

el alimento variado transmitiendo al organismo muchas cualidades propias, da a cada parte lo conveniente, de modo que ocurre lo de Empédocles:

que lo dulce atrapaba lo dulce y lo amargo se lanzó sobre [lo amargo,
lo agrio fue hacia lo agrio y lo cálido se apoderó de lo [cálido [436].

»Y dado que también los demás aguardan lo conveniente, al disolverse la mezcla por el calor que hay en el
B hálito, cada uno sigue a sus congéneres; pues un cuerpo tan completamente mezclado y heterogéneo como el nuestro es lógico que reúna, como a escote, las aportaciones de una materia variada, en lugar de simple, y con ella colme la mezcla.

»Si no es así, sino que la llamada digestión por naturaleza altera y transforma el alimento, esto ocurrirá antes y mejor en lo variado, pues lo semejante es insensible ante lo semejante, pero el enfrentamiento y la discrepancia, antes bien, por su mezcla con lo opuesto, hacen que ciertas
C cualidades se destruyan. Y si invalidas del todo la mezcla y variedad, Filino, censura no sólo a Filón, aquí presente, por darnos la cena y cocinarla así, sino mucho más cuando mezcle aquellos remedios regios y antitóxicos a los que Erasístrato denominaba 'manos de dioses' [437], rebátele su ex-

[436] DK., vol. I, 3, pág. 343 (fr. 90).

[437] Erasístrato de Yúlide (Cos), el famoso médico helenístico que destacó por sus estudios anatómicos. Es en su época cuando se aprecia la importancia del cerebro frente a la del corazón, que parte de Aristóteles. Las «manos de dioses» parecen referirse a un ungüento elaborado con cinco ingredientes.

travagancia y rebuscamiento, ya que entremezcla juntos minerales, vegetales y animales, tanto los de la tierra como los del mar, en el mismo plato; pues bien está que, dejándolos, reduzcamos la medicina a tisanas, ventosas y aceite con agua:

»¡Así que, por Zeus, la variedad provoca y embauca un apetito incapaz de dominarse!; pues también, bendito, lo limpio, apetitoso y aromático y, en general, lo bastante agradable nos arrastra y nos hace comer y beber más. Por tanto, ¿por qué no amasamos gachas de cebada, en D
lugar de las de trigo, y, en lugar de espárragos, preparamos puerros y cardos, y rechazando este vino oloroso[438] y suave, bebemos de la tinaja otro más áspero, en torno al cual canta un coro de mosquitos?; porque, dirías que una dieta sana no es una fuga ni huida del placer, sino moderación en los placeres y orden que haga al apetito súbdito de lo conveniente. Pero, del mismo modo que al viento violento los timoneles con muchos recursos lo esquivan, mas ya amainado y calmado nadie es capaz de reavivarlo y removerlo, así hacer frente al apetito y cortar E
su exceso no es un gran trabajo, pero, una vez que se ha cansado antes de tiempo, se ha debilitado y ha dejado lo que le es propio, tensarlo y reavivarlo, amigo, es completamente difícil y muy trabajoso. De ahí que el alimento variado es mejor que el que es simple y tiene una monotonía empachosa, en la medida en que es más fácil detener la naturaleza en movimiento que hacerla moverse cuando ha perdido impulso. Y, además, lo que algunos, por cier-

[438] De estos vinos perfumados u olorosos nos habla ARISTÓF., *Ranas* 1150, y del vino de Tasos en *Asambl.* 1118; del vino mezclado con pez ATEN., 499D, con tomillo *Ant. Pal.* IV 1, con azafrán y perfumes LUC., *Nigr.* 31.

to, dicen, que hay que evitar el hartazgo más que la privación, no es verdad, sino lo contrario: desde luego el hartazgo, cuando termina en algún daño y enfermedad, perjudica, pero la privación, aunque no ocasione ningún otro mal, ella por sí misma va contra la naturaleza.

F »Y quede esto como contrapunto a tus teorías; pero ¿cómo se os ha olvidado a vosotros 'los de la sal y habas' [439], aquello de que lo variado es más agradable, lo más agradable más apetitoso..., si le quitas el exceso y de-
664A masía?, pues ello crece con el cuerpo, que lo ansía y acoge, abriéndole camino la vista. En cambio, lo que no apetece, errante y extraviado, o completamente lo rechaza la naturaleza, o a duras penas lo acepta por necesidad.

»Consérvame y recuerda esto sólo, que lo variado no está en las salsas especiadas, besamelas y salsas lidias [440], sino que éstas son cosas superfluas y frívolas; en cambio, incluso Platón [441] ofrece variedad a aquellos ciudadanos buenos y nobles, al servirles cebollas, aceitunas, verduras, queso, caldos de todo tipo y, además de esto, no se despreocupa de que se queden, cuando cenan, sin su ración de golosinas.»

---

[439] El proverbio se refiere a los amigos íntimos que se arreglan con una alimentación sencilla.

[440] Las salsas mencionadas en el texto griego son: la *abyrtákē* confeccionada con puerros, berros y granos de mostaza o granada. El *kándylos* o *kándaulos* es un plato lidio con muchas variedades, que parece ser un afrodisíaco y la *karýkē* otra salsa lidia cargada de especias.

[441] *Rep.* 372c.

CUESTIÓN SEGUNDA

De por qué la trufas parece que nacen con el trueno y de por qué la gente cree que los que están acostados no son heridos por rayos

Conversan AGÉMACO, PLUTARCO, DOROTEO y otros

1. Agémaco [442], cuando cenábamos en Élide, nos pu- B
so unas trufas muy grandes, y, como se admiraran los presentes, dijo uno sonriendo: «Desde luego son dignas de los truenos que han sonado hace poco», como mofándose por supuesto de los que dicen que las trufas nacen con el trueno [443]. Había, en efecto, quienes decían que la tierra, utilizando al aire como una cuña, se abre con el trueno; luego, los que van a buscar trufas las descubren por las grietas, y que de esto había surgido en la gente la creencia de que los truenos producen la trufa, no que la muestran, como si alguien creyera que la lluvia produce los caracoles y no, en cambio, que los empuja y saca a la C
luz [444].

Pero Agémaco se aferraba a esta historia y pedía que no se considerara increíble lo asombroso de ella, pues también había otras muchas obras asombrosas del trueno, rayo y signos celestes relacionados con ellos, cuyas causas eran difíciles o completamente imposibles de comprender, «pues ese bulbo de ahí tan ridiculizado y proverbial,

---

[442] Conocido sólo por esta cuestión.

[443] La misma opinión vulgar la recoge ATEN., 62B.

[444] Así lo explica también TEOFR., fr. 174, 1, de WIMMER.

dijo, escapa al rayo no por su pequeñez, sino porque tiene la virtud contrapuesta a él, al igual que la higuera y la piel de foca, según dicen, y la de hiena con las que los armadores forran la extremidad de los mástiles. Y los labradores llaman fecundantes, y así las consideran, a las
D lluvias acompañadas de rayos. Y es estúpido, en general, extrañarse de estas cosas, cuando contemplamos en estos sucesos lo más increíble de todo, brotar llamas de cosas líquidas y ruidos secos de blandas nubes. Pero con esta cháchara os estoy invitando a la búsqueda de su causa, para que no resulte duro al exigir vuestra cuota por las trufas.»

2. Pues bien, yo dije que, en cierto modo, el propio Agémaco echaba una mano a su explicación, «pues de momento, al menos, nada parece más verosímil que el que con los truenos cae muchas veces agua fecunda, y la causa
E es su mezcla con el calor, pues lo penetrante y puro del fuego se va hecho relámpago, en tanto que lo pesado y aeriforme, envuelto en la nube y cambiando con ella, le extrae el frío y, al tiempo, absorbe la humedad, de suerte que penetra muy apacible, en los retoños y pronto los agranda.

»Y puesto que tales cosas introducen las propiedades de su mezcla y diferencia de sabor en la vegetación regada, al igual que el rocío hace a la hierba más agradable para el ganado [445] y que las nubes que hacen florecer el arco iris llenan de buen olor a los árboles en que se asientan
F (los de nuestra tierra que los conocen por él, los llaman *iriskēpta,* por suponer que el arco iris se apoya sobre ellos), es mucho más natural, desde luego, que la tierra sea remo-

[445] Cf. Ps.-Arist., *Probl.* 906a37 ss., y Teofr., *Caus. plant.* VI 17, 6-7.

vida por las lluvias acompañadas de relámpagos, rayos y por vientos y calores que se hunden en su profundidad, y conserve tales conglomerados y porosidades, del mismo modo que en los cuerpos ciertos calores y humedades sanguíneas producen tumores escrofulosos y glandulosos. Desde luego, la trufa no se parece a una planta, aunque 665A
no brota sin agua, pero no tiene raíces ni retoños y está suelta, ya que toma por sí misma su consistencia de la tierra que, de algún modo, se modifica y transforma.

»Y aunque la explicación, dije, os parezca escurridiza, desde luego así son la mayoría de los efectos que acompañan a los truenos y rayos. Por ello, también, precisamente a estos fenómenos se asocia la creencia de que son divinos.»

3. Y el profesor de retórica Doroteo [446], que asistía, dijo: «Llevas razón, pues no sólo la masa ignorante lo siente así, sino también algunos filósofos. Yo, al menos, sé que un hombre, una vez que cayó un rayo en nuestra tierra en una casa y causó muchas cosas sorprendentes (derramó, en efecto, el vino de unas tinajas sin que las vasijas sufrieran nada y aunque pasó a lo largo del hombre mientras dormía, ni le dañó ni le tocó el vestido, pero le fundió B
y deshizo todas las monedas de cobre que contenía su bolsa [447]), se acercó a un filósofo pitagórico de paso por la ciudad y le consultó, pero éste religiosamente se abstuvo de responder y le ordenó que mirara por sí mismo y supli-

[446] Mencionado sólo aquí.

[447] Fenómenos similares relata FIL., *Vida de Apol.* IV 43, refiriéndose a Nerón, a quien un rayo le destrozó la copa de la que bebía durante la comida. Según PLUT., *Paulo Emilio* XXIV, otro rayo, que le cayó en el ara a Paulo Emilio mientras sacrificaba, abrasó a la víctimas.

cara a los dioses. Y he oído también que, cayéndole cerca un rayo a un soldado que vigilaba un templo en Roma, le abrasó las correas de las sandalias, pero no le ocasionó ningún otro mal, y que la plata de unas lamparillas de plata encerradas en envolturas de madera, fundida se deshizo completamente, pero la madera fue encontrada intac-
C ta e indemne. Y esto se puede creer o no, pero lo más admirable de todo, lo que todos, por así decirlo, sabemos, es que los cuerpos de los muertos a causa de un rayo se mantienen incorruptos, pues mucha gente ni los quema ni los entierra, sino que después de cercarlos los dejan, de suerte que se ven siempre incorruptos los cadáveres contradiciendo al Clímene de Eurípides, cuando dice de Faetón:

Y grato a mí
sin lavar en un barranco se pudre su cadáver [448].

D »De ahí, pienso, que el azufre *(theîon)* [449] se denomina así por la semejanza del olor a fuego y agrio que, como producto del roce, desprende golpeado por los rayos, por el que me parece que, tanto perros como aves, se apartan de los cuerpos heridos por Zeus. Pero, en efecto, quede masticada por mí hasta este punto su causa como laurel, y para el resto, dijo, invitemos a éste, puesto que también en las trufas ha tenido una feliz intervención, para que no nos pase lo de Andrócides [450]. Éste, en efecto, cuando pintó los peces de Escila, lo más natural y hermoso de todo lo que compuso, dio la impresión de que se había

---

448 Cf. NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, 786 de EURÍPIDES.

449 De todas formas, la etimología no está clara.

450 La misma historia, algo más breve, pero con el nombre de su fuente, el historiador Polemón, la refiere ATEN., 341A. Andrócides de Cícico fue un pintor coetáneo y rival de Zeuxis y Parrasio.

servido más de la pasión que del arte, pues por naturaleza era amante del pescado. Así dirá alguno también que nosotros al filosofar por placer en lo de las trufas, que tienen un origen discutible, somos audaces, ya que en estas cues- E tiones tras la razón subyace nuestro propio convencimiento y nos convence de su causa [451].»

4. Y al recomendarles yo y decirles que, ya que estábamos levantando máquinas y lanzábamos truenos, como en la comedia [452], era el momento de hablar durante la bebida sobre los rayos, dejaron lo demás, conformes en esto, e insistían en querer oír algo sobre los que no son heridos por rayos mientras duermen.

Pero, al tocar el tema de la causa de este fenómeno, que tiene una explicación común, vi que no progresaba [453]; sin embargo, dije que el fuego del rayo era admirable por su perfección y sutileza, ya que tiene su origen directa- F mente de una sustancia pura y limpia y la rapidez en su movimiento expulsa y depura cualquier cosa húmeda y terrosa que se le mezcle. «'Nada herido por Zeus, como dice Demócrito, puede protegerse del resplandor del cielo' [454]. En efecto, los cuerpos compactos, hierro, bronce, plata, oro, ofrecen resistencia, se corrompen y funden, como consecuencia de oponerse y enfrentarse al rayo; en cambio, 666A a los ligeros, muy porosos y desunidos por su inconsistencia, los traspasa sin tocarlos, como vestidos y leña seca, pero a la verde la quema, ya que la humedad se le contra-

---

[451] Texto con bastantes lagunas, cuyo sentido parece ser el que se ofrece.

[452] Las máquinas para imitar los truenos y rayos eran: *brantéion* y *kéraunos kopéion*.

[453] Frase de dudosa interpretación (cf. la n. *ad loc.* de FUHRMANN).

[454] DK., vol. II, pág. 172 (fr. 152).

pone y prende con él. Por tanto, si precisamente es verdad
que los que están acostados no mueren por los rayos, hay
que buscar ahí, no en otro sitio, la causa. Pues más vigo-
rosos, sólidos y resistentes son los cuerpos de los que están
despiertos, por estar llenos, en efecto, de hálito vital [455]
en todas sus partes, por el que también, al atirantar los
sentidos como en un instrumento musical y tensarlos, el
ser vivo se pone bien tenso, firme consigo y compacto.
En cambio, en el sueño se afloja inconsistente, desigual,
laxo y relajado y, al disminuir y abandonarle el hálito vi-
B tal, tiene muchos poros por los que sonidos y olores pasan
sin dejar ninguna impresión de sí mismos, pues lo que re-
siste y, por el hecho de resistir, sufre, no se opone a lo
que se le presenta y muchísimo menos a lo que por una
sutileza y rapidez tales como el rayo lo traspasa. En efec-
to, la naturaleza se defiende de los menos fuertes con su
insensibilidad, oponiéndole dureza y espesor; en cambio,
ante aquellos cuya fuerza es invencible sufren menos los
que ceden que los que se le oponen.

»Súmale a ello, dije, un espanto no pequeño ante tales
fenómenos y temor y pavor, por lo que muchos que no
sufrieron ningún otro mal, por el propio hecho de temer
C morir murieron. Y, desde luego, a las ovejas, cuando sue-
na un trueno, los pastores les enseñan a correr y reunirse
en el mismo sitio, pues las que quedan rezagadas aquí y
allá por el miedo abortan. Y es posible ver a miles que
han muerto por un trueno sin que tuvieran ninguna huella
ni de golpe ni de quemadura, sino que el alma, según pare-
ce, al modo de un pájaro sale volando del cuerpo.

---

[455] El «hálito vital» (*pnéuma*), tan utilizado por Plutarco a lo largo de su obra, concepto proveniente de los peripatéticos.

Pues a muchos el soplo sin sangre de un trueno los mató[456],

como dice Eurípides.

»Y sin duda, de los sentidos el oído es el más sensible, y las mayores perturbaciones las producen las agitaciones y miedos por el ruido, de los cuales para el que está acostado la inconsciencia es una defensa. En cambio, los que están despiertos no sólo son consumidos por la aprehensión, sino que también, como el terror les ata[457] en verdad D el cuerpo, los aprieta y comprime, hacen que el golpe sea fuerte por el hecho de resistir.»

CUESTIÓN TERCERA

De por qué en las bodas se invita a muchísima gente al banquete

Conversan Sosio Seneción, Teón y otros

1. Sosio Seneción, que estaba en Queronea en la boda de mi hijo Autobulo[458], la celebraba con nosotros y, entre otras muchas conversaciones, muy adecuadas a la fiesta de entonces, planteó también la de la causa por la que se invita a muchísima más gente a los banquetes nupciales que a los demás, pues, entre los legisladores, los que E combaten con empeño el lujo[459], lo que sobre todo limitan es el número de invitados a las bodas. «Pues de los

[456] Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 982.
[457] Juego de palabras entre *déos* (temor) y *syndéō* (atar).
[458] El hijo mayor de Plutarco, de tendencia platónica, como su padre.
[459] Cf. Plat., *Leyes* 775a, y Arist., *Ét. Nic.*, 1169b.

filósofos antiguos, dijo, quien habló sobre su causa, Hecateo el abderita [460], a mi juicio al menos, no ha dicho nada convincente; dice que los que contraen matrimonio invitan a muchos a la fiesta para que muchos sepan y atestigüen que son libres y se casan con libres. En efecto, los cómicos, al contrario, se mofan de los que se casan lujosa y ostentosamente con banquetes espléndidos y aparatosos, como si lo hicieran sin seguridad ni confianza, cual Menan-
F dro del que ordenó parapetar con platos ⟨a la novia dice⟩ [461].

...no hablas de una cosa de novia.

2. »Pero, para que no parezca que acusamos ⟨muy a la ligera⟩ a otros sin decir nada nosotros mismos, yo primero, dijo, manifiesto que no hay ninguna ocasión para una fiesta tan clara ni tan sonada como la de los que se casan, pues cuando se sacrifica a los dioses o se despide a un amigo o se le hospeda, puede que pase desapercibido
667A a muchos de los íntimos, pero la mesa nupcial tiene como delator al himeneo [462], que grita fuerte, y la antorcha y la

[460] Hecateo de Abdera, escritor pseudohistórico de la época de Tolomeo I (primera mitad del siglo III a. C.). En sus relatos mezclaba hechos históricos con fantasía y mitos.

[461] Texto corrupto que hemos preferido dejar como nos ha llegado. Tras el verbo «parapetar» se puede esperar algo así como «la boda» o «la novia». Según Clement y Fuhrmann, habría que entender en el texto perdido la referencia a que esos preparativos corresponden a una mujer depravada en contraste con lo que sigue. Sobre el verso, cf. Kock, *Com. Att. Frag.*, vol. III, fr. 865.

[462] Canto entonado por los amigos de los novios en el trayecto que iba desde la casa del padre de la novia hasta la del marido. Por lo normal a la novia se la transportaba en carruaje y de noche. Cf. Hel., *Etióp.* VI 8, 3, y Car. de Afrod., *Quér. y Cal.* I 1, 13.

flauta, cosas que, dice Homero, también las mujeres, de pie en las puertas, admiran y observan [463]. Por ello, como nadie ignora que en tales ocasiones se recibe e invita a los demás, la gente, por temor a olvidarse de alguien, invita a todos los íntimos, familiares y los que de alguna manera están emparentados con ellos.»

3. Y al aprobarlo nosotros, tomando la palabra Teón, dijo: «Quede así, pues no es increíble, y agrégale, si quieres, que tales fiestas son no sólo amistosas, sino también familiares, al mezclar con la familia otra casa; y lo que B
es más importante que esto, al unirse dos casas en una sola, ya que tanto el que acepta como el que da piensan que hay que acoger con bondad a los familiares y amigos de uno y otro, duplican el número de invitados. Porque mucho de lo relativo a los matrimonios o la mayor parte se hace por mediación de las mujeres y, donde hay mujeres, es necesario que también los hombres sean incluidos.»

CUESTIÓN CUARTA

De si el mar es más fecundo que la tierra

Conversan Polícrates, Símaco, Lamprias y otros

1. Edepso de Eubea, cuyas «Termas» [464] son un lugar C
con muchas condiciones naturales para placeres sanos, y provisto de edificaciones y zonas residenciales, es evidente-

[463] *Ibid.*, XVIII 495-6.

[464] Nombre propio, según diversos intérpretes del texto.

mente la residencia común de Grecia. Y aunque se cazan muchas aves y otros animales terrestres, el mar ofrece un mercado no menos surtido, ya que cría pescado bueno y abundante en lugares costeros claros y profundos. Sin embargo, el lugar florece, sobre todo, cuando la primavera está en su plenitud, pues mucha gente llega allí durante esta estación y hacen reuniones unos con otros con toda
D liberalidad y por el ocio emplean muchísimo tiempo en conversaciones. Y cuando el sofista Calístrato [465] estaba allí, costaba trabajo cenar en otro sitio, pues su afabilidad era irresistible y su facilidad en juntar en la misma reunión a todas las personas encantadoras lo hacía muy agradable. Muchas veces, en efecto, imitaba de los antiguos a Cimón [466], ya que agasajaba con gusto a gente numerosa y variada, pero siempre, por así decir, a Celeo [467], quien relatan fue el primero que fundó una reunión diaria de hombres famosos y buenos, a la que denominó «Pritaneo».

2. Desde luego, tenían lugar conversaciones adecuadas siempre a una reunión tal; y, en cierta ocasión, nos ofrecieron las mesas, que estaban muy surtidas, una inves-
E tigación sobre si los alimentos de la tierra eran más convenientes que los del mar. Y, al ensalzar casi todos a los de la tierra por ser muchos, diversos y de infinitas clases y variedades, Polícrates [468], dirigiéndose a Símaco [469], dijo:

---

[465] Hijo de León, hombre muy rico que interviene también en la cuestión siguiente con aportaciones eruditas. En *Quaest. conv.* VII 5, actúa como *epimelētḗs* de los anfictiones.

[466] Personaje rico y liberal, defensor del partido democrático.

[467] Legendario rey de Eléusis.

[468] Polícrates de Sición, vástago del famoso estratego Arato de Sición, cuya biografía le dedica Plutarco.

[469] Quizá miembro del Consejo de los anfictiones; interviene también en *Quaest. conv.* IV 6, 1.

—¿Y tú, que eres un animal marino y criado en tantos mares que rodean por todas partes vuestra sagrada Nicópolis [470], no defiendes a Posidón?

—Desde luego que quiero, ¡por Zeus!, dijo Símaco, y solicito tu colaboración y ayuda a ti que recoges los más agradables frutos del mar Aqueo.

—Entonces, dijo Polícrates, consideremos primero el uso de las palabras, pues del mismo modo que, a pesar F
de que hay muchos poetas, llamamos poeta por excelencia sólo al mejor [471], así, aunque hay muchos manjares, el pez es el único que de un modo exclusivo o preeminente ha conseguido ser llamado manjar, por superar mucho a todos en excelencia; pues llamamos exquisitos y amantes de la buena comida [472] no a los que disfrutan con la carne de vaca, como Heracles, quien «tras la carne comía higos 668A
frescos» [473], ni al amante de los higos, como Platón, ni al amante de las uvas, como Arcesilao [474], sino a esos tipos que se dan continuamente en torno a las pescaderías y rápidamente oyen la campana [475]. Y Demóstenes dice que

[470] Fundada por Augusto en el año 30 cerca de Actium en recuerdo de su victoria.

[471] Homero.

[472] Respectivamente, *opsophágous* (comedor de aperitivos) y *philópsous* (amante de ellos). Sobre la afición al pescado, cf. Aristóf., *Acarn.* 665 ss.; *Cab.* 361, 1053 y 1177; *Nub.* 338; *Avispas* 1126 ss.; *Lis.* 559 ss.; *Ranas* 1067 ss., y *Asambl.* 55-6.

[473] Verso de Eurípides (cf. Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 90).

[474] Arcesilao de Pítane. Ocupó en el año 268 la dirección de la Academia, dando principio al período denominado «de la Academia Media».

[475] Campana con la que se anunciaba la venta de pescados. De la afición a ellos da idea la graciosa anécdota relatada por Estr., XIV 2, 21. Un citaredo tocaba y cantaba cuando la campana sonó y todos los asistentes corrieron salvo uno. El músico le agradeció emocionado el no haberle abandonado, a pesar de haber oído la campana, y el otro, que

Filócrates con el oro de su traición «compró putas y peces»[476], echándole en cara con ello su exquisitez en comer y lascivia. Y Ctesifonte[477], no inoportunamente, a un exquisito que gritaba en el consejo que iba a reventar le dijo: «De ninguna manera, amigo, hagas que los peces nos devoren.» Y el que hizo este versecillo:

de alcaparra vives pudiendo hacerlo de dorada[478],

B ¿qué es lo que quiere decir? ¿Y qué quiere decir la gente, ¡por los dioses!, cuando se dicen: «¿Vamos hoy a la playa?», invitándose para pasarlo bien? ¿No manifiestan que la cena junto a la playa es la más agradable, como realmente lo es, no por causa de las olas y los guijarros (¿y qué? ¿es que alguien en la playa se come un puré de legumbres o alcaparras?), sino porque la mesa junto al mar es rica en pescado abundante y fresco? Y, además, también el manjar que se vende más caro de todos, contra toda lógica, es el del mar. Catón, en efecto, no exageraba, sino realmente, al hablar en público contra la molicie y
C el lujo de la ciudad, dijo que en Roma se vendía un pescado en más que una vaca y que una orza de pescado salado la vendían a un precio que no conseguiría una hecatombe troceada con su buey al frente[479].

era duro de oído, le dijo: «¡Ah! ¿pero es que ha sonado ya?», y lo dejó completamente solo.

[476] *Sobre la falsa embajada* 229.

[477] Uno de los miembros de la embajada ateniense ante Filipo.

[478] Verso de autor desconocido (cf. Kock. *Com. Att. Frag.*, vol. III *Adespota*, 459.

[479] Cf. *Mor.* 198D; Catón, VIII; Aten., 274F, y Plin., *Hist. nat.* IX 67. De una forma muy parecida hace Filóstrato decir a Apolonio en VIII 4: «Ni jamás acusé a nadie por los peces que compran a mayor precio que antes compraban los ricos a los caballos marcados con la *kóppa*» (trad. de Alberto Bernabé Pajares en B.C.G. 18).

Desde luego, de las propiedades de los fármacos el más impuesto en medicina es el mejor juez y de la excelencia de las composiciones musicales lo es el más amante de la música; por consiguiente, en la excelencia de los alimentos también lo es el más amante de ellos. Pues desde luego no hay que servirse de Pitágoras ni de Jenócrates [480] como árbitros de esto, sino del poeta Antágoras [481] y Filóxeno [482], hijo de Erixis y del pintor Andrócides [483], quien dicen que al pintar Escila plasmó muy apasionada y vivamente por su glotonería los peces en torno a ella. Y el rey Antígono, acercándose a Antágoras que cocía en el campamento con su delantal puesto una cazuela de congrios, le dijo: «¿Acaso D crees que Homero escribió las gestas de Agamenón mientras cocía congrios?» Y él le contestó no estúpidamente: «¿Y tú crees que Agamenón realizó las gestas aquéllas mientras fisgoneaba quién cocía congrios en el campamento?» [484]. Esto, dijo Polícrates, es lo que yo al menos os aporto, tanto a vosotros, como, ¡por Zeus!, a los pescaderos, basándome en testigos y el uso de las palabras.

3. —Y yo, dijo Símaco, iré al asunto con seriedad y más dialécticamente. Si, en efecto, manjar es lo que hace agradable la comida, el mejor manjar sería el que más pueda

---

[480] Pitágoras y Jenócrates, director de la Academia desde el 339 al 314 a. C., eran vegetarianos.

[481] Poeta épico del siglo III a. C. Escribió una *Tebaida* y un *Himno a Eros*. Gran parte de su vida la pasó en la corte de Antígono Gonatas.

[482] Es posible, como cree Fuhrmann, que se hayan confundido aquí dos personajes, Filóxeno, discípulo de Anaxágoras, famoso por su glotonería e inmoralidad, y el poeta Filóxeno de Citera, autor de ditirambos.

[483] Ya mencionado *supra*, n. 450.

[484] La misma anécdota la refiere PLUT., en *Mor.* 128F, y ATEN., 340F. Según el último, la fuente sería Hegesandro.

E estimular el apetito en la comida. Pues bien, del mismo modo que los filósofos denominados *elpistikoí*[485] manifiestan que la esperanza es lo que más conforta de esta vida, por el hecho de que, si ella falta y no nos sazona, la vida no es soportable, así también se ha de colocar como sostén del apetito en el alimento eso sin cuya presencia todo alimento es insulso y desagradable.

Pues bien, en los alimentos de la tierra no encontrarás nada así; en cambio, en los marinos primero la sal, sin la cual nada, por así decir, es comestible. Pero es que, además, ella, mezclada con el pan, lo hace agradable (por ello, también Posidón tiene templo común con Deméter), y de los demás condimentos la sal es el condimento más
F agradable; por lo menos los héroes que estaban habituados a una dieta sobria y sencilla, como gimnastas que eran, y que suprimieron del alimento todo placer superfluo e innecesario hasta el punto de no consumir pescados[486], a pesar de que acampaban junto al Helesponto, no soportaban la carne sin sal, atestiguando con ello que éste es el único condimento imprescindible, pues, como los colores la luz, así los sabores precisan la sal para mover los senti-
669A dos; de lo contrario, resultan pesados al gusto y nauseabundos:

cadáveres, en efecto, más rechazables que estiércol,

según Heráclito[487], y toda carne es cadáver y parte de cadáver, pero el poder de la sal, como un alma que se le añade, le proporciona gracia y placer. Por ello, también

[485] Literalmente, «esperanzados».

[486] En realidad, en época homérica el consumo de pescado era, más bien, escaso.

[487] Cf. Estr., XVI 4, 26, y DK, I, pág. 172 (fr. 96).

la gente antepone a los demás alimentos los picantes y salados y, en general, los que tienen más sal, pues éstos son como filtros amorosos para el apetito hacia los demás manjares y, atraído por el cebo de éstos, va hacia ellos fresco y animoso, pero si comienza por aquéllos, rápidamente cesa. Además, la sal no sólo es un condimento para la comida, sino también para la bebida. Sin duda aquel dicho B homérico

cebolla, condimento para la bebida[488],

era más adecuado para marineros y remeros que para reyes, pero los manjares moderadamente sazonados, por su buen paladar, hacen que cualquier tipo de vino entre grato al gusto y suave, y que cualquier tipo de agua sea agradable y reconfortante, y no comparte siquiera ese desabrimiento y malestar que produce la cebolla, sino que incluso deshace los demás alimentos y los entrega a la digestión dóciles y más blandos, ya que la sal aporta al cuerpo la gracia del condimento y el poder de un fármaco; y, en C verdad, que los demás manjares del mar tienen, aparte de ser los más agradables, el que son los más inofensivos: en efecto, son carnosos, pero no son tan pesados, sino que se digieren y se deshacen fácilmente. Y lo atestiguarán Zenón[489] y, ¡por Zeus!, Cratón aquí presentes, quienes a los que están enfermos les recomiendan, antes que todo lo demás, el pescado, por ser el más ligero de los manjares, y tiene sentido que el mar los críe sanos y ejercitados en sus cuerpos, puesto que también a nosotros nos ofrece un aire ventajoso por su sutileza y pureza.

[488] *Il.* XI 630.

[489] Conocido sólo por esta cuestión.

4. —Bien dices, dijo Lamprias, pero sumemos a tus argumentos otros propios. Mi abuelo, en efecto, solía de-
D cir, frecuentemente, mofándose de los judíos, que no comen la carne más legítima, y nosotros diremos que el manjar más legítimo es el del mar. En pro de estos animales terrestres, aunque no tengamos ninguna otra justificación, sin embargo, al menos, se alimentan con lo mismo que precisamente nosotros y toman el mismo aire, baños y bebida, por lo cual también la gente se avergonzaba de degollarlos, porque lanzaban gritos lastimeros y por haberles hecho a la mayoría de ellos partícipes de sus costumbres y forma de alimentación. En cambio, en cuanto a la familia de los animales marinos, totalmente extraña y alejada de nosotros, como si hubieran nacido y vivieran en un mundo distinto, ni su mirada, ni sonido alguno, ni servicio,
E evitan su ⟨captura⟩ [490] (pues no puede servirse de estos recursos ningún animal que en modo alguno vive con nosotros), ni hay necesidad de afecto alguno hacia ellos, sino que para ellos es como el Hades este lugar nuestro, ya que, llegando a él, al punto mueren.

CUESTIÓN QUINTA

De si los judíos se abstienen de la carne de cerdo por veneración o por repugnancia

Conversan Calístrato, Polícrates y Lamprias

1. Y cuando se expuso esto, al querer algunos extenderse en el argumento opuesto, frenándolos Calístrato, dijo:

---

[490] Aceptamos el término *prosphorâs*, que traducimos por «captura» con las naturales reservas.

—¿Qué opináis sobre lo que se ha dicho respecto a los judíos de que no comen la carne más legítima? F

—Que es sorprendente, dijo Polícrates, y yo, además, me pregunto si estos hombres se abstienen de comerla por cierta estima a los cerdos, o porque aborrecen al animal, pues lo que se dice entre ellos parecen mitos, si no es que naturalmente tienen ciertas razones de peso para no divulgarlo.

2. —Yo, en efecto, dijo Calístrato, creo que el animal goza de cierta estima entre estos hombres, pues, si bien 670A el cerdo es deforme y sucio, sin embargo no es más raro en su aspecto o más burdo en su constitución que un escarabajo, musaraña, cocodrilo y [gato][491], ante cada uno de los cuales cada sacerdote egipcio se comporta como si fueran muy sagrados. Al cerdo, en cambio, se dice que se le estima por una razón práctica, pues, al ser el primero que surcó la tierra, según cuentan, con la punta de su hocico, dejó la señal de la arada y enseñó el trabajo de la reja. De ahí que digan también que a esta herramienta le viene su nombre del cerdo *(hýnis)*[492]. Y los egipcios que labran los terrenos blandos y bajos de su región no precisan del arado en absoluto, sino que, cuando el Nilo refluye, B tras anegar los labrantíos, ellos, siguiéndole de cerca, soltaban los cerdos, y éstos, al pisotearlos y hozarlos, removían la tierra rápidamente a fondo y enterraban la semi-

[491] Texto corrupto. La conjetura de Wyttenbach aceptada por Fuhrmann es «buitre» (*grypós*). En cuanto a *aílouros* (gato) resulta sorprendente encontrar en este animal algo de extraño, por lo que Fuhrmann entiende que ha de leerse «siluro», pez parecido a la anguila, de gran tamaño y muy voraz.

[492] Efectivamente, el término griego para designar el arado (*hýnis*) deriva de la palabra «cerdo» (*hŷs*).

lla [493]. Y no hay que admirarse si por esto algunos no comen cerdo, cuando otros animales, por causas triviales, y algunos, incluso, totalmente ridículas, gozan de una estima mayor entre los bárbaros.

Efectivamente, la musaraña dicen que ha sido deificada por los egipcios por ser ciega, ya que a la oscuridad la consideraban más antigua que la luz; y que ella nacía de ratones en la quinta generación, cuando es novilunio; y, además, que se achicaba su hígado cuando desaparece la luna.
C Y al león lo asocian con el sol, porque, de los cuadrúpedos de garras corvas, es el único que pare crías que ven, y se echa muy poco tiempo y, mientras duerme, sus ojos siguen brillando [494]; y sus fuentes sueltan chorros de agua por aberturas con forma de león [495], porque el Nilo trae agua nueva a los labrantíos egipcios cuando el sol pasa por Leo. Y el ibis dicen que, en el momento de salir del cascarón, pesa dos dracmas [496], como el corazón de un niño recién nacido; y que con sus patas extendidas, entre ellas y el pico forma un triángulo equilátero. Pero ¿cómo acusaría
D uno a los egipcios por tamaña insensatez, cuando cuentan que también los pitagóricos veneraban al gallo blanco, y que de los animales marinos, se abstenían especialmente del salmonete y acalefo [497], y que los magos de Zoroastro

---

[493] Cf. Heród., II 14, donde, por cierto, no se menciona al cerdo, sino a rebaños en general.

[494] Eliano, *Nat. an.* V 39, quien cita como la fuente de esta historia a Demócrito.

[495] Cf. *Mor.* 366A, en donde se relata lo mismo.

[496] Un dracma en época de Plutarco pesaba entre 3 y 4 gr.

[497] Cf. Dióg. Laer., VIII 34, y Eliano, *Var. hist.* IV 17. El acalefo u ortiga de mar pertenece al grupo de los celentéreos, que, cuando adulto, toma forma de medusa.

honraban más que a nada al erizo de tierra, pero detestaban a las ratas de agua, y a quien más de ellas mataba, lo consideraban amado de los dioses y bienaventurado? Pero creo que también los judíos, si precisamente sintieran asco del cerdo, lo matarían, como los magos matan a los ratones, mas he aquí que, al igual que el comerlo, el matarlo les está prohibido. Y quizás tiene sentido que, lo mismo que honran al burro por haberles descubierto una fuente de agua [498], así también honran al cerdo por haber sido su maestro de la siembra y labranza; ⟨si no⟩, ¡por Zeus!, también uno dirá que los judíos se abstienen de la liebre E
por aborrecerla como a un animal abominable e impuro.

3. —Desde luego que no, dijo Lamprias interrumpiendo, sino que se abstienen de la liebre por su semejanza con el animal más honrado por ellos, ya que la liebre parece ser un asno, inferior en tamaño y grosor, pues su piel, orejas y el brillo y vivacidad de sus ojos se parecen extraordinariamente, de suerte que no hay nada tan pequeño que sea tan semejante en la forma a algo grande, si no es que, ¡por Zeus!, actuando como egipcios también con las cualidades, consideraban divinas la rapidez del animal y perfección de sus sentidos: su ojo, en efecto, es infatiga- F
ble, de suerte que incluso duerme con los ojos abiertos, y parece aventajar a todos en finura de oído, por admiración de la cual los egipcios, en sus caracteres sagrados, representan el oído pintando orejas de liebre [499]. En cambio, estos hombres parecen execrar la carne porcina, porque los bárbaros más que nadie se aterran ante las manchas

[498] Cf. TÁCITO, *Historias* V 3 ss.

[499] En realidad, era la oreja de vaca la que se destinaba a tal fin, en tanto que la de liebre se empleaba para significar «ser».

blancas y la lepra, y creen que por el contacto tales enfermedades consumen a los hombres y vemos a todos los cerdos blancos bajo el vientre de lepra y exantemas sarnosos, los cuales, por cierto, cuando se produce en el interior del
671A cuerpo una indisposición o malestar, creen que se les han corrido a sus propios cuerpos.

Además, también la suciedad en las costumbres del animal conlleva cierto estado enfermizo, pues a ningún otro vemos que disfrute tanto con el fango y lugares sucios e inmundos, si no tenemos en cuenta aquellos cuyo nacimiento y vida tienen lugar en estos mismos sitios. Y se dice que también los ojos de los cerdos son tan turbios y gachos en su mirada, que jamás captan nada de lo de arriba
B ni miran al cielo, si no es que puestos boca arriba las niñas de sus ojos sufran un vuelco contra su naturaleza. Por ello, también, el animal, que por lo normal está gruñendo, se tranquiliza cuando se pone así y, aterrado por la falta de costumbre ante la vista de los cielos, enmudece y reprime sus gruñidos por un miedo mayor; y, si también hay que añadir los relatos míticos, se dice que Adonis [500] fue destrozado por un jabalí y se cree que Adonis no es otro que Dioniso, y que muchas de las ceremonias efectuadas en honor de ambos en sus fiestas ratifican esta interpretación; otros, en cambio, creen que era el amado de Dioniso, y Fanocles [501], hombre versado en el amor, ⟨así⟩ [502], por cierto, lo representó:

---

[500] Es probable que Adonis corresponda al término semítico «Adon» (señor). Adonis fue muerto por un jabalí mientras cazaba, bien por desatender los consejos de Afrodita, o bien por haberle enviado el animal Ártemis o el propio Ares por celos.

[501] Poeta helenístico a quien no se le puede fechar con exactitud. Escribió *Amores o Hermosos* y la *Historia de Orfeo y Calais*.

[502] Estimamos que en *oú* se ha de leer el adverbio *hóutōs* (así).

Y como al divino Adonis raptó el montaraz Dioniso, C
cuando recorría la sacrosanta Chipre [503].

CUESTIÓN SEXTA

De quién es el dios de los judíos

Conversan Símaco, Merágenes y otros

1. Pues bien, admirado Símaco por lo últimamente expuesto dijo: «¿Es que tú, Lamprias, a tu dios patrio [504], 'al dios del evohé, al agitador de mujeres, que florece entre honras delirantes, a Dioniso' [505], lo inscribes y encierras en las prácticas ocultas de los hebreos? ¿O, en realidad, hay alguna razón que demuestre que es el mismo que aquél?» Y Merágenes [506], tomando la palabra, dijo: «Déjale, pues yo, que soy ateniense, te respondo y digo que no es otro, y la mayor parte de los testimonios en favor de esto se dicen y enseñan sólo a los que están iniciados D entre nosotros en la celebración trienal de los grandes misterios, pero lo que de palabra no está prohibido relatar a amigos y, especialmente, a la hora del vino con los dones del dios, si éstos me lo piden, estoy dispuesto a contar.»

2. Pues bien, como todos se lo pidieran y rogasen, dijo: «En primer lugar, el momento y la forma de la fiesta mayor y más solemne entre ellos corresponden a Dioniso,

[503] Cf. Diehl, *Anth. Lyr.*, vol. II, pág. 226.
[504] Su madre Sémele era princesa de Tebas en Beocia.
[505] Bergk, *Poet. Lyr. Gr.*, vol. III, *Adespota,* 131.
[506] Conocido sólo por este pasaje.

pues, tras el llamado 'Ayuno', en plena vendimia, ponen mesas con toda clase de frutas bajo tiendas y cabañas entretejidas principalmente con sarmientos y yedra, y al primer
E día de la fiesta lo denominan 'Tienda' [507], y pocos días después celebran otra fiesta, a la que ya no llaman con enigmas, sino abiertamente «de Baco». Y es una fiesta que consiste también en una procesión de ramos y de tirsos, en la que penetran en el templo llevándolos; pero, una vez que entran, lo que hacen no lo sabemos, mas es probable que lo que se realice sea una bacanal, pues también al invocar al dios utilizan pequeñas trompetas, como lo argivos en las Dionisíacas, y tocando la cítara avanzan otros, a quienes ellos llaman Levitas, debiéndose la denominación al Liberador, o mejor a Evio [508], y creo que la fiesta de los sábados tampoco carece de relación con Dioniso,
F pues muchos, incluso aún ahora, llaman Sabos [509] a los Bacantes y lanzan este grito cuando honran con orgías al dios, lo que, sin duda, se puede confirmar por Demóstenes y Menandro [510], y no incorrectamente se podría decir que su nombre se debe a cierta agitación súbita que domina a los Bacantes.

672A »Y ellos mismos confirman esta interpretación al cumplir con el sábado, ya que es precisamente cuando se invitan unos a otros a beber y alegrarse con el vino; y, cuando lo prohíbe una fuerza mayor, tienen la costumbre de probar, en todo caso, vino puro. Y se podría decir que esto es sólo verosímil. Pero, en primer lugar, refuta con con-

---

[507] Cf. sobre el tema, la erudita n. *ad loc.* de FUHRMANN.

[508] Etimología fantástica.

[509] El epíteto de Dioniso se relaciona con el dios tracio frigio Sabos o Sabarios, en tanto que Iahweh-Sabaoth significa «Dios de los ejércitos». Sabato (*Šabbāth*) viene de la raíz *Šbt* (= cesar).

[510] DEM., *Cor.* 260, y KOCK, *Com. Att. Frag.*, pág. 1060.

tundencia a los adversarios de esta teoría su sumo sacerdote, que precede en las fiestas con la mitra puesta y envuelto con una piel de ciervo bordada en oro, con túnica talar y corturnos, y del vestido cuelgan muchas campanillas que tintinean al andar [511], como también entre nosotros, y hacen ruidos en las fiestas nocturnas y a las nodrizas del dios las llaman 'tañedoras de bronce'. Y los rebate también el B
tirso que aparece tallado en los frontispicios del templo y los tímpanos, pues esto, sin duda, a ningún otro dios conviene más que a Dioniso. Más aún, no emplean miel en sus actos sagrados, porque parece que estropea la mezcla de vino, y ésta era su libación y 'vino' antes de aparecer la vid. Incluso hasta ahora, entre los bárbaros, los que no hacen vino beben hidromiel, rebajando la dulzura con la mezcla de raíces vinosas y amargas, y los griegos ofrendan estas mismas libaciones abstemias y de miel, en la idea de que la miel tiene la naturaleza más contrapuesta al vino.
Y una señal nada pequeña de que los judíos creen esto C
es que, de los muchos castigos existentes entre ellos, uno es sobre todo denigrante, el que prohíbe el vino a los castigados cuanto tiempo ordene el que impone el castigo; y a los así conde...»

CUESTIÓN SÉPTIMA

De por qué la gente enumera los días, que tienen el mismo nombre que los planetas no en el orden de ellos, sino en el inverso. En donde también se trata de la posición del sol [512]

[511] Cf. *Éxodo* XXVIII, XXXIX; *Levítico* VIII 6-9, y JOSEFO, *A. J.* III 7.

[512] Sobre este tema, consúltense las nn. *ad loc.* de CLEMENT y FUHRMANN.

CUESTIÓN OCTAVA

De por qué la gente lleva anillos sobre todo en el dedo anular [513]

CUESTIÓN NOVENA

De si hay que llevar en los anillos imágenes de dioses o de hombres sabios

CUESTIÓN DÉCIMA

De por qué las mujeres no comen el cogollo de la lechuga [514]

[513] Cuestión imitada por MACR., *Sat.* VII 13, 7-16 (cf., además, AULO GELIO, X 10).

[514] Según DIOSCÓR., II 136, PLIN., *Hist. nat.* XIX 127, y ATEN., 69E, la lechuga es un antiafrodisíaco, favorece en la mujer la subida de la leche y provoca las menstruaciones.

LIBRO V

INTRODUCCIÓN 672D

De los placeres del alma y del cuerpo, Sosio Seneción, la opinión que tú tienes para mí al menos es desconocida

...Ya que, en verdad, en medio
hay muchísimos montes umbríos y un mar resonante[515].

Hace tiempo, sin embargo, me parecía que de ningún E
modo aceptabas ni aprobabas a los que creen que no hay en absoluto para el alma ningún deleite ni alegría ni preferencia propios de ella, sino que ésta, al convivir simplemente con el cuerpo, comparte sus sentimientos de alegría y, a su vez, los de tristeza, recibiendo, como un cuerpo moldeable o un espejo, imágenes e impresiones de las sensaciones que se producen en la carne[516]: pues, aparte de otras muchas ocasiones en que la ramplonería de esta opinión se revela como falsa, en la bebida las personas educadas y elegantes[517], tan pronto han acabado la cena, deján-

[515] HOM., *Il.* I 156 ss.

[516] Teoría epicúrea.

[517] Plutarco utiliza tres términos para designar al hombre culto: *epieikḗs, kharíeis* y *astéios*. El primer apunta al hombre mesurado que une

dose arrastrar a la conversación, como a segundas mesas, y alegrándose unos a otros con la conversación, en la que
F el cuerpo participa nada o muy poco, atestiguan que este almacén de deleites está reservado al alma como algo propio y que estos placeres son sólo del alma, y extraños aquellos que tiñen con su color al cuerpo.

Así, pues, como las nodrizas al dar la comida a los críos participan poco del placer de ella, pero cuando los dejan satisfechos y dormidos tras conseguir que dejen de
673A llorar, entonces, a solas consigo mismas, cogen y disfrutan la comida y bebida apropiadas, así el alma participa de los placeres de la bebida y comida sirviendo, a modo de ama de cría, a los apetitos del cuerpo, contentándolo en lo que le pide y aplacando sus deseos, pero, cuando aquél tiene suficiente y se tranquiliza, ella, libre ya de preocupaciones y servidumbres, el resto del tiempo se vuelve a sus propios placeres, regalándose con conversaciones, estudios, temas históricos y con la investigación de algo singular. Y ¿qué se podría decir sobre esto, al ver que incluso la gente vulgar e inculta tras la cena eleva su mente a otros
B placeres muy lejos del cuerpo, cuando plantea enigmas, acertijos [518] y colocaciones de nombres en números simbólicos [519] y, a consecuencia de esto, también los banquetes

en sí lo justo y decente, el segundo al que combina lo bello y gracioso, y el tercero lo educado y culto.

518 Era costumbre en los simposios griegos plantearse durante la bebida toda clase de enigmas y acertijos con castigos para quienes no lo resolvieran. Amplia información sobre sus diversos tipos ofrece ATEN., 448B ss. (cf., además, ARISTÓF., *Avispas* 15 ss., y HERÓD., VI 129).

519 En este tipo de juegos cada letra tiene un valor numérico, como ocurre en los versos isopsefos, arte en el que descolló el poeta Leónidas el alejandreo (cf. *Ant. Pal.* VI 321 ss., y VII 715).

hicieron un sitio a mimos, parodias y a los que representan a Menandro [520], no por «apartar sufrimiento alguno del cuerpo» [521], ni porque produzcan «un ligero y propicio movimiento en la carne» [522], sino porque la afición a los espectáculos y al saber que por naturaleza hay en el alma de cada uno busca cierto goce y placer propios, cuando nos hemos apartado del cuidado y preocupación por el cuerpo.

CUESTIÓN PRIMERA

De por qué oímos con gusto a los que imitan a irritados y afligidos y con disgusto cuando se debaten en estos sufrimientos C

Conversan PLUTARCO y AMIGOS EPICÚREOS SUYOS

1. Sobre estos temas mantuvimos una conversación, estando tú también presente en Atenas con nosotros, cuando Estratón [523], el cómico, vivió días de éxito (se hablaba, en efecto, mucho de él), mientras se nos agasajaba en casa de Boeto [524], el epicúreo, y cenaban también no pocos de su escuela. Luego, como ocurre entre personas cultas, el recuerdo de la comedia fijó la conversación en torno a la

[520] Cf., en esta misma obra, 711E-712D.

[521] Máxima epicúrea, cf. USENER, *Epicurea...*, pág. 72.

[522] *Ibid.*, pág. 279 (fr. 411).

[523] Personaje no bien identificado aún (cf. n. *ad loc.* de FUHRMANN sobre él).

[524] Amigo de Plutarco que perteneció primero al círculo de Amonio y posteriormente se pasó al epicureísmo.

búsqueda de la causa por la que, cuando oímos gritos de
D irritados, afligidos o temerosos, nos apesadumbramos y
malhumoramos, en tanto que los que fingen estos senti-
mientos e imitan sus gritos y ademanes nos encantan. Pues
bien, más o menos una era la opinión de todos aquéllos:
dijeron, por cierto, que, como el imitador está en mejor
situación que el que de verdad sufre y se diferencia de él
en que no sufre, nosotros, conscientes de esto, nos deleita-
mos y alegramos.

2. Pero yo, aun poniendo un pie en corro ajeno [525],
dije que, como por naturaleza somos racionales y amantes
de las artes, nos comportamos familiarmente con lo que
se hace racional y artísticamente y lo admiramos, si consi-
E gue su objetivo; pues, al igual que la abeja, por ser amiga
de lo dulce, busca y persigue cualquier substancia en la
que se mezcle algo del dulzor de la miel, así el hombre,
que es amante del arte y la belleza, tiende por naturaleza
a acoger y encariñarse con cualquier acto o hecho que par-
ticipe de inteligencia y razón. Desde luego, si uno ofrece
a un niño pequeño un pan y, al tiempo, un perrito o un
torillo hecho de harina, verás que se tira a éstos; e, igual-
mente, si uno le ofreciera como regalo un trozo de plata
F sin pulir y otro una figurilla o copa de plata, cogería antes
esto en lo que ve mezclados lo artístico y racional. De ahí
que también los niños a tal edad disfruten más con cuentos
de misterio y con juegos que tienen cierta complicación
y dificultad, pues lo refinado y elaborado atrae a la natu-
raleza sin aprendizaje como algo familiar. Por tanto, co-

[525] Sobre el valor de este proverbio, que se refiere a personas indiscretas y ridículas, cf. LEUTSCH-SCNEIDEWIN, *Corp. Parem. Gr.*, vol. II, pág. 690 (20c).

mo al irritado o afligido de verdad se le ve con unos sentimientos y emociones corrientes, en tanto que en la imitación aparece cierto ingenio y don de persuasión, si precisamente se acierta, tendemos por naturaleza a disfrutar con 674A éstos y nos apesadumbramos con aquéllos. Y, en efecto, al contemplar obras de arte, experimentamos algo parecido, pues vemos con tristeza a un hombre moribundo o enfermo, pero ante Filoctetes [526] pintado y Yocasta [527] esculpida, en cuyo rostro dicen que el artista mezcló algo de plata, para que el bronce diera la impresión de una persona que desfallece y se extingue, disfrutamos y la admiramos.

«Y ésta, dije, ¡epicúreos!, es una gran prueba para los cirenaicos [528] contra vosotros de que no está en la vista ni el oído, sino en nuestro pensamiento el placer que se recibe con audiciones y espectáculos. En efecto, una audi- B ción molesta y desagradable son una gallina cacareando sin parar o una corneja, pero el que imita a una gallina cacareando o a una corneja, nos divierte. Tampoco soportamos ver a tísicos, pero contemplamos con gusto estatuas y retratos suyos, por el hecho de que la mente es arrastrada por las imitaciones debido a su afinidad.

»Porque ¿qué experimentó la gente o qué situación externa se produjo para que admiraran tanto al cerdo de Parmenonte, que se hizo proverbial? En verdad, dicen que, cuando Parmenonte era famoso por su imitación, otros

---

[526] Héroe griego, a quien Sófocles le dedicó una obra del mismo nombre, y que fue abandonado en la isla de Lemnos por haber sufrido en el pie la mordedura de una serpiente venenosa.

[527] Madre de Edipo.

[528] Escuela fundada por Aristipo de Cirene, que defendía un agnosticismo frente a las cosas externas. La idea expresada aquí por Plutarco la reproduce Dióg. Laer., II 90.

por competir con él hacían sus exhibiciones, y como la
C gente tuviera una idea preconcebida y dijera: 'Bien, pero como el cerdo de Parmenonte nada', uno se presentó con un lechoncillo bajo el brazo, y como, incluso, a pesar de oír el auténtico gruñido, la gente murmurara: 'Bueno y ¿qué es este cerdo comparado con el de Parmenonte?' [529], soltó el lechoncillo en medio, probándoles que su juicio se apoyaba en la opinión, no en la verdad, con lo cual está muy claro que la misma impresión del sentido no afecta igualmente al alma, cuando no se añade la opinión de que lo que se hace se realice de una forma racional y con afán de superación.»

CUESTIÓN SEGUNDA

D *De que era antiguo el certamen de poesía*

Conversan PLUTARCO y otros

En los Juegos Píticos se mantenía una conversación sobre los certámenes añadidos, en el sentido de que había que eliminarlos; pues, al admitir, además de los tres establecidos desde un principio —el flautista pítico, el citarista y el citaredo [530]—, al actor trágico, no pudieron contener

---

[529] La frase quedó como proverbial (cf. LEUTSCH-SCHNEIDEWIN, *Corp. Parem. Gr.*, vol. I, pág. 412 [87]). Según F. C. Babbitt, a quien sigue Fuhrmann, Parmenonte había sido un famoso actor cómico de finales del siglo IV a. C.

[530] Se trata del certamen primero y más antiguo conocido con el nombre de «nomo pítico» en honor a Apolo.

los múltiples espectáculos que acometieron e irrumpieron juntos, como cuando se abre una puerta, por lo cual la E
competición tuvo un abigarramiento y popularidad nada desagradables, y, además de no conservar su austeridad y carácter musical, planteó problemas a los jueces y muchas enemistades, como es natural, al ser muchos los vencidos; y en no menor medida pensaban que había que suprimir de los Juegos, como si se tratase de un fardo, la raza de prosistas y poetas, no por odio a las letras, sino que, como son, con mucho, los más famosos de los competidores, se avergonzaban ante ellos y apesadumbraban de que, aunque los consideraban a todos encantadores, no pudiesen vencer todos. Pues bien, nosotros en el Consejo corregíamos a los que querían cambiar lo establecido y acusaban a los Juegos, como a un instrumento musical de muchas cuerdas y tonos. Y durante la cena en la que nos agasajaba F
Petreo [531], el presidente de los Juegos, como la conversación recayera de nuevo sobre lo mismo, defendíamos las artes de las Musas.

Mostramos que la poesía no había llegado ni tarde ni recientemente a los Juegos Sagrados, sino que hacía muchísimo que conseguía coronas de victoria. Pues bien, para algunos era previsible que yo aportaría ejemplos trasnochados: los funerales de Eólico [532], el tesalio, y los de 675A
Anfidamante [533], el calcideo, en los que refieren que Homero y Hesíodo disputaron con sus versos [534]. Pero, dese-

[531] Su nombre completo, según las inscripciones délficas, es L. Cassius Petraeus. En *Mor.* 409B, se nos dice que fue uno de los hombres que más hizo prosperar a Delfos.

[532] Personaje no identificado.

[533] Hes., *Trab.* 654 ss.

[534] Cf. la n. *ad loc.* de Fuhrmann.

chando por estar muy divulgados en las escuelas por los gramáticos cualquiera de ellos y dejando a un lado el que algunos lean en los funerales de Patroclo no «tiradores» sino «oradores» [535], en la idea de que efectivamente también Aquiles propuso premios para discursos, dije que también al enterrar a Pelias [536], Acasto, su hijo, estableció un concurso de poesía y venció Sibila [537].

Y como muchos saltaran y reclamaran un fiador de una historia tan increíble y extraña, recordándolo por for-
B tuna, les manifesté que Acesandro [538] lo refería en su libro *Sobre Libia.* «Por cierto, dije, la lectura de esta obra no es corriente; pero, para la mayoría de vosotros, creo, es interesante, como es lógico, acudir a la obra *Sobre los tesoros de Delfos,* de Polemón [539], el ateniense, hombre muy instruido y muy al tanto de las cosas helénicas. Pues bien, allí encontraréis escrito que, en el tesoro de los siciomios, se encontraba un libro de oro, ofrenda de Aristómaca [540] de Eritras, que había vencido dos veces los Ístmicos con poemas épicos. Ni tampoco es justo asustarse ante una Olimpia ni invariable ni inmutable, como el destino, en
C los Juegos. Los Juegos Píticos, en efecto, tuvieron tres

---

535 Hom., *Il.* XXIII 886. Los términos son, respectivamente, *hēmonas* y *rhēmonas.* Los editores modernos aceptan el conjunto *rh' ēmonas.*

536 Hijo de Posidón, rey de Yolcos (Tesalia). Bajo su iniciativa emprendió Jasón su famoso viaje en busca del vellocino de oro. Medea lo asesinó con un falso baño de rejuvenecimiento, y Acasto, su hijo, que participó en el viaje de los Argonautas, a su regreso organizó los juegos en honor de su padre.

537 Posiblemente, la tesalia Manto.

538 Historiador de los siglos III o II a. C.

539 Geógrafo (siglo II a. C.), escritor prolífico que trató temas eruditos con serias pretensiones científicas. Aunque, en realidad, nació en Ilión, se le llama «el ateniense» por haber conseguido la proxenía de esta ciudad.

540 Personaje desconocido.

o cuatro certámenes musicales accesorios, pero el gimnástico se instituyó así desde el principio en su mayor parte, en tanto que en los Olímpicos todos son una adición, salvo la carrera [541] y, aunque también pusieron muchos, después los suprimieron, como la competición de la carrera al trote y la de carros de mulas [542] y también se suprimió la corona impuesta a los pentatlos infantiles y, en general, se ha innovado mucho en la fiesta. Y temo decir que antiguamente también en Pisa [543] un certamen de lucha individual llegaba hasta la muerte y degüello de los vencidos y caídos, no sea que me pidáis de nuevo un fiador de la historia y haga el ridículo, si escapara a mi memoria su nombre D
por causa del vino.»

CUESTIÓN TERCERA

De cuál es la causa por la que el pino se consideró consagrado a Posidón y Dioniso, y de que al principio coronaban con pino a los vencedores de los Ístmicos; después, con apio, y ahora, de nuevo, con pino

Conversan PRAXÍTELES, LUCANIO, PLUTARCO, un RÉTOR y otros

1. Se investigaba por qué razón el pino en los Ístmicos se convirtió en corona. La cena, a la que nos había invitado Lucanio [544], el sumo sacerdote, tenía lugar en Co-

[541] Cf. PAUS., IV 4, 5, V 8, 6, y VIII 26, 4, que ratifica este punto de vista.

[542] Para ambas carreras, cf. *ibid.*, V 9, 1.

[543] Región donde se encuentra el santuario de Olimpia.

[544] Interviene sólo en esta cuestión.

rinto, mientras se celebraban los Juegos Ístmicos. Praxíte-
E les [545], el geógrafo, adujo la razón mitológica, a saber
que, según se dice, se encontró el cuerpo de Melicertes [546]
arrojado por el mar contra un pino. Y, en efecto, no lejos
de Mégara hay un lugar que se denomina «Carrera de la
Bella», por el que los de Mégara dicen que Ino con el niño
corrió hacia el mar; y, al decir muchos, a una, que la de
pino es una corona propia de Posidón y añadir Lucanio,
que, como el árbol también estaba consagrado a Dioniso,
no inadecuadamente se asocia a las honras por Melicertes,
esto mismo propiciaba la investigación de por qué causa
los antiguos consagraron a Posidón y Dioniso el pino.

F A nosotros no nos parecía nada extraño, pues ambos
dioses tienen fama de ser soberanos del principio líquido
y generador. Y, desde luego, todos los griegos, por así de-
cirlo, sacrifican a Posidón Nutricio [547] y a Dioniso Arbori-
cultor [548]. Sin embargo, se podría decir que el pino se rela-
676A ciona con Posidón por derecho propio, no como cree
Apolodoro [549] por ser una planta marítima ni porque sea
amiga del viento, como el mar (pues también esto lo dicen
algunos), sino fundamentalmente por la construcción de

---

545 Volveremos a encontrarlo en VIII 4.

546 Hijo de Ino, que, perseguida por su esposo Altamante, enloquecido por Hera a causa de haber acogido como hijo a Dioniso, se arrojó al mar con su hijo Melicertes. Madre e hijo fueron posteriormente deificados por Dioniso o Afrodita, según distintas versiones, transformándose la primera en una diosa del mar, Leucótea, y su hijo en Palemón.

547 Conocemos dicho culto en Trecén, Mégara, Eritras, Rodas y Atenas.

548 El epíteto no tiene nada de sorprendente, si se piensa que Dioniso es un dios de la vegetación.

549 Apolodoro de Atenas (*ca.* 180-120/110), fue discípulo en Atenas de Diógenes de Babilonia y trabajó varios años con Aristarco en Alejandría. Hombre erudito, dio a su obra una orientación filológico-histórica.

barcos; pues él y los árboles afines, los pinos marítimos y abetos, proporcionan las maderas más aptas para la navegación, así como la tintura de la pez y resina, sin la cual la utilidad de los ensamblajes en el mar es nula. Y a Dioniso le consagraron el pino por estimar que suaviza el vino; dicen, en efecto, que los lugares abundantes en pinos producen una vid de vino agradable, y Teofrasto [550] lo achaca al calor de la tierra, pues, en general, el pino crece en lugares arcillosos y la arcilla es cálida, y, por B
ello, también el vino madura a la par; como también al agua la hace muy fina y agradable la arcilla, y, además, mezclada con el trigo le produce un crecimiento excesivo, ya que ensancha e hincha con el calor el grano. Sin embargo, es natural que la vid se beneficie del propio pino, que es muy adecuado para la salud del vino y su conservación; todos, en efecto, embadurnan los toneles con pez [551] y muchos mezclan un poco de resina [552] con el vino, como los eubeos de Grecia y los que habitan en los alrededores del Po de Italia, y de la Galia vienesa se trae un vino mez- C
clado con pez, muy estimado por los romanos. Pues productos tales no sólo añaden cierto aroma al vino, sino que también le dan consistencia, al quitarle rápidamente con su calor lo que tiene de nuevo y acuoso el vino.

2. Y cuando se dijo esto, el maestro de retórica que gozaba de mayor fama de estar familiarizado con las ciencias liberales, dijo: «¡Por los dioses!, ¿es que el pino aquí

[550] La mencionada afirmación no se localiza en ninguna parte de su obra.

[551] Cf. PLIN., *Hist. nat.* XIV 121, 127 y 134.

[552] Así lo hacen los griegos actuales con su vino de mesa común denominado «retsina».

no se convirtió en corona de los Ístmicos ayer o anteayer, y antes se coronaba con apio? Esto se puede oír en la comedia a un avaro que dice:

D *con gusto vendería los Ístmicos*
al precio que está la corona de apio [553].

»Y relata también Timeo [554], el historiador, que a los corintios, cuando marchaban para combatir con los cartagineses por Sicilia, les salieron al encuentro unos burros cargados de apio. Y, al considerar la mayoría el encuentro como un augurio no favorable, porque parece que el apio es fúnebre y decimos que los que están gravemente enfermos «precisan apio», Timoleón, al contrario, los animaba y les recordaba los apios del Istmo, con los que los corintios coronan a los vencedores [555].

»Además, por cierto, que la nao capitana de Antígono [556] fue llamada Istmia, porque le brotó espontáneamente
E apio en la popa, y también este epigrama figurado muestra una vasija cubierta con laurel. Y así está compuesto:

La tierra Coliada abrasada por el fuego
esconde la oscura sangre del impetuoso Dioniso
con las ramas ístmicas en su boca [557].

---

[553] Cf. Kock, *Com. Att. Frag.*, vol. III, pág. 438, *Adespota,* 153.

[554] Timeo de Tauromenio (Sicilia) (*ca.* 356-260 a. C.), fue desterrado de su patria y vivió en Atenas cincuenta años. Sus *Historias* contaban la historia del occidente griego desde sus inicios hasta la primera guerra púnica. Por su erudición y espíritu libresco fue muy criticado por Polibio, lo que no obsta para reconocer en él una fuente de primer orden, pues el propio Polibio incluyó su obra cronológicamente en la de Timeo.

[555] Cf. Plutarco, *Timoleón* XXVI; Diod., XVI 79, 3-4, y Polieno, V 12, 1.

[556] La nave de Antígono Gonatas, rey de Macedonia (283-240 a. C.).

[557] Versos de autor desconocido.

»¿Es que no habéis leído esto, dijo, vosotros los que veneráis al pino no como una corona importada y reciente de los Ístmicos, sino tradicional y, por cierto, antigua?» De seguro que impresionó a los jóvenes, como si fuera un hombre muy sabio e instruido.

3. Pero Lucanio, mirándome a mí y sonriendo al tiempo, dijo: «¡Posidón, qué cantidad de citas!; otros, en cambio, aprovechándose, según parece, de nuestra incultura F
e ignorancia, trataban de persuadirnos de lo contrario, de que el pino era la corona tradicional de los juegos y de que, desde Nemea, la de apio, que era forastera, se introdujo por emulación a causa de Heracles, y venciéndola, la privó de ser el símbolo sacro adecuado [558]. Después, sin embargo, con el tiempo, recuperando de nuevo su antigua dignidad, el pino florece con honor.» Yo por mi parte, 677A
estaba convencido de ello y le prestaba atención, hasta el punto de saber muchos testimonios y recordar en ese momento a Euforión [559], que decía, poco más o menos, así, sobre Melicertes:

Llorando colocaron al niño sobre unos pinos cercanos
[al mar,
cuando los llevan como corona para los premios,

---

[558] Con hojas de apio seco se coronaba en los Juegos Nemeos, en tanto que en los Ístmicos se empleaba el verde. En realidad, Heracles lo único que hizo fue renovar los Juegos Nemeos y consagrarlos a Zeus. Efectivamente, la corona más antigua en los Ístmicos era la de pino, luego se pasó a la de apio y, finalmente, de nuevo, a la de pino, como afirma Plutarco.

[559] Euforión de Calcis (siglo III a. C.) estudió en Atenas y fue seguidor del estilo de Calímaco. Escribió pequeños poemas en los que se entremezclan lo armonioso, mítico y libresco.

porque la áspera asa de sus manos aún no abatió
al fogoso hijo de Menes[560] *junto a la hija del Asopo*[561];
desde entonces espesos apios en las sienes pusieron:

y a Calímaco[562], que se expresa con más claridad. Dice, en efecto, su Heracles sobre el apio:

B *Los Alecíadas*[563], *que celebraban un juego*
mucho más antiguo que éste junto al dios Egeón[564],
lo establecerán como un símbolo de la victoria ístmica,
por imitación de los de Nemea, y desdeñarán al pino,
que antes coronaba a los competidores en Efira[565].

Y creo, además, haberme encontrado un escrito sobre los *Ístmicos* de Procles, quien relata que el primer juego que establecieron fue por una corona de pino, pero que después, cuando el juego se hizo sagrado, de las fiestas Nemeas traspasaron aquí la corona de apio. Y este Procles[566] era uno de los condiscípulos de Jenócrates en la Academia.

---

560 La luna.

561 Río que nace cerca de Nemea.

562 *Aitía* III fr. 59, cf. R. PFEIFFER, *Kallimachostudien*, Munich, 1922, líns. 5-9.

563 Descendientes de Aletes, héroe dorio que conquistó Corinto durante la invasión de los Heraclidas, a quienes pertenecía, derrocando a los jonios, que descendían de Sísifo.

564 Posidón, relacionado, quizá, con el mar Egeo o con la villa Egas.

565 Corinto. Efira parece ser el nombre antiguo derivado de la diosa tutelar de la ciudad.

566 Desconocido resulta Procles, a no ser que se trate de Proclos, cosa poco probable, ya que el último fue alumno de Jenócrates y Plutarco habla en este pasaje de un condiscípulo suyo. Por su parte, Jenócrates fue director de la Academia desde el año 339 hasta el 314 a. C.

CUESTIÓN CUARTA

Sobre lo de «prepara una mezcla más fuerte» [567] *(Zōróteron)* C

Conversan NICÉRATO, SOSICLES, ANTÍPATRO y PLUTARCO

1. A algunos de los comensales les parecía ridículo que Aquiles ordenara a Patroclo escanciar el vino más puro, añadiendo luego tal razón:

pues los hombres más queridos están bajo mi techo [568].

Pues bien, Nicérato [569], nuestro compañero macedonio, sustentaba abiertamente que *zōrós* no significaba «vino puro» sino caliente, derivado de *zōtikós* (vivificante) y *zésis* (ebullición) [570], lo que, en efecto, tiene sentido, ya que, cuando están presentes hombres amigos, se mezcla una cratera nueva desde el principio; pues también nosotros, cuando vamos a hacer una libación a los dioses, hacemos una nueva mezcla. Pero Sosicles, el poeta, acordándose de que D
Empédocles [571] había dicho que en el cambio total se hace «*zōrá* lo anteriormente no mezclado (*ákrēta*)», dijo que nuestro hombre llamaba *zōrón* a lo bien mezclado (*éukrāton*) antes que a lo no mezclado (*ákrāton*), y nada, al menos, impedía que Aquiles exhortara a Patroclo a preparar

---

[567] HOM., *Il.* IX 203.

[568] *Ibid.*, IX, 204.

[569] Sólo aparece aquí.

[570] Etimología falsa.

[571] Cf. DK., I, págs. 326-328 (fr. 35, lín. 15.)

para la bebida un vino bien mezclado; y si, en vez de *zōrós*, hubiera empleado el comparativo (*zōróteron*), como hace con *dexíteron*, en lugar de *dexiós* (derecha), y *thēlýteron*, en lugar de *thêly* (femenino), no era algo insólito, pues utilizaba bastante los comparativos en lugar del positivo [572]. Y mi amigo Antípatro [573] dijo que a los años (*eniautoí*) se les llamaba antiguamente estaciones (*hôroi*)
E y que el prefijo *za-* suele significar aumento [574]; de ahí que el vino añejo y viejo sea llamado por Aquiles *zōrós*.

2. Y yo les recordé que con *zōróteron* algunos dicen que se quiere significar «caliente» (*thermón*) y con *thermóteron* (más caliente) «más rápido», como nosotros estimulamos muchas veces a los que nos sirven para que se apliquen «con más ardor» (*thermóteron*) al servicio. Pero les mostré que su porfía era infantil, ya que temían reconocer
F que *zōróteros* significa «más puro» (*akrātóteros*), como si Aquiles fuera a estar en una situación rara, según sostuvo el anfipolita Zoilo [575], desconociendo que, en primer lugar, Aquiles, sabedor de que a Fénix y Odiseo, que eran mayores, no les gustaba el vino aguado sino el más puro, como a los demás ancianos, le ordena a Patroclo hacer más fuerte la mezcla.

Después, por ser discípulo de Quirón y no inexperto en la dieta relativa al cuerpo, calculaba, sin duda, que una mezcla moderada y más floja se adecuaba a los que están

[572] Y, en efecto, así es, pero Homero emplea las formas en *-tero* en muchos casos no con el valor de comparativo, sino de contrastivo.

[573] Conocido sólo por esta cuestión.

[574] Así es.

[575] El sofista Zoilo (siglo IV a. C.), rétor y crítico de Homero, por cuya crítica recibió el apodo de «azote de Homero».

desocupados y ociosos contra su costumbre. También, en efecto, a los caballos les echa, junto con otros piensos, apio [576], no ilógicamente, sino porque los caballos que están inusitadamente ociosos enferman de las patas, y para esto, el remedio principal es el apio; por lo menos no encontrarías en la *Ilíada* que se le eche a otros caballos apio o algún forraje similar; pero, siendo Aquiles médico, se cuidaba debidamente de los caballos, según las circunstancias, y proporcionaba a sus cuerpos la dieta más ligera, por ser la más sana mientras estaban ociosos. Y no estimando justo que se diera a hombres que habían estado durante el día en la lucha y el combate la misma dieta que a los ociosos, ordenó hacer más fuerte la mezcla; y, por otra parte, Aquiles ni siquiera se muestra por naturaleza amante del vino, sino rudo: 678A B

pues no era en absoluto un hombre afable ni amable,
sino muy violento... [577];

y en algún sitio, hablando con franqueza de sí mismo, dice que, «muchas noches de insomnio pasó» [578], pero un breve sueño no basta a los que consumen vino puro. Y, al insultar a Agamenón, lo primero que le llamó fue «cuba de vino» [579], como si pusiera la embriaguez como el mayor de los defectos. En consecuencia, por todo esto tenía sentido que él creyera, al aparecer los hombres, que la mezcla de vino, usual para él fuera floja e inadecuada para ellos.

[576] Hom., *Il.* II 776.
[577] *Ibid.*, XX 467-468.
[578] *Ibid.*, IX 325.
[579] *Ibid.*, I 225.

C

CUESTIÓN QUINTA

Sobre los que invitan a muchos a la cena

Conversan PLUTARCO Y SU ABUELO LAMPRIAS

1. Los inconvenientes que surgían por acomodar a los invitados nos procuraron muchos temas de conversación en las invitaciones que nos hacía cada amigo para agasajarnos, cuando regresamos de Alejandría, pues eran invitados siempre muchos de los que por algún motivo parecían tener derecho, y los banquetes eran de un ruidoso comportamiento y rápido desenlace; y cuando Onesícrates [580], el médico invitó a cenar no a muchos, sino a los muy íntinos
D y familiares, me pareció que lo dicho por Platón respecto a una ciudad en crecimiento se podía aplicar al banquete [581], pues también la cantidad en un banquete es adecuada mientras quiere seguir siendo banquete, pero si excede en número, hasta el punto de que ya no es en sí algo acogedor ni sensible a la cordialidad ni familiar, deja de ser un banquete. Pues es preciso no servirse, como en un campamento, de enlaces ni de cómitres, como en un trirreme, sino que ellos por sí mismos traten unos con otros, teniendo el banquete, a modo de coro, al último de sus miembros pendientes del corifeo.

---

[580] Interviene sólo en esta cuestión.

[581] Seguimos en este pasaje las correcciones textuales efectuadas por Fuhrmann. La cita de Platón corresponde a *Rep.* 422e-423d.

2. Y cuando yo dije esto, nuestro abuelo Lamprias, E
gritando para que todo el mundo pudiera oírle, dijo: «¿Acaso no sólo precisamos moderación en las cenas, sino también en las invitaciones? Se da, en efecto, creo, un exceso de hospitalidad, cuando ésta no omite a ningún comensal, sino que los arrastra a todos como a un espectáculo o audición. A mí, al menos, me parece que, aunque faltara pan o vino a los invitados, nada deja tan en ridículo al que los invita como la falta de espacio y sitio, que siempre hay que tener de más para forasteros y extraños que se presenten no invitados, sino espontáneamente [582].
Es más, si falta pan y vino, es posible incluso acusar a F
los criados de ladrones, pero la penuria de sitio, y el que se agote ante la concurrencia, supone cierto desprecio por parte del que invita y lo atestigua admirablemente también Hesíodo, cuando dice:

Desde luego primero fue el Caos [583],

pues era preciso que espacio y sitio subyacieran previamente
a lo que llegase a ser, no como mi hijo, que ayer, dijo, 679A
hizo del convite el anaxagórico: 'Todas las cosas eran a la par' [584]. Sin embargo, aunque haya sitio y provisiones, hay que guardarse de la abundancia en sí, ya que priva a la reunión del trato y conversación; pues suprimir de la cena la comunidad del vino es un mal pero menor que suprimir la de la conversación; por ello, también Teofrasto [585], bromeando, llamaba a las barberías 'banquetes sin

---

[582] Los apodados «sombras», de quienes se tratará ampliamente en VII 6.

[583] *Teog.* 116.

[584] Cf. DK., II, pág. 5 (fr. 1.).

[585] Cf. fr. 76 de la ed. de Fr. Wimmer, Breslau, 1842.

vino', por la charla de los que allí se sientan; y suprimen la comunidad de conversaciones los que llevan juntos a muchos al mismo sitio, y más bien hacen que pocos se
B comuniquen entre sí, pues, separándose de dos en dos, o tres en tres, se tratan y conversan, y ni conocen a los que están recostados lejos ni los ven, ya que distan una carrera de caballos:

Ya hacia la tienda de Áyax Telamonida,
ya hacia la de Aquiles... [586].

»De ahí que no correctamente los ricos actúan como chicos construyéndose casas de treinta lechos [587], y más, pues un aparato semejante acaba en cenas en que los comensales no se mezclan ni nacen amigos y que precisan de un presidente de asamblea en lugar de un simposíarco; pero hay que tener indulgencia con ellos en esto, pues consideran no rico al rico y ciego en verdad y fuera de sitio, si no tiene testigos, como la tragedia espectadores. Y para
C nosotros sería un remedio contra el reunir a muchos a un tiempo el recibirlos muchas veces en grupos pequeños. Efectivamente, los que agasajan rara vez y 'con *hárma*' [588], según se dice, se ven obligados a poner en la lista a un amigo cualquiera o a un conocido, pero los que acogen más a menudo de tres en tres o cuatro en cuatro, como una barca, hacen los banquetes más ligeros.

---

586 Hom., *Il.* XI 7-8.

587 Una casa de tal tipo se construyó Dionisio el Joven, según Aten., 541C, en donde indica como su fuente las *Vidas* de Sátiro, el peripatético.

588 O sea, pocas veces. Harma (carro) es un monte de la cadena del Parnes cerca de Filé. Según Estr., IX 2, 11, durante tres días y sus noches algunos de los llamados «Pitestos» miraban en dirección a Harma, conforme al oráculo, y enviaban el sacrificio a Delfos cuando veían relámpagos en su cima.

»Y la selección de entre un número grande de amigos se logra mediante el cálculo constante de la razón por la que se les invita; pues, como para las dificultades no llamamos a todos, sino a los adecuados en cada ocasión: en consultas a los juiciosos, en procesos a los oradores, en viajes a los que están libres de las preocupaciones diarias y tienen ocio, así a las reuniones se ha de invitar en cada ocasión a los adecuados. Y para quien invita a cenar con él a un gobernador son adecuados los magistrados, si son amigos, y los próceres de la ciudad; en bodas o natalicios, D
los que están emparentados por el linaje y comparten a Zeus familiar [589]. Y a tales reuniones o despedidas se ha de llevar a los que les sean más gratos, pues, cuando sacrificamos a un dios, tampoco suplicamos a los demás dioses, sino especialmente a los que comparten sus templos y altares*** [590], sino que, una vez mezcladas tres crateras, a unos ofrecemos una libación de la primera, a otros de la segunda y a los otros de la última, 'pues la envidia está fuera del coro divino' [591], y divino es también, de algún E
modo, el coro de amigos, si se distribuye prudentemente en nuestras relaciones sociales.»

[589] Es decir, protector de la familia.

[590] Laguna en la que Fuhrmann supone que se ha perdido algo así como: «y cuando hacemos nuestras libaciones en los banquetes, no las hacemos bajo una forma única al conjunto de dioses y héroes».

[591] PLAT., *Fedro* 247a.

CUESTIÓN SEXTA

De cuál es la causa de la estrechez al principio y de la holgura después entre los que cenan

Conversan LAMPRIAS, ABUELO DE PLUTARCO y otros

Y, dicho esto, al punto se investigaba sobre la estrechez al principio y el posterior desahogo entre los recostados. Sería natural que ocurriera lo contrario por la saturación
F tras la cena. Pues bien, algunos de nosotros lo achacábamos a la forma de recostarse, pues por lo general la gente cena recostada boca abajo [592], ya que, en efecto, tiende la diestra a la mesa, pero, ya cenados, se vuelven, más bien, de costado, dándole a su cuerpo una inclinación lateral y sin tocar, por así decierlo, al sitio en un plano, sino en
680A una línea. Así pues, como las tabas ocupan menos sitio cuando caen de pie que de lado, igualmente cada uno de nosotros al principio se inclina de cara mirando a la mesa, pero, después, se cambia la forma de recostarse de una posición prona a una postura de lado.

La mayoría, sin embargo, lo atribuía al hundimiento del lecho, pues, oprimido en la acción de recostarse, se ensancha y dilata, como el calzado desgastado, que, al dar de sí poco a poco y abrirse en sus poros, ofrece al pie holgura y movilidad. Y el viejo, bromeando, dijo que el banquete en sí tenía dos parientes y jefes desiguales,

[592] Apoyándose en el codo izquierdo.

al principio el hambre, que no participa de la táctica, y después a Dioniso[593], quien todos reconocen que fue B un general excelente[594]. Por tanto, como Epaminondas, cuando los generales por inexperiencia metieron en un terreno desfavorable a la falange que se desmoronaba y desordenaba, y él, tomándola bajo su mando, la salvó y le restableció la formación[595], así a nosotros, arrastrados al principio por el hambre como perros, hace poco acogiéndonos el dios liberador y Maestro de Coros, nos restablece a la formación alegre y afable.

CUESTIÓN SÉPTIMA

Sobre los que se dicen que aojan

Conversan Mestrio Floro, Plutarco, Patrocleas, Sóclaro y Gayo

1. Habiendo recaído la conversación durante la cena C sobre los que se dice que aojan y tienen una mirada que produce mal del ojo, los demás menospreciaban el hecho y se burlaban de él por completo, pero Mestrio Floro, que nos agasajaba, dijo que los hechos apoyaban admirablemente esta creencia y que, por la dificultad de encontrar

[593] Se refiere a las dos partes, ya mencionadas, de que consta un banquete griego: primero, comida y, después, bebida.

[594] Sobre sus campañas militares, cf. Diod., III 64, 6, y Polieno, I 1.

[595] Cf. *Mor.* 797A-B, y *Pelóp.* XXVIII-XXIX; Paus., IX 15, 1-2; Diod., XV 71, 5 ss., y Polieno, II 3, 13.

su causa, se desconfiaba sin razón de estas historias, cuando de miles que tienen una entidad evidente la explicación de su causa se nos escapa. «Y en general, dijo, el que busca en cada cosa lo racional suprime de todo lo maravilloso,
D pues donde falta la explicación de la causa, ahí empieza el inquirir, es decir, el filosofar, de suerte que, en cierto modo, matan la filosofía los que desconfían de lo sorprendente [596]», y añadió: «Hay que ir con la razón tras el porqué ocurre, pero tomar de la tradición el que ocurra, y de hecho se cuentan muchas historias así; conocemos, en efecto, a personas que por mirar a los niños les causan muchísimo daño, al ser desviada y movida por ellos a lo peor su constitución a causa de su humedad y debilidad, en tanto que los caracteres firmes y ya compactos padecen esto menos. Por cierto que Filarco [597] cuenta que, al menos, los llamados tibeos, que antiguamente habitaban el Ponto, eran mortales, no sólo para los niños, sino también
E para los mayores, pues los que recibían su mirada, aliento o palabra se reblandecían y enfermaban, y, según parece, se percataban del hecho los *migádes* [598], que vendían esclavos sacados de allá; pero esto es quizá lo menos admirable. El contacto, en efecto, y contaminación conllevan un principio visible de dolencia y, como las plumas de otras aves al juntarse con las del águila se pudren pelándose y se marchitan, porque las barbas se descomponen, así nada impide que el contacto de un hombre sea, unas veces, útil
F y, otras, adverso y dañino. Y el que también sufran daño

596 Ideas plátonico-aristotélicas.

597 Historiador de la segunda mitad del siglo III a. C., de tono fuertemente dramático.

598 Con *migádes* se puede entender «semigriegos» (Wilamowitz) o «viajeros» (Fuhrmann).

al ser mirados ocurre como he dicho, pero por tener una causa difícil de captar se desconfía de ello.»

2. «Por cierto, dije yo, que, de algún modo, tú mismo descubriste una huella y rastro de su causa al llegar a los efluvios de los cuerpos [599], pues el olor, la voz y la corriente de la respiración son ciertas emanaciones de los seres vivos y partículas que mueven los sentidos, cuando sufren su contacto. Y es mucho más natural que tales 681A emanaciones partan de los seres vivos por su calor y movimiento [600], como si el hálito vital tuviera cierta palpitación y agitación por la cual, golpeado el cuerpo continuamente, despide ciertos efluvios, y es natural que esto ocurra, sobre todo, a través de los ojos, pues la visión, al tener mucha movilidad, además de un hálito que emite brillo, esparce una admirable fuerza ardiente, de suerte que el hombre experimenta y hace muchas cosas mediante ella, pues atraídos por los objetos visibles, está sujeto a los placeres y sinsabores correspondientes; y a los placeres amorosos, que precisamente son los sentimientos mayores y más fuertes del alma, la vista les da inicio, de suerte que lo amoroso B fluye y se funde cuando mira las cosas bellas, como derramándose hacia ellas. Por ello, también se admiraría uno, pienso, muchísimo de los que creen que el hombre siente y sufre daño por la vista, pero que de ningún modo puede hacer ni causar daño. El intercambio de miradas, en efecto, de los que están en la flor de la vida y lo que sale de sus ojos, sea luz o corriente, derrite a los enamorados

[599] Teoría de Empédocles (cf. DK., I, pág. 343 [fr. 89]).

[600] Cf. DK., II, pág. 103 (fr. 77) (Demócrito), y Usener, *Epicurea...*, pág. 224 (fr. 326).

y los consume con un placer mezclado con sufrimiento, que ellos mismos llaman 'agridulce' [601]. Pues, ni al ser tocados ni al oír, resulta que sean heridos ni sufran tanto
C como cuando son mirados y miran; en efecto, tal comunicación y encandilamiento resultan de la vista; y se considera totalmente inexpertos en el amor a los que se sorprenden de que la nafta [602] persa sea inflamada a distancia por el fuego, pues las miradas de los hermosos prenden fuego en las almas de los enamoradizos.

»Y, en efecto, al menos el remedio de los ictéricos lo referimos muchas veces: se curan, desde luego mirando a un chorlito [603]; tal naturaleza y temperamento parece tener el animal, que atrae y recibe la afección cuando sale, como una corriente, por la vista. De ahí que los chorlitos no les dirijan la mirada a los que tienen ictericia ni se la
D aguanten, sino que la evitan y se mantienen con los ojos cerrados, no porque les nieguen, como algunos creen, su poder curativo, sino porque son heridos como por el golpe. Y, de las demás enfermedades, las que más y más pronto cogen los que tratan con uno son las oftalmías; una fuerza tan intensa tiene la vista para acoger y transferir a otro el inicio de una afección.»

---

[601] Término utilizado por primera vez, según parece, por Safo (cf. LOBEL-PAGE, *Poet. Lesb. Frag.*, pág. 92, fr. 130).

[602] El petróleo en bruto.

[603] La misma historia nos es relatada por HEL., *Etióp.* III 7, 3 ss. con quien Plutarco coincide muy bien, aunque, como señala E. CRESPO GÜEMES, traductor de Heliodoro en B.C.G. 25, no se puede hablar de una dependencia directa, sino que, más bien, se han de remontar ambos autores a una fuente común, Filarco. Sobre el fenómeno, L. GIL, *Therapéia...*, págs. 208-9.

3. Y dijo Patrocleas:

—Hablas con toda la razón, al menos en lo somático, pero respecto de las facultades del alma, entre las cuales está también el hechizar, ¿de qué modo y cómo mediante la vista transmite el daño a los que reciben las miradas?

—¿No sabes, dije, que cuando el alma sufre, involucra también al cuerpo? Así, los pensamientos eróticos despiertan las partes pudendas, y la animosidad de los perros en E
las peleas que mantienen contra las fieras apagan su vista, muchas veces, y los ciegan, y pesares, avaricia y celos mudan el color y desgastan la salud. Y, en no menor medida, la envidia, que por naturaleza penetra en el alma, llena también el cuerpo de maldad, que los pintores intentan acertadamente reproducir cuando pintan el rostro de la envidia [604]. Pues bien, cuando, puesta en esta situación por la envidia, la gente clava sus miradas, como están enraizadas en lo profundo del alma, extrayendo su maldad de F
ella, caen como dardos envenenados, y nada, pienso, ni absurdo ni increíble ocurre, si conmueven a quienes miran, pues también los mordiscos de los perros son más dañinos cuando muerden con rabia, y el esperma de los hombres prende más, cuando se unen enamorados, y, en general, los sentimientos del alma refuerzan y hacen más intensas las potencias del cuerpo. Por ello también creen que los 682A
llamados amuletos [605] ayudan contra la envidia, ya que por su rareza es atraída la vista, de suerte que se clava menos

[604] Los griegos representaban a la Envidia como un hombre pálido y feo (envidia es masculino en griego), de mirada penetrante y aspecto parecido al de quienes se consumen en una grave enfermedad (cf. Luc., *No debe creerse en la calumnia* 5).

[605] Amuletos en el texto se dice *probaskaniōn génos*, que significa «lo que se utiliza para el mal de ojo».

en los que la sufren. Cuente para ti esto, Floro, como mi contribución al banquete.

4. —Al menos, si antes nosotros, dijo Soclaro, la aprobamos, pues hay algo del razonamiento que parece falso. En efecto, si lo que dicen muchos sobre los aojados lo tomamos como verdadero, no ignoras, desde luego, que la gente sospecha que sus amigos y familiares aojan e, incluso, algunos que sus padres tienen mal de ojo, de suerte que sus mujeres no les enseñan los hijos ni les dejan que sean mucho tiempo mirados por tales personas. Por tanto, ¿cómo aún se creerá que es de la envidia esta dolencia?,
B y ¿qué, ¡por Zeus!, dirás sobre los que se dice que se aojan a sí mismos?, pues esto lo has oído, y si no, de todas formas, has leído esto:

hermosos antaño eran, hermosos, los bucles de Eutelidas,
pero se hechizó al verse, hombre desdichado,
en el remolino del río; y al él al punto una enfermedad
[inoportuna... [606].

se dice, en efecto, que Eutelidas, viéndose hermoso y afectado de algún modo por la visión, a consecuencia de ello enfermó y perdió la salud junto con su encanto. Pero mira a ver cómo te las ingenias ante tales rarezas.

5. —En otras ocasiones, dije, no muy bien, pero
C bebiendo, como ves, de tal copa, no sin audacia digo que todas las dolencias, cuando permanecen mucho tiempo en el alma, originan malos hábitos, y éstos, cuando adquieren fuerza de naturaleza, removidos por un pretexto cualquie-

[606] Cf. J. U. Powell, *Coll. Alex.*, Oxford, 1925, pág. 58, fr. 175.

ra, muchas veces incluso sin querer, precipitan a las dolencias propias y acostumbradas. Observa a los cobardes que temen incluso lo que les salva, y a los irascibles que se enfadan incluso con lo seres más queridos, y a los enamoradizos y disolutos cómo al final no pueden abstenerse ni de las personas más sagradas; en efecto, el hábito es poderoso para llevar un carácter a lo que le es propio, y es forzoso que el que es inseguro tropiece con cualquier traba que se le presente; de suerte que no es justo admirar- D
se de que los que se han forjado en sí mismos un carácter envidioso y aojador, se muevan, incluso, contra los suyos, conforme a la peculiaridad de su dolencia, y, al moverse así, obran como son por naturaleza, no como quieren, pues, como la esfera está constreñida a moverse como una esfera y como un cilindro el cilindro, según la diferencia de su figura, así al envidioso su forma de ser lo mueve a actuar con envidia ante todo. Sin embargo, es natural que también ellos miren a lo que es suyo y más desean, y el ilustre Eutelidas y cuantos se dice que se aojan a sí mismos me parece que no sin lógica sufren esto. En efecto, cosa vaci- E
lante es la salud cuando está en su plenitud, según Hipócrates [607], y los cuerpos cuando llegan a su más alta plenitud no se mantienen, sino que se inclinan y propenden hacia lo contrario. Por tanto, cuando llegan a un progreso total y ven que se encuentran mejor de lo que esperaban, hasta el extremo de admirar su cuerpo y recrearse con él, están cerca del cambio, y, arrastrados en su carácter a lo peor, creen que se aojan.

Y esto ocurre con más facilidad en las corrientes que se deslizan por debajo en las aguas o en algunos otros es-

[607] *Aforismos* I 3.

pejos, pues su aliento vuelve a los mismos que las miran,
F de suerte que con lo que perjudicaban a otros, ellos mismos se dañan, y quizá esto que sucede también con los niños, hace que se eche la culpa muchas veces sin razón a los que los miran.

6. Y al terminar yo, dijo Gayo [608], el yerno de Floro:

—¿Pero a las imágenes de Demócrito [609], como a egeos o megarenses, no se les tiene en cuenta ni se les hace ca-
683A so [610]? Las que dice él que despiden los envidiosos no están en absoluto privadas de percepción ni de impulso, y están llenas de la maldad y ojeriza de los que las lanzan, con la que modeladas, al permanecer y convivir con los aojados, les perturban y dañan su cuerpo y mente. En efecto, creo que el hombre lo dice con tal propósito, pero con un estilo divino y grandioso.

—Perfectamente, dije yo, pero me extraña cómo se os pasó desapercibido que ninguna otra cosa excluí de estas corrientes, salvo el que estuvieran vivas y pudieran elegir, para que no os parezca que yo, tan avanzada la noche,
B os espanto y trastorno trayendo fantasmas e imágenes animadas e inteligentes. Conque, por la mañana, si os parece, investiguemos sobre ellos.

---

608 Conocido sólo por este pasaje.

609 DK., II, págs. 103-104 (fr. 77).

610 Frase proverbial que arranca del oráculo emitido en Egio o Mégara sobre quién tenía la primacía entre los griegos. El oráculo manifestó que los egeos o megarenses no contaban para nada (cf. Leutsch-Schneidewin, *Corp. Parem. Gr.*, I, pág. 19 [fr. 48]).

CUESTIÓN OCTAVA

De por qué al manzano el poeta lo llamó «de espléndido fruto» y Empédocles a las manzanas «hypérphloia» (suculentas)

Conversan TRIFÓN, PLUTARCO, unos GRAMÁTICOS y el ABUELO LAMPRIAS

1. En cierta ocasión en la que éramos agasajados en Queronea y se nos sirvió toda clase de frutas, se le ocurrió a uno de los comensales decir en alta voz aquel verso:

dulces higueras y manzanos de frutos brillantes y verde- C
[gueantes olivos[611],

con lo que la investigación trataba de por qué el poeta a los mazanos los distinguió llamándolos «de espléndidos frutos». Y Trifón, el médico, dijo que se los llamaba así por comparación con el árbol, porque, siendo en efecto pequeño y vulgar en su aspecto, produce un fruto bello y grande.

Y algún otro dijo que en esta sola se podía ver reunida la belleza de todas las frutas juntas. En efecto, tiene un tacto tan puro, que no mancha, sino que llena de fragancia a quien la toca, y un gusto agradable, y su olor y su vista son muy placenteros. Por tanto, como atrae todos D
nuestros sentidos al tiempo, se la elogia con razón.

---

[611] En realidad, se trata de dos versos que se han acomodado en uno. HOM., *Od.* VII 115-116.

2. Pues bien, nosotros dijimos que esto estaba bien dicho, y cuando Empédocles dice:

porque son granadas tardías y manzanas «hypérphloia»
[(suculentas) [612],

el epíteto de las granadas denota que madura su fruto cuando ya el otoño acaba y aflojan los calores. El sol, en efecto, no deja a su humedad, que es débil y mezquina, tomar consistencia, a no ser que el aire comience a cambiar a más frío. Por ello, también Teofrasto dice que éste es el único árbol cuyo fruto madura mejor y más pronto a la sombra [613], pero que andaba en duda de con qué intención
E el sabio llamaba *hypérphloia* a las manzanas, máxime siendo un hombre que no solía adornar las cosas con epítetos muy hermosos, como con floridos colores, por la belleza del estilo, sino que hace que cada uno de ellos sea la manifestación de una cierta entidad o capacidad, como «tierra cubremortales» al cuerpo que rodea al alma y «amontonador de nubes» al aire y «multisanguíneo» [614] al hígado.

3. Pues bien, cuando yo dije esto, algunos gramáticos afirmaron que a las manzanas se las llamó *hypérphloia* por estar en su sazón, pues el estar muy maduro y lozano es
F llamado por los poetas florecer. Y, más o menos así, Antímaco [615] ha llamado «rebosante en frutos» a la

---

612 DK., I, pág. 340 (fr. 80).

613 En ninguna parte de su obra se halla esta afirmación.

614 DK., I, pág. 370 (frs. 148-50).

615 Antímaco de Colofón (siglo v a. C.), poeta épico muy estimado por Platón. Su obra más importante era la *Tebaida*, a la que corresponde el verso citado, obra erudita y renovadora, ya que Antímaco era, además, filólogo de Homero.

ciudad de los cadmeos; igualmente, Arato [616] al decir de Sirio:

y a unos los robusteció, a otros, en cambio, les destruyó
[toda la corteza,

denomina «corteza» a la lozanía y esplendor de los frutos; y que hay algunos griegos que sacrifican a Dioniso Fleo [617]. Pues bien, como la lozanía y la floración le duran a la manzana más que a otros frutos, el filósofo la llamó *hypérphloia.*

Y Lamprias, nuestro abuelo, dijo que la voz *hypér* 684A
significaba no sólo lo «demasiado e intenso», sino también «lo de fuera y por arriba» [618]. Así, en efecto, hablamos de *hypérthyron* (dintel) e *hyperôon* (piso superior), y el poeta llama carnes *hypertêres* [619] (superiores) a las partes exteriores de la víctima, como carnes *éntera* [620] (entrañas) a las de dentro. Mira, por tanto, dijo, no sea que Empédocles haya formado el epíteto más bien por esto, porque, mientras los demás frutos se protegen por fuera con la corteza y tienen lo que se llama piel, cáscara, membranas y vainas en la superficie, la corteza de la manzana está dentro, como una túnica pegajosa y grasienta a la que se adhiere la semilla, y lo comestible, que la rodea por fuera, B
naturalmente se llama *hypérphloion.*

[616] Arato de Solos (siglo III a. C.) se trasladó pronto a Atenas, donde se hizo estoico. Entre otras obras compuso *Fenómenos, Himnos a Pan* y una colección de poesías breves.

[617] Sobre todo los de Priene, Eritras, Éfeso y Quíos.

[618] Así es, en efecto.

[619] *Od.* III 65, 470.

[620] *Il.* XI 176; *Od.* IX 293.

CUESTIÓN NOVENA

De cuál es la razón por la que la higuera, que es un árbol muy amargo, da un fruto muy dulce

Conversan el ABUELO LAMPRIAS y otros

Tras esto se andaba en duda sobre los higos, cómo es que un fruto tan carnoso y dulce nace del árbol más áspero, pues la hoja de la higuera por su aspereza se llama *thrîon* (áspera) [621] y su madera es viscosa, hasta el punto
C de que, si se quema, produce un humo muy picante [622] y, quemada del todo, el polvo de su ceniza resulta muy detersivo por su acritud; y lo que es más curioso, mientras florece todo cuanto crece y tiene fruto, sólo la higuera no da flores, y si, como se afirma, no es alcanzada por el rayo, esto también se podría achacar a la aspereza y mala constitución de su corteza; a tales árboles, en efecto, como a la piel de las focas y de las hienas, parece que no les alcanzan los rayos.

Pues bien, tomando la palabra el más anciano, dijo que, como todo ese dulzor que hay en la planta se concentra en el fruto, naturalmente hace que lo que queda esté
D agrio y entero; ya que, al igual que el hígado, al segregarse la bilis en un sólo lugar, se hace muy sabroso, así la higuera, al enviar al higo todo lo graso y aprovechable, se que-

[621] Etimología falsa.

[622] Tan irritante y molesto que ARISTÓF., *Avispas* 144 ss., hablando de un sicofante, lo compara con el humo de higuera.

da sin dulzor. «Pues de que su madera participa de cierta jugosidad, dijo, tomo como señal aquella de que hablan los jardineros; dicen de la ruda [623] que si nace bajo una higuera o a su lado, es más agradable y delicada de sabor, como si se aprovechara de cierto dulzor, con el que se rebaja su sabor excesivamente fuerte y empachoso, si no es que, ¡por Zeus!, por el contrario, la higuera, absorbiendo su alimento, le extrae su acidez.»

CUESTIÓN DÉCIMA

De quiénes son «los de sal y habas»; donde también se habla de por qué el poeta llamó a la sal «divina»

Conversan Floro, Apolófanes, Plutarco y Filino E

1. Inquiría Floro, cuando fuimos agasajados nosotros en su casa, quiénes serían los llamados, en el proverbio, «los de sal y habas». Y el gramático Apolófanes [624] lo resolvió con facilidad. «En efecto, el proverbio apunta, F dijo, a los amigos tan íntimos que cenan con sólo sal y habas; pero, en cuanto al aprecio por la sal, no sabíamos de dónde procedía, ya que Homero [625] dice abiertamente:

...rociaba de divina sal.

[623] Planta de olor fuerte y desagradable empleada en medicina.
[624] Conocido sólo por esta cuestión.
[625] *Il.* IX 214.

Y Platón afirma que, según costumbre de los hombres, la sal es la más grata de las sustancias para los dioses [626]. E intensificaba la dificultad del problema el que los sacerdotes egipcios, por purificarse, se abstienen totalmente de la sal, hasta el punto de que, incluso, toman pan sin sal [627]. ¿Cómo, entonces, si es grata a los dioses y divina, la evitan por motivos religiosos?»

2. Pues bien, Floro les pidió que dejasen a los egipcios y que dijesen algo a la griega sobre lo propuesto.
685A Pero yo dije que los egipcios no se oponían a los griegos, pues las purificaciones suprimen la procreación, la risa, el vino y muchas cosas particularmente dignas de atención; y, quizá, por estar limpios se guardan de la sal, en la idea de que arrastra a relaciones sexuales, como algunos dicen, y es verosímil también que la rechacen por ser un condimento muy agradable, pues la sal parece ser condimento y aderezo de los demás condimentos, por lo cual algunos incluso la llaman «gracias», porque hace agradable la necesidad del alimento.

B 3. —Pues bien, dijo Floro, ¿acaso diremos que por esto se ha llamado divina a la sal?

—Así, en efecto, es, contesté, y no es esto lo más insignificante, pues los hombres divinizan lo que es corriente y más socorre sus necesidades, como el agua, la luz y las estaciones; y a la tierra no sólo se la considera divina, sino incluso un dios. A éstas en nada les queda atrás en utilidad la sal, ya que es un remate del alimento para el cuerpo y hace que aquél se ajuste al apetito.

---

626 *Tim.* 60e.

627 *Mor.* 352F, 363F y 729A.

Sin embargo, mira si no le conviene también ese carácter divino, porque, al conservar mucho tiempo los cuerpos muertos incorruptos y firmes, se enfrenta a la muerte y no permite que lo mortal perezca y desaparezca del todo, sino que, como el alma, que es lo más divino de lo nues- C
tro, sostiene a los seres vivos y no deja que fluya la masa, así la naturaleza de la sal, apoderándose de los cadáveres e imitando la labor del alma, los protege de ser arrastrados a su descomposición y los sujeta y fija, al proporcionar armonía y amistad entre sí a sus partes [628]. Por ello también algunos estoicos dicen que el cerdo es carne muerta [629], ya que el espíritu, como la sal, es una siembra posterior para su conservación; y ves que también al fuego del rayo lo consideramos sagrado y divino, porque vemos a los cuerpos de los fulminados por Zeus resistir incorruptos por mucho tiempo. Por tanto, ¿qué tiene de sorprendente, si también a la sal, que tiene el mismo poder que el D
divino fuego, los antiguos la consideraron divina?

4. Y en cuanto yo me callé, tomando la palabra Filino dijo: «¿Pero no te parece que lo fecundante es divino, si precisamente la divinidad es principio de todo?», y al reconocerlo yo, dijo: «En efecto, la gente cree que la sal coopera no poco a la procreación, como tú mismo recordabas respecto a los egipcios; al menos los aficionados a criar perros, cuando éstos están más bien apáticos para el apareamiento, les mueven y excitan su poder de engendrar, calmado en ellos, con carnes en salmuera entre otros alimentos salados; y los barcos que transportan sal produ-

---

[628] MACR., *Sat.* VII 12, 3 ss.

[629] Cf. VON ARNIM, *Stoic. Vet. Frag.*, I, fr. 516; II frs. 722, 723 y 1154.

cen una cantidad inmensa de ratas, porque las hembras,
E según dicen algunos, se preñan incluso sin apareamiento cuando lamen la sal; pero es más probable que la salmuera les produzca un picor en sus partes e impulsen a los animales al apareamiento. Por esto, quizá, también una belleza femenina que ni es fría ni inexpresiva, sino mezclada con la gracia y atractiva, la gente la llama 'salada y picante'. Y creo también que los poetas llaman a Afrodita 'nacida del mar' y propagaron un mito fingido sobre ella, como si tuviera su nacimiento en el mar, porque apuntan con enigmas a la capacidad generadora de la sal. Y, además, al propio Posidón y, en general, a los dioses marinos los
F presentan prolíficos y muy fecundos, y entre los propios animales no podrías mencionar uno terrestre o volátil tan fecundo como todos los marinos, respecto de lo cual también compuso Empédocles:

guiando una tribu muda de peces cargados de simiente [630].»

[630] DK., I, pág. 338 (fr. 74).

LIBRO VI

INTRODUCCIÓN 686A

1. A Timoteo, hijo de Conón[631], rescatándolo de cenas suntuosas y de soldados, Platón lo invitó, Sosio Sene- B
ción, en la Academia a una cena distinguida y frugal «en mesas, como dice Ión[632], que no hinchan», a las que acompañan un dormir tranquilo y sueños de corta duración, ya que el cuerpo tiene calma y bonanza. Pues bien, por la mañana Timoteo, percatándose de la diferencia, dijo que los que cenaban en casa de Platón se encontraban bien incluso al día siguiente[633]; pues, en verdad, gran viático de bienestar es la armonía de un cuerpo no empapado en vino, ágil y dispuesto sin temor para cualquier actividad; pero esto otro nada inferior les ocurría a los que cenaban

[631] Dos generales atenienses famosos.

[632] El poeta trágico Ión de Quíos (siglo v a. C.) llegó a Atenas siendo muy joven y fue amigo de Esquilo. No sólo se limitó a escribir tragedias, sino que también compuso elegías, ditirambos y cantos monódicos.

[633] Tal anécdota se encuentra, además, en *Mor.* 127A-B, ELIANO, *Var. hist.* II 18, y ATEN., 419C, quien cita como su fuente las *Memorias* de Hegesandro.

en casa de Platón, la reconsideración de lo que se dijo
C durante la bebida, pues mientras los placeres de la bebida o comida conservan un recuerdo mezquino y, sobre todo, pasajero, como un olor trasnochado o el tufillo del asado que sobró, en cambio, el planteamiento de problemas y conversaciones filosóficas deleitan a los que las recuerdan, porque están ahí siempre frescas y ofrecen la oportunidad de agasajar con ellas mismas a los rezagados que las escuchan y participan no menos de ellas.

2. De ahí que también ahora hay para los eruditos una participación y disfrute de los banquetes socráticos, como para aquellos mismos que entonces cenaron con él; y, desde luego, si las cosas materiales proporcionaran pla-
D cer, tanto Jenofonte como Platón debieran habernos dejado un registro no de lo que se habló, sino de los manjares, golosinas y postres ofrecidos en los de Calias y Agatón; mas he aquí que aquéllos, aunque, como es natural, tuvieron su preparación y gasto, jamás fueron considerados dignos de mención alguna, en tanto que las conversaciones filosóficas que con seriedad entre bromas mantuvieron, las confiaron a la escritura y dejaron ejemplos no sólo del trato mutuo mediante la palabra durante la bebida, sino también un recuerdo de lo que se habló.

CUESTIÓN PRIMERA

De cuál es la causa por la que los que ayunan tienen más sed que hambre[634] E

Conversan PLUTARCO y otros

Pues bien, te envío este sexto libro de las *Quaestiones convivales,* en el que la primera es la relativa a que los que ayunan tienen más sed que hambre. Parecía ilógico, en efecto, que los que han ayunado tengan más sed que hambre, pues la falta de alimento sólido parecía por naturaleza ir en busca de una adecuada satisfacción. Pues bien, dije yo a los que asistían que, de los componentes que hay en nosotros, el calor es el único o el que más precisa alimento; como, sin duda, vemos que fuera ni el aire ni el F
agua ni la tierra se lanzan a buscar alimento ni consumen lo que tienen cerca, sino solamente el fuego, por lo que también los animales jóvenes son más voraces que los viejos por causa del calor y, al contrario, los viejos llevan con mucha facilidad el ayuno, pues débil en ellos y escaso es ya el calor, como en los animales sin sangre que, por cierto, también precisan muy poco alimento por falta de calor. Y a cada persona en particular ejercicios, gritos y 687A
cuanto con el movimiento aumenta el calor, le hace comer con más gusto y deseo que nunca. Y alimento para el calor, según creo, el primero por naturaleza y más que todos es lo líquido, como demuestran las llamas, que aumentan con el aceite, y el que la ceniza es lo más seco de todo,

[634] Imitada por MACR., *Sat.* VII 13, 1-5.

pues lo húmedo ha ardido por completo y el residuo terroso ha quedado privado de humedad, e, igualmente, el fuego separa y divide los cuerpos, por extraerles la humedad que los pega y ata. Por tanto, cuando ayunamos, de los residuos del alimento que hay en el cuerpo, lo líquido se
B separa violentamente, primero por el calor; después la combustión, que persigue lo húmedo, avanza hacia el propio humor natural de la carne. Pues bien, al producirse, como en el barro, sequedad, por naturaleza el cuerpo precisa, más bien, la bebida, hasta que, restablecido y fortalecido el calor por beber, provoca la apetencia de una alimentación sólida.

CUESTIÓN SEGUNDA

De si la necesidad o una modificación de los poros provocan el tener hambre y sed

Conversan Plutarco, Filón y otros médicos

1. Y, dicho esto, los médicos con Filón a la cabeza
C criticaban la primera tesis, pues la sed no se producía por una insuficiencia, sino por una modificación de ciertos poros. Así, en efecto, los que de noche tienen sed, si se vuelven a dormir, dejan de tener sed sin beber, y así también los que tienen fiebre, cuando se produce un descenso, o ella remite completamente, al tiempo también se ven libres de la sed; y a muchos, en cuanto se lavan y, ¡por Zeus!, a otros en cuanto vomitan, les desaparece la sed. Por ninguna de estas cosas aumenta lo líquido, sino que solamen-

te los poros ofrecen, al experimentar algo por el cambio, una colocación y disposición distintas. Y esto resulta más claro con el hambre, pues muchos enfermos están necesitados de alimento y, al tiempo, están inapetentes, en tanto que otros, aun hartos, no pierden el apetito lo más míni- D mo, sino que, incluso, se les aumenta y sigue. Y, además, muchas personas desganadas, si toman una aceituna aliñada o alcaparras, al probarlas recobran y restablecen su apetito; con lo cual también está muy claro que el tener hambre nos sobreviene por una afección de los poros, no por la necesidad, pues tales aperitivos atenúan la necesidad, puesto que se les añade comida *** [635] hacen (hambrientos), así el sabor bueno y picante de los alimentos salados al retorcer y contraer el estómago o, a su vez, al abrirlo y distenderlo, provocan cierta buena disposición receptora del alimento que llamamos apetito.

2. Me parecía, en efecto, que esto se había abordado convincentemente, pero que se enfrentaba al fin superior de la naturaleza hacia el que el apetito lleva a todo ser vivo, el cual desea completar lo que necesita y persigue E siempre lo que le falta de lo suyo propio [636], pues el afirmar que el apetito, en lo que más difiere el ser vivo del inanimado, no nos pertenece para nuestra conservación y subsistencia, al igual que los ojos [637] que están en nosotros como algo propio y necesario para el cuerpo, y creer, más bien, que es una afección o trastorno de los poros, debido

[635] Laguna notada por Turnebus, en la que, según Fuhrmann, que sigue a Hubert, hay que entender: «pero no excita menos el hambre».

[636] Idea tomada de PLAT., *Fil.* 31 ss.

[637] Creemos que hay que leer: *hósper ommátōn oikeíōn, tōi sōmati kaì deēíōn eggegenēménōn,* con lo que se mantiene el texto transmitido.

a su magnitud o pequeñez, es propio de los que superficialmente no toman en cuenta a la naturaleza para nada.

Después, es ilógico que el cuerpo tirite por falta de calor propio y que el tener sed y hambre, en cambio, no se deba ya a la falta de humedad connatural y de alimen-
F to, y más ilógico que esto es que por la repleción la naturaleza tienda a la evacuación, pero por la evacuación no a la repleción, sino porque algún otro estado se produzca en él; y, en efecto, tales necesidades en los seres vivos y su satisfacción en nada difieren de las que se producen en la agricultura, pues sufre, en efecto, muchas cosas pare-
688A cidas y se le socorre de forma semejante. Así, ante la sequía, les damos de beber a las plantas con riegos y las refrescamos con moderación cuando hace calor, y si ellas están frías, intentamos calentarlas y protegerlas, cubriéndolas del modo que sea, y suplicamos a la divinidad que nos conceda cuanto no está en nuestras manos, suaves rocíos y calores con vientos moderados, de modo que siempre la naturaleza pueda completar lo que le falta, guardando su equilibrio. Así, en efecto, creo que también se ha llamado nutrición a la protecc*ión* de la *natu*raleza[638], y se protegen las plantas cuando, como dice Empédocles[639], sacan imperceptiblemente agua suficiente del entorno, y a nosotros el apetito nos enseña a buscar y perseguir lo que le falta a nuestro equilibrio.

No obstante, veamos cómo, una por una, no son ver-
B dad ninguna de las cosas dichas, pues los alimentos que

---

[638] Plutarco piensa, equivoçadamente, que el término *trofḗn* (alimento) proviene de la mezcla de dos sílabas de distintas palabras (*to* TĒ*róun tḕn* PHÝ*sin*), que nosotros hemos intentado reproducir en castellano.

[639] Cf. DK., I, págs. 296-7 (fr. 70).

tienen sabor bueno y picante posiblemente crean, en las partes que acogen el alimento, no apetito, sino comezón, como los picores debidos al contacto de algo que araña, pero si también este fenómeno provoca el apetito, es natural que, a causa de tales aperitivos, se descompongan desmenuzados los que estaban antes y se produzca una necesidad, no porque se transformen los poros, sino porque se vacían y limpian, pues las cosas amargas, picantes y saladas, como trituran las sustancias, las reparten y distribuyen, de modo que crean un apetito nuevo al ser exprimidos los residuos de ayer y hoy; y los poros de los que C
se bañan quitan la sed, no porque se transformen, sino porque recuperan la humedad de la carne [640] y llenan de vapor húmedo.

Y los vómitos, al expulsar lo extraño, proporcionan a la naturaleza un disfrute de lo suyo propio, pues la sed no es simplemente deseo de líquido, sino del apropiado y connatural; por ello, aunque el alimento extraño sea mucho, el hombre está necesitado, ya que el alimento se posa sobre los líquidos connaturales, de los que hay necesidad, y no admiten mezcla ni unión hasta que se aparta y retira; entonces los poros reciben el alimento afín a ellos. Las fiebres, por su parte, empujan el líquido al interior y, como las partes centrales se abrasan, todo él se concentra allí y es retenido por la presión; de ahí que a muchos D
les sobrevengan vómitos, ya que por la densidad, las partes del interior expulsan los líquidos, y al tiempo la sed, por la necesidad y sequedad del resto del cuerpo. Ahora bien, cuando se produce un relajamiento y el calor se marcha de las partes centrales, la humedad, esparciéndose, re-

[640] O «a través de la carne».

gresa de nuevo y recorriendo el cuerpo, como le es natural,
completamente, proporciona alivio a las partes centrales,
al tiempo que deja a la carne suave y delicada, de áspera
y basta en que se había convertido, y muchas veces incluso
provoca sudores. De ahí que la necesidad que provocaba
E la sed remite y cesa al cambiarse el líquido del sitio que
lo agobiaba y sofocaba al que lo necesita y desea; pues,
como en un jardín, aunque el pozo tenga abundante agua,
si alguien no la saca y riega las plantas, es forzoso que
éstas languidezcan y se sequen, así en el cuerpo al descen-
der los líquidos a un solo sitio, no es extraño que se origi-
ne necesidad y sequedad en el resto, hasta que se produzca
un nuevo flujo y difusión de ellos, como ocurre también
con los que tienen fiebre, cuando les remite, y con los que
se duermen con sed; a ellos, en efecto, el sueño, sacándo-
les de las partes centrales los líquidos y repartiéndolos a
todas las demás, les produce una nivelación y repleción;
F pues, en efecto, ese famoso cambio de los poros por el
que se produce el tener hambre y sed ¿cuál es? Yo, desde
luego, no veo en los poros otras diferencias en su estado
que el hecho de contraerse y distenderse; al contraerse, no
pueden recibir ni bebida ni comida, y al distenderse, pro-
ducen un vacío y hueco que es la falta de lo apropiado
y connatural. Pues también, querido, el «mordiente» apli-
cado a lanas que se tiñen, tiene aspereza y capacidad lim-
689A piadora, con la que, al desprenderse y diluirse los cuerpos
extraños, los poros admiten mejor el tinte y, una vez admi-
tido, lo retienen por la carencia y vacío producidos.

CUESTIÓN TERCERA

De por qué las personas hambrientas, si beben, calman el hambre, en tanto que las sedientas, si comen, acentúan su sed [641]

Conversan Plutarco y su anfitrión [642]

1. Y dicho esto, el que nos agasajaba afirmó que esto se había expuesto adecuadamente, y que la vacuidad y re- B pleción de los poros en este momento nos ayudaba en otra duda, la de por qué a los hambrientos, si beben, les desaparece el hambre, en tanto que a los sedientos les ocurre al contrario: si comen, se les acentúa la sed. A este fenómeno, desde luego, me parece que los que sustentan la teoría de los poros le dan una explicación muy fácil y convincente, si no fuera también porque en muchos aspectos es sólo convincente; pues, al haber en todas las partes del cuerpo poros que tienen distinta medida según los casos, los más anchos reciben el alimento sólido al tiempo que el líquido y los más estrechos admiten la bebida, pero la comida no; y la vacuidad de estos últimos produce la sed y la de aquéllos el hambre; de ahí que, aunque coman los sedientos, no se aprovechan, ya que los poros por su C estrechez no admiten el alimento sólido, sino que siguen faltos de lo suyo propio; en cambio, los hambrientos, si beben, como el líquido se introduce en los poros más anchos y rellena sus vacíos, aflojan lo más intenso del hambre.

---

[641] Imitada por Macr., *Sat.* VII 12, 18-19.

[642] Ni en esta cuestión ni en las anteriores se nos especifica de qué anfitrión se trata.

2. «A mí me parecía que ocurría así, en efecto, pero no aceptaba la interpretación de su causa; pues si con estos poros, dije, a los que algunos tanto se aferran y quieren, alguien agujereara la carne, la dejaría blanda, temblorosa y estropeada: el que las mismas partes del cuerpo no admitan la bebida y la comida, sino que como por cribas se cuelen y desunan, es algo completamente ficticio y dispa-
D ratado. En efecto, esta mezcla con lo líquido, al triturar la comida, tomando como colaboradores al calor interno y al hálito vital, desmenuza con todo tipo de cortes y escisiones el alimento con más precisión que cualquier instrumento, de suerte que cualquier parte de él se hace afín e idéntica a cualquier parte del cuerpo, no porque se le ajuste como en vasos y orificios, sino porque se identifica y confunde por naturaleza con ellos; pero, aparte de esto, no se resuelve la cuestión principal de la duda, pues los que comen, si no beben, no sólo no eliminan la sed, sino que la aumentan aún más; y, respecto a ello, nada se ha dicho.

E »Pero examina también si en nuestra argumentación, dije, admitimos unas hipótesis claras, al admitir, en primer lugar, que lo húmedo se consume gastado por lo seco y que lo seco, humedecido y ablandado por lo líquido, sufre disoluciones y evaporaciones; y, en segundo lugar, al considerar que ni el hambre es una eliminación total del alimento sólido ni la sed lo es del líquido, sino que son una falta de la cantidad adecuada e indispensable de ambos, pues a quienes les falta totalmente uno de los dos, ni tienen hambre ni sed, sino que mueren inmediatamente. Y, sentado esto, no es difícil ya percibir la causa. En efecto, la sed se acrecienta a los que comen por la sequedad de los alimentos, que reúnen y absorben el líquido que estaba
F disperso y del que quedaba poco y sin fuerza, del mismo

modo que, en el exterior, vemos a la tierra, la ceniza y la arena recoger en sí mismas los líquidos que se les mezclan y hacerlos desaparecer; y, a su vez, la bebida afloja necesariamente el hambre; la humedad, en efecto, al humedecer y disolver los restos de alimento, duros y viscosos, como se producen jugos y vapores, por medio de éstos 690A
los distribuye dentro del cuerpo y los entrega a las partes que los necesitan; de ahí que no incorrectamente Erasístrato llamó vehículo del alimento al líquido, pues, mezclándose con los residuos ineficaces y pesados por su sequedad o espesor, los impulsa y pone en movimiento. También, mucha gente sin beber, sino sólo con lavarse, dejaron inmediatamente de sentir un hambre atroz, pues, al introducirse desde fuera la humedad, hace, al ablandarlo, lo de dentro más jugoso y nutritivo, de suerte que lo más agudo y feroz del hambre cede y se apacigua; por ello, también algunos de los que deciden morir de hambre viven mucho tiempo con sólo que tomen agua, hasta que se seque todo B
lo que puede alimentar y proporcionar algo al cuerpo.»

CUESTIÓN CUARTA

De por qué causa cuando se saca agua de un pozo se vuelve más fría si pasa la noche en el aire mismo del pozo

Conversan un FORASTERO, PLUTARCO y otros

1. A un forastero amigo del lujo, bebedor de agua fría, le prepararon los criados un agua más fría que la del pozo. En efecto, una vez que la sacaron con una vasija

C y colgaron la vasija en el pozo sin tocar el agua, la dejaron pasar la noche allí y, para la cena, se le sirvió más fría que la recién sacada. Era el forastero bastante instruido y dijo que esto lo había tomado de las obras de Aristóteles [643], donde se hallaba con su explicación, y que la explicación era la siguiente: toda agua previamente calentada se enfría más, como la que preparan a los reyes. En efecto, cuando la calientan hasta la ebullición, amontonan alrededor de la vasija mucha nieve y se vuelve más fría, como sin duda también nuestros cuerpos al bañarnos se enfrían más, pues el relajamiento por el calor, como hace al cuerpo muy poroso y laxo, recibe el aire de fuera abundante-
D mente y hace más violento el cambio. Así pues, cuando se la separa del agua [644] del pozo, el agua, previamente calentada en el aire, se enfría rápidamente.

2. Pues bien, elogiamos al forastero por su imponente memoria; pero, respecto a su explicación, estábamos en duda, pues si el aire en el que se cuelga el caldero es frío, ¿cómo calienta el agua?; en efecto, es absurdo que por influjo de lo mismo lo mismo sufra lo contrario, sin que se produzca ninguna alteración. Y, al callarse él y estar en duda, dije que no había que dudar respecto del aire, pues los sentidos nos dicen que es frío, y particularmente,
E el que está en la profundidad de los pozos, de suerte que es imposible que el agua sea calentada por aire frío, sino que, más bien, este aire frío no puede cambiar toda el agua

[643] Cf. fr. 216 de V. Rose, Leipzig, 1886.

[644] Pasaje de difícil interpretación, para el que seguimos la conjetura de P. A. Clement. De admitir la de Fuhrmann, habría que traducir: «cuando es sacudida por el golpe». De todas formas, por lo que sigue a continuación, parece deducirse que el agua de la vasija se calienta de modo natural en la atmósfera del pozo.

del pozo por su masa, pero si alguien la saca en pequeñas dosis, el aire, como le domina, la enfría.

CUESTIÓN QUINTA

De por qué causa los guijarros y los trozos de plomo, al echarlos en el agua, la hacen más fría[645]

Conversan PLUTARCO y el FORASTERO

—Pero, por cierto, respecto a los guijarros, dije, o los trozos de hierro[646] que la gente echa en el agua por creer que la refresca y la hace fina, ¿recuerdas lo dicho por Aristóteles[647]? F

—Menciona, dijo, simplemente el hecho ese en sí entre otras cuestiones, pero nosotros nos lanzaremos sobre su causa, pues es muy difícil de examinar.

—Y mucho, desde luego, dije; y me sorprendería si su explicación no se nos escapara; pero, no obstante, examínala. En primer lugar, ¿no te parece que el agua se refresca por el aire que le entra desde fuera, y que el aire 691A tiene más fuerza cuando se apoya en las piedras y trozos de hierro, pues no le dejan salir, como hacen las vasijas de bronce o barro, sino que, impidiéndole el paso por su densidad, lo rechazan de sí al agua, de suerte que se produce un enfriamiento fuerte y por todas partes? Por ello,

[645] Resumida por PSELLUS, *De omn. doctr.* 190.

[646] En lugar de «yunques», que sería la traducción literal de *akmōn,* parece que hay que entender, como hacen Clement y Fuhrmann, «trozos de hierro».

[647] Fr. 213 (ROSE).

también, en invierno los ríos son más fríos que el mar, pues toma fuerza en ellos, al ser rechazado, el aire frío, en tanto que en el mar, por su profundidad, al no chocar con nada, se diluye.

Dicho con otras palabras, es verosímil que las aguas más finas sean enfriadas antes por el frío, pues son dominadas
B a causa de su endeblez; y las piedras de afilar y los guijarros hacen fina al agua concentrando y expulsando de ella cualquier cosa turbia y terrosa que se le haya mezclado, de suerte que el agua, hecha más ligera y fina, es dominada antes por el enfriamiento; y, en efecto, el plomo es una sustancia fría por naturaleza, el cual, triturado con vinagre, produce la cerusa [648], la más fría de las drogas mortales; y los guijarros originan frialdad por su densidad adquirida en las profundidades de la tierra, pues toda piedra es una solidificación de tierra enfriada y condensada por
C frío intenso y más la más compacta, de suerte que no es extraño que la piedra y el plomo intensifiquen la frialdad del agua al ofrecer resistencia.

CUESTIÓN SEXTA

Por qué causa la gente conserva la nieve con paja y paños [649]

Conversan los mismos que en la cuestión anterior

1. Pues bien, el forastero, habiendo dejado pasar un poco de tiempo, dijo: «Los enamorados lo que más desean

[648] La cerusa se empleaba como fármaco, colorante y veneno.

[649] Resumida por PSELLUS, *De omn. doctr.* 191.

es hablar con sus mozos y, si no, de ellos. Esto me pasa con la nieve, pues como no hay ni la tenemos aquí, deseo saber cuál es la causa por la que se conserva con las cosas más cálidas; pues, arropándola con paja y envolviéndola D con paños bastos la mantienen durante mucho tiempo intacta; conque es admirable que las cosas más cálidas sean las que mantienen a las más frías.»

2. «Así es, dije, si precisamente es verdad; pero no es así, sino que nos equivocamos cuando suponemos, sin más, que es cálido lo que calienta; y más al ver esto, que el mismo vestido en invierno calienta, y decimos que al sol refresca, como aquella nodriza de la tragedia cuidaba los hijos de Níobe,

...dándoles calor y frío
con jirones de prendas de fino tejido[650].

»Así los germanos hacen del vestido una defensa sólo del frío; los etíopes sólo del calor, y nosotros de ambos, de suerte que ¿por qué se le ha de llamar cálido, si ca- E lienta, en lugar de frío por el hecho de dar frescor? Y si hay que basarse en los sentidos, más bien serían fríos, pues la túnica, cuando nos la ponemos, resulta fría al principio, y los cobertores cuando nos acostamos, pero después ayudan a calentarnos, cuando se han llenado del calor nuestro, tanto porque envuelven y retienen el calor como porque apartan de nuestro cuerpo el frío y el aire de fuera. Así, los que tienen fiebre o sienten calor cambian continuamente de ropa por estar fría la que se ponen, pero, en cuanto se la ponen, al instante entran en calor por

[650] Cf. Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 7, y *Mor.* 496E.

F el cuerpo [651]. Pues del mismo modo que un manto al
tiempo que nos calienta se está calentando él también, así
enfriará a la nieve al tiempo que es enfriado por ella, que
desprende un hálito fino; éste, en efecto, encerrado en ella,
conserva su solidez, pero cuando el hálito se retira, como
es agua, se licúa y funde y se le marchita la blancura que,
precisamente, le proporcionaba la mezcla de apariencia es-
pumosa del hálito con el líquido; y así, pues, al tiempo
que su frialdad se mantiene protegida por el paño, tam-
bién el aire de fuera excluido no corta su solidez ni la des-
692A hace; y se emplean estos paños bastos para esto, por la
aspereza y sequedad de la pelusa, que no deja que el paño
resulte pesado ni oprima la porosidad de la nieve; como
también la paja, por su ligereza, al cubrir con suavidad
no parte su solidez y, por otra parte, es compacta y prote-
ge, de suerte que aparta el calor del aire e impide que el
frío salga de la nieve; y que la separación del hálito produ-
ce la fusión es evidente para los sentidos, pues, al fundirse
la nieve, produce vapor.»

B

CUESTIÓN SÉPTIMA

De si hay que filtrar el vino

Conversan Nigro y Aristión

1. Nigro [652], nuestro conciudadano, había regresado de una escuela, donde fue discípulo de un famoso filósofo

[651] Cf. *Mor.* 100B-C.

[652] Por *Mor.* 131A, sabemos del triste final de este personaje. Por no ceder el paso a un competidor, al parecer en una declamación, a cau-

no mucho tiempo, pero lo suficiente para, sin coger sus enseñanzas, llenarse de sus defectos, imitándole su manía de criticar y censurando por cualquier cosa a los que estaban con ellos. Pues bien, habiéndonos invitado Aristión, además de reprochar los preparativos como muy suntuosos y artificiales, decía del vino que no hay que escanciarlo filtrado, sino beberlo, como Hesíodo [653] recomendaba, de la tinaja con su fuerza y virtudes naturales. «Tal depuración del vino, en primer lugar, le corta el nervio y le apaga el calor, pues, cuando se le filtra frecuentemente, se marchita y pierde sabor. C

»Después, ella, al hacerle perder lo útil por lo agradable, revela su artificiosidad, acicalamiento y molicie, pues como el castrar a los gallos y cochinillos, haciendo su carne blanda y afeminada contra lo natural, no es propio de personas sanas, sino de corrompidas por la glotonería, así, si hay que decirlo empleando una metáfora, los que filtran el vino puro, lo capan y afeminan, ya que ni pueden beber B mucho por debilidad, ni moderadamente por incontinencia, pero esto es para ellos una argucia y ardid para beber mucho. Y le quitan al vino lo pesado dejándole lo ligero, como los que dan agua hervida a los enfermos que no se pueden contener ante la fría, pues lo que es el temple del vino y su fuerza, eso, al depurarlo, se lo quitan y separan; y un gran testimonio, ¡por Zeus!, de que se estropea es el hecho de que no aguanta, sino que se altera y marchita, como si hubiera sido cortado de la raíz de sus heces. Los antiguos llamaban abiertamente al vino 'hez' [654], como, fi-

sa de una espina que había tragado sufrió una inflamación que le costó la vida.

[653] Plutarco parece referirse a *Trab.* 368.

[654] El término *trýx,* que en un principio aludía al vino no fermentado, acabó empleándose también para él.

jándonos en las partes más importantes, solemos llamar cari-
E ñosamente 'alma' y 'cabeza' al hombre; y decimos que 'cogen las heces' [655] *(trygân)* los que recogen el fruto de la vid, y Homero le ha llamado en algún sitio 'vendimia de heces' [656] *(diatrýgion)* y al propio vino suele llamarlo 'ardiente' y 'rojo' [657]; no como nos lo ofrece Aristión pálido y amarillento por tanta depuración.»

2. Y Aristión, echándose a reír, dijo: «No amarillento, querido, ni anémico, sino de color de miel y soleado, para empezar por su propio aspecto, pero tú pretendes saturarnos de uno oscuro como la noche y vestido de negro,
F y reprochas la depuración, mediante la cual, como un vómito de bilis, soltando lo pesado, embriagante e insano, se mezcla con nosotros ligero y sin violencia, como Homero dice que lo bebían los héroes; pues no llama 'ardiente' al tinto, sino al transparente y brillante, ya que no hubiera llamado 'ardiente' al 'bronce vigorizador de hombres y de la vista'.

693A »Así pues, como el sabio Anacarsis [658], aunque reprochaba algunas otras cosas de los griegos, les elogiaba el empleo del carbón, porque, dejando el humo fuera, traen fuego a casa, así vosotros, los sabios, nos podríais reprochar, más bien, por otras cosas, pero si nosotros, expulsando y separando del vino lo alborotador y turbulento, embelleciéndolo sin artificio y sin cortarle, como al hierro, su temple y filo, sino, más bien, como limpiándole su he-

---

[655] En griego *trygân*.

[656] *Od.* XXIV 341-2.

[657] Calificativos corrientes en Homero.

[658] Sabio escita del que hablan Heródoto, en IV 76, ss., y Luciano, en la monografía dedicada a él.

rrumbre o suciedad lo ingerimos, ¿en qué faltamos?, ¡en que, por Zeus, si no se le filtra tiene más fuerza!; pues también, amigo, el hombre la tiene, cuando enloquece y delira; pero, cuando, valiéndose de eléboro o una dieta, se recupera, aquella violencia y tensión se van y quedan B extinguidas, entonces la verdadera fuerza y cordura aparecen en su cuerpo. Así también, en efecto, la depuración del vino, al quitarle lo que pega y enloquece, lo pone en su estado de tranquilidad y salud, y creo que el refinamiento difiere completamente del aseo; pues también a las mujeres, cuando se pintan de rojo, se perfuman y llevan oro y púrpura, se las considera recargadas, pero nadie las acusa por un baño, un ungüento y la limpieza del cabello. El poeta muestra graciosamente la diferencia cuando Hera se está adornando [659].

Con ambrosía primero de su piel inmortal
toda mácula limpió y se ungió copiosamente con aceite [660], C

hasta aquí es cuidado por el aseo, pero, cuando se pone sus broches de oro y los pendientes elaborados con arte y, finalmente, se ciñe con la magia del cinturón, la cosa se convierte en artificio y descaro nada propios de una mujer casada. Sin duda, también los que dan color al vino con áloe o lo aromatizan con canela y azafrán [661], lo acicalan como a una mujer para el banquete y lo prostituyen;

[659] Una mujer decente, dice LUCIANO, *Acerca de la casa* 7 y 15, sólo necesita una cadenita en el cuello, un anillo de poco peso en su dedo, pendientes en las orejas y una diadema o pinza para el pelo. Por el contrario, las cortesanas y, particularmente, las menos agraciadas, vestidos de púrpura, y oro en su cuello, y sandalias.

[660] *Il.* XIV 170-171.

[661] LUC., *Nigr.* 31, critica a los que sirven el vino en los banquetes con azafran y perfumes.

pero los que le quitan la impureza y lo inútil, lo cuidan y limpian. Porque a todo esto lo podrías llamar artificiosidad empezando por la casa, pues ¿por qué está encalada?
D ¿Y por qué se abre al exterior por donde más aire puro podría coger y disfrutar de la luz del sol cundo está al ponerse? ¿Y por qué cada copa se frota y lava por todos lados, de suerte que brillan y resplandecen? ¿O es que la copa no debía tener olor a suciedad ni porquería, pero lo que se bebe de ella estar lleno de moho o manchas? ¿Y qué hay que decir de lo demás?, pues la transformación del propio trigo en el pan, que no es otra cosa que una
E depuración, mira con cuánto esfuerzo se produce, pues no sólo son las avientas, ahechos, elección del trigo y separación de los cuerpos extraños, sino la molienda, que extrae de la masa lo áspero, y la cocción, que seca el líquido, purifican y reducen la materia a algo comestible. Así pues, ¿qué tiene de extraño si también la filtración suprime del vino los posos, como salvado o impurezas, sin que se le añada a la depuración gasto alguno ni trabajo excesivo?»

CUESTIÓN OCTAVA

De cuál es la causa de la bulimia [662]

Conversan Plutarco, Sóclaro, Cleómenes y otros

1. Hay un sacrificio en nuestra patria, que el arconte celebra en el altar común y los demás cada uno en su casa:
F se llama «expulsión de la bulimia»; y, golpeando a un F

[662] Resumida por Psellus, *De omn. doctr.* 192.

esclavo con varas de agnocasto, lo expulsan por las puertas mientras dicen: «fuera la bulimia, adentro Riqueza y Salud».

«Pues bien, cuando yo fui arconte, numerosas personas tomaban parte en el sacrificio, y después, cuando 694A
hicimos lo acostumbrado y de nuevo nos recostamos, se indagaba primero la propia denominación, luego los gritos que dicen al perseguido, pero, especialmente, la afección y lo que durante ella ocurre.

»El nombre, en efecto, parecía significar un hambre grande o de todo el pueblo, y más entre nosotros, los eolios, que usamos *p* en vez de *b*, pues decimos no *boúlimon*, sino *poúlimon*, como si el hambre fuera mucha. En cambio, *boúbrōstis* (hambre de toro) parecía ser distinto, y la prueba la tomábamos de *Los jonios* de Metrodoro [663]: relata, en efecto, que los esmirneos, que antiguamente eran eolios, sacrifican a Bubrostis un toro negro y que, troceán- B
dolo, lo queman entero con su piel. Y como toda hambre se parece a una enfermedad y especialmente la bulimia, al presentarse en el cuerpo que sufre contra la naturaleza, la gente naturalmente la opone a ella, como la riqueza a la necesidad y como la salud a la enfermedad; y como «tener náuseas» debe su nombre a los que se les estropea el estómago en una 'nave' en movimiento, pero por la costumbre se ha impuesto el que sea el nombre de la afección, incluso cuando se sufre en cualquier circunstancia, así, naturalmente también, 'tener bulimia' partiendo de allí se extendió hasta [664] este significado. Esto, en efecto, completaba el escote común procedente de todas las explicaciones.

[663] Plutarco parece referirse a Metrodoro de Quíos (siglo IV a. C.), historiador y filósofo, discípulo de Demócrito.

[664] O sea, a su significado actual de enfermedad.

C 2. »Pero, cuando tocamos la causa de la afección, nos desconcertó, primero, el que los que caminan por mucha nieve son los que más sufren de bulimia, como también Bruto, de Dirraquio o Apolonia, peligró por esta afección [665]. Había una gran nevada y de los que llevaban los víveres ninguno le seguía. Pues bien, como desfalleciera y se estuviera muriendo, se vieron obligados los soldados a acercarse corriendo a los muros y pedir pan a los enemigos que los guardaban, y, cogiéndolo al punto, consiguieron que Bruto se recuperara. Por ello también los trató a todos con humanidad, cuando se hizo dueño de la ciudad. Y padecen esto también caballos y burros y, particularmente, cuando llevan higos pasos o manzanas; y lo que
D es más admirable, no sólo a las personas, sino también a los animales, lo que más les reanima de todas las cosas comestibles es el pan, de suerte que, aunque coman poquísimo, sanan y siguen caminando.»

3. Y hecho el silencio, mientras reflexionaba yo que las conquistas de nuestros mayores a los perezosos y sin talento los tranquilizan y les llenan, pero que, en cambio, a los inquietos y eruditos les estimula su propia iniciativa y atrevimiento para buscar y rastrear la verdad, me acordé de los pasajes aristotélicos [666] en los que se dice que, al producirse un enfriamiento por fuera del cuerpo, lo de dentro se calienta mucho y provoca una gran disolución, y
E ésta, si fluye hasta las piernas, causa agobio y pesadez, y si al origen del movimiento y respiración, desfallecimientos y debilidad. Pues bien, como era natural, se profundi-

[665] En *Bruto* XXV-XXVI, cuenta Plutarco la misma historia. Hechos similares se encuentran en Jen., *Anáb.* IV 5, 7-9.

[666] Ps.-Arist., *Probl.* 888a1-18 y 889a36.

zaba en la explicación aducida, oponiéndose unos a esta opinión y justificándola otros.

4. Sóclaro dijo que el principio del razonamiento estaba muy bien sentado, pues se enfrían bastante y se comprimen los cuerpos de los que caminan por la nieve, pero que el calor causa la disolución y que ésta alcanza el origen de la respiración, era infundado. Así, pues, le parecía mejor que el calor, al concentrarse y aumentar dentro, consumía el alimento; luego, al faltar éste, también aquél se marchitaba como fuego; por ello, están muy hambrientos y, F
con que coman muy poco, al instante se reaniman, pues lo ingerido es como un reactivador del calor.

5. Pero Cleómenes [667], el médico, por su parte, dijo que *limós* (hambre) está empleado en la palabra compuesta sin referencia al hecho en sí, como *pînein* (beber) en *katapínein* (apurar, tragar) y *kŷptō* (agacharse) en *anakŷptō* (levantar la cabeza); pues la bulimia no es hambre, 695A
como parece, sino una afección en el estómago que produce un desmayo por la afluencia de calor. Así, pues, como los olores fuertes ayudan contra los desvanecimientos, también el pan recupera a los que sufren de bulimia, no porque estén necesitados de alimento (pues, con que tomen sólo un poco, se reaniman), sino porque restablece el hálito vital y la fuerza que se les venía abajo; y que es desmayo y no hambre, lo delata el caso de las acémilas, pues las emanaciones de los higos pasos y de las manzanas no provocan una insuficiencia, sino, más bien, una cardiopatía y retortijones.

[667] Conocido sólo por este pasaje.

B 6. A nosotros nos parecía que se explicaba correctamente también así [668]: que desde el principio contrario era posible salvar la verosimilitud, suponiendo no una concentración, sino una dilatación, ya que el hálito que fluye de la nieve es como el éter del hielo y una raspadura de partículas muy menudas, y tiene algo de cortante y divisorio no sólo de la carne, sino también de las vasijas de plata y bronce; pues vemos que éstas no resisten a la nieve, ya que ella soltando su hálito se consume y llena la superfice de fuera de la vasija de una humedad tenue y cristalina que deja su hálito al salir invisiblemente por los poros. Éste, en efecto, como que se lanza contra los que caminan
C por la nieve penetrante y, como una llama, parece quemarles las extremidades, al cortarles y penetrarles su carne como el fuego; de ahí que se produzca una gran dilatación en el cuerpo, y el calor fluya fuera y, al extinguirse en la superficie del hálito, exhale un sudor suave y como rocío, de suerte que su fuerza se funda y consuma. Ahora bien, si uno está quieto, no sale del cuerpo mucho calor, pero cuando el movimiento cambia rápidamente el alimento del cuerpo en calor y el calor sale fuera al separarse la carne, es forzoso que se produzca un abandono total
D de las fuerzas, y que el enfriamiento no sólo comprima, sino que también funda los cuerpos, es evidente; efectivamente, en los inviernos crudos, las piezas de plomo fundidas, el hecho de sudar y el que a muchos que no tienen hambre les sobrevenga la bulimia denuncian un relajamiento y flujo más que una concentración del cuerpo. Y se produce esta relajación en invierno, como se ha dicho, por la tenuidad [669], sobre todo si el cansancio y el movimiento

[668] Nuestra traducción, que se aparta de las de Clement y Fuhrmann, se basa en admitir tras el infinitivo *légesthai* un punto alto.

[669] Tenuidad del calor del cuerpo y del vapor.

agudizan el calor en el cuerpo, pues al hacerse tenue y debilitarse, se escapa en gran cantidad y se dispersa a través del cuerpo; y las manzanas e higos pasos es natural que emanen algo así, de suerte que atenúe y desmenuce el E calor de las acémilas, pues, de acuerdo con la naturaleza, del modo que cada uno se recobra también así perece.

CUESTIÓN NOVENA

De por qué el poeta con los demás líquidos usa epítetos característicos y sólo al aceite lo llama «líquido»

Conversan Plutarco y otros

1. Se anduvo en duda, en cierta ocasión, también sobre cuál era el motivo de que, habiendo muchos líquidos, el poeta solía adornar a los demás con epítetos característicos, ya que llama «blanca» a la leche, «amarilla» a la miel y «rojo» al vino, pero al aceite con frecuencia lo llama sólo «líquido»[670], que alude a lo común a todos.

Ante esto se señaló que lo más dulce es lo dulce en F todo y lo más blanco lo blanco en todo, y «en todo» es aquello con lo que no se mezcla nada de naturaleza contraria; así, en efecto, también se ha de llamar «líquido» precisamente a lo que no tiene ninguna parte seca, y esto ocurre con el aceite.

2. Primeramente, su lisura muestra la uniformidad de 696A sus partes: en efecto, en todo él causa la misma sensación

[670] *Il.* XXIII 281; *Od.* VI 79, etc.

al tacto. Después, ofrece a la vista la imagen más pura, pues no hay en él ninguna aspereza, de suerte que desvíe el reflejo, sino que desde cualquier sitio, por su humedad, incluso la más mínima luz la refleja hacia la vista, como, a su vez, por el contrario, la leche es el único líquido que no produce reflejo, ya que con ella están mezcladas muchas sustancias terrosas [671]. Y, además, si se mueve al aceite, es el líquido que menos ruido hace, pues es líquido en su totalidad; en cambio, en el fluir y deslizarse de los demás, sus partes duras y terrosas, como tienen tropiezos y golpes, hacen ruido por su aspereza. Además, es el único que
B permanece puro y sin mezcla, pues es muy compacto; en efecto, no tiene entre sus partes secas y terrosas vacíos ni poros, con los que reciba lo que caiga en él, sino que por la uniformidad de sus partes es proporcionado y consistente, y cuando el aceite espuma, no coge aire por su tenuidad y consistencia; y ésta es la causa también de que el fuego sea alimentado por él, pues no se alimenta con nada salvo con líquido y sólo éste es combustible; al menos de la leña el aire sale hecho humo y lo terroso reducido a cenizas queda y solamente lo húmedo es consumido por
C el fuego, pues le es congénito alimentarse con éste. Ahora bien, el agua, el vino y los restantes líquidos que tienen una gran parte de suciedad y terrosidad, al caer sobre la llama la cortan y con su aspereza y pesadez la oprimen y apagan, en tanto que el aceite, como es, sobre todo, puramente líquido, por su tenuidad se transforma y, dominado, arde completamente.

3. La mayor prueba de su fluidez es su distribución y difusión de muy poco en muchísimo espacio, pues ni

[671] Cf. *Mor.* 936E, y Arist., *Meteor.* 383a14, 22.

de la miel ni del agua ni de ningún otro líquido una cantidad tan pequeña admite tanto incremento, sino que al momento disminuyendo se consume por su sequedad: el acei- D te, en cambio, como es totalmente pegajoso y pastoso, se les esparce por el cuerpo a los que se ungen con él, y se desparrama muy ampliamente, al dilatarse por la humedad sus partes, de suerte que incluso aguanta mucho sin desaparecer: en efecto, un vestido mojado con agua se seca rápidamente, pero limpiar las manchas de aceite es un trabajo nada fácil, porque es el que más penetra, por ser especialmente fino y líquido, pues también la gente quita de los vestidos el vino mezclado con más dificultad, como Aristóteles [672] dice, porque es más fino y penetra más en los poros.

CUESTIÓN DÉCIMA

De cuál es la causa por la que las víctimas sagradas, si se cuelgan de una higuera, se ponen pronto blandas [673] E

Conversan Aristión, Plutarco y otros

El cocinero de Aristión tuvo su día con los convidados, porque, además de haber preparado otros manjares exquisitamente, también el gallo recientemente sacrificado a Heracles, aunque estaba fresco y recién matado, lo sirvió tierno como del día anterior. Pues bien, como Aristión nos

[672] Ps.-Arist., *Probl.* 874a28-30.

[673] Resumida por Psellus, *De omn. doctr.* 193.

dijera que esto se consigue rápidamente, si se le cuelga de una higuera nada más matado, indagábamos la causa. Desde luego, que de la higuera sale un hálito fuerte e intenso, lo atestiguan el olfato y lo que se dice de los toros,
F que, por lo visto, atados a una higuera, el más bravo se mantiene en calma, aguanta que lo toquen y abandona del todo su bravura, como si estuviera mustio [674]. Y la mayor parte de la culpa de tal propiedad la tenía el amargor, pues la higuera es el árbol con más jugo de todos, de suerte que llena de él al propio higo, a la madera e, incluso, a
697A la hoja. Por ello, al ser quemada, su humo escuece muchísimo, y, al consumirse, su ceniza proporciona un polvo muy detersivo; y todo esto es del calor. Y algunos creen que su jugo produce en la leche la coagulación, no por abrasar y encolar, por la desigualdad de sus partículas, las partes ásperas de la leche, en tanto que las lisas y redondas se agolpan en la superficie, sino porque con el calor desgasta lo inconsistente y acuoso del líquido: y la prueba de ello es su inutilidad, pues el suero es dulce, pero la peor de las bebidas, pues no es que fije el elemento liso con los irregulares, sino lo frío e indigerible con el calor;
B y a esto coopera la sal, pues es caliente, y actúa contra los llamados «entrelazamiento» y «cohesión», pues por naturaleza tiende principalmente a desunir. Así, pues, la higuera desprende un hálito agrio y cortante, y éste ablanda y sazona la carne del ave. Pero experimenta lo mismo, si se mete en un montón de trigo y si se combina con nitro por el calor, y que el trigo tiene algún calor, se prueba con las ánforas, cuyo vino rápidamente se consume, si se colocan en un granero.

674 Cf. San Isidoro, *Etimologías* XVII 7, 17.

LIBRO VII

INTRODUCCIÓN

697C

Los romanos tienen en la boca, Socio Seneción, el dicho de aquel varón agradable y humano, quienquiera que fuera, que, después de haber cenado solo, dijo: «Hoy he engullido, no cenado», en la idea de que la cena desea siempre compañía y afabilidad que la haga agradable. Eveno [675], D
en efecto, decía que el fuego era el más agradable de los condimentos y Homero llama a la sal «divina», en tanto que la mayoría de la gente «gracias» [676], porque, al mezclarse con la mayoría de las cosas, las hace adecuadas al gusto, agradables y gratas; y, en verdad, el condimento más divino de la cena y la mesa es la presencia de un amigo, un familiar o un conocido, no por el hecho de comer o beber acompañado, sino porque participa en nuestra conversación y nos hace partícipes de la suya; al me-

[675] La misma cita se repite en *Mor.* 50A, 126D y 1010C. En cuanto al personaje citado parece tratarse de Eveno de Paros, contemporáneo de Platón, que escribió una retórica en verso y elegías de tema simposíaco.

[676] Cf. 684F ss.

nos, desde luego, si es que hay algo útil, creíble y apropiado en sus palabras, porque a la mayoría de la gente a veces, como desbarran, sus charlas les empujan a las pasiones
E y los depravan. De ahí que es justo aceptar en las cenas conversaciones no menos probadas que amigos, pensando y diciendo lo contrario que los lacedemonios. Éstos, en efecto, cuando admiten a su comida común a un joven o forastero, señalando a las puertas dicen: «Por aquí no sale palabra» [677]. Nosotros, en cambio, acostumbrémonos a mantener conversaciones, cuya difusión sea posible a todos y con todos, porque sus temas no contengan nada irreprensible, ni malsonante, ni malicioso, ni innoble, y se puede juzgar por los ejemplos, de los que este séptimo libro contiene diez.

CUESTIÓN PRIMERA

F *Contra los que critican a Platón por haber dicho que la bebida pasa por los pulmones* [678]

Conversan Nicias, Protógenes, Floro, Plutarco y un invitado anónimo

1. A uno de los comensales se le ocurrió decir en voz alta eso que tan a mano tienen todos en el verano:

698A *Empapa tus pulmones con vino, pues el astro retorna* [679].

---

[677] Cf. *Mor.* 266F, y *Licurgo* XII.

[678] Imitada por Macr., *Sat.* VII 15, y Gelio, *Noctes Atticae* XVII 11.

[679] Verso de Alceo (fr. 39 de Bergk; 94 de Diehl, y Z 23 de Lobel-Page).

Y Nicias [680] de Nicópolis, el médico, dijo que no había nada extraño en que un poeta, Alceo, desconociera lo que también desconocía el filósofo Platón. «Sin embargo, Alceo en cierto modo encontraría fácilmente disculpa, pues es verosímil que los pulmones, por ser vecinos del estómago, se aprovechen de la humedad y que por esto se empapen; en cambio, el filósofo, dijo, al haber dejado escrito tan claramente que la bebida pasa por los pulmones [681], ni siquiera a los mejor dispuestos a defenderle les había dejado un apoyo convincente en favor suyo, pues su ignorancia es grande, primero, porque, al ser obligada la B
mezcla del alimento líquido con el sólido, es natural que el estómago actúe para ambos como el mismo vaso que entrega al bajo vientre el alimento blando y empapado; después, al no ser los pulmones lisos ni en absoluto compactos [682], ¿cómo la harina de cebada bebida con el ciceón [683] pasa y no es retenida? Esta duda, por cierto, se la planteó a él correctamente Erasístrato [684].

»Y, además, al proseguir en su argumentación y querer razonar, como también corresponde al filósofo, sobre la mayoría de las partes del cuerpo el porqué y para qué fin la naturaleza hizo a cada una, no tiene nada claro la función de la epiglotis, que está puesta para esto, para que, C

[680] No interviene en ninguna otra conversación.

[681] Cf. *Tim.* 70c y 91a. Según PLAT., *ibid.*, 91a, la bebida atraviesa los pulmones, pasa por encima de los riñones y penetra en la vesícula de donde se expulsa.

[682] Para PLAT., *Tim.* 70c, el pulmón es blando, no tiene sangre y está lleno de cavidades, a fin de poder recibir el aire y la bebida como una especie de edredón.

[683] Poción utilizada ya en Homero, compuesta de harina, queso y vino de Pramnos, a los que se les puede añadir miel.

[684] Sobre Erasístrato, véase *supra,* n. 437.

apretando la tráquea en la deglución del alimento, impida que caiga cualquier cosa en los pulmones, pues por la tos se sufren fuertes carrasperas y desgarrones, cuando algo se les atraviesa mientras se está respirando; pero esta puerta interior, como puede cerrar sobre uno y otro lado, cuando hablamos, cae sobre el estómago, pero, al comer y beber, sobre la tráquea, cuidando de que esté libre el camino para el aire y su salida. Más aún, dijo, también sabemos que los que beben despacio tienen el vientre más húmedo

D que los que tragan el líquido de un golpe, pues tan pronto como entra, es empujado por el ímpetu a la vejiga; de la otra forma, en cambio, se entretiene más con los alimentos y los ablanda, hasta el punto de entremezclarse y permanecer a su lado, y esto no ocurriría si los líquidos se separaran justo en la deglución, en lugar de entrelazar y acompañar al alimento, que se vale del líquido cual de un carro, como decía Erasístrato.»

2. En cuanto Nicias expuso tales cosas, dijo el gramático Protógenes [685] que Homero fue el primero en advertir que el estómago es el recipiente del alimento, y el del aire la tráquea, a la que los antiguos llamaban «garguero»;

E «por ello también a los de voz potente se les suele llamar 'de gran garguero': por tanto, al decir que Aquiles atravesó de Héctor el

cuello, donde la pérdida de la vida es rapidísima
pero el fresno, pesado por el bronce, no le cortó la tráquea,
para que, contestándole con palabras, le hablara algo [686],

[685] Participa en varias conversaciones y, si se trata del mismo personaje que interviene en *Amatorius*, donde aboga por el amor masculino, procede de Tarso y es huésped de Plutarco.

[686] *Il.* XXII 325, 328-329.

se refiere a la tráquea como si fuera el conducto propio de la voz y de la respiración, y a la garganta le llama recipiente del alimento en estos versos:

⟨»Ahora, en efecto, probé la comida y vino tinto
en mi garganta⟩ eché [687]*.»*

3. Pues bien, habiéndose hecho el silencio tras sus palabras, dijo Floro:

—¿Dejaremos así que se acuse a Platón por incomparecencia?

—Nosotros al menos no, dije yo, pues, junto con Platón, traicionaríamos también a Homero, que está tan lejos de expulsar y excluir el líquido de la tráquea, que hace salir con él por allí mismo, al tiempo, también el alimento, pues 'de su faringe, dice, salió vino y trozos de carne F
humana' [688], salvo que alguien diga que el Cíclope tenía, igual que un solo ojo, el mismo paso para el alimento que para la voz, o que diga que a la faringe le llama estómago y no tráquea, como se le llama por todos, tanto antiguamente como ahora.

Y aduje esto, no por falta de testigos, sino por mor de la verdad; porque, por supuesto, testigos para Platón hay muchos y buenos. Excluye desde luego si quieres, a 699A
Éupolis, que en *Los aduladores* dice:

Protágoras, en efecto, le ordenó beber,
para que antes de la salida del «Perro» llevara lavados los
[pulmones [689],

[687] Laguna suplida por Wyttenbach. El verso corresponde a la *Il.* XXIV 641-42.

[688] *Od.* IX 373, referente al episodio del Cíclope.

[689] Kock, *Com. Att. Frag.*, I, pág. 297, fr. 147.

y excluye también al elegante Eratóstenes cuando dice:

empapándose con vino sus profundos pulmones[690].

Y Eurípides al decir claramente, por cierto:

atravesándole el vino los conductos de los pulmones[691],

es evidente que tiene una mirada más aguda que Erasístrato, pues vio que los pulmones tienen oquedades y están atravesados por conductos por los que pasa el líquido, pues el aire no necesitaba pasos para su expulsión, sino que a causa de los líquidos y de las cosas que se deslizan con
B ellos, se han hecho cribosos y con muchos poros; y es incumbencia de los pulmones, bendito, no menos que del estómago, dar paso a la harina de cebada y de avena, pues ni nuestro estómago es liso, como creen algunos, ni resbaladizo, sino que tiene rugosidades, en las que es natural que, al tropezar y mantenerse, las cosas ligeras y pequeñas escapen a la digestión.

Pero ni esta explicación ni la otra son convincentes, pues lo bien organizada que está la naturaleza en sus operaciones no es accesible a la palabra, ni es posible exponer dignamente la precisión de los instrumentos de que se vale (me refiero al aire y al calor).

C Además, de los testigos en favor de Platón convoco a Filistión[692], el locro, hombre muy antiguo y que fue

[690] Eratóstenes de Cirene (siglo III a. C.), gran erudito y filólogo, escribió poemas en los que sigue a Calímaco. Por ser siempre el segundo en su actividad literaria recibió el apodo de «Beta». Para el verso, ver E. Hiller, *Eratosthenis Carminum Reliquiae*, Leipzig, 1872, págs. 3 y 100.

[691] Cf. Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 983.

[692] Filistión de Locros (siglo IV a. C.) fue uno de los médicos más destacados de la escuela siciliana.

ilustre en vuestro arte, y a Hipócrates y a Dióxipo [693] el hipocrático, pues éstos respecto a la bebida no llevan otro camino sino el de Platón. Desde luego, la muy estimada epiglotis no se le pasó a Dióxipo, sino que respecto a ella dice que el líquido, separado en la deglución, afluye a la tráquea, en tanto que el sólido rueda al estómago y nada comestible cae en la tráquea, pero que el estómago acoge, junto con el alimento seco, también una parte del líquido entremezclado. Es, en efecto, convincente; desde luego la D
epiglotis está delante de la tráquea, como un tabique y despensa, para que la bebida se filtre suavemente y poco a poco y no fuerce al aire y lo trastorne precipitándose rápidamente ni de golpe. Por ello, las aves ni han tenido epiglotis ni la tienen, pues no sorbiendo ni lamiendo, sino tragando y dejando pasar poco a poco con tranquilidad la bebida mojan y humedecen la tráquea.

Así, pues, basta ya de testigos: las palabras de Platón tienen credibilidad, primero a partir de los sentidos, pues cuando la tráquea está perforada, el líquido no es deglutido, sino que se le puede ver caer fuera, y brota como E
un canal partido por la mitad, aunque el estómago permanezca sano e intacto; después, todos sabemos que a las afecciones pulmonares les acompaña una sed muy abrasadora por la sequedad o el calor o alguna otra causa, que, junto con el ardor, le produce ese ansia de beber. Pero he aquí una prueba mayor que ésta: cuantos animales no tienen por naturaleza pulmones o los tienen muy pequeños, ésos no necesitan bebida en absoluto ni la desean, a causa de que lo innato en cada una de las partes es la

[693] No conocemos ningún discípulo de Hipócrates con dicho nombre, por lo que quizá el nombre haya sufrido una deformación y haya que leerlo Dexipo.

tendencia hacia su función, pero los que no tienen partes, ni tienen necesidad ni inclinación hacia la actividad propia
F de ellas. Y, en definitiva, la vejiga parecerá ser una cosa inútil para los que la tienen, pues si el estómago junto con la comida recoge la bebida y la entrega al vientre, ninguna necesidad tienen de un paso propio los residuos del alimento líquido, sino que uno solo basta y, como un embornal, es común a ambos, que son introducidos en el mismo sitio por el mismo camino; mas he aquí que la vejiga está aparte y el intestino aparte, porque lo líquido avanza des-
700A de los pulmones y lo sólido desde el estómago, separándose en el preciso instante de la deglución. De ahí que ni en el residuo líquido aparece nada del seco, ni en absoluto se le parece en el color ni en el olor; sin embargo, si se entremezcla en el vientre y sumerge, es natural que se llene de las cualidades de aquél y no se filtre tan limpio y sin impurezas, pero ninguna piedra se formó jamás en el vientre; y no obstante, tendría sentido que el líquido se espese y cuaje en el vientre no menos que en la vejiga, si precisamente todo lo que se bebe marchara por el estómago a él; pero parece que el estómago, extrayendo de la tráquea
B directamente el líquido suficiente y adecuado que circula por ella, lo utiliza para el ablandamiento y conversión en jugo del alimento, por lo cual no forma ningún residuo líquido. En cambio, los pulmones, como distribuyendo el aire y el líquido de sí mismos a los que lo necesitan, separan el resto hacia la vejiga.

En efecto, esto es mucho más verosímil que aquello, pero la verdad quizá es inasible, al menos en estos temas, y no había que ser tan presuntuoso con un filósofo, que es el primero en fama y prestigio, sobre un asunto incierto y tan controvertido.

CUESTIÓN SEGUNDA

De quién es el «lanzacuernos» en Platón y de por qué entre las semillas las que chocan con los cuernos de los bueyes salen duras C

Conversan EUTIDEMO, PATROCLEAS, FLORO, PLUTARCO y otros

1. En nuestras lecturas comunes de Platón, el hombre llamado «lanzacuernos» y «duro» [694] nos planteaba problemas siempre; no quién era, pues es claro que la gente, por creer que entre las semillas las que chocan con los cuernos de los bueyes producen un fruto duro, así al hombre arrogante y obstinado le llamaban por metáfora «lanzacuernos» y «duro», sino que estábamos en duda sobre la causa por la que experimentan esto las semillas que chocan con los cuernos de los bueyes; y, en muchas ocasiones, D
ante los amigos renunciamos a ello, no menos porque Teofrasto [695] teme su explicación en los libros, en los que ha resumido y relatado muchas de las cosas que tienen una causa indescifrable para nosotros, como es el que las gallinas se limpien con pajas cuando ponen, y el que la foca se beba todo el calostro al ser apresada, y el cuerno enterrado por los ciervos, y la eringe, a la que cuando una sola cabra la lleva a la boca, todo el rebaño se detiene; entre éstas, en efecto, presenta también las semillas «lanzacuernos», cosa cuya existencia está garantizada, pero cu-

[694] *Leyes* 853d.

[695] No se sabe con certeza a qué pasajes de la obra de Teofrasto se refiere Plutarco, aunque uno de ellos bien pudiera ser *De caus. plant.* IV 12, 13.

ya causa es difícil o totalmente imposible de explicar.
E Sin embargo, en Delfos, durante una cena, acosándonos algunos amigos, en la idea de que no sólo resultan

con un estómago lleno mejores el consejo y el ingenio[696],

sino que también el vino hace las investigaciones mucho más animadas y más audaces las explicaciones, nos pidieron que habláramos algo sobre el tema.

2. Pues bien, al seguir negándome, tenía como defensores a Eutidemo, sacerdote conmigo, y Patrocles, mi pariente, personas nada incompetentes, que aportaron no pocos ejemplos de tal tipo de la agricultura y caza, como parecía ser lo relativo al granizo que es desviado por los «vigilagranizo» con la sangre de un topo o harapos de mu-
F jer, y lo de las higueras silvestres, que, rodeadas de higueras cultivadas, no dejan que su fruto caiga, sino que lo sostienen y hacen que madure del todo, y lo del ciervo, que, al ser cazado, derrama lágrimas saladas, en tanto que el jabalí dulces.

«Pero si indagas esto, dijo Eutidemo, pronto te hará falta también dar razón del apio y comino, de los que se
701A cree que aquél crece mejor, si al brotar lo pisotean y aplastan, y al otro, si lo siembran mientras lanzan imprecaciones e insultos.»

3. Mas, como Floro creía que esto, ciertamente, era un juego y una tontería, pero que nadie debería dejar la investigación de la causa de aquéllos como inasible, dije: «Para que tú también resuelvas algunas de las cuestiones planteadas, tengo el remedio con el que arrastrarás a éste

---

696 Verso de un poeta desconocido.

a la discusión junto a nosotros; me parece, en efecto, que el frío origina la dureza en los granos de trigo y las legumbres, porque oprime y condensa su constitución hasta el endurecimiento, en tanto que el calor los hace fácilmente disolubles y blandos; de ahí que no tengan razón los que dicen contra Homero:

el año los produce, no la tierra [697],

pues los lugares cálidos por naturaleza, al proporcionar al aire una temperatura benigna, producen frutos más blan- B dos. Por tanto, cuantas semillas, echadas por la mano, caen al punto en la tierra, como penetran y alumbran en ese encubrimiento, se aprovechan más del calor y humedad de la tierra; y las que chocan con los cuernos de los bueyes no 'encuentran la mejor disposición', según Hesíodo [698], sino que, como resbalan y ruedan, se parecen a algo arrojado más que sembrado; de ahí que o bien los fríos las estropean del todo, o bien las hacen difíciles de cocer, sin jugo y leñosas por caer sobre sus cáscaras al descubierto.

»Pues ves también que entre las piedras las partes que están bajo tierra y con musgo, el calor las conserva más blandas que las de la superficie. Por ello también, los arte- C sanos entierran las piedras que van a trabajar, como si fueran maduradas por el calor; en cambio, las que están al aire libre y al descubierto, por el frío ofrecen resistencia, una difícil transformación y dureza en los trabajos; y, en cuanto a los granos, si permanecen en la era demasiado tiempo al aire libre y al descubierto, dicen que se ponen más duros que los que se retiran enseguida; y a veces, incluso, el viento que les da al ser aventados los vuelve duros

---

[697] TEOFR., *De caus. plant.* III 23, 4, e *Hist. plant.* VIII 7, 6.
[698] *Trab.* 471.

a causa del frío, como se refiere de Filipos de Macedonia; en cambio, a los que se deja aparte, los protegen las pajas;
D no hay que extrañarse, pues, de oír a los labradores decir también que de dos surcos paralelos uno produzca granos duros y el otro blandos, y lo que es más, entre las vainas unas producen habas de un tipo y otras de otro, evidentemente porque a unas les cae más aire frío o agua y a otras menos.»

CUESTIÓN TERCERA

De por qué del vino lo mejor es lo del medio, del aceite lo de arriba y de la miel lo de abajo [699]

Conversan ALEXIÓN, PLUTARCO y otros

1. Alexión [700], mi suegro, se mofaba de que Hesíodo aconsejara «hartarse cuando se empieza y termina la tinaja y economizar a la mitad, donde está el mejor vinillo» [701],
E «pues ¿quién no sabe, dijo, que del vino lo mejor es lo del medio, del aceite lo de más arriba y de la miel lo de más abajo?» Hesíodo, en cambio, recomendaba dejar lo del medio y esperar a que se ponga peor, cuando la tinaja está medio vacía. Y expuesto esto, diciendo adiós a Hesíodo, nos lanzamos a investigar la causa de estas diferencias.

2. Pues bien, el asunto de la miel no nos planteó demasiados problemas, ya que todos, por así decirlo, sabía-

[699] Imitada por MACR., *Sat.* VII 12, 8-16.
[700] Conocido sólo por esta cuestión.
[701] Cita algo libre de *Trab.* 368.

mos que lo más ligero es más ligero por su falta de densidad, en tanto que lo espeso y compacto por su peso se
coloca por debajo del resto, y si le das la vuelta a la F
vasija, al poco tiempo de nuevo recobra cada cosa el lugar que le corresponde, yéndose lo uno abajo y quedándose lo otro en la superficie.

Tampoco el vino carecía de argumentos convincentes. En primer lugar, en efecto, su fuerza, que es el calor, parece que razonablemente se concentra, sobre todo, en el
centro y este lugar lo conserva mejor; después, lo de 702A
abajo es peor por las heces y lo de la superficie se estropea por estar el aire en contacto con él, pues de cuantas cosas el aire altera la cualidad, sabemos que el vino es la más inestable; por ello, también, entierran las tinajas y las cubren, para que las toque la menor cantidad de aire; y lo más importante, una vasija llena no deteriora tan fácilmente al vino como si estuviera medio vacía, pues cuando afluye mucho aire a una vasija vacía, más la altera; en cambio, en las llenas el propio vino se mantiene por sí mismo, porque no recibe de fuera muchas de las cosas que lo estropean.

3. El aceite, por su parte, nos llevó un tiempo nada despreciable: uno, en efecto, dijo que lo de abajo del aceite es peor, por enturbiarse con el borujo, y que no era
mejor lo de arriba, sino que lo parecía, porque está muy B
lejos de lo que le daña; otro lo achacaba a su densidad, por la cual es muy poco propenso a la mezcla y no recibe ninguno de los demás líquidos, salvo a la fuerza y sacudido por un golpe; de ahí que no permita la mezcla con el aire, sino que se separe de él por la tenuidad y consistencia de sus partes, de suerte que, como no es dominado por él, menos es cambiado. A esta explicación parecía opo-

nérsele Aristóteles [702], al observar, como dice, que el aceite es más oloroso y, en general, mejor, cuando las vasijas están medio vacías; luego, achaca la causa de su mejora al aire, pues hay más y, cuando penetra en una vasija medio vacía, es más eficaz.

C 4. «Pues bien, dije yo, ¿no será que el aire ayuda al aceite y daña al vino por una misma propiedad? En efecto, mientras para el vino es provechoso, para el aceite es inconveniente el envejecimiento, que el aire le quita a cada uno cuando le toca, pues aquél, enfriado, se mantiene joven, mientras que éste, como no tiene transpiración por su consistencia, rápidamente se enrancia y envejece; por ello, mientras del vino lo de arriba es lo peor, del aceite es lo mejor, pues el envejecimiento infunde en uno la mejor disposición y en el otro la peor.»

CUESTIÓN CUARTA

D *De por qué entre los antiguos romanos era costumbre no tolerar que se retirara vacía la mesa ni que la lámpara se apagara*

Conversan Floro, Éustrofo, Cesernio, Lucio y Plutarco

1. Floro, que era amante de lo antiguo, no permitía que retiraran vacía la mesa, sino que siempre dejaba algo de comida sobre ella, «y sé, dijo, que mi padre y mi abue-

[702] Fr. 224 de Rose.

lo cuidaban muy bien no sólo de esto, sino que ni siquiera permitían que se apagara la lámpara; pues esto también lo observaban cuidadosamente los antiguos romanos; en cambio, los de ahora la apagan justo después de la cena, para no gastar inútilmente el aceite.»

Pues bien, Éustrofo [703], el ateniense, que estaba presente, dijo: «¿Entonces qué ventaja hay para ellos, a no ser que conozcan el ardid de nuestro Policarmo [704], quien, E
reflexionando mucho tiempo cómo los esclavos no robarían el aceite, dijo que por último lo había encontrado: llenar efectivamente las lámparas recien apagadas; luego, observar de nuevo al día siguiente si seguían llenas?»

Y Floro, riendo, dijo: «Bien, puesto que esta cuestión está resuelta investiguemos la razón por la que verosímilmente los antiguos fueron tan escrupulosos respecto a las lámparas y las mesas.»

2. Pues bien, primero se investigaba sobre las lámparas; su yerno, Cesernio [705], creía que por el parentesco con el fuego inextinguible y divino los antiguos se abstenían por razones religiosas de destruir cualquier fuego; pues F
hay dos tipos de destrucciones, como en el hombre: uno, cuando se apaga violentamente y el otro cuando se extingue, por así decirlo, de acuerdo con la naturaleza. Pues bien, al sagrado lo defienden de ambas, alimentándolo y cuidándolo siempre; al otro, en cambio, toleran que se extinga por sí mismo, sin que ellos mismos lo violenten ni

[703] Interviene en el diálogo *De E ap. Delph.* como uno de los jóvenes pertenecientes a la escuela de Amonio y gran aficionado a las matemáticas.

[704] Personaje desconocido que, a juzgar por lo que se dice de él *infra,* VIII 4, debió ser un político ateniense.

[705] Además de aquí interviene en la cuestión sexta de este mismo libro.

maltraten, como cuando quitan la vida a una cría, para que no se alimente en vano.

3. Y Lucio[706], el hijo de Floro, dijo que lo demás estaba bien dicho, pero que la gente venera y atiende tanto al fuego sagrado, no porque lo considere mejor o más sa-
703A grado que otro fuego, sino que, al igual que entre los egipcios algunos veneran y honran toda clase de perros y otros la de los lobos o cocodrilos, pero alimentan a un solo animal: unos al perro, otros al cocodrilo y otros al lobo (pues a todos no es posible), así, entonces, el cuidado y custodia de aquel fuego es un símbolo del cuidado para con cualquier fuego: «ninguna cosa, en efecto, se parece más a un ser animado que el fuego, que se mueve y alimenta por sí mismo, y con su brillo, como el alma, muestra y esclarece todo; y más que en nada, en su extinción y consunción queda claro que su fuerza no está privada
B de un principio vital, pues grita, emite sonidos y se defiende como un ser animado que esté muriendo y sea matado violentamente, si no es que tú, dijo mirando hacia mí, tienes algo mejor que decir.»

4. «Nada de lo dicho, dije yo, censuro, pero añadiría que maestra de los sentimientos humanos es la costumbre, pues ni es piadoso que nosotros, hartos, tiremos la comida, ni que, saciados de sus aguas ceguemos ni tapemos la fuente, ni que, usados, destruyamos los indicadores de una navegación[707] o camino; sino que hay que respetar y dejar lo que sea útil para los que lo precisen después

[706] Conocido sólo por esta cuestión.

[707] Para comprender esta afirmación, piénsese que los griegos, por lo normal, navegaban cerca de las costas.

de nosotros; de ahí que, ni aunque nos lo pidan, está bien apagar la luz de una lámpara por tacañería, sino conser- C varla y mantenerla, por si alguien llegara pidiéndonosla mientras aún aguanta y luce; pues también la vista, si fuera posible, y el oído estaría bien que se prestaran a otro y, ¡por Zeus!, la cordura y el valor, cuando vayamos nosostros a dormir y descansar.

»Pero observa que, al permitir tales exageraciones por mor del agradecimiento, no es absurdo que los antiguos venerasen la fructífera encina, y los atenienses llamasen sagradas a ciertas higueras y prohibieran talar los olivos sagrados. Pues esto no nos hace propensos a la superstición, como algunos dicen, sino que acostumbra a que D nuestro agradecimiento y comunicación entre nosotros se tenga incluso con seres insensibles e inanimados; de ahí que, con razón, Hesíodo no permite que se sirvan pan o carne 'de marmitas sin consagrar' [708], sino una vez que se han entregado al fuego las primicias y un presente por su servicio; y hacían bien los romanos, tras servirse de las lámparas, en no quitarles el alimento que le dieron, sino en permitirles que vivas y brillando lo utilizaran.»

5. Y en cuanto yo dije esto, Éustrofo dijo: «Pues bien, ¿acaso esto también nos permite un acceso adecuado al tema de la mesa, ya que se piensa que siempre hay que dejar algo de cena a los criados y a los hijos de los criados?, pues se alegran no tanto tomándola como compartiéndola; por ello también dicen que los reyes persas E envían siempre raciones no sólo a los amigos, jefes y miembros de su guardia, sino que incluso hacen que se ponga

---

[708] *Trab.* 748.

en su mesa la comida de sus esclavos y perros [709], haciendo a todos aquellos de quienes se servían, en cuanto les era posible, sus convidados y comensales, pues se amansan con la participación en la comida incluso las fieras más hurañas.»

6. Y yo riendo dije: «Pero, ¡oh amigo!, ¿por qué no traemos a colación aquel 'pez puesto aparte' [710] del proverbio junto con el quénice pitagórico [711], sobre el que prohibía él sentarse, enseñándonos siempre a guardar algo del
F presente para el futuro y a acordarnos hoy del mañana? Entre nosotros, los beocios, en efecto, está siempre en la boca aquello de 'deja algo también para los medos', desde que los medos recorrían la Fócide y los confines de Beocia asaltándolas y saqueándolas. Y siempre, también, en toda ocasión debe estar a mano aquello de 'deja también algo para los huéspedes que se presenten', pues yo al menos también censuro la mesa de Aquiles, que se encontraba
704A siempre vacía y hambrienta, ya que, cuando llegaron como embajadores Ayante y Odiseo [712], como no tenía nada preparado, se ve obligado a aderezar y cocinar la comida desde el principio y, a su vez, cuando quería agasajar a Príamo 'abalanzándose sobre una blanca oveja' [713], la degüella, la abre y la asa, gastando en ello gran parte de la noche. Eumeo, en cambio, por ser, por cierto, sabio alumno de un sabio, no tuvo problemas cuando se presen-

---

[709] De tal costumbre entre los persas dan fe HEL., *Etióp.* VII 18 ss., y JEN., *Cir.* VIII 2, 3, y *Anáb.* I 9, 25.

[710] Cf. LEUTSCH-SCHNEIDEWIN, *Corp. Parem. Gr.*, II, pág. 426 (2a).

[711] Cf. *Mor.* 12E, y ATEN., 452E, que interpretan el dicho como que se ha de comer cada uno su ración sin preocuparse de más.

[712] *Il.* IX 206.

[713] *Ibid.*, XXIV 621-622.

tó Telémaco, sino que, haciéndolo sentar, lo agasaja sirviéndole platos de carne asada que, por cierto, dejaron al comer el día anterior [714].

»Y si esto pareciera poco, aquello al menos no es poco, el amainar y contener el apetito cuando aún se tienen ganas, pues menos desean lo ausente los que acostumbran a apartarse de lo presente.» B

7. Y, tomando la palabra Leucio, dijo que recordaba haber oído a su abuela que la mesa era algo sagrado y que nada sagrado debía estar vacío; «y a mí me parecía también, dijo, que la mesa era una imitación de la tierra, pues, aparte de alimentarnos, es redonda, y firme y es bien llamada por algunos 'hogar', pues lo mismo que tenemos por justo que la tierra tenga y nos aporte siempre algo útil, así tampoco creemos que la mesa debe estar vacía o quedar sin peso.»

CUESTIÓN QUINTA

De que hay que guardarse sobre todo de los placeres producidos por la mala música y de cómo hay que precaverse C

Conversan Calístrato, Lamprias y Plutarco

1. En los Píticos, Calístrato, intendente de los anfictiones, a un flautista conciudadano y amigo suyo que llegó tarde a la inscripción del certamen, lo excluyó conforme

[714] *Od.* XVI 50.

a la ley; pero, cuando nos agasajaba, nos lo trajo al banquete espléndidamente engalanado con vestido y coronas, como en un certamen, junto con su coro. Y, ¡por Zeus!,
D era una delicada audición al principio; después, habiendo agitado y tanteado al banquete, cuando se percató de que la mayoría cedía y le permitía, por placer, hacer lo que quisiera: tanto encantarles con su flauta como actuar sin freno, desenmascarándose totalmente, puso de manifiesto que la música emborracha más que cualquier vino a los que se sacian de ella como sea y sin medida: pues a los que estaban echados ya no les bastaba con gritar y aplaudir, sino que la mayoría acabó por dar saltos y moverse juntos con movimientos innobles, pero adaptados a aque-
E llos sones y tonos. Cuando cesaron y la fiesta recobró de nuevo, como tras un ataque de locura, su aspecto normal, quería Lamprias decir algo y expresarlo con franqueza contra los jóvenes, y a él, sin embargo, que tenía miedo, no fuera a resultar muy desagradable y molesto, el propio Calístrato le proporcionó como una pauta, al expresarse más o menos así:

2. «Tampoco yo mismo, dijo, incluyo dentro del desenfreno la afición por la música y el espectáculo, pero, desde luego, no estoy en absoluto de acuerdo con Aristóxeno [715], quien afirma que sólo a estos placeres se les da el calificativo de 'hermosos', pues la gente llama a los manjares y perfumes 'hermosos' y que 'hermosamente' se pasó, cuando han cenado con gusto y opíparamente, y me
F parece que Aristóteles excluyó del desenfreno con una

[715] Aristóxemo de Tarento (siglo IV a. C.), escritor prolífico que parece haber compuesto unas 453 obras, entre las cuales se cuenta un tratado de música y algunas biografías.

razón nada justa los placeres relativos a la vista y al oído, alegando que eran sólo humanos, en tanto que los demás, también las fieras y por naturaleza los podían disfrutar y compartir [716]; vemos, en efecto, que también con la música son encantados muchos de los seres irracionales, como los ciervos con las flautas, y cuando las yeguas son montadas, se les toca con la flauta un son al que llaman 'salto del caballo' [717], y Píndaro dice que ante el canto se conmovía:

al modo de un delfín marino
al que en la extensión del mar sin olas 705A
el agradable canto de las flautas conmovió [718];

y, bailando, la gente coge a los búhos, que se alegran ante su vista y, por imitación, les acompañan con sus hombros aquí y allá.

»Por tanto, no veo que tales placeres tengan nada singular, salvo que son sólo del alma, en tanto que los demás son del cuerpo y cesan en él. En cambio, la música, el ritmo, el baile y el canto, como superan los sentidos, apoyan su encanto y cosquilleo en el agrado del alma; de ahí que ninguno de tales placeres se haga a escondidas ni precise la oscuridad ni muros 'que lo circunden', como dicen B
los cirenaicos, sino que para ellos se hacen estadios y teatros, y el contemplar y oír alguno de ellos junto con muchos es más agradable y solemne, ya que nosotros tomamos el mayor número posible de testigos, desde luego, no de desenfreno y molicie, sino de un entretenimiento libre y cívico.»

---

[716] Cf. ARIST., *Hist. an.* 611b26.
[717] Cf. *Mor.* 138B, y ELIANO, *Nat. an.* XII 44 y XV 25.
[718] Fr. 235 de SCHROEDER, 125 de BOWRA.

3. Cuando Calístrato dijo esto, Lamprias, viendo aún más audaces a aquellos coregos de los cantos, dijo: «No es ésta la causa, oh hijo de León, sino que me parece que los antiguos llamaron sin razón a Dioniso hijo del Olvido C (pues debía ser su padre); por culpa de él también tú ahora pareces haberte olvidado, de que entre los yerros relativos a los placeres, unos los produce el desenfreno, y otros la ignorancia y el abandono; pues, donde el daño es manifiesto, ahí la gente, obligada por el desenfreno, falla en su cálculo, pero cuanto no exige al instante ni al momento el pago del libertinaje, esto por ignorancia del daño se elige y hace; por ello, a los que se descarrían en la comida, sexo y bebida, a quienes les acompañan muchas enfermedades, la pérdida de sus bienes y una mala reputación, los llamamos libertinos, como aquel Teódectes, que, padeciendo oftalmia, dijo al aparecer su amada: 'salud, querida luz' [719], y al abderita Anaxarco [720],

D *...quien, aun sabedor de ello,*
según dicen, era un miserable y le arrastraba de nuevo su [naturaleza,
enajenada por el placer, a donde la mayoría de los sabios [tiembla [721].

»En cambio, cuantos placeres dando un rodeo se establecen y emboscan inadvertidamente en los ojos y oídos

[719] Según algunos paremiógrafos (cf. LEUTSCH-SCHNEIDEWIN, *Corp. Parem. Gr.*, I, pág. 173 [42]), el dicho se aplica a una anciana que, al desnudarse, apagó la luz, para que no le vieran las arrugas, lo que contrasta con la interpretación ofrecida por Plutarco. En cuanto a Teodectes, no sabemos a quién se refiere Plutarco.

[720] Anaxarco de Abdera, filósofo que acompañó a Alejandro en sus campañas y que, según DIÓG. LAER., IX 58-60, ejerció una gran influencia sobre el rey.

[721] Cf. DK., II, pág. 238 (fr. 72 A 10).

de los que se mantienen en formación contra ellos en su
vientre, partes sexuales, gusto y olfato, y están atentos pa-
ra que no sean vencidos, a estos hombres, a pesar de que
sienten una afección y desenfreno no menor que aquéllos,
no los llamamos igualmente libertinos; pues, no conscien-
temente, sino por inexperiencia los soportan y creen que
son más fuertes que los placeres, si pasan un día en el
teatro sin comer ni beber, como si una vasija estuviera E
orgullosa de no poder ser levantada por la panza o por
el fondo, cuando por las asas fácilmente puede ser movi-
da; de ahí que Arcesilao [722] diga que nada importa que
se sea disoluto por detrás o por delante. Por tanto, hay
que temer la molicie y el placer que cosquillea tanto en
los ojos como en los oídos y no considerar ciudad inexpug-
nable a la que tiene puertas aseguradas con pasadores, ce-
rrojos y rastrillos, si los enemigos penetrando por una sola
están dentro, ni a uno mismo invencible por el placer, si
no es vencido por el de Afrodita, pero sí por el de las
Musas o el teatro, pues igualmente ha cedido y entregado
su alma a los placeres, para que la asalten y saqueen;
y los que nos vierten los venenos del canto y ritmo, más F
picantes y variados que cualquier cocinero o perfumista,
con éstos nos arrastran y corrompen a nosotros que, en
cierto modo, atestiguamos contra nosotros mismos, pues
'no hay nada reprochable ni, desde luego, corregible',
como dijo Píndaro [723], en los manjares que hace poco 706A
estaban sobre las mesas, 'que producen la espléndida tierra
y el ímpetu del mar', pero ni la carne ni el pan ni este
excelente vino que bebemos alteró nuestra voz por el pla-
cer, como hace poco la música y los sones de la flauta han

[722] Cf. *Mor.* 126A, y GELIO, *Noctes Atticae* III 5.

[723] Fr. 220 de SCHROEDER, 207 de BOWRA.

llenado la casa, si no es que también toda la ciudad, de estrépito, palmas y alaridos.

»Por ello, hay que precaverse más que nada de estos placeres, pues son muy fuertes, ya que, en efecto, no como los relativos al gusto, tacto y olfato acaban en la parte
B irracional y física del alma, sino que tocan la que juzga y piensa; después, contra los demás placeres, aunque nuestra mente deje de combatirlos, sin embargo, algunos afectos, son muchas veces un obstáculo, pues también en los puestos de pescado la tacañería encoge el dedo del glotón, y la codicia nos aparta del deseo de mujeres ante una hetera muy costosa, como sin duda en Menandro, al ser tentado cada uno de los comensales por el alcahuete que les traía una moza soberbia, '¡bajando la cabeza devoraban
C los postres!' [724], pues el préstamo es un duro castigo del desenfreno y desatar la bolsa no es muy fácil. Pero esta pasión por las Musas relativa a oídos y ojos, la afición a la música y flauta, llamadas liberales, son placeres que nos es posible conseguir y disfrutar gratis y sin dinero en muchos lados, en certámenes, en teatros y en banquetes, sin que tengamos que sufragar los gastos, por lo que es muy probable que quienes carecen de una mente que les socorra y dirija se corrompan.»

4. Pues bien, hecho el silencio, dije:

—Bueno, ¿con qué acción o palabra consideramos que la razón nos socorre?, pues no nos cubrirás, desde luego, con las orejeras de Jenócrates [725], ni nos levantarás en me-
D dio de la cena, si oyéramos templar una lira o dar el tono a las flautas.

---

[724] Cf. Kock, *Corp. Parem. Gr.*, fr. 607, y *Mor.* 133B.

[725] Cf. *Mor.* 38B, y R. Heinze, *Xenokrates*, Leipzig, 1892, fr. 96.

—Desde luego que no, dijo Lamprias; pero, cuando topemos con las Sirenas, hay que invocar a las Musas y refugiarnos en el Helicón de los antiguos; pues al que está enamorado de una mujer muy costosa, no es posible traerle a Penélope ni casarlo con Pantea [726]; en cambio, al que se complace con mimos, cantos y odas de mal arte y mal gusto, se le puede llevar a Eurípides, Píndaro y Menandro, «lavándole, como dice Platón, el salado oído con un discurso potable» [727], pues del mismo modo que los magos E ordenan a los endemoniados recitar y enumerar para sí las letras efesias, así nosotros en tales tarareos y brincos:

exaltados por delirios y gritos con violenta agitación del [cuello [728],

acordándonos de aquellas santas y venerables letras y acudiendo a cantos, poemas y relatos nobles, no seremos en absoluto golpeados por aquéllos ni ofreceremos nuestro flanco, como a una corriente tranquila.

CUESTIÓN SEXTA

Sobre los llamados «sombras» y de si hay que ir a cenar con uno invitado por otro y cuándo y con quiénes

Conversan PLUTARCO, FLORO y CESERNIO

1. Homero hace que Menelao se presente por su cuenta F cuando Agamenón invitaba a los caudillos,

[726] Esposa de Abradatas (cf. JEN., *Cir.* VI 1, 45).
[727] *Fedro* 243d.
[728] Cf. *supra,* n. 109.

pues sabía de su hermano en su ánimo cómo se afanaba [729],

y no permitió que el olvido de aquél quedase en evidencia, ni se lo echó en cara con no acudir, como los criticones y puntillosos arremeten contra tales descuidos y olvidos de sus amigos, alegrándose más por el hecho de ser olvidados que por el de ser honrados, para así poder criticar.

707A Y en cuanto a la costumbre de los convidados de más, a quienes ahora llaman «sombras» [730], no invitados ellos mismos, sino traídos a la cena por los invitados, se investigaba dónde tuvo su origen. Parecía que de Sócrates, cuando convenció a ir con él al banquete de Agatón, aunque no se le había invitado, a Aristodemo, a quien le pasó algo
B gracioso, pues no se dio cuenta de que, en el camino, Sócrates se había rezagado, y él entró antes [731], sencillamente una sombra que precedía a un cuerpo que tenía la luz detrás. Después, empero, en las recepciones de huéspedes, principalmente de autoridades, era necesario, a los que desconocían el número de los que les acompañaban y eran estimados por ellos, dejar la invitación en manos del huésped, pero fijar el número, para que no les ocurriera lo que vino a sucederle al que acogió al rey Filipo en el campo, ya que vino con muchos y la cena no estaba preparada para muchos. Pues bien, como viera al huésped inquieto, mandó tranquilamente un recado a sus amigos pidiéndoles que dejaran un hueco para el pastel, y éstos, aguardándolo, probaron poco de lo que se les puso, y así la cena alcanzó a todos [732].

729 *Il.* II 409. El mismo verso lo pronuncia humorísticamente, en Luc., *Banqu.* 12, el cínico Alcidamante al presentarse al banquete sin ser invitado.

730 Al principio se les conocía con los calificativos de *áklētoi* y *epíklētoi* siendo la denominación de «sombras» de época romana.

731 Plat., *Banqu.* 174a ss.

732 La misma anécdota la relata Plutarco en *Mor.* 123F y 178D-E.

2. Y como yo charlara con los presentes de esto, le C pareció bien a Floro que se tratara en serio algo referente a los llamados «sombras», planteándonos si conviene que los así invitados vengan y acompañen.

Pues bien, su cuñado Cesernio desaprobaba el hecho por completo: «En efecto, dijo que, obedeciendo principalmente a Hesíodo, había que 'invitar a la comida al que te ama' [733], y, si no, convidar a los conocidos e íntimos a participar en la libación, mesa, conversaciones que acontecen en el vino y cordialidad; pero ahora, dijo, del mismo modo que los que fletan barcos se dejan cargar lo que uno lleve, así nosotros, confiando a otros los banquetes, les D permitimos que nos los llenen con el primero que encuentren, sea agradable o vil. Y me extrañaría que llegara como invitado de más un hombre agradable, y sobre todo si no ha sido invitado, a quien muchas veces, desde luego, ni conoce en absoluto el que da la cena; y si, a pesar de conocerlo y tratarlo, no lo invita, es una vergüenza aún mayor ir a su casa, como poniéndolo en evidencia, y compartir sus cosas, en cierto modo, a la fuerza y contra su voluntad.

»Más aún, llegar más pronto o más tarde que el que te invitó a casa de otro produce cierta turbación; y no es educado ir ante los invitados precisando testigos de que llega a la cena no como uno no invitado, sino como sombra de uno cualquiera; y, a su vez, el seguir de cerca y E aguardar a que otro se perfume y bañe y que retrase o adelante el horario es del todo indigno y gnatónico, si, en efecto, Gnatón [734] ha sido el más experto de los hombres en cenar de lo ajeno.

[733] *Trab.* 342.

[734] Gnatón es el famoso parásito de la Comedia Nueva. Una crítica a ellos les dedica LUCIANO, en *Zeus trágico* 37.

»Además, ¿no es entonces cuando a los hombres se les permite decir:

¡oh lengua, si algo comedidamente quieres ensalzar, habla! [735],

y la máxima sinceridad junto con bromas se entremezcla con lo que se dice y hace durante el vino? ¿Entonces, pues cómo se manejaría uno que no sea legítimo ni invitado
F él mismo, sino, en cierto modo, un bastardo y fraudulentamente inscrito en el banquete?, pues servirse de sinceridad o no con los asistentes es fácil de calumniar. Y para los que no se disgustan, sino que soportan ser invitados y aceptan en calidad de sombras, la facilidad para recibir apodos y la chocarrería son ya un mal nada pequeño, pues les habitúa previamente a actos vergonzosos el dejarse arrastrar de antemano fácilmente por las palabras.

708A »Por ello, cuando invito a amigos, dejo un sitio para los 'sombras', pues poderosa es la costumbre de la ciudad e implacable; pero, cuando yo mismo soy invitado por uno a casa de otro, hasta ahora al menos he rehusado acudir» [736].

3. Y, hecho el silencio, tras estas palabras, dijo Floro: «Esto segundo es más problemático. El invitar así es necesario en las recepciones de forasteros, como se ha dicho antes, pues ni es discreto, en efecto, hacerlo sin amigos ni es fácil conocer con los que llega.»

---

[735] KOCK, *Com. Att. Frag., Adespota,* 1228.

[736] Según LUCIANO, *Los longevos* 23, el orador Gorgias, que alcanzó la edad de ciento ocho años, cuando le preguntaban a qué se debía el haber llegado a esta avanzada edad en tan buena forma física y mental, contestaba: «A no haberme visto jamás envuelto en los festines ajenos.»

Y yo le dije: «Mira, pues, si los que dejan a los anfitriones invitar así, también dejan a los invitados el asentir y acudir, pues ni es hermoso dar lo que no conviene pedir, B ni pedir lo que no conviene dar, ni, en general, fomentar lo que no hay que fomentar, ni prometerlo, ni hacerlo. Así, pues, en lo que respecta a los gobernadores o forasteros, no cuenta ni la invitación ni la selección, sino que hay que acoger a los que vengan con ellos; pero, por otro lado, cuando un amigo invita, más amistoso es el que él personalmente invite, en la idea de que no desconoce a sus conocidos, amigos o familiares, pues mayor es el honor y agradecimiento, porque no pasa desapercibido que a éstos los recibe con más afecto y con éstos está con más agrado y se alegra de honrar e invitar a todos por igual.

»No obstante, hay veces en que hay que dejarlo en C sus manos, al igual que los que, al sacrificar a un dios, le suplican, al tiempo, en común con los que comparten su altar y templo, sin decir uno por uno su nombre, pues ningún manjar, ni vino, ni mirra nos produce tanto gusto como un comensal afectuoso y atento. Pero el preguntar y enterarse de qué manjares y pasteles agradan más al que va a dar la fiesta y sobre las variedades de vinos y perfumes es, en efecto, propio de descargadores y nuevos ricos; mas invitar a quien tiene muchos amigos, familiares e íntimos a traer a aquellos con los que más a gusto estaría y entre los que más se alegra, cuando están presentes no D es desagradable ni insólito; pues compartir la navegación, la vida y los asuntos legales con quienes uno no desea no es tan desagradable como el cenar con ellos [737], y lo con-

[737] Cilón, en *Mor.* 148A, no aceptó la invitación a cenar antes de informarse quién era cada uno de los invitados «porque, dijo, un compañero de viaje en el mar y un compañero de tienda en la guerra hay que

trario, agradable; ya que el banquete es comunidad de seriedad y bromas, de palabras y hechos. De ahí que no deben ser cualesquiera, sino amigos e íntimos entre sí, para que estén a gusto. Desde luego, los cocineros preparan sus platos con distintos condimentos, mezclando los secos con los grasos y los dulces con los agrios, pero un convite no sería útil ni agradable, si se mezclan en él hombres que no son de la misma especie ni de los mismos sentimientos;
E pues, como los peripatéticos dicen que lo primero que mueve por naturaleza no es movido, y lo último que es movido no mueve ni una sola cosa, y que entre ambos está lo que mueve a otros y es movido por otros [738], así, dije, sobre los tres seres de los que versa el tema, el que solamente invita, el invitado y el que invita y es invitado, como se ha hablado ya sobre el que invita, no es mala cosa exponer también sobre los demás, dije, lo que a mí al menos me parece. Pues bien, el que es invitado por uno e invita a otros, en primer lugar, pienso, es justo que economice en la cantidad sin aprovisionarse, como si estuviera en tierra enemiga, a la vez para todos los suyos, y sin, como los que se apoderan de un sitio en el *pettós* [739], reducir ni eliminar siempre con sus propios amigos a todos los del que lo invitó, de suerte que les pase a los que invitan a cenar lo que les pasa a los que llevan la cena a Hécate
709A y a los apotropaicos [740], que ni la prueban ellos ni los de casa, compartiendo sólo el humo y el alboroto. De modo distinto, en efecto, se burlan de nosotros quienes dicen:

aceptarlo como se presentan, pero entre convidados reunidos al azar no se mezcla un hombre circunspecto».

[738] Cf. Arist., *Met.* Λ 7, 1072a20 ss.

[739] Juego parecido al chaquete.

[740] Diosa protectora del hogar que preside los nacimientos. Los apotropaicos son divinidades que alejan los males de las casas.

cuando uno sacrifica en Delfos, él mismo compra la car-
[ne [741];

y, en verdad, esto ocurre a los que acogen a forasteros desconsiderados o amigos que con muchos 'sombras', como Harpías, se llevan y saquean las cenas.

»Después, debe ir a casa de otros a la cena no con los primeros que encuentre, sino especialmente invitar a amigos e íntimos del que da la cena, compitiendo él con aquél y adelantándosele en las invitaciones; y si no, de sus propios amigos a quienes el que dé la cena hubiere querido también personalmente elegir, si es discreto a discretos, si B
erudito a eruditos, o a poderosos si poderoso, buscando hace tiempo de cualquier modo que entre ellos haya trato y comunicación; pues el permitir y proporcionar a quien se halle en tal disposición el principio de una relación y simpatía, es bastante atinado y fino; en cambio, el que junta a inconciliables y discordantes, como a bebedores con un abstemio y a uno sencillo en su vida con desenfrenados y despilfarradores o, a su vez, a un joven, amigo de la bebida y de bromas, con ancianos taciturnos o sofistas que emplean un tono grave que les sale de sus barbas, es inoportuno, al cambiar amabilidad por descontento, pues para el que da la cena el convidado debe ser no menos agradable que para el invitado el que lo acoge, y será C
grato, si se comportan no sólo él, sino también los que vienen con él y por él correcta y atentamente.

»Ahora bien, el que nos resta todavía de los tres, ese que es invitado por uno a casa de otro, por un lado, si rechaza

[741] Cf. Leutsch-Schneidewin, *Corp. Parem. Gr.*, I, 393 (95). El refrán se aplica, o bien a los que gastan mucho y no disfrutan de nada, o bien a que los que sacrificaban en Delfos no probaban nada por la cantidad de invitados o la voracidad de los sacerdotes délficos.

el nombre de 'sombra' y se molesta por ello, en verdad parecerá temer ser 'sombra', pero, por otro, necesita muchísima precaución, pues no está bien estar dispuesto a acompañar a quien sea ni como sea, sino que hay que examinar primero quién es el que invita. En efecto, si no te lleva un amigo muy íntimo, sino un rico o con ribetes de sátrapa que, como si estuviese en escena, necesita un brillante cortejo o está convencido de que con su invitación hace una gran merced y honra, hay que rehusar al instante;
D y si es un amigo y familiar, no hay que responder que sí al instante, sino si parece reclamar nuestra obligada presencia y nuestra compañía, por no haber encontrado otra ocasión o que, por haber regresado de algún sitio después de mucho tiempo, o, por tener que partir, esté claro que por simpatía ansíe y desee que se le acompañe, siempre que no lleve a muchos y extraños, sino a él o con pocos compañeros, o siempre que, después de todo esto, esté interesado en que por su conducto se produzca el principio de una relación y amistad entre el invitado y el que invita, si éste es honesto y digno de esa amistad, porque a los malos, desde luego, por más que nos acosen y traten,
E hay que eludirlos como a zarzas y galios; y aunque los que nos lleven sean discretos, pero no nos lleven a casa de otro discreto, no hay que acompañarlo ni soportarlo, como si tomáramos una medicina con miel, un mal amigo por uno bueno. Y es absurdo también el ir a casa de uno enteramente desconocido y a quien no se trata, a no ser que sea uno que sobresalga en virtud, como se ha dicho, y vaya a hacer de esto el principio de una amistad y le agrade el que fácil y llanamente se acerque con otro a su casa.

»Y, por supuesto, de entre los íntimos, al ser invitado por uno de ellos, hay que ir especialmente a casa de aque-

llos a quienes se les permite que también ellos vengan con otros a nuestra casa. En efecto, al bufón Filipo [742] le parecía que era más gracioso el ir a una cena autoinvitado que invitado; en cambio, en las relaciones de hombres buenos F
y amigos con otros amigos también buenos, es más respetable y agradable, si en su momento se presentan con otros amigos ante ellos, aunque no los hayan invitado ni los aguarden, porque alegran a quienes los reciben, al tiempo que honran a quienes los llevan. Sin embargo, es muy 710A
poco decoroso ir a casa de gobernadores, o ricos, o potentados, no invitado por ellos, sino por otros, si queremos evitar una fama no infundada de descaro, descortesía y de ambición desmedida.»

CUESTIÓN SÉPTIMA

De si hay que admitir a las flautistas durante la bebida

Conversan un SOFISTA ESTOICO y FILIPO

En Queronea surgió una conversación sobre espectácu- B
los durante la bebida, en la que estaba presente Diogeniano [743] de Pérgamo, y teníamos problemas para defendernos de un barbiespeso sofista de la Estoa, quien adujo que Platón condenaba a los que admitían a las flautistas durante el vino [744], si no eran capaces de mantener una con-

[742] JEN., *Banqu.* I 13.

[743] Huésped muy apreciado por Plutarco. En las conversaciones en que participa habla en un tono muy parecido al del propio Plutarco.

[744] *Prot.* 347c, y *Banqu.* 176e.

versación entre ellos. Sin embargo, Filipo [745] de Prusa, de su misma escuela, que estaba presente, nos pidió que dejásemos a un lado a aquellos comensales de Agatón, que emitían un sonido más encantador que el de cualquier flauta C o lira, pues no era extraño que una flautista, estando presentes aquéllos, fuese excluida, sino el que no se apoderase del banquete el olvido de la bebida y comida por el placer y hechizo de ellos. Sin embargo, Jenofonte no se avergonzó, a pesar de estar presentes Sócrates, Antístenes y otros tales, de traer al bufón Filipo para exhibirlo ante estos hombres [746], como Homero [747] de lo de «la cebolla, aperitivo para la bebida». Y Platón introduce en el *Banquete,* como una comedia, el discurso de Aristófanes sobre el amor [748] y, para terminar, abriendo la puerta principal, nos trae de fuera un drama de lo más variopinto, Alcibíades coronado, borracho y acompañado de una comparsa; luego, su disputa con Sócrates sobre Agatón y el encomio de Sócrates.

D «¡Queridas Gracias!, ¿es, entonces, piadoso decir que si hubiera llegado Apolo al banquete con su lira afinada, le hubieran suplicado los presentes al dios que se contuviese hasta que la charla hubiese concluido y llegado a su término? Luego, si aquellos hombres, dijo, que tenían tanto encanto al dialogar, se valían, sin embargo, de digresiones y adornaban sus banquetes con tales bromas, nosotros, en cambio, que nos mezclamos con políticos y comerciantes y, cuando se tercia, con muchos particulares y

---

745 De la escuela estoica que, a juzgar por lo que se dice de él en *Mor.* 418A, es probable que fuera también historiador.

746 *Banqu.* 211 ss.

747 *Il.* XI 630.

748 *Banqu.* 189c ss.

gente ruda, ¿echaremos de los banquetes un encanto y pasatiempo tales, o nos marcharemos como si huyésemos de unas sirenas que nos persiguieran? Pero, mientras Clitómaco, el atleta, era admirado por levantarse y marcharse,
si alguien planteaba un tema amoroso [749], sin embargo, E
¿no es completamente ridículo un filósofo que huye del banquete ante una flauta y que, mientras la arpista afina, grite que se le calce [750] rápidamente y le enciendan la antorcha, detestando los placeres más inofensivos, como los escarabajos los perfumes?; pues si en alguna ocasión hay que recrearse con ellos y entregar el alma a la divinidad en esto, es, sobre todo, durante la bebida cuando, sin duda, hay que hacerlo. Aun siendo Eurípides grato para mí en otras cosas por supuesto, a mí al menos no me convence cuando se pone a legislar sobre la música, en el sentido de que hay que trasladarla a los sufrimientos y tristezas [751]: ahí, en efecto, es preciso que, como médico ante el enfer-
mo, asistan las palabras graves y sobrias, en tanto que tales F
placeres que se mezclan con Dioniso hay que ponerlos en la parte del entretenimiento. Encantador es el dicho del laconio, que en Atenas, cuando competían actores trágicos nuevos, al contemplar los preparativos de los coregos, las prisas de los maestros de coro y su porfía, dijo que no estaba en sus cabales una ciudad que jugaba con tanta se-
riedad [752], pues, en realidad, hay que divertirse mientras 711A

[749] Según ELIANO, *Var. hist.* III 30, que cuenta lo mismo que Plutarco en *Nat. an.* VI 1, dicho atleta, si veía perros trabados, se apartaba al punto. Sobre sus hazañas, cf. PAUS., XV 3-6.

[750] Respecto a la costumbre de descalzarse para cenar, cf. ARISTÓF., *Cab.* 888-889.

[751] *Medea* 190 ss., y *Mor.* 143D.

[752] La misma historia se relata en *Mor.* 348F. En 230B, Nicandro pronuncia un agudo dicho sobre esta actividad ateniense.

nos divertimos, y no comprar el estar despreocupado ni con mucho dispendio ni con ocasiones útiles para otras cosas, sino gozar de tales placeres en la bebida y distensión, y considerar si, al tiempo que uno se divierte, es posible sacar de ellos alguna utilidad.»

CUESTIÓN OCTAVA

De a qué diversiones especialmente se ha de recurrir durante la cena

Conversan PLUTARCO, el SOFISTA, FILIPO y DIOGENIANO

1. Y cuando se dijo esto, cortando yo al sofista que
B querría replicar de nuevo, dije: «Más bien, Diogeniano, se debería investigar, de entre las muchas diversiones que hay, qué género se acomodaría mejor a la bebida. Invitemos a este sabio, para que decida sobre ellas, pues, como es insensible e inflexible ante todo, no cometería el desliz de elegir lo más agradable en lugar de lo mejor.»

Pues bien, como Diogeniano le exhortaba y nosotros también, aquél, sin tardanza, dijo que las demás las relegaba a la escena y la orquesta, pero introducía la que hacía poco se había introducido en los banquetes y aún no
C había prendido en la mayoría; «pues sabéis, dijo, que de los diálogos platónicos unos son narrativos y otros dramáticos. Pues bien, entre estos dramáticos, en los más ligeros son instruidos esclavos, de suerte que los digan de memoria. Y les acompaña una representación adecuada al carácter de los personajes imitados, y una modulación de la voz,

porte y disposición consecuentes con lo que dicen. Las personas serias e instruidas acogieron esto maravillosamente; en cambio, los afeminados y los que han amanerado sus oídos por la disonancia y chabacanería, de quienes dice Aristóxeno [753] que vomitan bilis cuando oyen algo armonioso, lo intentaban desterrar; y no me extrañaría que logren desterrarlo del todo, pues domina el afeminamiento.»

2. Y Filipo, al ver a algunos un poco molestos, dijo: «Eh amigo, para y deja de insultarnos, pues nosotros D somos los primeros que nos molestamos con la introducción de esto en Roma y arremetimos contra los que pretenden hacer de Platón un entretenimiento en el vino y oír sus diálogos mientras beben con los postres y perfumes. Y si Safo fuese recitada o los poemas de Anacreonte, yo creo que dejaría la copa por respeto; y, aunque se me ocurre decirte muchas cosas, temo que te parezca que las digo contra ti con cierta seriedad, no en broma; de ahí que, como ves, le deje a mi amigo Diogeniano, junto con la copa, el limpiar 'el salado oído con un discurso potable' [754].»

3. Pues bien, aceptándola Diogeniano, dijo: «Pero E también estoy oyendo estas palabras que son sobrias, de modo que el vino no parece dañarnos ni dominarnos; por tanto, temo que también yo mismo esté sometido a una rendición de cuentas; sin embargo, la mayoría de las diversiones hay que recortarlas: la primera, la tragedia, porque su acento no es del todo convival, sino más grave y porque urde representaciones de cosas que son lamentables y que pro-

---

[753] Cf. F. Wehrli, *Die Schule des Aristoteles*, Basilea, 1953, fr. 85.
[754] Cf. *supra*, n. 727.

vocan al sentimiento; y despido de la danza la de Pílades, por ser ostentosa, sentimental y de muchos personajes; sin embargo, por respeto a aquellos elogios que Sócrates dedicó a la danza [755], acepto el paso batilio de aquí, próximo
F al cordax, por representar una pantomima de Eco, o de algún Pan o Sátiro de juerga con Eros.

»De la comedia, la antigua, por su irregularidad, es inadecuada a hombres que beben, pues la seriedad y franqueza de sus llamadas parábasis son demasiado violentas
712A y fuertes y su facilidad para la mofa y chocarrería es francamente excesiva, vuela a sus anchas y está preñada de expresiones desvergonzadas e indecorosas palabras; y, además, del mismo modo que en las cenas de magistrados a cada uno de los convidados le asiste un escanciador, así le hará falta a cada uno un gramático, para explicarle en cada ocasión quién es Lespodias en Éupolis [756], y Cinesias en Platón [757], y Lampón en Cratino [758], y cada uno de los ridiculizados, de suerte que el banquete se nos convierta en una escuela, o que las mofas queden confusas e ininteligibles.

B »En cambio, contra la comedia nueva, ¿qué se podría decir? Tan ligada está a los banquetes que se podría go-

---

[755] Jen., *Banqu.* II 15 ss. Pílades de Cilicia, de la época de Augusto, fue autor de un libro sobre la danza. En idéntico sentido que Plutarco se expresa Aten., 20, sobre la danza. Batilo compuso con Pílades el tratado de danza. De la suya Aten., 20E, dice que era más alegre. El cordax era un baile lascivo de origen lidio empleado en la comedia antigua (cf. Aristóf., *Nubes* 540 ss.), y el hiporquema una pantomima procedente de Creta, que antiguamente se representaba en honor a Apolo con acompañamiento de música o cantos corales masculinos o femeninos.

[756] Cf. Kock, *Com. Att. Frag.*, fr. 102.

[757] Comediógrafo (cf. Kock, *ibid.*, fr. 184).

[758] Cf. *ibid.*, frs. 57 y 117 (I, pág. 51).

bernar el banquete más sin vino que sin Menandro, pues su dicción agradable y pedestre se desparrama en su trama, de suerte que ni es desdeñada por los sabios, ni molesta a los achispados; sus máximas, que fluyen provechosas y sencillas, ablandan al fuego con vino incluso los caracteres más duros y los moldean hasta hacerlos comedidos; su mezcla de seriedad con las bromas para ninguna otra C
cosa parecería que se ha hecho que para placer, al tiempo que provecho de los que beben y están relajados, y también lo de erótico que hay en él da ocasión a unos hombres que han bebido de marcharse al poco a descansar junto a sus mujeres, pues entre tantos dramas no existe el amor por jóvenes del sexo masculino y las seducciones de doncellas acaban adecuadamente en boda y, en lo que respecta a las cortesanas, si son lanzadas y atrevidas, la cosa se corta con algún escarmiento o el arrepentimiento de los jóvenes, en tanto que a las honradas y fieles en su amor o se les encuentra un padre legítimo o se les añade para el amor cierto tiempo con una relación humana de respeto.

»Esto para hombres dedicados a alguna otra actividad quizá no es digno de ningún cuidado, pero con la bebida D
no me extrañaría que su atractivo y finura conlleve cierta capacidad de moldear, al tiempo que de poner en orden, que hace a los caracteres asemejarse a comportamientos discretos y humanos.»

4. Pues bien, Diogeniano, sea porque terminara o hiciera una pausa, se calló; y como el sofista se le echara encima de nuevo y creyera que había que recitar algunos pasajes aristofánicos, Filipo, dirigiéndose a mí, dijo:

—Éste ha satisfecho su deseo de elogiar al más grato para él, a Menandro, y de los demás parece no preocuparse ya nada, pero nos quedan por investigar muchas diver-

siones sobre las que gustosamente te oiría; el certamen de
E escultores lo dirimiremos mañana, sobrios, si le parece bien al forastero y a Diogeniano.

—Pues bien, dije yo, hay algunos mimos de los cuales a unos la gente llama *hypothéseis* (argumentos) [759] y a otros *paignía* (farsas); pero pienso que ninguno de estos géneros se ajusta al banquete: los argumentos por la duración de la acción y su alto coste, y las farsas, como están muy preñadas de chocarrería y chabacanería, ni siquiera les conviene verlos a los esclavos que nos traen el calzado, al menos, por supuesto, si sus dueños son sensatos. Sin embargo, la mayoría, aunque estén recostados con ellos sus mujeres y niños pequeños, ofrecen representaciones de he-
F chos y palabras que causan más perturbación a las almas que cualquier borrachera. Pero la cítara, al menos, era conocida del banquete antiguamente en todas partes, según Homero, y aún ahora en nuestro tiempo, y no conviene deshacer una amistad y trato tan grandes, sino solamente pedir a los citaristas que supriman de sus cantos treno y llanto, entonando, en cambio, cantos biensonantes y adecuados a hombres que se divierten. A la flauta, en cambio, aunque se la quiera expulsar de la mesa, no es posible,
713A pues las libaciones la requieren junto con la corona y produce con el pean sones divinos; luego, su tono es penetrante y entra por los oídos vertiendo hasta el alma un sonido agradable, que produce calma, de suerte que si el vino no hubiera arrancado ni quitado un disgusto o preocupación, la flauta con la gracia y suavidad de su música, relegándolos a segundo plano, los calma, por supuesto, si ella guarda la medida sin apasionarse ni sobreexcitar y sin sacar de su sitio con sus tonos bajos y exceso de modu-

759 Sobre ello, cf. ATEN., 621D.

laciones la mente que está húmeda y vacilante por la bebida; pues, del mismo modo que los animales no compren- B den una palabra con sentido, pero los que les cuidan hacen que se levanten y, a su vez tumben con silbidos y chasquidos armoniosos o con siringes y caracolas, así cuanto hay en el alma de rebañego, gregario y de incapacidad para comprender y obedecer a las palabras, los hombres lo ponen en buen estado y suavizan acompañando su música y ritmo con la cítara y flauta.

No obstante, si hay que decir lo que a mí al menos me parece, no confiaría el banquete ni a la música de la flauta ni de la cítara por sí solas, sin palabras ni canto, como a una corriente que lo recogiera para arrastrarlo, pues hay que acostumbrarse, vayamos en serio o en broma, de tal forma que nuestros placeres arranquen de la C palabra y las diversiones se hagan con la palabra, y que el canto y ritmo sean como un aderezo para la palabra y no los tomemos como comida o postre por sí solos, pues, al igual que nadie en el vino o comida rechaza un placer que penetra con la necesidad del alimento, y Sócrates expulsó, dándole un cachete en la cabeza, al del perfume [760], por ser innecesario y superfluo, así no atendamos al sonido de la cítara y flauta cuando golpean los oídos por sí solas, pero admitámoslas, si, acompañadas de la palabra y canto, regulan y alegran nuestra razón, considerando D que también el Marsias [761] aquél fue castigado por el dios, porque embridándose con la doble correa [762] y la flauta,

[760] Jen., *Banqu.* II 3 ss.

[761] El sátiro Marsias fue desollado vivo por Apolo tras haber perdido un certamen con el dios provocado por aquél.

[762] Los flautistas se adaptaban a la boca unas correas (estrangul) (cf. Aristóf., *Avispas* 581, *Aves* 861, y Fil., *Vida de Apol.* V 21).

se atrevió a contender con música desnuda contra el canto y la cítara.

Cuidemos sólo, dije, de que, si nuestros comensales pueden divertirse con la conversación y la filosofía, no les traigamos de la calle lo que sería un obstáculo del entretenimiento, más que un entretenimiento; pues no sólo son necios cuantos teniendo la salvación en su casa y en sí mismos, como Eurípides dice,

desean tomar otra importada[763],

sino también cuantos teniendo en ellos mucha diversión
E y alegría, se empeñan en traer de fuera lo que alegra. En efecto, también la magnanimidad del gran rey con Antálcidas, el laconio[764], se mostró terriblemente chabacana y rústica, cuando, tras sumergir en perfume una corona de rosas y azafrán entrelazados, se la envió, apagando su belleza natural y propia y ultrajando a las flores. Igual, pues, es el que, cuando un banquete tiene encanto en sí mismo y su musa particular, se le anime con una flauta y cítara de fuera, quitándole lo propio con lo extraño.

Así pues, el momento de tales espectáculos sería, sobre
F todo, en un banquete que se encrespa y se cala el casco para la riña y disputa, de modo que apague cualquier insulto y lo ataje, cuando la investigación desemboca en una discusión desagradable y certamen sofístico y lo contenga, cuando pasa a certámenes propios de asamblea y del ágora, hasta que otra vez, desde el principio, el banquete vuelva a ser apacible y despejado.

[763] Fr. 984 de Nauck.

[764] Cf. *Pelóp.* XXX, y *Artaj.* XXII.

CUESTIÓN NOVENA

De que hablar de política durante la bebida era griego no menos que persa 714A

Conversan Glaucias y otros

Cuando Nicóstrato [765] nos agasajaba, la conversación durante la cena versaba sobre lo que iban a tratar los atenienses en la Asamblea. Y al decir uno que «seguimos una práctica persa, señores, al hablar de política durante el vino» [766], replicando Glaucias dijo: «¿En qué lo es más que griega?, pues griego era el que dijo:

con el estómago lleno el consejo y los proyectos son [mejores [767];

y griegos cercaban, con Agamenón, Troya, entre quienes, B
mientras comían y bebían, 'empezó a tejer un proyecto antes que ninguno el anciano' [768], que había sido promotor ante el rey de la invitación de los nobles para esto mismo: 'Da un banquete a los ancianos, dijo, y entre los muchos que se reúnan contigo, obedece a aquel que te aporte el mejor consejo' [769]. Por ello, también, las estirpes de Grecia que tienen las mejores constituciones y conservan con más amor sus antiguas costumbres, reunían a sus magistrados en la mesa. En efecto, los llamados entre los creten-

[765] Personaje al que sólo conocemos por esta cuestión y la siguiente.
[766] Heród., I 133, 3.
[767] Cf. *supra*, n. 696.
[768] Hom., *Il.* IX 93.
[769] *Ibid.*, IX 74.

ses andrios [770] y entre los espartanos fiditios [771] ocupaban el puesto de consejo secreto y de reuniones aristocráticas, como creo que también el Pritaneo y Tesmotetio de aquí.
C Y no lejos de éstos está la asamblea nocturna, en Platón [772], de los hombres mejores y más políticos, a la que se remiten los asuntos más importantes y dignos de la mayor preocupación. Y los que ofrecen una libación a Hermes, 'el último cuando se acuerdan del lecho' [773], ¿acaso no reúnen en el mismo lugar la palabra y el vino?, pues al momento de marcharse suplican al dios más inteligente para que les asista y aconseje; y los muy antiguos llamaron al propio Dioniso, por no precisar de Hermes, 'el del buen consejo' y por él a la noche la 'benévola' [774].»

CUESTIÓN DÉCIMA

D *De si se hacía bien tratando de política durante la bebida*

Conversan NICÓSTRATO y un HERMANO DE PLUTARCO (¿LAMPRIAS?)

1. Habiendo expuesto esto Glaucias, nos pareció que aquellas ruidosas conversaciones [775] se habían enviado a

---

[770] Literalmente, «habitación o junta de hombres», a la que cada ciudadano contribuía con aportaciones comunes, según ATEN., 143A ss., quien indica como su fuente la *Historia de Creta* de Dosiadas.

[771] Sobre los *phidítia* o mesas comunes cf. ATEN., 139C, 140C ss., 173F y 186B, y PLUT., *Lic.* XII, donde también habla de los andrios.

[772] *Leyes* XII 986 a.

[773] HOM., *Od.* VII 136-138. Entre los griegos corrientemente se invocaba en último lugar a Hermes, patrono de la noche, a quien se le pedían sueños favorables (cf. *Od.* III 332 ss., y HEL., *Etióp.* III 5, 1.

[774] Literalmente, «la bien intencionada».

[775] No sabemos a qué se refiere Plutarco con esta expresión, pues en ningún momento se han producido esas ruidosas conversaciones.

la cama convenientemente, y, para que el olvido de ellas fuera aún mayor, Nicóstrato, trayendo a colación otra investigación, dijo que antes no le preocupaba en absoluto una práctica que parecía ser persa, pero que, como ahora se había descubierto que era griega, precisaba una explicación que le ayudara ante la extrañeza surgida de ello, «pues el razonamiento, como el ojo, en un líquido que está en agitación, es algo que nosotros difícilmente movemos y hacemos trabajar, y las pasiones que por todas partes producen turbación y surgen con el vino, como reptiles al sol, E
hacen nuestro entendimiento vacilante e inseguro; de ahí que, del mismo modo que para los que beben un lecho es mejor que un asiento, porque contiene el cuerpo y permite todo movimiento [776], así tener el alma en sosiego es lo mejor; y si no, se ha de dar, como a niños a quienes no se pueden tranquilizar, no una lanza y espada, sino una carraca y una pelota, como el dios entregó a los que están embriagados la cañaheja, el dardo más ligero y la defensa más suave, para que, cuando golpean muy rápidamente, lastimen muy poco, pues a los que están borrachos hay que tomarles sus deslices como algo ridículo, no lamentable, trágico y causante de grandes desgracias [777].

»Y, además, lo que precisamente es más importante en F
el examen de las cosas más importantes, que el que está falto de talento o es inexperto en las cosas prácticas siga a los sensatos y oiga a los expertos, el vino se lo quita a los que están borrachos, de suerte que su nombre dice Platón que se debe a que viene a hacer creer a los que beben 715A

[776] O, quizá, también se podría traducir por: «nos libera de toda agitación».

[777] Cf. *supra*, n. 5.

que tienen noción [778], pues cada uno de los que beben no se cree tan famoso ni hermoso ni rico, aunque se lo crea, como 'sensato'; por ello, también, el vino es parlanchín y está henchido de una charla inoportuna y de un espíritu dominante, como si nos conviniera no oír, sino más bien ser oídos y conducir, en lugar de seguir; mas, en efecto, dijo, cualquiera podría resumir todo ello fácilmente en esto, ya que está claro, pero hay que oír lo contrario, si es que alguno, joven o mayor, quiere oponerse.»

2. Pues bien, nuestro hermano muy insidiosa y sofís-
B ticamente dijo: «¿Crees, pues, que cualquiera en la ocasión presente podría descubrir las explicaciones al problema que sean admisibles?» Y al contestarle Nicóstrato que lo creía totalmente, ya que asistían tanto eruditos como políticos, aquél sonriendo dijo: «¿Luego crees también que tú mismo estarías capacitado para hablarnos sobre esto, pero que para un análisis práctico y político te encuentras incapacitado por el vino? ¿O esto es semejante a creer que quien bebe, desviando sus ojos de las cosas grandes, observa perfectamente las pequeñas y, por lo que respecta al oído, oye a medias a quienes se le acercan y le hablan, pero escucha perfectamente a quienes cantan y tocan la flauta?
C Pues, como en este punto es lógico que lo útil atraiga nuestros sentidos más que lo refinado, así también de nuestra inteligencia no me admiraría, desde luego, que se le escapara algo filosófico y superior durante el vino, pero es lógico que, llevada a investigciones prácticas, se concentre y afirme por el hecho de pensar; como Filipo en Que-

---

[778] *Crát.* 406c. Etimología fantástica, en la que se unen para formar la palabra *óinos* (vino) el infinitivo *oíesthai* (creer) y *nóun* (mente), que hemos intentado reproducir en nuestra traducción.

ronea, quien, aunque por la borrachera desvariaba mucho y hacía el ridículo, justo al acercársele la hora de hablar sobre las treguas y la paz, tensó el rostro, frunció las cejas y, desechando toda su indolencia y desenfreno, dio a los atenienses una respuesta sobria y muy bien meditada [779].

»Desde luego, el beber se diferencia del emborracharse D y los que están borrachos hasta el punto de desbarrar creemos que deben irse a acostar; en cambio, de los que se sirven vino en cantidad y beben de más, si por lo demás son hombres con inteligencia, no hay por qué temer que pierdan la cabeza, ni echen por la borda su experiencia, cuando vemos que bailarines y citaristas actúan en los banquetes en modo alguno peor que en los teatros, pues si la experiencia acompaña, procura que el cuerpo recupere sus energías y se maneje con seguridad.

»A muchos el vino les añade un atrevimiento cómplice de la audacia, no desvergonzado ni desmedido, sino agradable y seductor, como refieren que también Esquilo hacía E sus tragedias mientras bebía [780]. Y uno de sus dramas, *Los Siete contra Tebas*, no está 'lleno, como Gorgias dijo, de Ares' [781], sino todo él de Dioniso. El vino, pues, al ser, según Platón, 'un avivador del alma al tiempo que del cuerpo' [782], hace al cuerpo ligero y abre el camino de la fantasía, que arrastra consigo, junto con la confianza, la conversación. Algunos, de natural ingenioso, pero tímido y encogido mientras están sobrios, cuando se ponen a beber, se elevan como el incienso por el calor. Y el vino expulsa el miedo, que es uno de los obstáculos nada pequeños para

[779] Con más detalle relata la anécdota DIOD., XVI 87.

[780] Cf. *supra*, n. 104.

[781] Cf. DK., II, pág. 306 (fr. 24).

[782] *Tim.* 60a.

F deliberar, y apaga otros muchos sentimientos despreciables e innobles, y deja al descubierto el malhumor y la perfidia como ciertas dobleces del alma, y hace patente en las palabras cualquier manera de ser y sentimiento; y es el mayor
716A procreador de sinceridad y por ella de verdad, sin cuya presencia ningún provecho hay en la experiencia ni en la sagacidad; al contrario, muchos, empleando lo primero que se les ocurre, consiguen más que si ocultan insidiosa y maliciosamente lo que tienen en la mente.

»Por tanto, no hay que temer que el vino mueva las pasiones, pues no mueve las peores, salvo en los muy malvados, cuya voluntad jamás está sobria; sino que, al igual que Teofrasto solía llamar a las barberías 'banquetes sin vino' [783], por lo mucho que se habla en ellas, así en las almas de los ineducados habita siempre una borrachera sin vino y taciturna que se altera por la más ligera cólera o desaveniencia o contumacia o bajeza, la mayor parte de
B las cuales el vino apagando más que excitándolas, no hace a los hombres insensatos ni necios, sino sencillos y sin malicia y no menospreciadores de lo útil, sino personas que eligen el bien. En cambio, los que consideran la malicia sagacidad y la falsa opinión y bajeza prudencia, naturalmente, declaran tontos a los que en el vino dicen sin truco ni engaño lo que les parece. Al contrario, los antiguos llamaban al dios 'Salvador' y 'Liberador' y pensaban que tenía una gran parte en la mántica, no por 'lo báquico
C y arrebatado', como Eurípides [784] dijo, sino porque, privándonos y liberándonos de lo servil, pusilámine y desconfiado, nos permite tratar a unos con otros con la verdad y la franqueza.

---

[783] Fr. 76 de WIMMER.

[784] *Bac.* 298-299.

LIBRO VIII

INTRODUCCIÓN

Los que expulsan, Sosio Seneción, la filosofía de los 716D
banquetes no obran del mismo modo que los que apagan la luz, sino peor, por cuanto que, aunque se apague la lámpara, los mesurados y prudentes en nada serán peores, pues tienen en más el respetarse mutuamente que el verse, pero, sin duda, cuando la ignorancia y la incultura están presentes con el vino, ni la lámpara aquella de oro de Atenea [785] E
podría ofrecer un beber agradable y ordenado. Pues hartarse juntos en silencio es, por supuesto, cosa de cerdos y, quizá, imposible; por otra parte, el que admite la conversación en el banquete, pero no acepta que se haga uso de ella de una manera ordenada y con provecho, es mucho más ridículo que el que cree que los que cenan tienen que beber y comer, pero les sirve puro el vino y les presenta los manjares sin atractivo y sucios, pues ninguna bebida ni comida son tan desagradables y nocivas, cuando no se

[785] Hom., *Od.* XIX 34.

cuidan del modo que conviene, como una conversación que
F se pasea inoportuna y neciamente por el banquete. Por cierto que los filósofos que censuran la embriaguez la llaman 'un desbarrar por el vino' [786]; y desbarrar no es otra cosa que emplear un lenguaje vano y estúpido; y en cuanto una charla desordenada y la estupidez tropiezan con el vino, la insolencia y los excesos que la acompañan son el remate más inculto y desagradable.

No neciamente, en consecuencia, también entre nosotros en las Agrionias [787], las mujeres buscan a Dioniso
717A como prófugo; después lo dejan y dicen que se ha refugiado junto a las Musas y está escondido entre ellas; pero, poco después, cuando la cena toca a su fin, se proponen unas a otras acertijos y adivinanzas, enseñando la celebración mistérica que hay que mantener durante la bebida una conversación que tenga cierto contenido e inspiración y que, cuando una conversación tal acompaña a la embriaguez, se esconde lo que tiene de agreste y frenético, benévolamente retenido por las Musas.

Pues bien, lo que en el natalicio de Platón el año pasado nos aconteció escuchar y decir, eso en primer lugar comprende el libro: es el octavo de las *Quaestiones convivales*.

---

786 Para esta definición estoica, cf. von Arnim, *Stoic. Vet. Frag.*, III, 163 y 643, y *Mor.* 504B.

787 Fiesta de Dioniso Agrimonio en Orcómene de Beocia.

CUESTIÓN PRIMERA

Sobre el día en que nacieron algunos famosos; en donde también se trata de la pretendida procedencia de los dioses

Conversan DIOGENIANO, PLUTARCO, FLORO y TÍNDARES

1. Después de celebrar el día sexto de comenzado B
Targelión [788] el natalicio de Sócrates, el séptimo celebrábamos el de Platón y esto nos proporcionó, primero, conversaciones adecuadas a esta coincidencia, a las que dio comienzo Diogeniano de Pérgamo. Afirmó, en efecto, que Ión dijo no neciamente de la fortuna que, aunque se diferencia mucho de la sabiduría, actúa muchísimas veces de forma parecida a ella [789]; esto, sin duda, parecía haber producido por sí mismo armoniosamente el que no sólo hubieran nacido tan próximos, sino también que el más viejo y maestro lo hiciera un día antes.

Y a mí se me venía a la cabeza decirles a los presentes muchas cosas que acaecieron a un mismo tiempo: como C
era lo del nacimiento y muerte de Eurípides, nacido el día en que los griegos combatieron por mar en Salamina contra el medo [790] y muerto en el que nació Dioniso [791], el más viejo de los tiranos de Sicilia, llevándose la fortuna,

---

[788] Mes ateniense que ocupaba desde mediados de mayo a mediados de junio.

[789] DK., I, pág. 379 (fr. 36, B, 3).

[790] En el año 480 a. C.

[791] Plutarco confunde el nacimiento de Dionisio con su arribada a la tiranía (406 a. C.), fecha a la que se refiere en esta cita.

como dijo Timeo, al imitador de situaciones trágicas e introduciendo a un tiempo a su actor.

Recordaron también la muerte del rey Alejandro y la de Diógenes, el cínico, ocurrida el mismo día [792], y se estaba de acuerdo en que el rey Átalo murió el mismo día D que nació. Unos dijeron que Pompeyo Magno murió en su natalicio en Egipto y otros que un día antes. Vino también a la memoria Píndaro, nacido en los Píticos, el corego de muchos y hermosos himnos al dios.

2. Floro, por su parte, dijo que tampoco en el natalicio de Platón era indigno de recuerdo Carnéades [793], famosísimo varón seguidor de la Academia: Ambos, en efecto, nacieron en la festividad de Apolo, uno en Atenas durante las Targelias [794], el otro mientras celebraban los cirineos las Carnias [795]: «Celebran, dijo, ambas el día séptimo y vosotros, los intérpretes de las cosas divinas y sacerdotes, llamáis 'septimonato' al dios por haber nacido ese día. Por ello los que atribuyen a Apolo la paternidad de Platón no creo que alguien diría que avergüenzan al dios, E que nos ha hecho de él por medio de Sócrates, cual otro Quirón, el médico de grandes dolencias y enfermedades.» Al tiempo recordó la visión que se cuenta que tuvo en sueños su padre Aristón y la voz que le prohibía yacer con su mujer y tocarla durante diez meses [796].

---

[792] En el año 323 a. C.

[793] Carnéades de Cirene (214-129 a. C.), director de la Academia desde el año 155 hasta el 137. En el 155 viajó a Roma como miembro de la embajada de los filósofos. No nos dejó nada escrito.

[794] Fiestas en honor de Apolo y Ártemis.

[795] Fiestas consagradas a Apolo.

[796] Según Dióg. Laer., III 2, se le apareció en sueños Apolo.

3. Tomando la palabra Tíndares [797], el lacedemonio, dijo: «Justo es cantar y decir de Platón lo de:

y no parece
de hombre mortal ser hijo, sino de un dios [798];

pero me temo que con la gloria imperecedera de lo divino esté en pugna no menos lo que engendra que lo engendrado, pues ello es, en cierto modo, cambio y afección; así también más o menos lo sospechó Alejandro al decir F
que cuando más mortal y perecedero se reconocía era al yacer con mujer y al dormir [799], en la idea de que el sueño sobreviene por abandono a causa de la debilidad y que toda procreación es destrucción y cambio de algo propio en otra cosa. Cobro ánimo, sin embargo, a mi vez, cuando 718A
oigo al propio Platón llamar padre y hacedor del mundo y demás seres engendrados al dios no engendrado e inmortal [800], por llegar aquéllos al ser no por esperma, sino por haber engendrado el dios en la materia por medio de otra fuerza un principio fecundante, por cuya acción aquélla sufrió alteraciones y cambió:

Pues se le ocultan incluso de los vientos los caminos
a la hembra del pájaro, salvo cuando se le presenta la [puesta [801].

Y no considero nada extraño el que el dios sin tener contacto como hace el hombre, sino por otro tipo de contac-

[797] Platónico convencido.
[798] Hom., *Il.* XXIV 258.
[799] Cf. *Mor.* 65F, y *Alejandro* XXII.
[800] *Tim.* 28c.
[801] Cf. Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 436, para estos versos de Sófocles.

tos y toques a través de otros cambie y llene de semen
B divino lo mortal; 'y no es mío el mito [802], añadió, sino que los egipcios dicen que así fue parido Apis [803] por un contacto de la Luna, y, en general, conceden a una divinidad masculina el trato con una mujer mortal, pero no creen, por el contrario, que un hombre mortal pueda ofrecer a una divinidad femenina un principio de embarazo y parto por el hecho de poner la entidad de los dioses en aires, vientos y en determinados calores y humedades.»

CUESTIÓN SEGUNDA

De en qué sentido decía Platón que el dios es siempre geómetra

Conversan Diogeniano, Plutarco, Tíndares, Floro y Autobulo

1. Hecho tras esto un silencio, tomando de nuevo Dio-
C geniano la iniciativa, dijo: «¿Queréis, puesto que ha habido conversaciones sobre los dioses, que tomemos, en el natalicio de Platón, a Platón mismo como compañero, examinando con qué intención manifestó que el dios es siempre geómetra?; si es que hay que admitir que esa declaración es ciertamente de Platón.»

Y como yo dijera que en ninguno de sus libros está escrita claramente, pero que tiene credibilidad suficiente y es propia del carácter de Platón, tomando al punto Tín-

---

[802] Verso de Eurípides, Nauck, *ibid.*, fr. 484.

[803] Apis es el toro sagrado de los egipcios.

dares la palabra, dijo: «¿Crees tú, pues, Diogeniano, que estas palabras expresan en forma de enigma algo singular y de difícil examen, y no lo que precisamente él ha dicho y escrito muchas veces, cuando canta el elogio de la geometría por arrancarnos de la sensación a nosotros que estamos anclados en ella y hacernos volver hacia la naturaleza D
inteligible e imperecedera, cuya contemplación es el fin de la filosofía, como la contemplación de los misterios lo es de la iniciación? Pues el clavo de placer y dolor con el que clava el alma al cuerpo [804], parece tener como mayor mal el hacer las cosas sensibles más claras que las inteligibles y forzar a la mente a juzgar por el sentimiento más que por la razón, pues acostumbrada por el intenso penar y gozar a atender a lo errante y cambiante de los cuerpos como si se tratase del verdadero ser, es ciega para lo que de verdad es y destruye el órgano equivalente a 'innumerables ojos' [805] del alma y su luz, con la que sólo es E
contemplable lo divino. Pues bien, en todas las ciencias llamadas matemáticas, como en pulidos y lisos espejos, aparecen huellas e imágenes de la verdad de las cosas inteligibles, pero sobre todo la geometría, que es, según Filolao [806], principio y metrópolis de las demás, eleva y dirige la mente, como purificada y liberada poco a poco de la sensación. Por ello, también, el propio Platón reprochó a Eudo-

[804] *Fedón* 83d.

[805] *Rep.* 527e.

[806] Filolao de Crotona (cf. DK., I, pág. 399 [fr. 44, A, 7]), filósofo pitagórico contemporáneo de Sócrates y maestro de algunos discípulos del filósofo ateniense, como Simias y Cebes, fue el primero en publicar en forma de libro doctrinas pitagóricas. Conforme a su teoría cosmogónica, los cuerpos celestes giran en torno a un fuego central, fuente de energía y movimiento. En este sistema la tierra está colocada en el centro del Universo.

xo, Arquitas y Menecmo, que se empeñaban en trasladar la duplicación del cubo a medios instrumentales y mecánicos, como si intentaran tomar dos medias proporcionales,
F del modo que se pudiera, al margen de la razón [807]; pues así se perdía y destruía el bien de la geometría, que regresaba de nuevo a las cosas sensibles y no se dirigía hacia arriba, ni se apoderaba de las imágenes eternas e incorpóreas, en cuya presencia el dios es siempre dios.»

2. Después de Tíndares, Floro, que era compañero suyo y que fingía siempre en broma ser su amante y lo repe-
719A tía, dijo: «Nos fuiste útil al no hacer tuyo el razonamiento, sino común, pues al mostrar tú mismo que la geometría no es necesaria a los dioses, sino a nosotros, permitiste que se te refutara; ya que un dios no necesita en modo alguno de las matemáticas que, como un instrumento, le aparten la mente de lo engendrado y la lleven al ser; pues el ser está en él mismo y con él y en torno a él. Pero mira no vaya a escapársete que Platón exprese en enigma algo que te atañe a ti y te es familiar, en cuanto mezcla con Sócrates no menos a Licurgo que a Protágoras, como
B creía Dicearco [808]. Pues Licurgo sabes, sin duda, que

[807] Cf. DK., I, pág. 425 (fr. 47, A, 15), y Plut., *Marcelo* XIV. Arquitas de Tarento, famoso pitagórico del siglo IV a. C., con el que Platón estuvo en contacto, dio al pitagorismo, gracias a sus estudios matemáticos, una orientación más marcada hacia las ciencias exactas.—Eudoxo de Cnido, académico del siglo IV a. C., alumno de Arquitas en matemáticas, también oyó a Platón. Posteriormente viajó a Egipto, donde permaneció muchos años. Fundó una escuela en Cícico; luego se afincó en la Academia y, finalmente, regresó a su patria. Sus aportaciones a las matemáticas fueron: la doctrina de las proporciones, la teoría de la sección áurea y el método de la exhaustión.—Menecmo fue alumno de Eudoxo y se ocupó del antiguo problema de la duplicación del cubo.

[808] Fr. 41 de Wehrli. Sobre Dicearco, cf. *supra*, n. 417.

desterró de Lacedemonia la proporción aritmética por ser democrática y populachera e introdujo la geometría, que conviene a una oligarquía prudente y a una realeza legítima; aquélla, en efecto, distribuye lo mismo según el número, ésta, en cambio, lo que corresponde al mérito según la razón. Y no mezcla todo juntamente, sino que en ella es bien clara la separación de buenos y malos que obtienen siempre lo propio no por yugadas ni lotes, sino por su diferencia en virtud y maldad. El dios lleva esta proporción a las cosas, una justicia y castigo, querido Tíndares, que nos proclaman y enseñan que es preciso hacer lo justo igual, no lo igual justo; pues la igualdad que la mayoría persigue, que es la mayor de todas las injusticias, haciéndola desaparecer el dios, en cuanto es posible, conserva C
la que corresponde al mérito, definiendo geométricamente lo que es de ley con lo que es de razón.»

3. Nosotros alabábamos esto. Pero Tíndares decía que tenía celos y rogaba a Autobulo ponerle la mano encima a Floro y castigarle por sus palabras. Él se negó a esto y opuso una opinión propia.

Dijo, en efecto, que la geometría no contempla ninguna otra cosa que los accidentes y situaciones relativas a los límites, ni el dios de ningún otro modo hizo el mundo que limitando la materia, que era ilimitada, «dado que D
a lo indefinido y sin límite alguno no en virtud de la cantidad y el número, sino por su desorden y confusión, solían llamarlo 'ilimitado' los antiguos. Y, en efecto, la forma y la figura son límite de todo lo conformado y configurado, con cuya privación no tendría forma ni figura por sí misma la materia. Pero en cuanto surgieron números y proporciones, como atada y abrazada por las líneas y por las superficies y volúmenes derivados de las líneas, proporcio-

nó las formas primeras y las diferencias de los cuerpos, como cimientos para la generación del aire y la tierra, del
E agua y el fuego; pues sacar igualdades en los lados, semejanzas en los ángulos y armonía de octaedros e icosaedros y aun de pirámides y cubos de una materia desordenada y errante sin algo que delimite y articule geométricamente cada cosa, es inviable e imposible. De ahí que, en cuanto surgió un límite para lo ilimitado, se produjo y aún se produce el todo ajustado, mezclado y limitado de la mejor manera, pues mientras la materia es siempre forzada a emerger a lo indefinido y rehúye ser geometrizada, la razón, por el contrario, se apodera de ella, la circunscribe y distribuye en formas y variedades, de las que todo lo que nace tiene su origen y constitución.»

4. Tras ser dichas estas cosas, estimaban que también
F yo debía contribuir en algo a su argumentación. Y yo alabé las opiniones expresadas como originales y suyas propias y dije que tenían bastante verosimilitud, «Mas para que no os despreciéis, dije, ni tengáis en absoluto que poner la vista fuera, oíd el argumento sobre esto admitido
720A entre nuestros maestros. Está, en efecto, entre los teoremas más puramente geométricos, o mejor, problemas, el de dadas dos figuras trazar una tercera igual a una de ellas y semejante a la otra [809], por cuyo descubrimiento dicen que Pitágoras ofreció incluso un sacrificio, pues mucho más acabado, sin duda, e inspirado que aquel teorema es el que demuestra que la hipotenusa vale igual que los lados del ángulo recto.»

«Bien hablas, dijo Diogeniano, pero esto ¿qué tiene que ver con la conversación.»

---

[809] Cf. Euclides, *Elementos* VI 25.

«Lo sabréis fácilmente, dije, si hacéis memoria de la división del *Timeo* [810], con la que dividió en tres las primeras cosas por las que el mundo tuvo origen, de las que B a una llamamos con el más justo de los nombres dios, a otra materia y a otra forma. Pues bien, la materia es lo que más carece de orden de entre las sustancias; la forma, el más hermoso de los modelos, y el dios, la mejor de las causas; quería, en consecuencia, que nada, en cuanto fuera posible, quedase inútil e indefinido, sino ordenar con razón , medida y número la naturaleza, haciendo una sola cosa de todo lo que subyacía en el mismo lugar, siendo la cualidad la forma y la cantidad la materia. Por eso, proponiéndose a sí mismo este problema, de estas dos realidades hizo, hace y conserva para siempre una tercera igual a la materia y semejante a la forma, el mundo. Pues C estando éste siempre, por una necesidad connatural de su cuerpo, en nacimiento, cambio y toda clase de afecciones, es ayudado por el padre y demiurgo, quien por la razón limita la esencia conforme al modelo, por lo cual también en lo que existe más hermoso que lo que se ajusta a una medida es lo que se acerca a ella.»

CUESTIÓN TERCERA

De por qué la noche es más sonora que el día

Conversan Amonio, Boeto, Plutarco, Trasilo y Aristodemo

1. Mientras éramos agasajados en Atenas en casa de Amonio, resonó en torno a ella un ruido de gente que acla-

[810] 29e ss. y 48e ss.

D maba desde fuera al estratego: Amonio era estratego por tercera vez, y cuando, tras enviar a unos de su escolta, hizo cesar el alboroto y despidieron a los hombres, indagábamos nosotros por qué cuando gritan los de fuera, los oyen bien los de dentro, pero no igualmente los de fuera a los de dentro.

Y Amonio dijo que esto había sido resuelto por Aristóteles [811]: pues la voz de los de dentro saliendo fuera a un aire que es abundante y se eleva, al punto se debilita y dispersa; pero la que de fuera penetra dentro, no experimenta nada semejante, sino que se conserva y permanece clara; es, sin embargo, más bien esto lo que necesita una explicación, el que por la noche sean las voces más sonoras y guarden limpiamente además de la intensidad la nitidez. «Pues bien, dijo, me parece que la providencia ha ideado E no torpemente para el oído la claridad, cuando es nula o muy poca la labor de la vista; pues siendo el aire oscuro en la, según Empédocles, 'noche desierta de mirada ciega' [812], cuanto le quita a los ojos de percibir, se lo devuelve por los oídos. Y puesto que es preciso encontrar también las causas que actúan por necesidad según la naturaleza y es propio del físico esto: ocuparse sobre principios materiales e instrumentales, ¿quién, dijo, de nosotros sería el primero en dar paso a una explicación que fuera persuasiva?»

2. Hecho un descanso, Boeto dijo que, cuando era joven aún y se dedicaba a la sofística, se servía de postulados de la geometría y aceptaba hipótesis no demostradas, F pero que ahora utilizaría algunas de las ya demostradas

[811] Cf. Ps.-Arist., *Probl.* 903b13 ss.

[812] Cf. DK., I, pág. 331 (fr. 49).

por Epicuro. «'Se mueve lo que es en lo que no es [813], pues un gran vacío está diseminado entre los átomos del aire y se mezcla con ellos.' Pues bien, cuando el aire está esparcido y tiene anchura y rotación por su falta de densidad, los intersticios vacíos entre sus partes se quedan pequeños y delgados y los átomos, diseminados, ocupan 721A
mucho espacio, mas cuando se contrae y se produce una condensación de aquéllos en poco espacio y, forzados, se comprimen con otros, crean fuera mucha anchura y grandes intervalos y esto ocurre de noche por el enfriamiento, pues el calor afloja, distiende y disuelve las condensaciones, por lo que ocupan mayor lugar los cuerpos que hierven, se ablandan y derriten, y, por el contrario, lo que se congela y enfría se aprieta consigo mismo, se hace compacto y deja en las vasijas que lo contienen los huecos y espacios de los que se han retirado. Y la voz que es emiti- B
da y se encuentra con cuerpos numerosos y apiñados, o se apaga del todo o recibe grandes desgarrones y muchos choques y retenciones, pero en una brecha vacía y desierta de cuerpos, como tiene una carrera fácil, constante y sin tropiezos, llega al oído conservando, por su rapidez, la claridad junto con su sentido. Ves, en efecto, que también entre las vasijas las vacías, cuando son golpeadas, responden más a los golpes y sostienen largo tiempo el eco y lo propagan muchas veces incluso en círculos concéntricos; pero una vasija bien llena o de un cuerpo sólido, o de C
un líquido cualquiera, se hace sorda del todo y muda, por no tener el sonido camino ni lugar por los que atravesar. Y entre los propios cuerpos, el oro y la piedra son, por su solidez, de sonido flojo y difícil eco y rápidamente apa-

[813] Cf. USENER, *Epicurea...*, fr. 323.

gan los ruidos en ellos mismos, pero el bronce es sonoro y parlero, como algo muy vacío, ligero de peso y delgado, pues no está comprimido por muchos cuerpos amontonados, sino que tiene una mezcla abundante de sustancia suelta y blanda que da fácil paso a los otros movimientos
D y, recibiendo favorablemente el sonido, lo transmite hasta que tocándolo alguien lo retenga en su caminar y lo apague; y entonces se detiene y deja de avanzar hacia delante por causa del obstáculo. Esto, dijo, me parece que hace sonora a la noche y menos al día, por hacer éste los intervalos pequeños entre los átomos a causa del calor y difusión del aire. Sólo, añadió, que nadie se oponga a mis primeras hipótesis.»

3. Y yo, como Amonio me rogara decir algo contra él, dije: «Que tus primeras hipótesis, querido Boeto, a pesar de tener en abundancia el vacío, se mantengan, mas para la conservación y movimiento de la voz le ponéis incorrectamente como fundamento el vacío, pues es propio del
E silencio y la calma lo blando, lo insensible y lo que no es golpeado, pero el sonido es un golpe de un cuerpo que resuena, y es resonante lo que es concorde consigo mismo, homogéneo y fácil de mover, lo ligero, liso y que responde a lo que lo golpea a causa de su elasticidad y consistencia, cual sólo es entre nosotros el aire, pues el agua, la tierra y el fuego no tienen sonido de por sí, pero todas las cosas resuenan al tropezar con ellas el aire, y emiten ruidos y chasquidos, y el bronce no participa en nada del vacío, sino que, como está mezclado con su aire homogéneo y ligero, responde bien al golpe y es sonoro; y si hay que dar crédito a la vista, es evidente que el hierro tiene una
F corrosión mayor, cantidad de vacío y agujeros, pero su sonido es muy malo y es el más sordo de los metales; de

ningún modo, por tanto, convenía crearle a la noche problemas contrayéndole el aire e intensificándoselo y dejando, a la vez, en otros lugares espacios y huecos, como si el aire fuera un obstáculo para la voz y destruyese la entidad de aquello de que es esencia, cuerpo y fuerza.

»Fuera de esto, sería preciso, sin duda, que las noches irregulares, como las nubladas e inclementes, fueran más 722A
sonoras que las claras y templadas (por el hecho de concentrarse aquí los átomos y dejar, en cambio, espacio desierto de cuerpos allí de donde se retiran), y, sin duda, lo que está más a nuestro alcance, que un día frío fuera más sonoro que una noche cálida y estival, ni lo uno ni lo otro es verdad. De donde, dejando este razonamiento, aduzco a Anaxágoras [814], quien dice que el aire es movido por el sol con un movimiento trémulo y con palpitaciones, como es manifiesto por las pequeñas partículas y fragmentos que siempre se agitan en la luz, a las que, por cierto, algunos llaman 'copos'; pues bien, éstas dice nuestro hombre que, silbando y zumbando durante el día por causa del calor, hacen las voces difíciles de oír por el ruido, B
pero que por la noche cede su agitación y rumor.»

4. En cuanto yo expuse esto, Amonio dijo: «Tal vez parezcamos ridículos al creer refutar a Demócrito y querer rectificar a Anaxágoras. No es así, sino que hay que corregir, al menos, el silbido de los cuerpos de Anaxágoras, ya que no es ni convincente ni necesario, sino que basta muchas veces el temblor de los cuerpos agitados en la luz y su movimiento para desgarrar las voces y desparramarlas. El aire, en efecto, como queda dicho, puesto que él

[814] Cf. DK., II, pág. 24 (fr. 74), y Ps.-Arist., *Probl.* 903a8 ss.

mismo se presenta como cuerpo y esencia del sonido, si está quieto, transmite de lejos los componentes y movimientos de los ruidos en línea recta, ligeros y continuos,
C pues la ausencia de viento y la calma son sonoros y, al contrario, como dice Simónides:

ni, pues, surgió entonces de los vientos el soplo que agita
[las hojas,
que impidiera, movido, al habla melosa
acoplarse a oídos mortales [815];

pues, muchas veces, la agitación del aire ni siquiera permite que la forma de la voz llegue articulada y conformada al sentido, sino que siempre destruye algo de su cantidad y volumen. Pues bien, la noche, ella de por sí, no tiene nada que pueda mover el aire, pero el día algo grande, el sol, como el propio Anaxágoras ha dicho.»

D 5. Tomando la palabra Trasilo [816], el hijo de Amonio, dijo: «Entonces, ¿qué nos pasa, ¡por Zeus!, para que en cada momento creamos que hay que considerar como causa de los movimientos del aire a cosas contemplables por la mente, y cerremos, en cambio, los ojos a su agitación y convulsión evidentes?; pues, ciertamente, 'el gran guía en el cielo, Zeus' [817], ése no suscita ni mueve todas las cosas agitando a escondidas y con calma las partículas más pequeñas del aire, sino apareciéndose de pronto:

cosas favorables señalando, a los pueblos al trabajo levan-
[tando [818],

[815] Fr. 41 de BERGK.
[816] Sólo interviene en esta cuestión.
[817] PLAT., *Fedro* 246e.
[818] ARATO, *Fenómenos* 6.

y ellos le siguen, como de un nuevo nacimiento 'pensando nuevas cosas para el día', según dice Demócrito [819], y no con energías mudas e inactivas. Por lo que también Íbico certeramente llamó al alba 'la audible' [820], hora en la que coinciden ya oír y hablar. Pero de noche, como el aire está calmo las más de las veces y no se deja oír por descansar todo, es natural que nos envíe el sonido sin romper E
ni mezclar.»

6. Pues bien, Aristodemo [821] de Chipre, que estaba presente, dijo: «Pero mira, Trasilo, no sea que rebatan esto las batallas y marchas nocturnas de los grandes ejércitos, que hacen las voces no menos sonoras, a pesar de estar el aire confuso y agitado. Y tiene alguna culpa de ello también lo que ocurre entre nosotros; nosotros mismos, en efecto, elevamos el tono de voz en la mayoría de lo que hablamos de noche alborotadamente y con una sensación de apremio cuando damos órdenes o preguntamos a quien sea. Porque lo que nos hace levantarnos para una F
actividad o conversación en el momento que es más natural que estemos en calma, no es cosa pequeña ni tranquila, sino grande y que responde a una necesidad muy grande, de suerte que incluso nuestra voz sale con más fuerza.»

[819] DK., II, pág. 175 (fr. 158).

[820] Fr. 7 de Bergk.

[821] Conocido sólo por este pasaje.

723A

CUESTIÓN CUARTA

De por qué cada juego sagrado tiene una corona distinta, pero todos la palma; en donde también se trata de por qué a los dátiles grandes los llaman Nicolaos

Conversan Herodes, Sóspide, Protógenes, Praxíteles y Cafisias

1. Cuando se celebraban los Ístmicos, siendo Sóspide [822] agonoteta por segunda vez, eludimos los demás agasajos, pues agasajaba él a muchos extranjeros a la vez y muchas veces a todos los ciudadanos; pero, cuando una vez recibió en su casa a los más íntimos, y a gente erudita,
B asistimos nosotros también. Levantadas las primeras mesas llegó uno ante el rétor Herodes [823] llevándole de parte de un conocido que había vencido con un encomio una palma y una corona trenzada. Y él tomándolas, las devolvió de nuevo y dijo que andaba en duda de por qué, en efecto, cada juego tiene una corona distinta, pero todos en común la palma. «Pues no me convencen a mí al menos, dijo, los que afirman que la igualdad de sus hojas, por alzarse siempre enfrentadas y crecer simétricas, actúan de modo semejante a un combate y disputa y que ella se llama *níkē* (victoria) por el hecho de no ceder *(mḕ éikon)* [824];
C pues también otras muchas plantas repartiendo exactamen-

---

[822] Rétor, posiblemente corintio, por lo que se dice en este punto. Interviene, además, en IX 5 y 12.

[823] Lo volveremos a encontrar en IX 14.

[824] Relación etimológica falsa entre *mḕ éikon* (que no cede) y *níkē* (victoria).

te el alimento casi con cierta medida y peso en hojas contrapuestas, les dan una igualdad y orden admirables. Porque más convincentes que aquéllos son los que sospechan que los antiguos amaban su hermosura y buen natural, como Homero, que comparó 'al tallo de una palmera' [825] la lozanía de la feacia; pues, sin duda, no ignoráis que algunos arrojaban a los vencedores rosas y clavelinas, y algunos, incluso, manzanas y granadas, como por honrarles siempre con cosas hermosas [826]. Pero la palmera no tiene de una manera tan clara nada en lo que destaque sobre las otras plantas, porque en Grecia ni siquiera produce fruto comestible, sino imperfecto e inmaduro. Pues si produjera, como en Siria y Egipto, el dátil —el más agradable de los espectáculos por su aspecto y de todos los D manjares por su dulzura—, no habría otro árbol que se le comparara. El rey [827], en efecto, según dicen, como amase especialmente a Nicolao [828], filósofo peripatético, que era dulce de carácter, esbelto de talle y de rostro lleno de un purpúreo rubor, llamaba a los dátiles más grandes y hermosos Nicolaos [829] y hasta ahora así se llaman.»

---

[825] *Od.* VI 163, referido a la impresión que causó la joven Nausícaa a Odiseo en su primer encuentro.

[826] Sobre esta costumbre, cf. PAGE, *Poet. Mel. gr.*, fr. 506. De igual modo en las bodas al paso de los novios llegaban a arrojarse incluso membrillos (cf. PAGE, *ibid.*, fr. 187, y CAR. DE AFROD., *Quér. y Cal.* VIII 1 12).

[827] Parece tratarse del rey de Judea, Herodes el Grande.

[828] Nicolao de Damasco (siglo I a. C.) autor de una *Historia Universal*, fue educador de los hijos de Antonio y Cleopatra. Posteriormente se dirigió a la corte de Herodes, donde vivió hasta su muerte.

[829] Según ATEN., 662A-B, tal denominación se debe al emperador Augusto, a quien Nicolao le enviaba dátiles de Siria por agradarle extraordinariamente esta fruta.

2. Al decir esto Herodes, se estimó que introducía con lo de Nicolao algo tan agradable como lo que se investiga-
E ba. «Por ello, dijo Sóspide, hay que esforzarse más por que cada uno aporte a lo que se está investigando algo personal. Y yo, el primero, aporto el que es preciso que la fama de los vencedores permanezca incorruptible, en cuanto es posible, y sin envejecimiento; y de las plantas la palmera es la de más larga vida, como de algún modo lo ha atestiguado también este verso órfico:

vivían igual que los tallos de frondosa cima de las palmeras[830],

y a ella sola casi pertenece lo que se dice sin verdad de muchas; y ¿qué es esto?, el ser 'de hojas firmes' y perennes[831]; no vemos, en efecto, que conserven siempre las mismas hojas ni el laurel ni el olivo ni el mirto ni ningún otro árbol de los que se dice que no pierden las hojas, sino que, por brotar otras sobre las primeras, ya caídas,
F cada una permanece viva siempre y sin interrupción, como ciudades; pero la palmera, como no pierde ninguna de sus hojas, es siempre de hojas perennes y es este vigor suyo, por cierto, lo que la gente más asemeja a la fuerza de la victoria.»

3. Cuando acabó Sóspide, Protógenes, el gramático, llamando por su nombre a Praxíteles, el geógrafo, dijo:
724A «¿Y permitiremos así por las buenas a los rétores ésos cumplir lo suyo propio argumentando con probabilidades y verosimilitudes, y nosotros mismos no podríamos contri-

[830] Cf. Kern, *Orphic. Frag.*, fr. 225.
[831] Cf. DK., I, pág. 339 (frs. 77-78).

buir a la argumentación con nada sacado de la historia? Por cierto, me parece recordar haber leído hace poco, en la *Historia de Atenas,* que Teseo, el primero en celebrar un certamen en Delos, arrancó una rama de la palmera sagrada, cosa por la que también se la llamó *spádix*»[832].

4. Y Praxíteles dijo: «Así es, pero también dirán que hay que preguntar al propio Teseo por qué razón cuando era agonoteta arrancó una rama de la palmera, no de laurel ni de olivo. Mira, pues, si el premio a la victoria no B
es pítico, ya que, al introducirlo Anfictión[833] allí por primera vez, adornaron en honor del dios con palmas a los vencedores, dado que, en efecto, no consagraron al dios laureles ni olivos, sino palmeras, como Nicias en Delos[834], cuando fue corego de los atenienses, y los atenienses en Delfos[835] y antes el corintio Cipselo[836]. Porque, como nuestro dios es sobre todo amigo de la lucha y amigo del triunfo, rivaliza él mismo en el arte de la cítara, el canto y lanzamiento de discos y, según algunos afirman, también en el pugilato[837] y protege a los hombres cuando compiten, como Homero testimonió al hacer decir a Aquiles:

---

[832] Cf. Paus., VIII 48, 3.

[833] Hijo de los míticos Deucalión y Pirra, rey del Ática que dio su nombre a los Anfictiones.

[834] *Nicias* III.

[835] *Ibid.* XIII, y Paus., X 15, 4.

[836] *Mor.* 164A.

[837] Según Paus., V 7, 10, Apolo venció a Hermes, en la carrera y a Ares en el pugilato.

Por estos premios a los dos varones que sean mejores [ordenemos
que, levantando los brazos, con los puños se golpeen; y al [que Apolo
diere la victoria... [838],

C y que, de los arqueros, el que suplicó al dios tuvo éxito y consiguió el premio, pero el orgulloso no dio en el blanco por no suplicarle [839]. Y, ciertamente, no es verosímil que los atenienses consagraran el gimnasio a Apolo ilógica y espontáneamente, sino que el dios del que obtenemos la salud, ése creían que daba vigor y fuerza para los combates y, como hay certámenes ligeros y pesados, relatan que los delfios sacrificaban a Apolo púgil y los cretenses y lacedemonios a Apolo corredor. Y las ofrendas de despojos,
D primicias y trofeos en Pito, ¿acaso no atestiguan que a este dios le corresponde la mayor parte de la fuerza para vencer y dominar?»

5. Mientras aún hablaba, interrumpiéndole Cafisias [840], el hijo de Teón, dijo: «Pero esto, al menos, no huele a historia ni a libros de descripciones, sino que, arrancado de la médula de los *Tópicos* peripatéticos, está atentando contra lo convincente, y, más aún, levantando a la manera trágica una máquina, amigos, intimidáis con el dios a los que os contradicen; y es que el dios, como conviene, es igual para todos en benevolencia.

»Y nosotros, siguiendo a Sóspide (pues nos guía bien), atengámonos de nuevo a la palmera que da al argumento

---

[838] *Il.* XXIII 659 ss.

[839] *Ibid.*, XXIII 850 ss.

[840] Conocido sólo por esta cuestión.

asideros por uno y otro lado. Los babilonios, en efecto, E la celebran con himnos y cantos como el árbol que les proporciona trescientas sesenta clases de utilidades; a nosotros los griegos, en cambio, nos es muy poco provechosa y útil, pero su falta de fruto correspondería a la filosofía atlética, pues al ser un árbol muy hermoso y grande no es fecundo entre nosotros como consecuencia de su buena disposición, sino que como su buen porte consume en su cuerpo el alimento, como un atleta, poca y mala cosa le queda para la semilla. Particularmente, aparte de todo esto, a ningún otro árbol le ocurre lo que se va a decir: pues si colocándole en la parte de arriba un peso, comprimimos la madera de la palmera, no cede abrumada hacia abajo, sino que se encorva hacia el lado opuesto, como oponiéndose a lo que la fuerza; esto, en efecto, ocurre también en los cer- F támenes atléticos, pues doblándolos oprimen a los que por su debilidad y blandura ceden ante ellos, pero los que aguantan fuertemente, elevan y aumentan el adiestramiento, no sólo de sus cuerpos, sino también de sus mentes.»

CUESTIÓN QUINTA

De por qué los navegantes se proveen de agua del Nilo antes de la llegada del día 725A

Conversan varios AMIGOS DE PLUTARCO

Alguien buscó la causa por la que los marineros hacen provisión de agua del Nilo de noche, no de día. Y a algunos les parecía que tenían miedo al sol, por el hecho de

recalentar las aguas haciéndolas más fácilmente corrompibles; pues todo lo que es calentado y entibiado está siempre más dispuesto al cambio y lo sufre antes por la relajación de sus cualidades; pero la frialdad, como comprime, parece que mantiene y guarda cada cosa en el estado que le es natural, y no menos el agua, pues la frialdad del agua
B es por naturaleza algo estabilizador: lo pone de manifiesto la nieve, que guarda mucho tiempo incorruptas las carnes; pero el calor, además de otras cosas, altera también la cualidad propia de la miel: ésta se estropea hervida, pero si se mantiene sin hervir ayuda también a los demás alimentos a no estropearse. La mayor prueba a esta causa la ofrecían las aguas pantanosas, pues en invierno no son menos potables que las otras, pero en verano se vuelven nocivas y malsanas. Por ello, como la noche parece corresponder al invierno y el día al verano, creen que permanece más inmutable e impasible el agua, si se coge de noche.

C A esto, que era suficientemente persuasivo, le hizo cara un argumento que parecía reforzar con la experiencia náutica una prueba nada técnica: afirmaron, en efecto, que toman el agua de noche cuando el río está aún quieto y tranquilo, y de día, en cambio, como muchos hombres se proveen de su agua y lo navegan y se mueven por él muchos animales, al enturbiarse se hace espesa y terrosa, y en tal situación es fácilmente corruptible. Pues todo lo mezclado está más inclinado que lo no mezclado a la corrupción; ya que la mezcla provoca lucha, y la lucha cambio, y un cambio es la corrupción; por eso, a las mezclas de colores los pintores las llaman «corrupciones» y al tintar le ha llamado el poeta «manchar» [841], y el uso común a

[841] *Il.* IV 141, y *Mor.* 393C.

lo no mezclado y limpio incorrupto e intacto. Y, sobre D todo, se altera la tierra mezclada con agua y estropea su potabilidad y propiedades; de ahí que son más fácilmente corruptibles las quietas y encajonadas por estar llenas de abundante tierra, mientras que las que corren escapan a la tierra que llevan mezclada y la rechazan. Y, hermosamente, Hesíodo alabó el agua

de una fuente siempre manante y fluyente que es limpia [842];

pues es sano lo incorruptible, e incorruptible lo no mezclado y puro. No menos atestiguan en pro del argumento las diferentes clases de tierras, ya que las aguas que recorren tierra de sierra y pedregosa son más consistentes que las pantanosas y de llanura, pues no arrancan mucha tierra.

El Nilo, cercado por un terreno blando, más aún, mez- E clado con él, como la sangre con la carne, se aprovecha de su dulzor y se llena de jugos que tienen una fuerza poderosa y nutritiva y corre revuelto y turbio, y más si se le remueve; pues el movimiento mezcla con lo líquido lo terroso, pero cuando se tranquiliza, cayendo el barro hacia abajo, se va. De ahí que se provean de agua de noche, al mismo tiempo que se adelantan también al sol, que, al arrebatar siempre lo más fino y ligero de las aguas, causa la corrupción.

[842] *Trab.* 595.

CUESTIÓN SEXTA

F *Sobre los que se presentan tarde a la cena; en donde también se trata de dónde vienen los nombres de «akrātisma» (desayuno), «āriston» (comida) y «déipnon» (cena)*

Conversan los HIJOS DE PLUTARCO y DE TEÓN, PLUTARCO, SÓCLARO, TEÓN, LAMPRIAS y otros

726A **1.** Los hijos de Teón tildaban en son de burla de «impidecenas» [843] y «comeaoscuras» [844] y de cosas por el estilo a mis hijos más jóvenes, que pasaron largo rato en unas audiciones en el teatro y llegaron, más bien, tarde a la cena; y ellos, defendiéndose, llamaban a su vez a éstos «apresuracenas» [845]; y uno de los viejos dijo que «apresuracenas» es el que llega con retraso a la cena, pues se le ve apresurarse más rápido que al paso, cuando se retrasa, y recordó con gracia a Gaba [846], el bufón de César; éste, en efecto, llamaba «ansíacenas» a los que se presentaban tarde a la cena, pues aunque estuvieran ellos faltos de tiempo, sin embargo, por su amor a las cenas no rechazaban las invitaciones.

843 Según ATEN., 63D, el término se aplica a ciertos escarabajos. Su fuente son las *Etimologías* de Apolodoro.

844 Tal era el apodo que daba Alceo a Pítaco por cenar tarde y sin luz (cf. fr. 37 de BERGK).

845 Aplicado, según ATEN., 4A y 242C, por el cómico Alexis a los parásitos.

846 Bufón de Augusto (cf. *Amatorius* 760A).

2. Yo dije, por mi parte, que Policarmo, un político de Atenas, al rendir cuentas de su vida en la asamblea, dijo: «Esto, atenienses, es lo mío; y a más de esto, jamás, B
invitado a una cena, llegué el último.» Tal proceder, en efecto, se tiene como muy democrático y, al contrario, los hombres, forzados a esperar a los que se presentan tarde, se molestan con ellos como gente sin gusto y oligárquica.

3. Mas Sóclaro, saliendo en defensa de los jóvenes, dijo: «Pero tampoco se dice que Alceo llamaba a Pítaco 'comeaoscuras' por cenar tarde, sino por gozarse, las más de las veces, con bebedores de mala fama y viles; el cenar, por cierto, demasiado pronto era antiguamente motivo de reproche, y *akrắtisma* (desayuno) dicen que era llamado así a causa de *akrāsía*[847] (incontinencia).»

4. Tomando la palabra Teón, dijo: «No es así, si es C
preciso creer a los que recuerdan el modo de vivir antiguo. Dicen, en efecto, que aquéllos, que eran laboriosos y al tiempo prudentes, comían de madrugada pan con vino puro y ninguna otra cosa; por eso, llamaban a esto *akrắtisma* por *ákrātos* (vino puro), y *ópson* a lo que se les preparaba para la cena, pues cenaban tarde *(opsé)*[848], cuando venían del trabajo.»

Después de esto, la cena *(déipnon)* y la comida *(ắriston)* dieron pie a que se investigara a partir de qué toma-

---

[847] En realidad, el sustantivo *akrắtisma* tiene que ver con *ákratos* (vino puro), porque el desayuno griego consistía en un trozo de paz mezclado con vino puro, siendo *akrắsía* (incontinencia) un desarrollo secundario, como a continuación explicará Teón.

[848] Lo que acompaña al pan (*ópson*), a menudo pescado, no tiene nada que ver con el adverbio *opsé* (tarde).

ron su nombre. Y *ā́riston* parecía ser lo mismo que *akrā́tisma,* según lo testimonió Homero, quien dice de los de Eumeo:

D *Preparaban el* áriston *(desayuno) con la llegada de la [aurora* [849],

y parecía creíble que se le hubiera llamado *ā́riston* [850] (de aura matinal), como si dijera el *áurion* (lo de mañana); y *déipnon* (cena), porque es un descanso *(dianapaúō)* de los trabajos, pues la gente cena después de haber hecho algo, o en un intervalo mientras lo está haciendo, y es posible tomar también esto de Homero, que dice:

cuando, precisamente, un hombre leñador apareja su [cena [851];

si no es que, ¡por Zeus!, lo llamaron *ā́riston* por llevarse la gente a la boca espontáneamente lo que encontraba sin trabajo y fácilmente, y *déipnon* por estar ya preparado, aquello como algo facilísimo *(rhā́iston),* esto como algo trabajado *(diapeponēménon).*

E 5. Mi hermano Lamprias, que es por naturaleza guasón y bromista, dijo que podría mostrar que los nombres romanos son mil veces más apropiados que los griegos, una vez concedida una licencia tal, para decir tonterías. «Pues dicen que a *déipnon* le llaman *coenam* (cena) por

---

[849] *Od.* XVI 2.

[850] *ā́riston* «desayuno» en principio, que, luego, pasó a significar «almuerzo», en tanto que *akrā́tisma* (desayuno) deriva de la raíz **ā́ri* (por la mañana), relacionada con **ed-* de *esthíō* (comer).

[851] *Il.* XI 86. Se desconoce la etimología de *déipnon* (cena).

koinōnía (comunidad); los antiguos romanos, en efecto, desayunaban por lo general ellos solos, si bien cenaban en compañía de sus amigos; y a *ắriston* se le llamó *prandium* (comida) a causa de la hora, pues la tarde es *éndion* (que se hace a pleno día) y el descanso tras el desayuno es echar la siesta *(endiádsein),* o porque indican alguna comida matinal *(prōinḗn)* o un alimento del que se sirven antes de estar necesitados *(prìn endeéis),* y además, dejando a un lado, dijo, los cobertores, el vino, la miel, el aceite, el gustar, el brindar y otras muchas cosas que tienen F claramente los mismos nombres, ¿quién no diría que *comissatum* (juerga) se dice *kṓmos* (juerga) del griego, y *kerásai miscere* (mezclar) según Homero:

Y ella, a su vez, en la crátera vino que sabe a miel mez-
[claba [852] *(émisge);*

y *mensan* a *trápedsan* (mesa) por su colocación en medio *(méson)* y *panem* a *ártos* (pan) porque expulsa el hambre *(péinan)* y a *stéfanon coronam* (corona) de *kefalḗ* (cabeza), como Homero comparó, en algún sitio, *krános* (yelmo) a *stefánē* (corona) y a *édein edere* (comer), y *dentes* a *odóntas* 727A (dientes) y *labra* a *kheíle* (labios) de tomar *(lambánein)* el alimento con ellos [853]?»

En consecuencia, o cuando se dicen estas cosas hay que oírlas sin reírse, o no les permitamos a ésos la entrada por los nombres como por cercados, porque rompen unas partes y destrozan otras.

---

[852] *Od.* X 356.

[853] Exceptuando la relación entre el término latino *oleum* y griego *élaion,* y *comissatum,* que deriva de *kṓmos* a tráves del verbo *komádsō,* las demás palabras no guardan parentesco alguno en los dos idiomas.

CUESTIÓN SÉPTIMA

Sobre los preceptos pitagóricos en los que ordenaban no recibir golondrinas en la casa y sacudir los cobertores inmediatamente después de levantarse

Conversan LUCIO, SILA, PLUTARCO y FILINO

B 1. El cartaginés Sila me mandó aviso de una cena de recepción, como los romanos la llaman [854], cuando llegué a Roma después de algún tiempo, en la que acogió, aparte de a unos pocos compañeros, a un discípulo del pitagórico Moderato [855], de nombre Lucio [856], de Etruria. Pues bien, viendo éste a nuestro Filino abstenerse de seres animados, como era natural se sintió impulsado a hablar sobre las doctrinas pitagóricas y declaró a Pitágoras etrusco, no por parte de padre, como algunos otros, sino que él mismo había nacido y se había criado y educado en Etruria, apo-
C yándose no menos en los preceptos [857], como el sacudir los cobertores al levantarse del lecho y no dejar en la ceniza la señal de una olla retirada, sino borrarla, y no recibir golondrinas en la casa ni pasar por encima de una escoba ni criar en la casa una rapaz, pues esto que los pitagóricos dicen y escriben afirmó que sólo los etruscos lo observan y guardan de hecho.

[854] La expresión romana es «cena adventicia» o «adventoria».
[855] Sólo interviene en esta cuestión.
[856] No se debe confundir con Leucio, hijo de Floro.
[857] Cf. DK., I, págs. 462 y sigs.

2. De esas cosas dichas por Lucio, lo de las golondri-
nas, sobre todo, parecía ser extraño, apartar a un animal
inofensivo y amigo del hombre igual que a las rapaces,
que son muy salvajes y asesinas; y, en efecto, con lo que D
sólo algunos antiguos creían resolver este precepto, a sa-
ber, el que sea dicho en enigma contra los amigos íntimos
calumniadores y maledicentes, ni el mismo Lucio lo apro-
baba, pues la golondrina no participa en absoluto de la
maledicencia, y la charla y la locuacidad no son más carac-
teriscas de ella que de urracas, perdices, y gallinas.

«¿Acaso, entonces, dijo Sila, apartan ellos con expiaciones a las golondrinas a causa de la fábula de la matanza de los niños, lanzándonos de lejos a aquellos padecimientos, por los que dicen que Tereo y las mujeres hicieron unas cosas y sufrieron otras ilícitas y funestas, e incluso ahora llaman Daulides a esas aves; y Gorgias, el sofista, por su parte, como le echase encima una golondrina una
cagada, mirando hacia ella dijo: 'Estas cosas no están E
bien, Filomela' [858]? ¿O también esto carece de sentido? Pues al ruiseñor, que está sujeto a la misma tragedia, no lo apartan ni destierran.»

3. «Quizás, dije yo, también esto tiene sentido, Sila. Mira, en primer lugar, si por la razón por la que no admiten a la rapaz, por ésa misma la golondrina tiene mala

[858] Filomela y Procne eran hijas de Pandión. La última se casó con Teseo, rey de Tracia e hijo de Ares, que se enamoró de Filomela, y o bien la sedujo, o bien la violó. Para que Procne no se enterara de su delito, el rey le cortó a Filomela la lengua, pero ella bordó lo ocurrido en un paño y se lo envió a su hermana, quien en venganza mató a su propio hijo y se lo sirvió a Teseo. El padre, al descubrir el hecho, las persiguió para darles muerte, pero fue convertido en abubilla, en tanto que Filomela en ruiseñor y Procne en golondrina.

fama entre ellos, pues es carnívora y mata y se come, sobre todo, a las cigarras, que son sagradas y cantoras, y su vuelo es raso y caza animales pequeños y menudos, co-
F mo dice Aristóteles [859]. Después, ella es la única de entre los que moran bajo nuestro mismo techo que vive sin pagar su escote y subsiste libre de impuestos. La cigüeña, en cambio, que no goza de abrigo, ni de calor, ni seguridad alguna o ayuda de nuestra parte, paga un impuesto de residencia, pues, yendo de aquí para allá, mata a los animales que acechan a los hombres, y son sus enemigos, los sapos y culebras. Pero aquélla, que goza de todas esas cosas, cuando ha criado a sus polluelos y los tiene grandes,
728A se va, hecha una desagradecida y desleal. Y lo que es más sorprendente, de los seres que habitan con nosotros, la mosca y la golondrina son los únicos que no se dejan domar por el hombre ni soportan caricias ni trato ni participación en obra alguna o juego: la mosca, temerosa por haber sido maltratada y espantada muchas veces, y la golondrina por ser misántropa por naturaleza e indomable y recelosa a causa de su desconfianza: si, pues, es preciso contemplar tales cosas no en una dirección rectilínea, sino haciéndolas reflejarse como imágenes de unas cosas en otras, al poner Pitágoras a la golondrina como ejemplo de lo inestable y desagradecido, nos está prohibiendo trabar amistad por más tiempo del debido, haciendo partícipes de ho-
B gar, casa y lo más sagrado a quienes se presentan y se nos cuelan en casa ocasionalmente.»

4. Cuando yo dije esto, me parece que di licencia para hablar; ya, en efecto, se acercaban confiadamente a los otros preceptos, dándoles interpretaciones morales de un

---

859 Fr. 353 de Rose.

modo adecuado y Filino, en efecto, dijo que Pitágoras hace borrar la marca de ceniza que queda en el puchero enseñándoles que es preciso no dejar huella clara de la ira, sino que cuando tras hervir, cesa y se calma, hay que borrar todo rencor. El hecho de sacudir los cobertores les parecía a algunos que no tenía ningún sentido oculto, sino que manifestaba espontáneamente lo que no conviene que se vea: el sitio y la marca dejada como un sello por la esposa cuando ha yacido con su marido. Pero Sila se figu- C
raba que el precepto era, más bien, una disuasión para no acostarse durante el día, ya que se recogían a la aurora misma los aparejos para dormir, porque es preciso descansar de noche y, levantados, actuar de día y no dejar la marca como huella de un cuerpo muerto. Pues nula es la utilidad de un hombre acostado, como también la de un muerto. Esto parecía atestiguarlo el que los pitagóricos hagan promesa a sus compañeros de no quitarle a nadie su carga, sino aumentarla y recargarla más aún, en la idea de que no aceptan ningún ocio ni alivio.

CUESTIÓN OCTAVA

De por qué los pitagóricos de entre los seres animados rechazaban sobre todo a los peces

Conversan EMPÉDOCLES, LUCIO, TEÓN, SILA, PLUTARCO y NÉSTOR

1. Como Lucio escuchaba lo que se hablaba sin cen- D
surarlo ni alabarlo, sino en calma, silenciosamente y abstraído en sí mismo, Empédocles [860], llamando por su nom-

[860] Conocido sólo por este pasaje.

bre a Sila, dijo: «Si nuestro compañero Lucio se molesta por lo que se dice, es hora de que lo dejemos nosotros también; pero si eso pertenece a lo que está bajo reserva, sin embargo creo que ni es secreto ni algo que no se deba divulgar ante otros esto al menos, el que, ciertamente, se
E abstenían sobre todo de los peces [861]. Y, en efecto, esto se cuenta de los pitagóricos antiguos, y me encontré con discípulos de Alexícrates [862], contemporáneo nuestro, que se llevaban a la boca con moderación a veces otros seres animados y que, ¡por Zeus!, los sacrificaban, pero que no soportaban en absoluto probar un pez. Pero la causa que Tíndares [863], el lacedemonio, decía, no la acepto. Decía que esto era una distinción por el silencio de los peces y que a éstos los llamaban *éllopes* (mudos), por tener la boca como apretada y bien cerrada [864]; y que mi homónimo aconsejaba pitagóricamente a Pausanias que 'cubriera dentro de una mente muda' sus opiniones [865] y que, en general,
F los hombres consideran divino al silencio, puesto que, sin duda, también los dioses muestran con obras y acciones sin palabras a los inteligentes lo que quieren.»

2. Y al decir Lucio tranquila y sencillamente que la razón verdadera quizá sería reservada e indecible incluso

---

[861] Cf. *Mor.* 670D, y ATEN., 161B, donde cita unos versos de Alexis en los que se asegura que los pitagóricos se abstenían del pescado, y 161F, con otros versos de Aristofonte diciendo lo mismo, y 308C, en una conversación parecida a ésta que, probablemente, esté influida por la de Plutarco.

[862] Personaje desconocido.

[863] Cf. 717E.

[864] Exactamente la misma interpretación da un interlocutor en ATEN., 308B, al que se le opone otro (308C), afirmando que se le llama así por poseer escamas (*lepidōtoi*), etimología más exacta que la anterior.

[865] DK., I, pág. 379 (fr. 8).

ahora, pero que no había reparo en intentar apoderarse de lo creíble y verosímil, Teón, el gramático, fue el pri- 729A mero en decir que demostrar que Pitágoras era etrusco, era una tarea grande y nada fácil. «Pero se está de acuerdo en que convivió con los sabios egipcios mucho tiempo, imitaba muchas cosas suyas y aprobaba, sobre todo, las referentes a las ceremonias sagradas, como es lo de las habas, pues dice Heródoto [866] que los egipcios ni siembran habas ni las comen, es más, ni soportan verlas. Y sabemos que los sacerdotes, incluso ahora, se abstienen de los peces; y que por afán de pureza evitan incluso la sal, hasta el punto de no acercarse a la boca ni manjar ni pan que lleven mezclados sal del mar. Pues bien, otros aportan otras causas, pero un sola es la verdadera, su odio al mar por B sernos un elemento extraño y ajeno, más aún, totalmente hostil a la naturaleza del hombre. Suponen, en efecto, que los dioses no se alimentan de él, como los estoicos [867] dicen de las estrellas, sino que, al contrario, en él muere el padre y salvador del país al que llaman una emanación de Osiris [868]; y entonando trenos al que ha nacido en la parte izquierda y perecido en la derecha indican enigmáticamente que el fin y destrucción del Nilo acaece en el mar. De ahí que ni al agua del mar la consideran potable ni pura, ni apropiada cosa alguna de las que él alimenta y engendra, las cuales no participan ni del aire común ni de un pasto congénere al nuestro, sino que el aire, que C conserva todas las demás cosas y las alimenta, les es mortal, puesto que han nacido y viven contra la naturaleza

[866] Cf. Heród., II 37, quien dice, además, que los sacerdotes egipcios no probaban el pescado.

[867] Cf. von Arnim, *Stoic. Vet. Frag.*, I, 121, y II, 690.

[868] El Nilo. Cf. *Mor.* 365F, 366A, 371B y 729B.

y el uso. Y no hay que extrañarse de que a los animales de mar los consideren ajenos a causa de él y no adecuados para mezclarse con su propia sangre y hálito quienes ni siquiera consideran digno saludar a los pilotos cuando se cruzan con ellos porque tienen su medio de vida en el mar»[869].

3. Habiendo alabado esto Sila, añadió sobre los pitagóricos que probaban, sobre todo, los animales sacrificados, tras ofrecer las primicias a los dioses, pero que ningún pez era apropiado para ser inmolado y ofrecido en sacrificio.

D Y yo, cuando aquéllos cesaron, dije que muchos se opondrían a los egipcios en favor del mar, tanto filósofos como particulares, considerando con cuántos bienes ha hecho nuestra vida mejor provista y más agradable. «Y la tregua de los pitagóricos con los peces por su no pertenencia a nuestra raza es absurda y ridícula, es más, algo por completo de salvajes y que retribuye un don propio del Cíclope[870] a los demás animales que son cocinados y consumidos por ellos por su parentesco y familiaridad. Por cierto que dicen que Pitágoras compró, en cierta ocasión, una redada de peces y que, después, mandó soltar la jábega[871], no porque se despreocupara de los peces como ex-
E traños y enemigos, sino como pagando el rescate por unos amigos y familiares hechos prisioneros. Por ello, dije, la clemencia y mansedumbre de estos hombres da que sospechar lo contrario, si no es que, al parecer, se abstenían sobre todo de los animales del mar por su preocupción

[869] En *Mor.* 363F se asegura lo mismo.

[870] *Od.* IX 369 ss.

[871] Lo mismo se relata en *Mor.* 91C.

y práctica de lo justo, en la idea de que los demás animales
le proporcionan al hombre de algún modo la causa de que se
les trate mal, pero los peces en nada nos ofenden ni están
en absoluto dotados por naturaleza para ello. Y es posible
conjeturarlo por las palabras y sacrificios de los antiguos,
que hacían no sólo de la comida, sino también de la
muerte de un animal que no hace daño, una acción mal-
dita e ilícita; pero, oprimidos por la multitud de animales F
que los inundaba y mandando, además, cierto oráculo de
Delfos, según dicen, ayudar a los frutos que estaban pere-
ciendo, comenzaron a ofrecerlos en sacrificio; pero, sin em-
bargo, turbados y temerosos igualmente todavía decían 'ha-
cer' y 'obrar', como considerando algo grande el sacrificar
un ser vivo y hasta ahora se guardan muy mucho de dego-
llarlos antes de que ellos asientan en ser ofrendados con
un signo de su cabeza. Tan precavidos eran contra cual-
quier injusticia. Por cierto, para dejar de lado lo demás, 730A
si todos se abstuvieran sólo de las gallinas o de los cone-
jos, no sería posible en poco tiempo ni habitar una ciudad
por la cantidad de ellos, ni aprovecharse de los frutos; por
ello, si bien la necesidad lo introdujo al principio, ahora
a causa del placer es difícil terminar con la alimentación
a base de carne. Pero el linaje de los seres marinos, que
no consume ni el mismo aire ni la misma agua que noso-
tros, ni recurre a los mismos frutos, sino que está envuelto
como por otro mundo y usa caminos propios que, si se
los salta, pende sobre ellos como castigo la muerte, no dan
pretexto ni pequeño ni grande al vientre contra ellos, sino
que la pesca con anzuelo o red de cualquier pez es mani-
fiestamente obra de glotonería y afición a la buena comida,
que altera los mares y se sumerge en sus abismos por algo B
nada justo. Pues no es posible, sin duda, llamar al salmo-
nete 'devoracosechas' ni al escaro 'uvífago' ni a ciertos

múj oles y lubinas 'cosechasimientes' [872], como llamamos a los animales terrestres en su condena; pero ni de cuantas cosas acusamos minuciosamente a la comadreja y a la mosca casera, podría uno acusar al pez más grande. De ahí que, prohibiéndose los pitagóricos a sí mismos no sólo la injusticia contra los hombres a causa de la ley, sino también la que va contra todo lo que no hace daño por mandato de la naturaleza, fueron los peces el alimento que menos usaron o no los usaron en absoluto; y, en efecto, la ocupación en estas cosas, que es costosa y superflua, parece poner de manifiesto, aparte de injusticia, cierta incontinencia
c y gula. De ahí que Homero no sólo a los helenos les hizo abstenerse en su obra de peces, cuando estuvieron acampados junto al Helesponto, sino que ni a los feacios de vida muelle, ni a los libertinos pretendientes [873], isleños unos y otros, hace que se les sirva un manjar marino, y los compañeros de Odiseo, que navegaron por tantos mares, jamás echaron anzuelo ni nasa ni red, mientras hubiera harina:

Pero cuando de la nave se consumieron ya las provisiones [todas [874],

poco antes de echarles mano a las vacas del sol, hicieron
d de los peces no un manjar, sino alimento necesario, pescándolos:

con corvos anzuelos: y consumía sus vientres el hambre [875],

[872] «Devoracosechas» es el nombre dado por Hom., *Od.* XVIII 29, a un cerdo; «uvífago» por Arquíloco (fr. 97 de Bergk) a un asno, y «cosechasimientes» por Aristófanes frecuentemente, en *Aves*, a los pájaros.

[873] El hecho de que los héroes homéricos no probaran el pescado, la observó Platón, en *Rep.* 404b, y lo recoge, además de Plutarco, Dión Crisóstomo, Discurso II (I 81), 47-48.

[874] *Od.* XII 329.

[875] *Ibid.*, 332.

por lo que se sirvieron de peces y se comieron las vacas del sol por la misma necesidad. De ahí que no sólo entre los egipcios y sirios llegó a ser una parte de la purificación la abstinencia de peces, sino también entre los helenos, quienes, además de guardar lo justo, pienso, se abstuvieron por razones religiosas de lo superfluo en la comida.»

4. Y Néstor [876], tomando la palabra, dijo: «¿Ninguna mención de mis conciudadanos, como se hace con los megarenses? Por cierto, me has oído decir muchas veces que los sacerdotes de Posidón en Leptis, a quienes llamamos *hieromnêmones* [877] (custodios de los archivos sagrados) no comen peces; pues el dios es llamado *phytálmio* [878] y los E
que descienden del antiguo Helén sacrifican también a Posidón patrogenio [879], por creer, como también los sirios, que el hombre ha nacido de una sustancia líquida; por ello, incluso veneran al pez como de su misma especie y crianza, filosofando más adecuadamente que Anaximandro [880]; pues él declara, no que los peces y los hombres han nacido en los mismos sitios, sino primero los hombres en los peces, y alimentados como los escualos y capaces de socorrerse a sí mismos, salieron entonces y ocuparon la tierra. Pues bien, como el fuego devora a la madera en la que prendió, que es su madre y su padre, como dijo el que F
interpoló en las obras de Hesíodo [881] el matrimonio de Céix, así Anaximandro, al declarar al pez padre y madre común de los hombres, lo desacreditó como alimento.»

876 La única aparición de este personaje.

877 Custodios de cosas sagradas.

878 Lit. «que hace crecer las plantas».

879 «Nacido en el país».

880 Cf. DK., págs. 88-89 (fr. 30).

881 Cf. la ed. de A. Rzach, Leipzig, 1902, fr. 177.

CUESTIÓN NOVENA

731A *De si es posible que se presenten enfermedades nuevas y por qué causas*

Conversan FILÓN, PLUTARCO, DIOGENIANO y otros

1. Filón, el médico, se empeñaba en que la llamada elefantiasis [882] había llegado a ser conocida no hacía demasiado tiempo, pues ningún médico antiguo había hecho mención de esta afección, aunque se extendían, por el contrario, en otras minúsculas, insignificantes y difíciles de reconocer para la mayoría. Yo, por mi parte, le aducía un testigo sacado de la filosofía, Atenodoro [883], quien, en
B el libro primero de *Las epidemias,* refiere que, en los tiempos de Asclepíades [884], llegaron a ser manifiestas por primera vez no sólo la elefantiasis, sino también la hidrofobia. Pues bien, admirándose los presentes de que afecciones nuevas tuvieran entonces por primera vez en la naturaleza su nacimiento y desarrollo, no menos admirable creían que era el que hubiesen pasado desapercibidos durante tanto tiempo síntomas tales; y la mayoría tendió más a lo segundo, como más humano, considerando que la naturaleza en estas cosas, al menos, no es en absoluto amante de novedades ni obradora de cosas nuevas en el cuerpo, como sucede en una ciudad.

---

[882] Enfermedad consistente en el aumento desmesurado de las extremidades inferiores y los órganos genitales externos.

[883] No sabemos con exactitud de qué personaje se trata.

[884] Asclepíades de Prusa (Bitinia), que debió de llegar a Roma sobre el año 91 a. C., asentó su teoría en un atomismo puro por oposición a la teoría de los humores propia de la escuela hipocrática.

2. Y Diogeniano dijo que también las enfermedades y afecciones del alma andan un camino en cierto modo común y tradicional. «Por cierto, dijo, la perversidad es C
múltiple y muy osada, pero el alma es soberana y dueña de cambiar por sí misma, si quiere, y corregirse fácilmente, y tiene cierto orden su desarreglo y guarda la medida en sus afecciones, como el mar en sus crecidas, y no hizo florecer ninguna especie nueva de maldad no mencionada en la historia por los antiguos; sin embargo, hay muchas diferentes clases de deseos y son miles los movimientos del miedo y sus formas y es difícil no sucumbir en la enumeración de las formas de pena y placer:

No ahora, desde luego, ni ayer, sino siempre
viven estas cosas y nadie sabe desde cuándo aparecieron [885].

¿De dónde, entonces, le puede venir al cuerpo una enfermedad nueva o una afección reciente, si no tiene de por D
sí, como el alma, un origen propio del nacimiento, sino que está anudado a la naturaleza con causas comunes y mezclado con la misma mezcla, cuya indefinición anda errante dentro de límites, como un barco que se moviera continuamente en círculo? Pues no existe la aparición inmotivada de una enfermedad, porque introduciría en la realidad, contra toda lógica, el nacimiento de algo partiendo de la nada, y le sería difícil encontrar una causa nueva al que no demuestra que un aire nuevo y un agua extraña y alimentos no probados por los de antes fluyen aquí ahora por primera vez de algunos otros mundos o intermundos. Ya que enfermamos de lo que también vivimos, y no existen gérmenes especiales de enfermedades, sino E

[885] Sóf., *Antíg.* 456.

que los perjuicios que nos originan los medios de subsistencia y nuestros excesos con ellos perturban la naturaleza. Y las alteraciones tienen diferencias constantes que se sirven muchas veces de nombres nuevos; pues los nombres son cosa de la costumbre; las afecciones, en cambio, de la naturaleza; de ahí que los nombres, que son variados, han producido engaño en las enfermedades, que son definidas; y del mismo modo que en las partes de la oración y en sus relaciones es imposible que se produzcan de repente un barbarismo o un solecismo nuevos, así las mezclas del cuerpo tienen definidos los deslices y trasgresiones, ya que incluso lo que es contra la naturaleza está comprendido en la naturaleza.

F »En esto, al menos, son diestros los mitógrafos, pues dicen que en la gigantomaquia nacieron animales totalmente extraños y prodigiosos, por haberse desviado la luna y no salir por donde acostumbraba; ellos, en cambio, consideran que la naturaleza engendra enfermedades nuevas, como
732A prodigios, sin forjar ninguna causa ni creíble ni increíble del cambio, sino manifestando que la novedad y diferencia de algunas afecciones está en lo demasiado y el más; pero no tienen razón, bienaventurado Filón, pues intensidad e incremento añaden magnitud o cantidad, pero no fuerzan a salir de su género a lo que subyace, como tampoco creo que la elefantiasis, que es un exceso de cierto género de esas sarnosidades, ni la hidrofobia, que lo es de las estomacales o melancólicas. Y es admirable, por cierto, que no nos diésemos cuenta de que Homero no la desconocía, pues es evidente que dijo 'perro rabioso' [886] por esta afec-
B ción, por lo que también se dice de los hombres que están rabiosos.»

[886] *Il.* VIII 299.

3. Habiendo referido esto Diogeniano, Filón mismo habló moderadamente contra su argumento y me invitaba a mí a hablar en favor de los médicos antiguos, ya que son reos de descuido o ignorancia de cuestiones importantes, si de verdad estas afecciones no aparecen en época posterior a la suya.

Pues bien, en primer lugar, nos pareció que Diogeniano no juzgaba correctamente el que las intensificaciones y remisiones no causen diferencias ni originen cambios de género, pues, si es así, diremos que ni el vinagre se diferencia del vino agrio ni el amargor de la aspereza, ni los trigos de la cizaña, ni la menta de la hierbabuena. Y, sin embargo, estas cosas son, evidentemente, degeneraciones y transformaciones de cualidades; las remisiones, cuando las cualidades languidecen; las intensificaciones, cuando se C
hacen intensas. O no diremos que la llama se diferencia de un aire ligero, ni de la llama el brillo, ni la escarcha del rocío, ni el granizo de la lluvia, sino que todas estas cosas son intensificaciones y excesos, y es el momento de decir también que la ceguera no se diferencia en nada de la ambliopía, ni del mareo el cólera, sino que cambian en el más y en el menos. Sin embargo, esto nada tiene que ver con el argumento, pues si, aceptándolos, dijeran que la intensificación y exceso se dan ahora por primera vez, como la novedad está en la cantidad, no en la cualidad, se mantiene igualmente la paradoja. Luego, al decir Sófo- D
cles con agudeza sobre lo que no se cree, porque antes no era, aunque ahora se haya producido:

Todo lo que no fue tuvo su principio una vez[887],

[887] Cf. Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 776.

parecía que tenía también sentido el que las afecciones no salgan corriendo a su nacimiento, como los corredores cuando se da la salida [887bis], sino que, produciéndose siempre unas cosas detrás de otras, cada una toma su primer nacimiento en cierto tiempo.

«Podría uno figurarse, dije yo, que las cosas derivadas de la necesidad y cuantas produce el calor cayéndoles encima o el frío, ésas ocurrieron, primero, en los cuerpos y
E que, más tarde, a causa de la abundancia de las cosas necesarias, llegaron junto con la inactividad y el ocio las repleciones, molicies y placeres que producen un residuo abundante y maligno en el que algo siempre causa de nuevo variadas formas de enfermedades y múltiples entrelazamientos y mezclas entre ellas.

»Pues lo que es según la naturaleza está ordenado y definido, ya que la naturaleza es orden u obra del orden, pero el desorden, como la arena de Píndaro, 'escapa por completo al número' [888], y lo que es contra la naturaleza es sencillamente indefinido e ilimitado. Pues las cosas permiten decir la verdad con sencillez y mentir de mil maneras; los ritmos y las armonías están sujetos a proporción; pero lo que los hombres desentonan con la lira, el
F canto y la danza no podría uno abarcarlo. Por cierto que también Frínico, el autor de tragedias, sobre sí mismo dice:

figuras la danza tantas me procuró, cuantas en el Ponto
olas produce con la tempestad la noche funesta [889].

[887bis] En realidad, el texto griego alude a la cuerda o barrera que se bajaba para dar la salida a los corredores.

[888] *Olímpicas* II 179.

[889] Cf. Bergk, *Poet. Lyr. Gr.*, fr. 3.

y Crisipo dice que las combinaciones de sólo diez proposiciones sobrepasan en número el millón [890], pero esto lo refutó Hiparco [891], demostrando que lo afirmativo comprende diez miríadas de combinaciones y tres mil cuarenta y nueve además de aquéllas (103.049), y su negativo treinta y una miríadas y, además de ellas, novecien- 733A
tos cincuenta y dos (310.952). Y Jenócrates demostró que el número de sílabas que las letras combinadas entre sí proporcionan, es veinte veces de miríadas y diez mil veces diez mil (1.002.000.000.000) [892]. ¿Qué, entonces, hay de sorprendente si, teniendo el cuerpo en sí mismo tantas facultades, introduciendo, además, en cada ocasión tantas cualidades por medio de las comidas y bebidas, usando tantos movimientos y cambios que no tienen siempre un solo tiempo ni un solo orden, las combina- B
ciones entre sí de todas estas cosas producen algunas veces enfermedades nuevas y desacostumbradas? Como Tucídides cuenta que fue la peste de Atenas [893], reconociendo lo inusitado de ella sobre todo en el hecho de no probar los cadáveres los animales carroñeros. Y los que enfermaron en torno al mar Rojo, como cuenta Agatárquidas [894], entre otros síntomas nuevos y no registrados que tuvieron, aparecieron también pequeños gusanos que devoraban las piernas y los brazos y, cuando se les tocaba penetraban de nuevo en la carne y producían inflamaciones insoportables al enquistarse en los tejidos musculares, y esta afec-

---

[890] Cf. VON ARNIM, *Stoic. Vet. Frag.*, II 216, y *Mor.* 1047C.

[891] Matemático y astrónomo del siglo II a. C.

[892] Cf. R. HEINZE, *Xenokrates*, Leipzig, 1892, fr. 11.

[893] TUC., II 50.

[894] Agatárquidas de Cnido, de quien sabemos que aún vivía en el siglo II a. C., perteneció al Perípato y compuso la *Historia de Asia* en diez libros y en cuarenta y nueve la de Europa.

ción nadie supo que hubiese ocurrido antes ni después a
C otros, sino sólo a aquéllos, como otras muchas. Y, en efecto, uno que tuvo mucho tiempo retención de orina, echó una caña de cebada con nudos. Y Efebo [895], nuestro huésped en Atenas, sabemos que expulsó entre mucho semen un bichejo peludo y que andaba rápidamente con muchas patas. Y la abuela de Timón, en Cilicia, cuenta Aristóteles [896] que se escondía en una cueva dos meses cada año y que por nada, excepto por el hecho de respirar, manifestaba que vivía. Y, además, en los escritos de Menón [897], se describe como síntoma de una afección hepática el observar cuidadosamente a los ratones caseros y perseguirlos
D lo que ahora en ningún sitio se ve que ocurra. Por ello, no nos admiremos si acaece algo que antes no existió ni, si algo que existió antes, falta después; la causa, en efecto, es la naturaleza de los cuerpos que adopta una mezcla distinta en cada caso.

»Por consiguiente lo de introducir aire nuevo o agua extraña dejémoslo a un lado, si no lo quiere Diogeniano; sin embargo, sabemos que los seguidores de Demócrito, al menos, dicen y escriben que, al perecer mundos exteriores y cuerpos extraños, fluyendo aquí del espacio infinito, dejan caer con ellos muchas veces principios de pestes y afecciones no habituales. Dejemos también las destrucciones parciales entre nosotros debidas a seísmos, sequías y
E lluvias, junto con las cuales es necesario que produzcan enfermedades y cambios los vientos y aguas que tienen una naturaleza terrosa.

---

[895] Conocido sólo por esta cuestión.

[896] Fr. 43 de Rose.

[897] Discípulo de Aristóteles, escribió, por encargo de su maestro, una *Historia de la Medicina*.

»Pero no hay que dejar de lado cuantos cambios se producen de comidas, manjares y otros géneros de alimentación del cuerpo, pues muchas de las cosas no probadas ni comidas antes han llegado ahora a ser agradabilísimas, como el vino con miel y la matriz de cerda, y dicen que los antiguos ni siquiera comían el encéfalo, y es por eso por lo que Homero dijo:

lo estimo como a los sesos[898],

llamando así al encéfalo, porque la gente lo tira y arroja por aborrecerlo. Y sabemos que todavía muchos viejos no pueden probar el pepino, el limón y la pimienta. Y es ve- F
rosímil que los cuerpos sufran afecciones extrañas y se alteren en sus mezclas por estas cosas que les producen una cualidad y residuos propios. Y, a su vez, el orden de lo que se come y su alteración tienen una diferencia nada pequeña; pues las antes llamadas mesas frías, de ostras, erizos de mar, verduras crudas, como tropas ligeras, al haber sido cambiadas de la cola a la cabeza, tienen el primer sitio en vez del último.

»Y es también importante lo de los llamados aperitivos; 734A
pues los antiguos no bebían ni siquiera agua antes de comer, pero los de ahora, borrachos ya en ayunas, tocan el alimento con el cuerpo empapado e hirviendo, añadiendo ligeros, constantes y agudos incentivos del apetito, hartándose después en estas condiciones de los demás. Y nada tiene más fuerza para el cambio y para producir el nacimiento de enfermedades nuevas que la multitud de afecciones del cuerpo relacionadas con el baño, el cual ablanda

[898] *Il.* IX 378. En realidad, el verso dice *én Karós aísē* (en una cáscara de nuez). Plutarco, al unir la preposición con el sustantivo, lo ha confundido con *énkaros* (cerebro).

y funde como el hierro por el fuego y recibe después una inmersión y el temple por medio del frío:

donde hacia dentro el Aqueronte y el Piriflegetonte flu-
[yen [899];

B pues esto me parece que diría alguno de los que han existido poco antes que nosotros, si se abrieran las puertas de nuestro baño, ya que aquéllos se servían de un agua tan suave y tibia, que el rey Alejandro dormía en el baño cuando tenía fiebre, y las mujeres de los gálatas, llevándose ollas de gachas a los baños, comían con sus hijos mientras se lavaban; pero ahora los baños se parecen a perros rabiosos que ladran y se agitan convulsivamente, y el aire que se respira en ellos, convertido en una mezcla de humedad y fuego, no permite que nada del cuerpo esté en calma, sino que perturba todos sus átomos y lo alborota y lo saca de su sitio hasta consumirnos a nosotros mismos abrasados e hirviendo [900].

C »No tiene, por consiguiente, Diogeniano, dije, la razón necesidad alguna de causas importadas de fuera ni de intermundos, sino que por sí el cambio en la dieta es capaz de engendrar unas enfermedades y hacer desaparecer otras.»

---

[899] Hom., *Od.* X 513.

[900] Aristóf., *Nubes* 1044 ss., estima que tales baños son perjudiciales y debilitan al hombre. Por su parte, Fil., en *Vida de Apol.* I 16, los llama, en boca de Apolonio, «la vejez del hombre», y en IV 27 y 42, repite sus críticas hacia los que así se bañaban (cf., además, Clem. de Alej., *Pedag.* III). Por lo demás, un baño de agua caliente le costó el cargo de general de Filipo, según Polieno, IV 2, 1, al tarentino Dócimo. En general, como Luciano, en *Hipias* o *El baño* 7, señala, los balnearios eran un sitio propicio para el amor.

CUESTIÓN DÉCIMA

De por qué no creemos en absoluto en los sueños de otoño

Conversan FLORO, FAVORINO, AUTOBULO y otros HIJOS DE PLUTARCO

1. Habiendo dado Floro con los problemas físicos de Aristóteles que habían sido llevados a Termópilas, estaba D él mismo lleno de muchas dudas, lo que precisamente acostumbran a experimentar las naturalezas filosóficas, y hacía partícipes de ellas a sus compañeros, dando testimonio en favor del mismo Aristóteles, quien dice que el conocimiento de muchas cosas procura muchos puntos de arranque [901]. Pues bien, lo demás nos proporcionó durante el día en nuestros paseos un pasatiempo no desprovisto de encanto; pero lo dicho sobre los sueños, que son inseguros y falaces sobre todo en los meses de la caída de las hojas, no sé cómo surgió tras la cena después de haber estado ocupado Favorino [902] en otros razonamientos.

Pues bien, a tus compañeros y a mis hijos les parecía E que Aristóteles había resuelto la dificultad [903] y creían que nada había que buscar ni decir, salvo echar la culpa de ello, como él, a los frutos. Pues, como son tiernos aún y están cargados de jugos, generan en el cuerpo aire abundante y perturbador; ya que no es verosímil que sólo el

[901] Fr. 62 de ROSE.

[902] Peripatético, probablemente el famoso sofista Favorino de Arelate, discípulo de Dión de Prusa, unos treinta años más joven que Plutarco.

[903] Fr. 242 de ROSE.

vino hierva y borbotee, ni que el aceite, si es reciente, chisporrotee en las lámparas, al agitar el calor, como las olas, el aire, sino también los trigos nuevos y toda fruta vemos que están tensos e hinchados hasta que exhalan lo ventoso
F y crudo. Y usaban como testimonio de que algunos alimentos son provocadores de malos sueños las habas y la cabeza de pulpo, cosas de las que mandan que se abstengan los que desean la adivinación por medio de los sueños.

2. Y el propio Favorino es un admirador, de los más apasionados, de Aristóteles en otras cosas y concede al Perípato una parte muy grande de credibilidad; pero, entonces, descolgando cierta vieja sentencia de Demócrito, como ennegrecida por el humo, era capaz de pulirla y abri-
735A llantarla, pues admitía eso tan popular que dice Demócrito, que las imágenes penetran profundamente en los cuerpos a través de los poros, y que producen las visiones durante el sueño, cuando surgen, y que ellas van y vienen saliendo de todos los sitios, de muebles, de vestidos, de plantas, pero, sobre todo, de los seres vivos por su mucha agitación y calor, y que, al tener impresas no sólo semejanzas formales del cuerpo (como cree Epicuro, que sigue hasta aquí a Demócrito, pero que deja en este punto su razonamiento), sino también, al recoger reflejos de los movimientos del alma y proyectos de cada uno y sus formas de ser y
B emociones, las arrastran consigo, y que, al coincidir con ellas en los que las reciben, hablan como animadas y comunican a los que las reciben las opiniones, razonamientos e impulsos de los que las emiten, cuando se les mezclan conservando las reproducciones articuladas e inconfusas. Y esto lo hacen, sobre todo, cuando el desplazamiento se produce libre y rápido a través de un aire ligero. Pero el

aire otoñal, con el que los árboles pierden las hojas, como tiene mucha irregularidad y aspereza, tuerce y desvía a menudo las imágenes y hace su claridad borrosa y débil, oscurecida por la lentitud de la marcha, como por otra parte, a su vez, al saltar en gran número de cosas que están en ebullición y caldeadas y al ser transportadas rápidamen- C te, devuelven reflejos frescos y significativos.

3. Después, mirando a los que estaban en torno a Autobulo y sonriendo, dijo: «Pero os veo capaces de luchar, como contra sombras, con las imágenes y de creer hacer algo aplicando el tacto a una vieja opinión, como a una pintura.»

Y Autobulo dijo: «Déjate de argucias con nosotros, pues no ignoramos que, queriendo tú que sea estimada la opinión de Aristóteles, has comparado con ella, a modo de sombra, la de Demócrito. Nos volveremos, en consecuencia, a aquélla y la combatiremos por acusar de modo no conveniente a los frutos nuevos y al amado otoño. Pues D el verano atestigua en favor de los seguidores de Demócrito y también el otoño, cuando al llevarnos a la boca fruta especialmente fresca y espléndida, como dijo Antímaco [904], recién cogida, nos encontramos con sueños menos engañosos y falaces; y los meses de la caída de la hoja, como acampan ya junto al invierno, tienen los trigos cocidos y la envoltura de los frutos seca, rugosa y despojada de todo aquel poder excitante y enloquecedor. Y, sin duda, los que más temprano beben el vino nuevo, lo beben al menos en el mes de Antesterión, después del invierno, y nosotros llamamos a ese día el del Buen Genio, y los atenienses Pi-

[904] Cf. G. Kinkel, *Ep. Gr. Frag.*, Leipzig, 1877, fr., 36. Sobre Antímaco de Colofón, cf. n. 615.

E tegias, y vemos, incluso, a los obreros con miedo de llevarse mosto que está aún en fermentación.

»Pues bien, dejando a un lado el denunciar los dones de los dioses, tomemos otro camino, al que nos lleva el nombre del tiempo de los sueños vacíos y falaces. Se llama, en efecto, derramador de hojas, por caerse las hojas entonces a causa del frío y la sequedad, salvo si es un árbol cálido o grasiento, como los olivos, laureles y palmeras, o húmedo, como el mirto y la hiedra; pues a éstos los favorece su composición y a otros no; no permanece, en efecto, lo que aglutina y retiene, ya porque se condensa
F la humedad a causa del frío, ya porque ella se seca por la insuficiencia o pobreza del agua. En consecuencia, les es posible a las plantas florecer y crecer a causa de la humedad y del calor, pero más a los seres vivos; y, por el contrario, el frío y la sequedad les son funestos; por eso, Homero solía llamarnos con gracia 'húmedos mortales' [905], y al regocijarse 'derretirse' [906], y a lo que apena y asusta
736A 'lo que hace temblar' [907] y 'que hiela' [908], y desecado *(ālibás)* y descarnado *(skeletós)* se dice de los muertos, por injuriar con las palabras su sequedad. Pero, teniendo la sangre la fuerza más soberana de lo que hay en nosotros, es al tiempo caliente y húmeda; mas la vejez está carente de ambas cosas. Y parece que el otoño es como la vejez del año que se va; pues aún no ha llegado lo húmedo, y lo caliente no tiene ya fuerza; convertido ya sencillamente en una muestra de sequedad, al tiempo que de frialdad, hace los cuerpos proclives a las enfermedades. Y es necesa-

[905] *Od.* VI 201.
[906] *Ibid.*, 156.
[907] *Il.* XIX 325.
[908] *Od.* XI 212.

rio que las almas tengan las mismas afecciones que los cuerpos y, sobre todo, el don adivinatorio al condensarse el aire, como un espejo lleno de vaho. En consecuencia, nada B
neto, articulado y claro da en las visiones, mientras es áspero, oscuro y denso.»

LIBRO IX

INTRODUCCIÓN

El noveno libro de las *Quaestiones convivales,* Socio 736C
Seneción, contiene las conversaciones mantenidas en Atenas en la fiesta de las Musas, por convenir también precisamente el número nueve a las Musas. Si el número de cuestiones superara las diez habituales, no es de extrañar, pues había que devolver a las Musas todo lo que es de ellas y no quitarles nada, como de las ofrendas sagradas, puesto que se les debe algo mayor y mejor que esto.

CUESTIÓN PRIMERA

Sobre las citas de versos hechas oportuna o inoportunamente

Conversan AMONIO, ERATÓN y otros

1. Amonio, cuando era estratego en Atenas, hizo una D
prueba en la escuela de Diógenes [909] a los efebos que apren-

[909] Jefe de la guarnición del Pireo a la muerte de Antígono Gonatas, cuando le sucedió en el reino Demetrio II (239 a. C.).

dían letras, geometría, retórica y música, y a los maestros que tuvieron éxito los invitó a una cena. Y asistieron, aparte de numerosos eruditos, casi todos sus amigos. Ahora bien, Aquiles entre los contendientes les prometió una cena sólo a los de combates singulares, queriendo, según dicen, que si algún rencor o aspereza entre ellos hubiera surgido en las armas, los abandonaran y depusieran los hombres al participar en un festín y mesa comunes [910]; a Amonio, en
E cambio, le ocurrió lo contrario; pues la porfía y rivalidad de los maestros llegó a su punto más crítico cuando estaban en las copas; pero ya antes las proposiciones de temas y las designaciones para intervenir eran confusas y desordenadas.

2. Por ello, primero ordenó a Eratón cantar acompañado de la lira; y al cantar el principio de los *Trabajos:*

Desde luego no era único el linaje de las Disputas [911],

lo alabó como muy adaptado al momento. Después hizo recaer la conversación sobre la oportunidad de citas de versos, en la idea de que tiene no sólo encanto, sino utilidad a veces grande. Y, al instante, estaba en la boca de todos
F el rapsoda que, en la boda de Tolomeo [912], cuando éste se casó con su hermana y se estimó que hacía una cosa antinatural e ilícita, comenzó con aquellos versos:

Y Zeus llamó a Hera hermana y esposa [913];

---

[910] *Il.* XXIII 810.

[911] *Trab.* 11.

[912] Tolomeo II Filadelfo (285-246 a. C.), se casó en segundas nupcias, siguiendo la costumbre egipcia, con su hermana Arsínoe. Ambos fueron divinizados y tenían su santurio en Egipcio.

[913] Hom., *Il.* XVIII 356.

y el que en casa del rey Demetrio, quien, aunque no tenía deseos de cantar tras la cena, sin embargo, cuando le envió Demetrio [914] a su hijo Filipo, que era un niño aún, se lanzó al punto con:

A este niño de una manera digna de Heracles
y de nosotros críamelo [915];

y Anaxarco, al que Alejandro le tiraba manzanas durante 737A
la cena, que se levantó y dijo:

Alguno de los dioses será herido por una mano mortal [916];

pero el mejor de todos fue un niño corintio apresado en la guerra, quien, cuando la ciudad cayó y Momio [917] le ordenó escribir un verso para averiguar qué niños libres sabían escribir, escribió:

Tres y cuatro veces felices los Dánaos que entonces pere-
[cieron [918],

pues dicen también que Momio se conmovió y lloró y dejó
libres a todos los familiares del niño. Y mencionaron tam- B
bién a la mujer del actor trágico Teodoro [919] que no consintió en acostarse con él estando próximo al certamen,

---

[914] Posiblemente Demetrio II, rey de Macedonia (239-229 a. C.) y padre de Filipo V.

[915] Cf. NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, *Adespota*, 399.

[916] EUR., *Or.* 271 (cf., además, DIÓG. LAER., *Anaxarco* IX 60).

[917] Cónsul romano que destruyó Corinto en el año 146 a. C. (cf. *Mor.* 816C).

[918] HOM., *Od.* 306.

[919] Actor trágico del siglo IV a. C. (cf. *Mor.* 18C, 348E, 545F y 816F, y ARIST., *Pol.* 1336b28.

pero cuando llegó triunfante al lado de ella, lo abrazó y dijo:

Hijo de Agamenón, ahora te es posible eso[920].

3. Y, tras esto, a algunos les vino en ganas referir también muchas citas inoportunas, en la idea de que no era inútil conocerlas y guardarse de ellas. Por ejemplo, dicen que a Pompeyo Magno, que regresaba de una gran expedición militar, el maestro de su hija, por hacerle una demostración, traído un libro, entregándoselo a la niña, le dio este comienzo:

Llegaste de la guerra, ¡ojalá que hubieses perecido allí![921].

Y a Casio Longino, al llegarle una noticia anónima de que su hijo había muerto en el extranjero, y como nadie pudie-
c ra decirle la verdad ni eliminar la sospecha, entrando en su casa un senador, hombre ya mayor, le dijo: «No despreciarás, Longino, un chisme increíble y un rumor malintencionado, como si no supieses y hubieses leído eso de que:

Ningún rumor muere totalmente[992].»

Y el que en Rodas a un gramático que hacía una demostración en el teatro y pidió un verso, al largarle éste:

sal pronto de la isla, el más miserable de los seres vivos[923],

no está claro si le ultrajó bromeando o sin querer le faltó.

---

920 SÓF., *Elec.* 2.

921 HOM., *Il.* III 428.

922 HES., *Trab.* 763.

923 HOM., *Od.* X 72.

CUESTIÓN SEGUNDA

De cuál es la causa por la que la «alfa» es la primera de las letras

Conversan Amonio, Hermias, Protógenes y Plutarco

1. Pues bien, esto apaciguó de un modo cortés el tu- D
multo. Y como era costumbre en las fiestas de las Musas que se echaran suertes entre todos y que los que la sacaran en común se plantearan entre ellos cuestiones eruditas, temiendo Amonio que algunos de la misma materia la sacaran común entre ellos, ordenó que sin sorteo un geómetra E
se la planteara a un gramático, y a un retórico un músico, y que éstos luego, a su vez, pagasen la deuda.

2. Pues bien, Hermias [924], el geómetra, fue el primero en proponer al gramático Protógenes que dijera la causa por la que la α es la primera de todas las letras, y éste le dio la razón que se explica en las escuelas: que, en efecto, las vocales por una razón justificadísima van antes que las consonantes y semivocales, y que entre éstas, al ser unas largas, otras breves y otras, llamadas también ambiguas, ambas cosas, éstas lógicamente se distinguen por esta propiedad; y que, a su vez, de estas mismas tienen el lugar preferente el hecho que por naturaleza se anteponga a las otras dos y no se posponga a ninguna, como es la α; pues ésta, colocada detrás de la ι o la υ no quiere conci- F

[924] Interviene sólo en esta cuestión y la siguiente.

liarse ni avenirse con ellas, hasta el punto de que de ambas surja una sola sílaba, sino que, como si se irritara y saltara, busca siempre un comienzo propio; y cuando antecede de aquellas dos a la que tú quieras, se sirve de su compañía y consonancia y forma las sílabas de las palabras como *áurion* (mañana) y *auléin* (tocar la flauta) y *Aíantos* (Ayan-
738A te) y *aidéisthai* (respetar) y otras mil. Por ello, como los pentatlones, supera, aventaja y vence en tres puntos: a la mayoría por ser vocal y, a su vez, a las vocales por ser ambigua, y a estas últimas por estar dotada por naturaleza para ir delante, jamás para ser segunda ni seguir.

3. Y, al callarse Protógenes, Amonio, llamándome, dijo:

—¿No le prestas ninguna ayuda tú, que eres beocio, a Cadmo [925], de quien dicen que colocó la α antes que todas a causa de que los fenicios llamaban así al buey, al que consideraban no la segunda ni la tercera de las cosas necesarias, como Hesíodo [926], sino la primera?

—Ninguna, dije yo, pues más justo es que ayude a mi
B abuelo, si en algo puedo, que al de Dioniso; ya que Lamprias, mi abuelo, decía que de los sonidos articulados era el primero en salir por naturaleza, a causa del poder de la α; pues el aire en la boca se modula, sobre todo, con los movimientos de los labios cuya primera abertura, que es una separación hacia arriba, emite este sonido que es completamente sencillo y no precisa trabajo alguno ni exi-

[925] Fenicio legendario que fundó Tebas y se casó con Harmonía, hija de Ares y Afrodita. Junto con ella enseñó a escribir a los ignorantes nativos y los civilizó.

[926] *Trab.* 405, Hesíodo establece el siguiente orden de preferencia: «casa, lo primero, mujer, buey de labranza».

ge la ayuda de la lengua ni le está sometido, sino que es enviado cuando aquélla descansa en su sitio; por lo cual también éste es el primer sonido que emiten los niños; y se llama *aíein* (oír), porque se siente el sonido y muchos C casos semejantes, como *ádein* (cantar), *auléin* (tocar la flauta) y *alalázein*[927] (gritar alalá) y creo que también se dice *aírein* (levantar) y *anoígein* (abrir) de un modo no inconveniente por la abertura y elevación de los labios, por las que sale de la boca este sonido: por ello, también todos los nombres de las consonantes, salvo una, se sirven de la α como de una luz para la ceguera que les envuelve; esta propiedad está ausente sólo de la *pi*, pues la *phi* y la *khi* son, respectivamente, *p* y *k* aspiradas.

CUESTIÓN TERCERA

De en qué proporción se encuentra el número de vocales y semivocales

Conversan HERMIAS, PLUTARCO y ZOPIRIÓN

1. Ante esto, como Hermias dijese que admitía ambas explicaciones, le dije: «Pues bien, ¿por qué tú también no nos referiste si hay alguna explicación del número de las letras, según me parece a mí al menos? La prueba la D tomo del hecho de que el número de consonantes y semivocales se relaciona entre sí y con las vocales no al azar,

[927] Grito de guerra que se emitía tras cantar el peán mientras se avanzaba contra el enemigo.

sino según la llamada por vosotros 'primera proporción aritmética', pues al ser 9, 8, y 7 [928], ocurre que el número del medio supera y es superado en lo mismo; y el más elevado guarda con el más pequeño la proporción que guarda el de las Musas con el de Apolo; pues a las Musas, en efecto, se les atribuye el 9, y el 7 al conductor de las Musas, y sumando uno con otro dobla al del medio lógica-
E mente, puesto que también las semivocales en cierto modo comparten la propiedad de ambas.»

2. Y Hermias dijo: «Se dice que Hermes fue el primer dios que descubrió en Egipto las letras; por ello también a la primera de las letras los egipcios la pintan como un ibis, en la idea de que corresponde a Hermes, atribuyendo incorrectamente, en mi opinión al menos, sitio preferente
F entre las letras a una sin voz ni sonido. A Hermes está dedicado de los números, sobre todo el 4, y muchos cuentan que el dios nació a principios de mes, el día cuatro. Cuatro veces cuatro nos dan, en efecto, las primeras letras, llamadas 'fenicias' por Cadmo, y de las descubiertas después, Palamedes primero añadió cuatro y Simónides después otras tantas [929]. Y, desde luego, es claro que de todos los números el primer número perfecto es el 3, por contener principio, medio y fin, y el 6 por ser igual en sus partes. Pues bien, de éstos el 6, multiplicado por 4, y el 3 por 8, el primer número perfecto del primer cubo, nos da la cantidad de 24.»

---

[928] Para los griegos el alfabeto constaba de 9 mudas. *b, g, d, th, k, p, t, ph, kh;* 7 vocales: *a, e, ē, i, o, u, ō,* y 8 semivocales: *ds, l, m, n, x, r, s* y *ps.*

[929] Según PLIN., *Hist. nat.* VII 192, Palamedes inventó las *ds, u, ph* y *kh,* y Simónides las *th, x, ps* y *ō,* pero existen otras versiones.

3. Y de él, que aún seguía hablando, era claro que Zopirión [930], el gramático se mofaba y hacía sus comentarios; pero, cuando se calló, no se contuvo, sino que calificaba tales cosas de tremenda estupidez, «pues la cantidad 739A de las letras era tanta y la disposición era así no por razón alguna, sino por cierta casualidad, como, dijo, también el primer verso de la *Ilíada* tenía el mismo número de sílabas que el de la *Odisea* [931] y, a su vez, al último le correspondía el último por azar y espontáneamente [932].

CUESTIÓN CUARTA

De qué mano de Afrodita hirió Diomedes

Conversan Hermias, Máximo y Zopirión

1. Y después de esto, Hermias quería plantear una B cuestión a Zopirión, pero se lo impedimos. Y Máximo [933], el profesor de retórica, de lejos le hizo una pregunta tomada de las obras de Homero, a saber, qué mano de Afrodita hirió Diomedes. Y, al preguntarle, a su vez, rápidamente Zopirión que de qué pierna era cojo Filipo, dijo Máximo: «No es igual, pues Demóstenes [934] no nos dejó nada en qué basarnos, pero tú, si reconoces estar en duda, otros

[930] Conocido sólo por esta cuestión.

[931] Diecisiete sílabas en total.

[932] Dieciséis sílabas.

[933] Sólo interviene en esta cuestión.

[934] En *Corona* 67, Demóstenes nos cuenta que Filipo era tuerto (perdió el ojo en la toma de Metone, en el 353 a. C.), tenía una clavícula fracturada, recuerdo de la expedición contra los ilirios (345 a. C.), y

mostrarán dónde el poeta señala la mano herida a los que son inteligentes.» Pues bien, nos pareció que Zopirión estaba perplejo y le pedíamos a Máximo, puesto que el otro callaba, que nos lo mostrase.

C 2. «Pues bien, en primer lugar, dijo Máximo, siendo los versos tales:

Allí estirándose el hijo del magnánimo Tideo
le hirió en la punta de la mano, arrojándose con la aguda
[lanza[935],

está claro que, si pretendía golpearla en la izquierda, no necesitaba de un salto, porque, como le atacaba de frente, tenía su derecha frente a la izquierda de ella; y, en efecto, era más lógico que él le hiriera la mano más fuerte y la que mejor cogía a Eneas, al que llevaba, y que ella, herida, soltara el cuerpo. En segundo lugar, una vez que fue llevada al cielo, Homero hace que Atenea se ría de ella:

D *Con toda certeza Cipris mientras animaba a una de las*
[aqueas
a seguir a los troyanos de quienes ahora tanto se enamoró
y acariciaba a alguna de las aqueas de profundo regazo
con un broche de oro se desgarró su frágil mano[936];

y creo que también tú, el mejor de los maestros, dijo, cuando tocas y acaricias afectuosamente a alguno de tus alumnos, no lo haces con la mano izquierda, sino con la derecha; como es natural que también Afrodita, que era la más diestra de las diosas, mostrara así su afecto a las heroínas.»

---

una pierna lisiada, en la que fue herido, además de en una mano, en su campaña contra los tríbalos (339 a. C.).

[935] *Il.* 335-336.

[936] *Ibid.*, 420-425.

CUESTIÓN QUINTA

De por qué dijo Platón que el alma de Ayante llegó la vigésima al sorteo[937] E

Conversan Sóspide, Hilas, Lamprias, Amonio y Marcos

1. Esto puso más contentos a todos los demás, y Sóspide, el rétor, al ver que sólo Hilas, el gramático, estaba silencioso y apesadumbrado (pues no tuvo precisamente su día en las pruebas), dijo en voz alta:

sola el alma de Ayante, el Telamonida[938],

y gritándole ya más fuerte acabó los restantes versos:

Mas ven aquí, señor, para que oigas las palabras y el relato nuestros; y doma tu cólera e inflexible ánimo[939].

E Hilas, contrariado aún por la cólera, respondió torpemente; dijo que el alma de Ayante, habiendo alcanzado el lote vigésimo en el Hades, cambió, según Platón, su naturaleza por la de un león, pero que a él se le ocurría muchas veces también lo del viejo de la comedia: F

que es mejor convertirse en asno que
ver vivir con más renombre a los peores que uno[940].

---

[937] Según Plat., *Rep.* 620b, al alma de Ayante le tocó el lote número veinte y eligió vida de león, porque con el mal recuerdo del juicio de las armas de Aquiles no quería volver a ser hombre. Con ello coincide la respuesta de Hilas.

[938] Hom., *Od.* XI 543.

[939] *Ibid.,* 561-562.

[940] Menandro, *Teophoruméne* 18-19.

Y Sóspide riéndose dijo: «Pero hasta que vayamos a
740A ponernos la albarda, si algo te preocupas de Platón, acláranos por qué razón ha hecho caminar por sorteo al alma del telamonio la vigésima a la elección.» Y como Hilas lo enviase con los cuervos [941] (pues creía que se le ridiculizaba por haber tenido un mal día), tomando la palabra nuestro hermano dijo: «¿Pero cómo, no se lleva siempre Ayante el segundo premio en belleza, estatura y valor 'tras el irreprochable Pelión' [942], y 20 es el segundo 10, y la decena entre los números es el mejor, como Aquiles entre los aqueos?» Y como nosotros nos riésemos, Amonio dijo: «Quede esto, Lamprias, como una broma tuya a
B Hilas, pero a nosotros háblanos de su causa no bromeando, sino en serio, puesto que aceptaste de grado explicarlo.»

2. Pues bien, Lamprias se sintió turbado, mas no aguardando luego mucho tiempo, dijo que en muchas ocasiones Platón se burlaba de nosotros con las palabras, pero donde mezcla un mito con la explicación sobre el alma, se vale principalmente de la razón, «pues a la naturaleza inteligible del cielo la llama 'carro alado' [943] por el armonioso movimiento circular del universo, y allí al que trae por sí mismo la noticia de lo que hay en el Hades, panfilio de linaje, siendo su padre Harmonio, le llama Er [944], alu-
C diendo con enigmas a que las almas se engendran con

[941] Expresión proverbial para enviar a alguien a paseo.

[942] Hom., *Od.* XI 470 y 551.

[943] *Fedro* 246e.

[944] El nombre de Er es hebreo y coincide, según advirtiera Suidas, con el de uno de los ascendientes de San José, esposo de la Virgen. Para el famoso mito, Plat., *Rep.* 614b.

'harmonía' y 'armonizan' con los cuerpos, pero al apartarse, se reúnen de todas partes en el «éter» y desde allí se dirigen de nuevo a su segundo nacimiento; por tanto, ¿qué impide que 'vigésimo' *(eikostón)* se diga de lo que no es verdad, sino 'lo verosímil' *(eikós)* y fingido del relato o del sorteo, como si hubiera ocurrido 'al azar' *(eikḗ)* y por suerte?[945]. En efecto, siempre toca Platón tres causas, puesto que fue el primero o el que mejor comprendió cómo por naturaleza se mezclan y traban lo que atañe al destino con lo que atañe a la suerte y, a su vez, lo que depende de nosotros con cada una o con ambas al tiempo. Y aquí nos insinuó extraordinariamente qué fuerza tiene cada una de ellas en nuestros actos, concediendo la elección de vida D
a lo que depende de nosotros ('pues virtud y maldad no tienen amo'[946]) y ligando a la fuerza del destino el que vivan bien los que hayan elegido bien y al contrario, los que mal; y las vicisitudes de los lotes desordenadamente dispersos introducen la suerte que, según la crianza y régimen político que hayan tocado a cada uno, condiciona de antemano muchas de nuestras cosas. Por tanto, mira no vaya a ser ilógico buscar una causa a lo que depende de la suerte, pues si el resultado del sorteo parece haber surgido bajo ciertas condiciones, ya no sucede por azar ni espontáneamente, sino que depende de cierto destino y previsión.»

3. Y mientras Lamprias hablaba aún, entretanto el gra- E
mático Marcos parecía calcular y contar algo consigo mismo; luego, cuando calló, dijo: «De las almas homéricas

[945] Relación etimológica falsa entre *eikostón* (veinte), *eikós* (verosímil) y *eikḗ* (al azar).

[946] PLAT., *Rep.* 617e.

cuantas en la *Nékuia* Homero menciona, la de Elpenor, aún no mezclada con las del Hades, por no haber sido enterrado el cadáver, vaga como en los confines. Sin embargo, no es justo, desde luego, enumerar con las demás a la de Tiresias:

a quien solo, incluso muerto, le dio Perséfone ser inteligente[947],

y dialogar con los vivos y entenderlos, antes de beber la
F sangre. Pues bien, si, exceptuando estas dos, Lamprias, cuentas la demás, todo coincide: el alma de Ayante llegó la vigésima a la vista de Odiseo y con esto bromea Platón usando el colorido de la *Nékuia* homérica.»

CUESTIÓN SEXTA

De qué enigma encierra el mito de la derrota de Posidón. En donde también se trata de por qué los atenienses suprimen el día 2 de Boedromión

Conversan Menéfilo, Hilas y Lamprias

741A 1. Y al aclamar todos, Menéfilo, el peripatético, dirigiéndose a Hilas, dijo: «¿Ves cómo la pregunta no era una burla ni un ultraje?; mas dejando, bendito, al 'testarudo' y 'de funesto nombre' Ayante, como dice Sófocles[948], ponte al lado de Posidón de quien tú mismo sueles contar-

947 Hom., *Od.* X 494-495.
948 *Ayante* 914.

nos que fue derrotado muchas veces, aquí por Atenea [949], en Delfos por Apolo [950], en Argos por Hera [951], en Egina por Zeus [952] y en Naxos por Dioniso [953], manteniéndose en todas partes tranquilo y sin cólera en sus fracasos; pues aquí incluso comparte un templo con Atenea [954], en el que B además hay construido un altar al 'Olvido'.» E Hilas, como si estuviera más contento, dijo: «Pero se te ha olvidado, Menéfilo, esto, que también suprimimos el día 2 de Boedromión no por la luna, sino porque en él parece que los dioses riñeron por el lugar.» «¡Bah!, dijo Lamprias, cuánto más cívico ha sido Posidón que Trasibulo, pues aunque no venció como aquél, sino derrot***.»

CUESTIÓN SÉPTIMA

De cuál es la causa de la división de los cantos en tres géneros [955]

CUESTIÓN OCTAVA

De en qué difieren los intervalos melódicos de los armónicos

---

[949] Cf. HERÓD., VIII 55, y *Mor.* 489B ss., donde se da la misma explicación que luego ofrecerá Hilas.

[950] Cf. PAUS., II 33, 2.

[951] *Ibid.*, 15, 5.

[952] Según explica un escoliasta de PÍNDARO, *Ístmicas* VIII 92.

[953] Cf. DIOD., III 66.

[954] El Erecteo.

[955] Sobre esta división, cf. *Quaest. conv.* 744C.

CUESTIÓN NOVENA

De cuál es la causa de la armonía. En donde también se trata de por qué al sonar al tiempo los armónicos el canto adquiere un tono más grave [956]

CUESTIÓN DÉCIMA

De por qué, si los períodos de eclipse del sol y la luna son iguales en número, se ve eclipsarse a la luna más veces que al sol [957]

CUESTIÓN UNDÉCIMA

c *De que nosotros no nos mantenemos los mismos, ya que nuestra entidad siempre fluye* [958]

CUESTIÓN DUODÉCIMA

De si es más creíble que la totalidad de los astros sea un número par o impar

Conversan Sóspide, Glaucias, Protógenes, Plutarco y otros

«¿[***] [959] y con los juramentos hay que engañar a los hombres?» Y Glaucias dijo:

---

[956] Cf. *Mor.* 139C, y Ps.-Arist., *Probl.* XIX 12.

[957] Cf. *Mor.* 932B-933E.

[958] Cf. *Mor.* 392A-E.

[959] La mayor parte de la cuestión se ha perdido. Sólo conservamos el final.

—Yo he oído que este dicho se dice del tirano Polícrates, pero es verosímil que se diga también de otros [960], pero tú ¿por qué lo preguntas?

—Porque, ¡por Zeus!, dijo Sóspide, veo a los niños jugar a pares y nones con tabas y a los de la Academia con palabras; pues tales conjeturas en nada difieren de los que preguntan si han cogido con la mano que extienden pares o nones.

Pues bien, levantándose Protógenes y llamándome por mi nombre, dijo:

—¿Por qué motivo dejamos a estos oradores darse importancia burlándose de otros, mientras a ellos no se les hace ninguna pregunta ni aportan la cuota de sus palabras? A no ser, ¡por Zeus!, que digan que ellos no comparten la comunidad en el vino, por ser defensores y D emuladores de Demóstenes, un hombre que en toda su vida jamás bebió vino.

—La causa de ello, dije yo, no es ésa, sino nosotros, que no les hemos preguntado nada y, si tú no tienes algo mejor, me parece que yo les voy a plantear de las proposiciones retóricas de Homero una antinómica.

[960] El dicho lo aplican a Lisandro PLUT., *Lis.* VIII, donde dice que imitaba al tirano Dionisio, y *Mor.* 229B; DIOD., X 9, 1; POLIENO, I 45, 3; ELIANO, *Var. hist.* VII 12, con la indicación de que unos lo atribuyen a Lisandro y otros a Filipo de Macedonia, y DIÓN CRIS., *Disc.* 74. A Dionisio, el tirano, lo achaca PLUTARCO en *Mor.* 330F.

CUESTIÓN DECIMOTERCERA

Sobre la cuestión antinómica en el canto III de la Ilíada

Conversan Protógenes, Plutarco, Sóspide y Glaucias

1. —¿Cuál es ésta?, dijo.

—Yo te la diré, le repliqué, al tiempo que se la planteo
E a éstos; por ello que presten ya atención. Alejandro, en efecto, hace sin duda su desafío en los siguientes términos:

pero a mí y al belicoso Menelao impulsadnos
a combatir en medio por Helena y sus bienes.
Y quien de los dos venza y sea superior,
que, cogiendo en buena hora los bienes y la mujer, los lleve
[todos a su casa [961].

Y, a su vez, Héctor, cuando proclama y hace público a todos el desafío de aquél, emplea casi las mismas palabras:

Pide a los demás troyanos y a todos los aqueos
F *que pongan sus hermosas armas en la tierra que a muchos [nutre,*
y que él y el belicoso Menelao en medio
combatan solos por Helena y todos sus bienes,
y al que venciere que le acompañen la mujer y los bienes [962].

Y, al aceptar Menelao, hacen pactos con juramento y Agamenón los inicia así:

---

[961] *Il.* III 69-72.

[962] Los cuatro primeros versos son de *Il.* III 88-91, y el último el 255, del mismo canto.

Si Alejandro acabara con Menelao, 742A
que él luego se lleve a Helena y todos sus bienes,
pero si el rubio Menelao matase a Alejandro,
que, cogiendo en buena hora los bienes y la mujer, los
[lleve todos a casa [963].

Pues bien, cuando Menelao venció, pero no lo mató, cada grupo, por conseguir sus pretensiones, se apoya en las palabras del enemigo, ya que mientras unos los reclaman por haber sido vencido Paris, los otros, en cambio, no los devuelven, porque no ha muerto. Así, pues, dije: cómo «se dirimiría este pleito con rectitud» [964] y se arbitraría la antinomia, no es labor de filósofos ni gramáticos, sino de pro- B
fesores de retórica y amigos de las letras y el saber como vosotros.

2. Por su parte, Sóspide dijo que las palabras del retador tenían más autoridad, cual si fuera ley, «pues aquél proclamó bajo qué condiciones lucharían, en tanto que los que las aceptan y se someten a ellas ya no son dueños de añadirles nada; y el desafío no fue a sangre y muerte, sino por la victoria o derrota. Y muy justamente, pues la mujer debía ser del mejor y el mejor era el vencedor; pero muchas veces les sucede incluso a los valientes morir a manos de los cobardes, como posteriormente Aquiles murió alcanzado por las flechas de Paris. Y no diríamos, creo, que la muerte de Aquiles fue una derrota ni una victoria de quien le hirió, sino un injusto golpe de fortuna. Sin C
embargo, Héctor fue vencido aun antes de morir, pues no

[963] Los dos primeros versos corresponden a *Il.* III 281-282, el tercero al 284 y el último al 72 del mismo canto.

[964] *Ibid.*, XVIII 508.

aguardó el ataque de Aquiles, sino que por temor lo rehuyó, y quien abandona y huye es derrotado con una derrota sin paliativos y reconoce que su contrincante es mejor; por ello primeramente, al anunciárselo Iris a Helena; le dice:

Con sus grandes lanzas combatirán por ti
y serás llamada querida esposa de quien venza[965].

Después Zeus le dio a Menelao el premio del combate diciendo:

la victoria, en efecto, es claramente del belicoso Menelao[966],

D pues sería ridículo que, por un lado, venciera a Podes hiriéndolo de lejos, cuando éste ni se lo esperaba ni se protegió, y, por otro, por su victoria sobre uno que abandonó, se escapó y se sumergió en el regazo de la mujer despojado de sus armas, con vida, no fuera digno de llevarse el premio, cuando, según el propio desafío del otro, fue claramente superior y le aventajó.»

3. Y, tomando la palabra Glaucias, dijo primero que en decretos, leyes, pactos y acuerdos, los segundos se consideraban de más autoridad y fuerza que los primeros, y segundos eran los acuerdos de Agamenón, que tenían como final la muerte, no la derrota del vencido; «además, aqué-
E llos iban acompañados de palabras, en tanto que éstos también de juramentos y se les añadían imprecaciones contra los transgresores, puesto que los admitió y convino en ellos no un hombre solo, sino todos, de suerte que éstos fueron acuerdos con pleno derecho, en tanto que aquéllos

965 *Ibid.*, III 137-138.
966 *Ibid.*, 457.

sólo desafío; y lo atestigua Príamo al marcharse del certamen tras los juramentos:

Sin duda, Zeus y demás dioses inmortales saben esto,
a quién de los dos le está decretado el fin de la muerte[967],

pues sabía que el acuerdo se había hecho bajo estas condiciones; por ello, también, al poco dice Héctor:

los juramentos el Cronida de elevado trono no los cum-
[plió[968],

pues el certamen quedó inacabado y no tuvo un final indiscutible, ya que ninguno de ellos cayó; de ahí que a mí F
al menos me parece que la cuestión no fue ni siquiera antinómica, porque los segundos acuerdos están comprendidos en los primeros; pues el que mataba obtenía la victoria, pero el que vencía no tenía por qué matar. Para decirlo resumidamente, Agamenón no anuló el desafío de Héctor, sino que lo aclaró y no lo modificó, sino que le incorporó lo de más autoridad, al poner el vencer en el hecho de matar. Ésta, en efecto, es una victoria total, mientras que 743A
las demás tienen sus dudas y objeciones, como la de Menelao, que ni lo hirió ni lo persiguió. Por tanto, como en las antinomias verdaderas los jueces se adhieren a lo que no admite ninguna discusión dejando lo incierto, así ahora al acuerdo que conlleva un final indudable y conocido se le debe considerar el más firme y de mayor autoridad. Y lo que es aún más importante, el mismo que parecía vencer, al no alejarse del que huía ni dejarlo, sino que al

[967] *Ibid.*, III 308-309.
[968] *Ibid.*, VII 69.

buscarlo entre la muchedumbre por todos lados,
por si en alguna parte divisaba al divinal Alejandro [969],

B atestiguó que la victoria no era válida ni perfecta, ya que aquél había conseguido huir, ni se olvidó de lo que había sido dicho por él:

de nosotros a quien la muerte y el destino alcancen,
que muera y los demás retiraos al punto [970].

»Por ello, le era necesario buscar a Alejandro, para que matándolo concluyera el propósito del certamen; pero, como no lo mató ni lo cogió, reclamaba sin razón el premio de la victoria, pues ni siquiera le venció, si hay que atestiguarlo con lo dicho por él, cuando acusa a Zeus y llora su revés:

Zeus padre, ningún otro dios es más funesto que tú,
C *en verdad creí castigar a Alejandro por su maldad,*
mas he aquí que en mis manos se quebró la espada y mi [lanza
salió de las manos en vano; ni siquiera le herí [971],

pues él mismo reconocía que el romper el escudo y coger el yelmo caído no era nada, si no hería y mataba a su enemigo.»

[969] *Ibid.*, III 450.
[970] *Ibid.*, 101-103.
[971] *Ibid.*, 365-368.

CUESTIÓN DECIMOCUARTA

Sobre cuanto no suele decirse acerca del número de las Musas

Conversan HERODES, AMONIO, LAMPRIAS, TRIFÓN, DIONISIO, PLUTARCO y MENÉFILO

1. Tras esto hicimos libaciones a las Musas y, al entonar el peán al guía de las Musas, cantamos también con Eratón acompañado a la lira aquellos versos de Hesíodo [972] relativos al nacimiento de las Musas. Y después del canto, Herodes, el rétor, dijo: «Vosotros, los que apartáis a D
Calíope de nosotros, habéis oído cómo Hesíodo dice que ella se encuentra con los reyes [973], desde luego, no cuando resuelven silogismos, o hacen preguntas que cambian de forma, sino cuando hacen lo que es labor propia de oradores y políticos. De las demás Clío lleva el género encomiástico, pues a los elogios los llamaban *kléa* [974] (loas); Polimnia el histórico, pues significa 'recuerdo de muchas cosas'; y en algunos sitios, incluso, como en Quíos, dicen que a las Musas en su conjunto se les llama 'Memorias' [975], pero

[972] *Teog.* 36 ss.

[973] *Ibid.*, 80.

[974] Efectivamente, Clío, musa de la poesía, y *Kléos* (fama) son de la misma raíz.

[975] En realidad, Polimnia deriva de *polý* (mucho) e *hýmnos* (canto), y no de *mneía* (recuerdo). Según PAUS., 2, los hijos de Aloes afirman que las Musas eran tres y las denominaron *Melétē* (práctica), *Mnēmē* (memoria) y *Aoidē* (canto). Quizá, por ello, se haya podido producir el error de Plutarco. Por lo demás, tal denominación, la de Memorias, no está atestiguada en otro autor. DIOD., IV 7, 4, nos ofrece la etimología correcta.

yo hago de Euterpe algo también mío, si precisamente, como dice Crisipo [976], ésta obtuvo en suerte el agrado y encanto del trato; pues el orador se relaciona con el trato
E no menos que con lo judicial y deliberativo; las conversaciones tienen tanto de benevolencia como de apoyo común y de defensa; y de lo que más nos valemos en estas ocasiones es del elogio y vituperio, con lo que obtenemos resultados nada viles ni pequeños, si lo hacemos con arte, en tanto que fallamos si actuamos inexperta e inhábilmente; pues eso de:

¡Ay, ay, cuán grato y respetado es éste entre todos los [hombres [977]

[***] pero, por acomodársele bien lo relativo al trato, pienso que les cuadra mejor la Persuasión y Encanto.»

2. Y Amonio dijo: «No es justo, Herodes, enfadarse contigo, aunque con 'pesada' [978] mano te apoderes de las Musas, pues común es lo de los amigos y Zeus engendró muchas Musas por esto, para que les fuera posible a todos
F sacar copiosamente el agua de lo bello; pues no todos necesitamos de la caza, ni de campañas militares, ni de la navegación, ni del trabajo manual, pero de la educación y conversación todos,

cuantos cogemos el fruto de la espaciosa tierra [979];

---

[976] Cf. von Arnim, *Stoic. Vet. Frag.*, II 1099.

[977] Hom., *Od.* X 38-39. A continuación existe una laguna señalada por Xylander, que se ha intentando subsanar de diversos modos. Según F. H. Sandbach, que se basa en Estob., *Ecl.* II 108, 5w, las palabras que faltan hacen relación a los hombres buenos en la conversación adaptable a todo tipo de gente.

[978] Epíteto muy corriente en Homero.

[979] Fr. 4 (Diehl) de Simónides.

de ahí que hiciera una sola Atenea y Ártemis y un solo Hefesto, pero muchas Musas. Pero, ¿por qué son nueve 744A y no menos ni más, nos lo podrías decir? Creo que tú, por ser tan amigo de las Musas y cultivador de ellas, has pensado sobre esto.» «Pero ¿qué de extraño encierra esto?, dijo Herodes, pues está en boca de todos y por todas las mujeres se canta el número nueve, por ser el primer cuadrado del primer número impar, e impar un número impar de veces, puesto que, en efecto, admite la división en tres números impares iguales.»

Y Amonio, sonriéndose, dijo: «Valientemente mencio- B naste esto; pero súmale aún tan sólo que el número está formado por los dos primeros cubos, el 1 y el 8 y, a su vez, de nuevo, por dos números triangulares, según otra combinación, el 3 y el 6, cada uno de los cuales es también perfecto; pero ¿por qué esto cuadra mejor a las Musas que a los demás dioses, de suerte que tenemos nueve Musas, pero no tenemos otras tantas Deméteres, Ateneas y Ártemis? Pues, sin duda, que a ti no te convence el que las Musas son tantas porque el nombre de su madre [980] esté compuesto de otras tantas letras.» Y como Herodes C se riera y se hiciera un silencio, Amonio nos animó a que abordáramos el tema.

3. Pues bien, mi hermano dijo que los antiguos conocieron tres Musas [981]; «y es necio y tosco decir una prueba de esto entre tantos y tales hombres, pero su causa no son, como algunos dicen, los géneros melódicos, el diatónico, el cromático y el enarmónico, ni las notas que proporcionan los intervalos, aguda, media y baja. Desde luego, los

[980] Su madre era *Mnēmosýnē*.

[981] Cf. *supra*, n. 975, y Diod., IV 7, 2.

delfios, al menos, llamaban a las Musas así aplicándolo incorrectamente a un solo conocimiento o, más bien, a una parte de un solo conocimiento de la música, la armonía.
D Los antiguos, como yo creo, comprendiendo que todas las ciencias y artes que se elaboran con la palabra se encontraban en estos tres géneros, el filosófico, el retórico y el matemático, los tuvieron por dones y gracias de tres diosas a las que llamaron Musas; pero después, también, en la época de Hesíodo, al descubrirse ya mejor sus propiedades, al dividirlas en partes y formas, vieron que cada una, a su vez, tenía en sí tres subdistinciones, pues en el matemático se encuentra lo relativo a la música, lo relativo a la aritmética y lo relativo a la geometría, y en el filosófico la lógica, la ética y la física, y en el retórico el género
E encomiástico dicen que fue el primero, el segundo el deliberativo y el último el judicial. Estimando que ninguno de ellos debería estar sin dios ni sin musa ni sin su parte en un mando y dirección más fuerte, naturalmente no hicieron que las Musas fueran iguales en número, sino que descubrieron que lo eran. Pues bien, como el 9 se puede dividir en 3 treses de los que cada uno, a su vez, se divide en otras tantas unidades, así, una y común es la rectitud del discurso relativo a lo esencial, pero se distribuyen de tres en tres cada uno de los tres géneros; luego, de nuevo, a su vez, individualmente cada una, al tocarle un solo dominio, cuida de él y lo ordena. No creo, en efecto, que los poetas y astrónomos nos acusen por haber omitido sus
F artes, ya que saben, no menos que vosotros, que la astronomía acompaña a la geometría y la poesía a la música.»

4. Y cuando esto se expuso, como Trifón el médico dijera: «Pero ¿por qué razón has cerrado el Museo a nues-

tra arte?», tomando la palabra Dionisio [982], el de Mélite, dijo: «A muchos invitas al tiempo para la acusación; pues también nosotros los labradores nos apropiamos de 745A
Talía entregándole el cuidado y protección del buen florecimiento y germinación de plantas y semillas.» «Pero no actuáis con justicia, dije yo, pues que también tenéis vosotros a Deméter 'germinadora' [983] y a Dioniso:

quien muy gozoso aumenta el prado de árboles,
sagrado esplendor del otoño,

como Píndaro dice [984], y sabemos que los médicos tienen como caudillo a Asclepio y se sirven de Apolo Peón [985] en todo y nada del guía de las Musas, pues todos 'los hombres han menester de los dioses', según Homero [986], pero no todos de todos.

»Sin embargo, me admira cómo le pasó por alto a Lamprias lo que dicen los delfios: dicen, en efecto, que las B
Musas entre ellos no son epónimas de sonidos ni cuerdas, sino que, como el universo está repartido en tres partes en su totalidad, y la primera porción es la de los astros fijos, la segunda la de los planetas y la última la que está bajo la luna, y todas se ensamblan y disponen conforme a razones armónicas, de cada una de las cuales una Musa es su guardiana, de la primera Hipate, de la última Neate, y Mese de la de en medio, que agrupa al tiempo y reúne, como le es posible, lo mortal con lo divino y lo terrestre con lo celeste; de igual modo también Platón [987] las carac-

[982] Citado sólo aquí.

[983] Cf. PAUS., I 31, 4. El epíteto se aplica también a la Tierra.

[984] Fr. 153 de la edición de B. SNELL, 2.ª ed., Leipzig, 1955, citado también en *Mor.* 365A, 415D y 757F.

[985] «Sanador».

[986] *Od.* III 48.

[987] *Rep.* X 617C.

terizó a manera de enigma en los nombres de las Moiras, al llamar a una Átropo, a otro Cloto y a la otra Láquesis; c puesto que a las circunvoluciones al menos de las ocho esferas les aplicó un número igual de Sirenas, no de Musas.»

5. Y tomando la palabra Menéfilo, el peripatético, dijo: «Lo de los delfios, en cierto modo, tiene su parte de verosimilitud; pero Platón resulta chocante, al instalar en las circunvoluciones eternas y divinas, en lugar de las Musas, a las Sirenas, que son divinidades no muy amigas de los hombres ni benéficas, y al dejar, en cambio, completamente de lado a las Musas o denominarlas con los nombres de las Moiras y llamarlas hijas de la Necesidad; pues la Necesidad es algo que carece de musa, en tanto que la D Persuasión tiene musa y es grata a las Musas; por ello, la Musa creo que 'aborrece a la insoportable Necesidad' más que la Gracia de Empédocles» [988].

6. «Por supuesto, dijo Amonio, la nuestra es una causa forzada y sin otra elección; en cambio, la necesidad de los dioses no es insoportable, y creo que ni difícil de persuadir ni violenta [989], salvo para los malos, como la ley en una ciudad para los que miran por lo mejor de ella es inalterable e inviolable, no por la imposibilidad del cambio, sino por la voluntad de no hacerlo. Y, en efecto, las Sirenas de Homero, al menos, no nos asustan con razón por el mito, sino que también aquél dio a entender correctamente con enigmas que la fuerza de su música no es ni E inhumana ni funesta, sino que, infundiendo amor por lo celeste y divino [990], y olvido de las cosas mortales a las

[988] Cf. DK., I, pág. 358 (fr. 116).
[989] PLAT., *Tim.* 48a.
[990] PLAT., *Crát.* 403c-d.

almas que de aquí se marchaban allá, según parece, y vagaban tras la muerte, las retiene y encanta hechizándolas, y ellas con alegría siguen a las Sirenas y giran con ellas; aquí, en cambio, llegándonos como un cierto oscuro eco de aquella música mediante la palabra, evoca y recuerda a las almas lo de entonces, pero los oídos de la mayoría están recubiertos y embadurnados con atascos y pasiones carnales, no de cera; pero ella por su buen natural lo siente y recuerda y experimenta una sensación cercana a las más locas pasiones del amor, ya que ansía y desea librarse del F
cuerpo sin conseguirlo. No obstante, yo al menos no coincido totalmente con todo esto, sino que me parece que Platón [991] llama 'husos' y 'ruecas' a los ejes, y 'espirales' a las estrellas, y aquí sorprendentemente Sirenas a las Musas, porque 'cuentan' [992] *(eírousas)* y dicen las cosas divinas del Hades, como el Odiseo de Sófocles dice que llegó hasta las Sirenas:

Hijas de Forco que gritan las leyes del Hades [993];

y hay ocho musas que giran con las ocho esferas, en 746A
tanto que a una le ha tocado el lugar en torno a la tierra. Pues bien, las ocho encargadas de sus órbitas sostienen y conservan la armonía de los astros errantes con los no errantes y de aquéllos entre sí. Y la otra, que vigila y recorre el espacio entre la tierra y la luna, transmite a los mortales mediante la palabra y el canto cuanto por naturaleza pueden sentir y recibir de gracia, ritmo y armonía, llevan-

---

[991] *Rep.* 616c.

[992] Plutarco relaciona el término Sirena con la raíz de *eírein* (decir) o con *théi' eírein* (decir cosas divinas), pero en realidad no se conoce su etimología.

[993] Cf. NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 777.

do como colaboradora de la política y la comunidad a la Persuasión que nos serena y amansa lo turbulento y errante, como si nos apartara convenientemente de un camino intransitable y nos reintegrara al bueno.

B *Y cuanto no ama Zeus*
se aterra al oír
la voz de las Piérides,

según Píndaro [994].»

7. Y como Amonio añadiera a esto el verso de Jenófanes, según acostumbraba:

considérese esto parecido a la verdad [995],

y nos animase a manifestar y decir lo que le pareciera a cada uno, yo, guardando silencio un poco, dije: «También el propio Platón cree haber descubierto con los nombres, como si de huellas se tratara, los poderes de los dioses [996], y a nosotros, igualmente, que se nos permita colocar en el cielo y al cuidado de las cosas celestes a una de las Musas; y es natural que no precisen de una dirección grande y complicada aquellas que tienen una sola naturaleza y sim-
C ple como causa. Y donde hay muchas faltas, desórdenes e infracciones, allí hay que trasladar a las ocho, puesto que cada una rectifica una forma distinta de mal y desajuste. Y puesto que de la vida una parte está hecha de seriedad y la otra de diversión y precisan de lo que es musical y ordenado, la parte nuestra que es seria, Calíope, Clío y Talía, que es conductora en el conocimiento y con-

994 *Pít.* I 13-14.
995 Cf. DK., I pág. 123 (fr. 35).
996 Cf. *Crát.* 396a.

templación de los dioses, parece que nos encarrilarán y enderezarán, y las restantes, la parte que se desvía al placer y diversión por debilidad, no soportarán que se afloje desenfrenada y bestialmente, sino que con la danza, canto y música, que tiene ritmo mezclado con armonía y razón, D decorosa y ordenadamente la acogen y acompañan. Yo, sin embargo, al omitir Platón en cada hombre los dos principios de la actividad, la innata pasión por los placeres y una creencia adquirida, ansiosa de lo mejor [997] y, como hay veces en que a una la llama razón y a la otra sentimiento y, como de nuevo, a su vez, cada una de éstas tiene otras distinciones, veo que cada una precisa una instrucción grande y divina en verdad. Así, de la razón una parte es política y regia, para la que dice Hesíodo [998] que ha sido dispuesta Calíope. A Clío le ha tocado, sobre E todo, ensalzar e inspirar, además, orgullo por el amor a la fama. Y Polimnia se ocupa del amor al saber y de la buena memoria del alma, por lo cual también los sicionios de las tres Musas a una la llaman Polimatía [999]. Y a Euterpe todo el mundo le concedería la contemplación de la verdad sobre la naturaleza, sin dejar los más puros y hermosos disfrutes y placeres a otro género de conocimiento. Y del apetito, lo relativo a la comida y bebida Talía lo hace comunicativo y convival, de deshumanizado y bestial; por ello, de los que se tratan entre sí en el vino amistosa y cordialmente decimos que *thaliázein* [1000], no de los que ofenden y se pasan con el vino. Y Érato [1001], que asiste a F

[997] Cf. *Fedro* 237d.
[998] *Teog.* 80.
[999] «Que posee muchos conocimientos».
[1000] «Se regocijan».
[1001] Relacionada con el verbo *eráō* (amar).

nuestras cuitas amorosas junto con la Persuasión, que tiene razón y oportunidad, suprime y apaga lo alocado y aguijoneante del placer, que acaba en la amistad y confianza, no en la ofensa ni desenfreno. Y la especie de placer que entra por los oídos y ojos, ya corresponda más bien a la razón, ya al entendimiento, ya sea común a ambos, las dos restantes, Melpómene y Terpsícore tomándolo consigo
747A lo ordenan, de suerte que el uno es alegría, no encantamiento, y el otro no es hechizo, sino encanto.»

CUESTIÓN DECIMOQUINTA

De que tres son las partes de la danza: movimiento, continente y tema, y de cómo es cada una de ellas y de qué hay de común entre la poesía y la danza

Conversan Trasibulo y Amonio

1. Tras esto se les traía a los chicos pasteles de sésamo por su victoria en la danza. Y fue nombrado juez, junto con Menisco [1002], el paidotriba, mi hermano Lamprias,
B pues bailó la pírrica [1003] de modo convincente y en los movimientos de manos parecía destacar sobre los chicos en la palestra. Y, como muchos bailaran más apasionada que artísticamente, algunos pidieron a los dos mejor con-

[1002] Mencionado aquí solamente.

[1003] Danza militar que bailaban jóvenes con sus armas, considerada como una preparación para la guerra, que en Esparta se bailaba por niños de cinco años. Cf. Plat., *Leyes* 815 y 830C; Aten., 631, y Hel., *Etióp.* III 10, 3.

ceptuados y que se esforzaron por guardar la armonía que ejecutaran el baile movimiento tras movimiento.

Pues bien, Trasibulo preguntó qué quería decir el nombre *phorá* y dio ocasión a Amonio de hablar más detenidamente sobre las partes de la danza.

Dijo que eran tres: movimiento, continente y tema, «pues el baile se compone de desplazamientos y figuras, C como el canto de sonidos e intervalos. Aquí las pausas son los límites de los movimientos. Pues bien, a los movimientos les llaman *phorás,* y *skhémata* a las figuras y disposiciones a las que, finalmente, llevan los movimientos cuando, habiendo formado con su cuerpo la figura de Apolo, Pan o alguna Bacante, se quedan en estas formas como en una pintura; y lo tercero, el tema, no es algo mimético, sino indicativo, en verdad, de lo que subyace, pues del mismo modo que los poetas se sirven de los nombres propios deícticamente cuando nombran a Aquiles, Odiseo, la Tierra y el Cielo, como lo hace la mayoría, en tanto que D para el énfasis y las imitaciones se sirven de onomatopeyas y metáforas, cuando de las corrientes que se rompen dicen que 'murmuran' y 'borbotean' y que los dardos se lanzan 'ansiando saciarse de piel' [1004], y de una lucha equilibrada que 'la refriega tenía cabezas iguales' [1005], y muchas combinaciones de nombres en poesía las forman miméticamente, como Eurípides [1006]:

volando por el sagrado éter de Zeus, el Gorgonocida,

y Píndaro [1007] sobre el caballo:

[1004] HOM., *Il.* XI 574, etc.
[1005] *Il.* XI 72.
[1006] Cf. NAUCK, *Trag. Gr. Frag.*, fr. 985 de EURÍPIDES.
[1007] *Olímp.* I 20.

cuando cabe al Alfeo brinca, su cuerpo sin aguijón en
la carrera exhibiendo,

y Homero [1008] en la carrera de carros:

E *y, a su vez, los carros compactos por el bronce y estaño*
tras caballos de rápidas patas corrían,

así en el baile el *skhêma* es algo que imita la forma y aspecto, y, a su vez, la *phorá* algo que expresa un sentimiento o acción o fuerza. Y con la *déixis* muestran en sentido estricto las cosas en sí: la tierra, el cielo, a sí mismos, a los que están cerca; cosa que, por cierto, hecha con determinado orden y cálculo, se parece a los nombres propios de la poesía cuando se ponen con adorno y lisura, como los siguientes:

Y a Temis venerable y a la de ojos vivos Afrodita
y a Hera de áurea corona y a la hermosa Díone [1009],

y

F *de Helén descendieron reyes administradores de justicia*
Doro, Juto y Eolo que combate en carro [1010];

pero si no, se parece a versos demasiados pedestres y con mal metro, como los siguientes:

Y descendieron de éste Heracles y éste Ificlo [1011],

y

de ésta su padre y marido e hijo fueron reyes y sus hermanos
748A *y antepasados. Grecia entera celebra a Olimpíada* [1012].

[1008] *Il.* XXIII 503-504.
[1009] Hes., *Teog.* 16-17.
[1010] Fr. 27 de Rzach.
[1011] Cf. Nauck, *Trag. Gr. Frag.*, *Adespota*, 400.
[1012] Verso de autor desconocido.

»En tales yerros se incurre también por lo que respecta al baile en las *deíxeis,* si no tienen verosimilitud ni gracia, junto con decoro y sencillez. Y, en general, dijo, el dicho de Simónides sobre la pintura se puede trasladar de ésta al baile, pues en verdad se puede decir que éste es una poesía silenciosa y, a su vez, la poesía un baile hablado, pues no parece que la pintura participe en nada de la poesía ni la poesía de la pintura, ni que en absoluto se sirvan la una de la otra; pero el baile y la poesía tienen entre sí una total comunidad y participación [1013] y, al unirse principalmente en el género de los hiporquemas, ambos realizan una sola función, la imitación mediante figuras y palabras, con que se definen las ideas... y quien goza de mayor B fama en la confección de hiporquemas y ha sido más convincente que nadie muestra que el uno precisa del otro, pues eso de:

A Pelasgo, el caballo o a la perra Amiclea
imita, al girar con tu pie que compite,
cuando persigas el curvado canto,

o a ese que:

sobre la florida llanura Docia
vuela loco por encontrar la muerte
para el cornudo ciervo;

y a la otra:

que doblaba su delicada cabeza sobre su cuello durante
[todo el camino [1014].

[1013] Cf. *Mor.* 17F, 58B y 346F.
[1014] Fr. 107 de SNELL.

y los que siguen, [***], casi parece dar a los poemas la disposición de la danza y excitar a ambas manos y pies
C y, más aún, arrastrar y estirar todo nuestro cuerpo con su melodía, como por ciertos hilos, porque, mientras éstos se recitan y cantan, no se puede estar en calma. Él mismo, por cierto, no se avergüenza de elogiarse en lo relativo al baile no menos que en la poesía, cuando dice:

Sé mezclar el ligero baile de los pies;
modo cretense lo llaman [1015];

pero ahora nada goza tanto de la mala música como el baile; por ello también ha padecido lo que, temeroso, Íbico dijo:

Temo que lo que he faltado ante los dioses
lo cambie en honra entre los hombres [1016],

D pues éste tomando como compañera una poesía vulgar y desprendiéndose de aquélla celeste, domina los teatros necios e insensatos, habiendo hecho, como un tirano, súbdita suya a casi toda la música, pero entre los hombres que tienen talento y son en verdad divinos ha perdido su estima.»

Esto, más o menos, Socio Seneción, fue lo último de lo que amigablemente se trató entonces en la fiesta de las Musas en casa del buen Amonio.

[1015] Fr. 107 de SNELL, atribuido por este autor a Píndaro.
[1016] Fr. 24 de DIEHL.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

ÍNDICE DE MATERIAS

ÍNDICE GENERAL

ÍNDICES